

U. A. M.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO
LEÓN

100

SINUÉS

PÁGINAS
DEL
CORAZÓN

PQ6567

.S5

P3

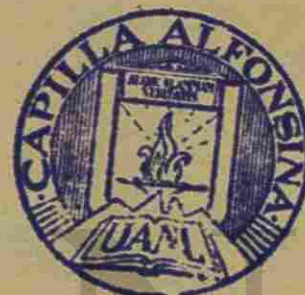


1020027435



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. Clas. 5618p

Núm. Autor 33885

Núm. Adq. 8

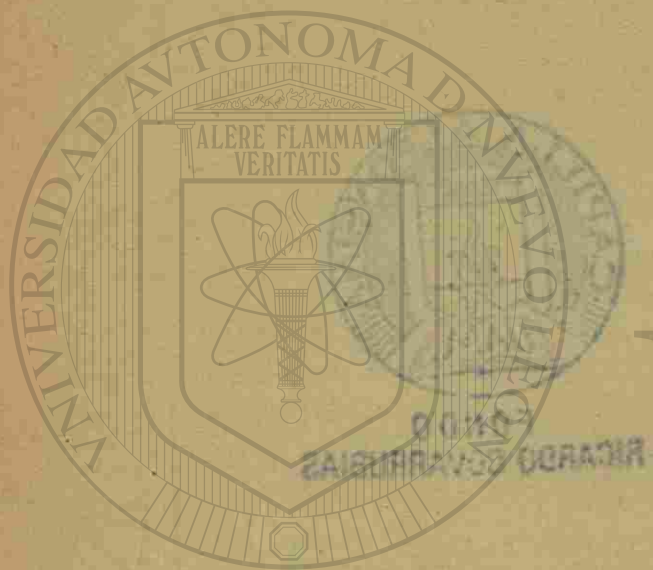
Precedencia _____

Preço _____

Fecha _____

Clasificad _____

Catálogo _____



PÁGINAS DEL CORAZÓN

POR

María del Pilar Simón

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

100517

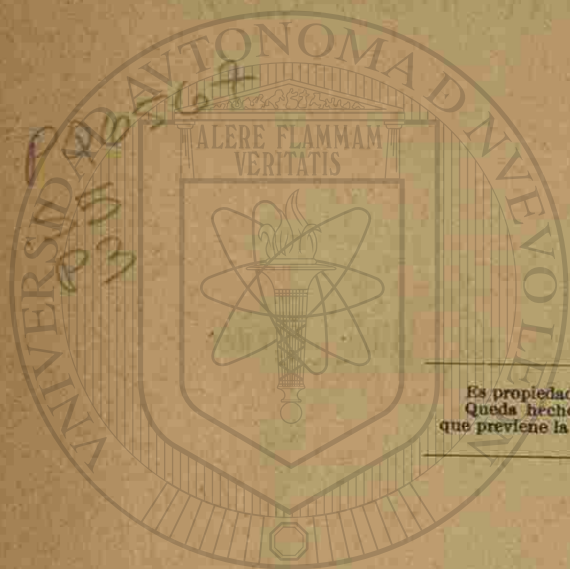
®

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1525 MONTERREY, MEXICO

MADRID
Estab. tipográfico de Álvarez hermanos
15—Ronda de Atocha—15

1887

33885



Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que previene la ley.

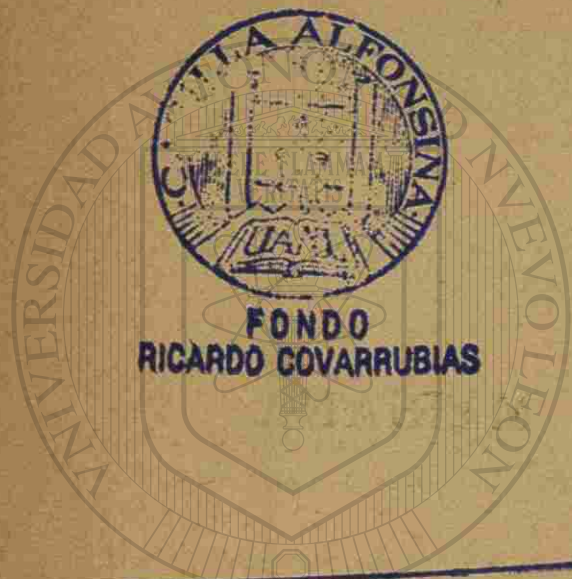


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
MARIANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

863
S.



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

En un rincón de España, y entre una pequeña aldea y una populosa ciudad de la misma, existía hace ya muchos años una casa de campo de un lujo sencillo en lo exterior, pero maravilloso interiormente.

No importa la provincia en que ha de tener lugar la escena, pues el teatro de ella ha de ser un solitario y escondido valle, y el castillo, palacio ó quinta que le coronaba como un señor orgulloso y soberano.

La aldea tocaba casi con el valle por un extremo; era pequeña y miserable; ocupábanla pobres labradores y un anciano cura, que vivía en la mejor, ó quizá en la única casa que se veía allí y mereciera este nombre, pues las demás eran más bien chozas de tierra.

La quinta era una maravilla; se entraba a ella por un inmenso parque plantado de grandes álamos que debían contar muchos años a juzgar por su corpulencia y el frondoso ramaje que en el verano desplegaban.

Una fuente saltaba en el centro, adornada por una preciosa estatua que representaba a Ceres sentada en su carro, derramando espigas y frutos del cuerno de la abundancia.

Al fin del parque, que era de un gusto severo, pues no tenía más adornos que los árboles y la fuente, se abría una elegante y ligera verja de hierro, y se entraba en un jardín que parecía un traslado abreviado del Edén.

Diríase que su dueño había querido formar el más perfecto contraste oponiendo a la majestuosa sencillez del parque la risueña perspectiva de aquel jardín encantado; todo el muro que le rodeaba estaba cubierto de enredaderas sólidamente enlazadas, para que formasen un compacto tapiz de verdor.

Entre aquellas masas frescas y apiñadas asomaban sus encendidas cabezas algunos claveles encarnados, rosas de Bengala y azucenas de ropaje de nácar y corazón de oro, que despedían un penetrante perfume.

Todo en derredor del muro había plantados, en grandes cestos de mimbres, colosales arbustos de sándalo, mejorana, hierbabuena, toronjil, geráneos y ajedreas, que ocultaban el nacimiento y las flexibles ramas de las enredaderas.

El jardín formaba calles de castaños de Indias, acacias, tilos y alisos, pareciendo que una mano amorosa é inteligente había elegido para formarlas los árboles más jóvenes y poéticos.

Cuatro fuentes refrescaban aquel pequeño edén; en el centro se elevaba una escalera cubierta con una estera americana, que llevaba a una habitación suspendida entre cuatro grandes árboles, como un nido de alondras.

¿Quién habitaba aquella poética vivienda? Luego lo sabremos.

Al fin del jardín estaban las habitaciones, que formaban un solo pabellón de grandes dimensiones.

A cada lado de la escalera de en medio había colosales macetas de piedra con plantas americanas de largas hojas y abigarradas flores, y la puerta que daba entrada a aquella especie de torre era de hierro calado y fino como un encaje.

Empezaremos por aquella extraña habitación la descripción de la quinta y de sus habitantes.

Abramos, lectores míos, la puerta calada, y nos hallaremos en una antesala muy linda, cuyos únicos adornos son algunos sillones de caoba tallada, dos grandes cuadros representando otros tantos paisajes de la poética Italia y cuatro enormes macetas, que sostienen otras tantas plantas de azucenas cargadas de sus grandes y aromosas flores.

Aquella sala era pequeña y cuadrada; parecía haber sido dispuesta con un gusto inteligente y previsor; dos ventanas, que caían al jardín, la daban luz, y estaban cubiertas con cortinas de tafetán verde, que descendían en grandes y lucientes pliegues sobre otras interiores de muselina bordada.

Desde allí se pasaba a una pieza, también pequeña, y que debía ser comedor, por dos chineros de palo santo pequeños que se veían en los testeros principales, y por una mesa redonda que ocupaba el centro.

Sólo quedaba sitio para cuatro sillones pequeños; del techo pendía una sencilla lámpara de bronce; un pequeño torno en la pared servía para dar la comida desde la cocina.

Desde allí se pasaba a otra salita con un gabinete, que era dormitorio; la sala, a juzgar por los

muebles, servía a un tiempo de tocador y de sala de labor.

Los muebles eran de tapicería, pero muy sencillos; una consola con un espejo encima, y dos jarrones llenos también de flores, ocupaban el sitio principal; delante de la ventana había un lindo costurero que contenía todos los utensilios de coser; una jaula de marfil y plata, colgada de la ventana, estaba pendiente de un cordón de seda y contenía un lindo jilguero.

El gabinete, sin alcoba, contenía un bonito y pequeño lecho de bronce dorado, cerrado con cortinas celestes de seda y colchones de raso, que se transparentaban a través de las sábanas de batista y de encaje.

Toda aquella habitación era pequeña, bonita, fresca, infantil; hubiérase dicho que había sido hecha para una niña, y era así, en efecto.

Abramos las cortinas del lecho y hallaremos allí a su habitadora.

Era una criatura de ocho a nueve años, pequeña, enfermiza y pálida; tenía los ojos grandes y negros; la boca bonita, pero muy triste; las mejillas hundidas; al incorporarse en el lecho se vió su espalda encorvada y defectuosa, y sus hombros altos

como encuadrando una cabeza grande, adornada de una magnífica cabellera oscura.

Una joven como de treinta y dos años y de aspecto bondadoso se acercó a ella y la dijo con cariñoso acento:

—¿Qué tal ha sido la noche, señorita?

—Muy mal he dormido, querida aya—respondió la niña con voz quebrada y que indicaba una profunda afección al pecho.

—¿De modo, señorita, que ahora no tendrá usted apetito?

—Ninguno, aya; pero ¿qué hora es?

—Ya ha pasado D. José de vuelta con sus chicos.

—¡Cómo! ¿Han dado las ocho?

—Sí, señorita.

—Querida Mariana—dijo la niña—quisiera verte; ¿ha visto usted hoy a papá?

—No, señora.

—¿Estará enfermo?

—Como siempre.

—¡Eso es, enfermo de alma! ¿Qué tristeza la suya!

—Como quería tanto a su mamá de usted, aun no ha podido consolarse de su muerte. ¡Luego se le han reunido tantas otras cosas!

—Sí, la enfermedad de mi pobre madre, que la obligó a marchar a Italia.

—Y la marcha del señorito Alfredo.

—La verdad es, querida Mariana, que mi padre está sólo conmigo, que para nada le sirvo.

—Vamos, señorita, ¿es posible que usted diga eso?

—¿Por qué no, si es la verdad? ¡Siempre me mira con unos ojos tan tristes!, y muchas veces acaba por abrazarme y me dice casi llorando: «¡Oh, mi pobre Gabriela!»

—¡Ah, señorita! Usted le sirve para hacerle dichoso.

—¡Yo!

—¿Pues quién lo duda? Usted es buena como un ángel y siembra en torno suyo innumerables beneficios.

Esta conversación entre la niña y su aya tenía lugar mientras aquella se vestía, ó más bien la envolvía Mariana en una bata de seda, calzaba sus piececillos con unas medias de hilo de Escocia y unos zapatillos de tafete verde, y encerraba sus espesas trenzas en un gorrito de batista guarnecido de encajes; luego que estuvo vestida se arrodilló en un pequeño reclinatorio, juntó sus mane-

citas y leyó con fervor las oraciones de la mañana.

Cuando hubo concluido se levantó y dijo:

—Vamos á ver á papá.

Mariana tomó la mano de su educanda y, arreglando el suyo al paso lento y desigual de la niña, salieron del *pabellón pequeño*, según se le llamaba á aquella especie de torre, para pasar al cuerpo principal de la casa.

II

El duque de Miranda era un caballero de carácter triste por sí mismo, y agriado además por una larga serie de desgracias.

Su madre, noble y excelente señora, á quien adoraba, había muerto hacía un año víctima de una larga y dolorosa enfermedad.

Durante los catorce meses que aquella dolencia existió, toda la conformidad, toda la fortaleza del duque quedaron agotadas junto á su lecho.

Su madre era lo que más amaba en el mundo; nada había conocido en él de más bello, de más delicado, de más tierno, de más excelente, y había

visto descomponerse día tras día y hora tras hora todas las perfecciones de aquel rostro, aun notablemente hermoso, á impulsos de una aguda y dolorosa enfermedad.

Su agonía fué larga y terrible; el alma no pudo separarse del cuerpo sino después de una lucha muy dolorosa.

Por fin murió, y murió en los brazos de su hijo, que no quiso separarse ni un instante de su lado, y el que había mostrado tanta fortaleza durante aquella larga enfermedad, se quedó anonadado y en una especie de marasmo muy semejante á una dolorosa inercia.

Por espacio de algunos meses fué completamente indiferente á todo y á todos; si su palacio hubiera ardido, si su fortuna se hubiera desplomado entera, no hubiera recibido por eso una sensación nueva de ansiedad ó de terror; la vida era para él á un tiempo odiosa é indiferente.

Pero nuevas penas debían sacarle de aquel estado; su esposa, hermosa criatura que tendría veintiocho años apenas, empezó á padecer un malestar indefinible aun para ella misma; jamás se quejaba, pero su esposo y toda su familia la veían desmejorarse con extrema rapidez.

La tierna edad de Gabriela no impidió que ella advirtiese también los estragos que la enfermedad hacía en el bello rostro de su madre; la primera vez que el duque advirtió el abatimiento de las facciones de su mujer, fué la niña quien se lo hizo notar.

Sentada una tarde Gabriela sobre las rodillas de su madre jugaba con sus largos cabellos, cuando mirándola con una atención inusitada meció su cabecita con aire triste.

Luégo tomó la de su madre entre sus pequeñas manos, y, mirándola profundamente, la dijo:

—¡Mamá, qué enferma estás!

—¿Yo, hija mía?—dijo la duquesa.—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Pues qué, no lo veo yo?—repuso Gabriela.—

¿No veo yo tus ojos hundidos, tus mejillas flacas y tus manos que se han adelgazado hasta parecer de cristal?

El duque volvió la vista hacia su esposa; la contempló durante algunos instantes con un asombro doloroso, y luégo la tendió la mano, diciéndola con rubor.

—¡Perdón, amiga mía, perdón!

—¿De qué he de perdonarte?—preguntó la duquesa sorprendida.

—¡De mi odiosa indiferencia! Absorto en mi pesar, ni siquiera había reparado en tus padecimientos.

—Yo no padezco—dijo la duquesa—nada me lastima, y este abatimiento pasajero debe durar muy poco.

—Sin embargo, tú estás enferma y ya es hora de que pensemos en buscar remedio.

Dos médicos, en efecto, vieron al día siguiente á la duquesa, y declararon su dolencia sin consecuencia ni peligro.

No obstante, cada día iba desmejorándose más la enferma, cada día crecía el insomnio y era mayor la inapetencia: cada día aumentaba su palidez y se hundían sus ojos.

Reconvenidos amargamente por el duque á causa de su ignorancia ó de su indiferencia, declararon por fin que estaba atacada de una consunción aguda, y que necesitaba cambiar el país en que vivía por otro mucho más cálido.

El duque hubiera querido partir con ella; pero el estado de Gabriela hacía imposible el llevarla, y tampoco podía dejarse á merced de la servidumbre, así, pues, el duque quedó al lado de la niña y de su hijo Alfredo, que tenía doce años, y estaba espe-

rando el momento de embarcarse como guardia marina a bordo de un buque, donde debía hacer su aprendizaje marítimo.

La duquesa partió con su madre y con su hermano mayor, que quisieron absolutamente acompañarla bajo el risueño clima de Italia, y el duque quedó solo y triste al lado de sus hijos en aquella hermosa y retirada quinta.

Mas apenas hacía quince días que la duquesa se había separado de su familia cuando el estado de Gabriela se agravó de modo que llegó a inspirar amargos temores a su padre.

Los médicos ordenaron para la niña mucho aire, mucha alegría, mucho cielo y muchas flores; era un pobre pájaro que necesitaba para vivir de luz espléndida y de puro ambiente.

La torre del centro del jardín constaba sólo de dos aposentos, destinados a los experimentos astronómicos del duque; y pareciéndole que ningún sitio convenía a su hija mejor que aquel, mandó venir un arquitecto y algunos obreros, que en muy pocos días le convirtieron en una pequeña y elegantísima habitación.

¡Cual fué la alegría de la niña al verse en aquel pequeño y perfumado nido! Todo él estaba lleno

de flores, y, sobre todo, de azucenas, que era lo que más le gustaba en el mundo.

Corría por todas partes, admirando las tapicerías, los muebles, el piano, los libros, el lecho, los cuadros, cosa por cosa y objeto por objeto; todo lo tocaba y lo miraba todo con un placer indecible y profundo.

Su aposento predilecto era el comedor, por las grandes macetas de azucenas que le adornaban; desde que su vista pudo distinguir los objetos, había tenido gran predilección por esas flores tan bellas y tan aromadas; al ver un ramo de azucenas saltaba de contento en los brazos de su nodriza ó de su madre, y aquella afición habíase aumentado más y más cada día.

Por eso su padre había puesto muchas de aquellas flores en su pequeña vivienda, tan linda, tan fresca, tan perfumada.

En ella pareció renacer la pobre Gabriela; pero fué sólo por poco tiempo; lo endeble de su organismo tenía que luchar con las dolencias inherentes a su edad, y éstas vencían siempre; por un triste capricho de la naturaleza era completa su deformidad, y, sin embargo, jamás se quejaba la pobre niña ni se le ocurría, a pesar de su precoz y viva in-

teligencia, compararse con otras criaturas gallardas y esbeltas.

El duque de Miranda adoraba en sus hijos, pero prefería a Gabriela a causa de su desgracia. Alfredo era un hermoso niño lleno de robustez y gentileza, con grandes ojos garzos y cabellos rubios y rizados, que formaban gruesos y sedosos bucles en derredor de su frente y sienes.

Su talle era perfecto; su desarrollada estatura le hacía aparentar algunos años más de los que realmente tenía; naturalmente distinguido, amaba la elegancia con pasión, y el buen gusto era en él como una segunda naturaleza.

Era más altivo y menos dulce que Gabriela, porque Dios, que todo lo compensa, había querido dotar a ésta de un modo más bello é imperecedero que con las dotes de la hermosura.

Gabriela se parecía a su madre; Alfredo a su padre.

Poco después de haber partido la duquesa tuvo su hijo que embarcarse por orden superior, pues había vacante a bordo de una fragata; su padre se abatió del todo con este último golpe, que traía en pos una larga y dolorosa separación.

No obstante, aparentó una fortaleza que no te-

nia, para no desanimar a su hijo, y le acompañó hasta Barcelona, permaneciendo en aquella ciudad hasta que la fragata se dió a la vela.

Cuando volvió a su quinta parecía haber vivido diez años: ¿qué le quedaba alrededor suyo, de una familia que le era tan querida? La pobre Gabriela, cada día más débil y más enferma; su madre había ido a aquellos países de los cuales no se vuelve jamás; su esposa y su hijo quizá partirían también para aquel largo viaje sin volverlos a ver.

Por desgracia, ¿no estaba su esposa enferma y enferma de muerte? ¿No iba su querido hijo a vivir durante mucho tiempo a merced de las olas?

Parecióle al duque de Miranda que se hallaba solo en el mundo y aislado en su casa, a pesar de su numerosa servidumbre y de la buena Mariana, que le amaba como a un hermano, al mismo tiempo que le respetaba como a un ser superior y el más noble de cuantos conocía.

Mariana era hija de una familia distinguida, aunque poco favorecida por la fortuna; exigente y delicada en materias de amor, jamás había encontrado un hombre a quien pudiese hacer por su gusto dueño de su amor y de su destino.

Era una sensitiva, bajo la apariencia más sencilla y más dulce del mundo.

Su educación había sido esmerada y distinguida. Mariana sabía la música con perfección; hablaba con elegancia el francés, el inglés y el italiano; pintaba con mucho talento y gusto, y era en extremo primorosa para todas las labores de su sexo.

Sus modales eran suavísimos y de una perfecta distinción; su talento natural y cultivado, su vasta inteligencia, su alma elevada y sensible hacían de Mariana una de las más simpáticas y atractivas criaturas del mundo.

No obstante, su modestia y timidez no la permitían desplegar tan excelentes dotes más que en la intimidad de la vida doméstica, y las personas vulgares no se apercebían de las sobresalientes cualidades de su carácter y de su corazón.

Por el contrario, las personas de talento y, sobre todo, las personas sensibles, conocían al instante y apreciaban en su inmenso valor a aquella excelente y delicada criatura.

El duque fué uno de los pocos seres que comprendió muy en breve lo que valía Mariana; su padre era uno de sus administradores, y le pareció que ninguna mejor que aquella excelente joven

sería á propósito para aya de Gabriela; había entre aquellas dos criaturas misteriosas afinidades que debían hacerlas comprenderse y contribuir á su mutua felicidad.

Mariana accedió al instante; su penetrante instinto le dijo que hacía una obra buena cuidando y educando á aquella pobre niña, próxima á quedarse sin madre, y cuyo padre estaba devorado por una profunda melancolía.

Además, el duque se lo hizo ver así y se lo expresó con una triste pero noble franqueza.

—Mariana — la dijo — tengo una hija que es huérfana antes de haber perdido á su madre; su temperamento especial, su delicada salud y hasta la desgracia de su configuración, me hacen temer mucho acerca de su porvenir; necesito poner á su lado una persona delicada, sensible, de talento y al mismo tiempo de gran abnegación, porque mi hija no ha sido nunca castigada ni puede serlo en su fatal estado; usted, que es tan buena, ¿querría ser esa persona?

Mariana miró á su padre, y el duque continuó:

—No quiero, amiga mía, que usted se acuerde en este instante de consideración alguna; se trata de una ruda tarea que desempeñar á conciencia y

con perfección; se trata de una niña enferma, nerviosa, de carácter desigual; mida usted sus fuerzas, amiga mía, y vea si alcanzan á tan grande sacrificio.

—Estoy segura de desempeñar á gusto de usted el delicado cargo que tiene la bondad de confiarme, señor duque—repuso la joven.

—Yo también tengo la misma seguridad—añadió su madre.—Sé bien, y esto no es un vano orgullo, lo que vale mi hija.

—¿De modo que puedo anunciar á mi hija que tendrá en breve una amiga?—dijo el duque levantándose, pues había ido á casa de los padres de Mariana para hacer su petición.

—Cuando usted quiera, señor duque.

—Espero á usted con sus señores padres pasado mañana, que es primero de mes, en el castillo.

El duque, dicho esto, se despidió y se volvió á su casa.

Gabriela pasó aquellos dos días esperando á su amiga; así le nombró su padre á su aya.

Cuando llegaron, la niña la esperaba en una larga galería que caía al jardín; al ver aquella bella joven vestida de blanco, cuyo talle estaba ceñido con un sencillo cinturón negro; al ver aquella her-

mosa é inteligente cabeza adornada de espesas y lustrosas trenzas negras, sintió un movimiento de simpatía.

—¡Ah, querida mía!—la dijo bajando algunos escalones con una gracia perfecta y llena de distinción.—¡Ah, querida mía! ¿Es usted la amiga que me ha anunciado mi papá?

—Quiero ser, en efecto, su amiga de usted, señorita—respondió Mariana estrechando la mano que Gabriela la tendía.

Los padres de la joven se marcharon muy pronto; eran dos excelentes ancianos que adoraban en ella, y que, aunque sentían en el alma su separación, se alegraban de la suerte que el cielo le había deparado.

Mariana fué instalada con Gabriela en la torrecilla del jardín; todos sus departamentos eran comunes á las dos; el tocador era para entrambas, lo mismo que el gabinete de labor, lo mismo que el saloncito, porque el duque sabía que aquella intimidad debía servir de alimento, así al corazón como á la inteligencia de su hija.

Bien pronto una tierna simpatía unió á la niña débil y doliente y á la joven melancólica y pensadora, y los sueños de ambición de Mariana se ex-

lor, como bronce, vasos etruscos y porcelanas de raro mérito.

En el testero principal se veía el retrato de una mujer muy bella, pero de un aspecto suave y triste á la vez; vestía un sencillo traje de seda, negro como sus ojos y como sus cabellos; el retrato, de gran tamaño, la representaba en pie y apoyando la mano en un arpa colocada en un atril.

Era la duquesa; el óvalo prolongado de su rostro tenía una gracia indecible; su frente era elevada y noble, sus ojos llenos de ternura; apenas formaban arco sus cejas suaves, estrechas y finas, como dibujadas sobre el cutis nacarado de su frente con una rara perfección.

Sus cabellos lisos circuían como bandas de seda su frente y sienes, de tan delicada blancura, que parecía verse el tenue tejido de sus venas azules; su talle era de una elegancia admirable, lo mismo que su garganta y manos.

Bastaba mirar á aquel retrato para reconocer como madre de Gabriela á la deliciosa figura que encerraba, y, á pesar de su imperfección, los rasgos del semblante de la niña tenían una gran semejanza con su madre.

—Mariana, doy á usted gracias por haberme

traído á mi hija tan temprano—dijo el duque después de mirar durante largo rato á su hija con una expresión inequívoca de tristeza y desaliento; hoy más que nunca me hacía falta su vista, porque sufrí mucho.

—¡Ay, Dios mío! ¿Pues qué pasa, papá?—exclamó Gabriela echando sus brazos al cuello de su padre, y, fijándole la profunda mirada de sus grandes ojos negros, añadió:

—¡En efecto, tú estás triste, tú has llorado!

—¡No, no! ¡No te alteres así—repuso el duque notando aterrado el estremecimiento convulso que recorría el cuerpo de su hija;—no es nada, nada más que un presentimiento mío!

—¿Está peor mamá? ¿Ha sucedido algo á Alfredo?—preguntó Gabriela, cuya palidez crecía por instantes.

—Cálmate, por Dios, hija mía—repuso el duque—no es nada de eso.

—¿Ha habido carta de mamá?

—Sí.

—¿De su mano?

—¡Mírala!

Y el duque mostró á su hija el sobre de una carta que estaba abierta sobre la mesa.

—Sí, esa es su letra—dijo Gabriela, mirando á su padre con triste recelo—pero ¿qué escribe?

—Que te dé mil besos en su nombre.

—¿Y esta mejor?

—¡No!

—¿Peor acaso?

—Tampoco: tu madre, hija mía, sigue en el mismo estado.

El duque no decía la verdad por no contristar á su hija; la duquesa le escribía con serenidad, pero le auguraba, con gran firmeza y resignación, su próximo fin, manifestándole cuánto ansiaba verle.

—Hija mía—dijo después de algunos instantes que empleó en dominar su emoción—tu madre sigue en su triste estado; pero desea verme, y tengo que ir á su lado; ¿me prometes no afligirte demasiado con mi ausencia?

—¿Por qué no me llevas contigo, papá?—preguntó la niña, en vez de responder á la pregunta de su padre.

—¿Habíamos de dejar sola á Mariana?—exclamó el duque, disimulando con una sonrisa su penosa emoción.

—Sola no—respondió Gabriela;—pero que venga también.

—No puede ser, hija mía.

—¿Por qué?

—Porque su papá y su mamá no la darian permiso; vamos, sosiégate, y te leeré la carta que escribo hoy á tu madre.

Gabriela quedó al instante inmóvil, y su padre tomó la carta que había estado escribiendo antes, y leyó uno de sus párrafos, que decía así:

«Debes estar muy tranquila por lo que toca á Gabriela, mi querida Clementina; hay á su lado una persona que te reemplaza todo aquello que es posible reemplazar á una madre; yo deseo, yo ansío, mi adorada Clementina, que tú conozcas á Mariana, pues apenas la has visto en tu vida una ó dos veces: ¿te acuerdas de aquella joven, alta y pálida, que vino un día de tu santo á traerte un ramo de flores? Aquella es, pues, y ahora queda al cuidado de nuestra hija, mientras yo vuelo á verte.

»Si la salud de Gabriela fuese mejor, iría conmigo y con su aya á tu lado; pero no me atrevo á exponerla á tan larga travesía; no temas, sin embargo, por nuestra niña, Clementina; tiene muchas azucenas en su habitación... en su nido, debiera decir, pues vas á sorprenderte deliciosamente al ver el alojamiento que la he destinado, y que ocupa ya con su aya.

»He hablado con ésta acerca de la imprescindible necesidad que hay de emprender ya su educación, pues va a cumplir los nueve años, y para tratar de eso, espero al maestro de la aldea inmediata, hombre, según dicen, de grandes luces, pero a quien no he visto ni he hablado jamás.

»Ya te veo reír, Clementina, enseñando tus blancos dienteitos, al oírme decir que el maestro de escuela de una aldea tan miserable va a dar la primera educación a la heredera de los duques de Miranda; pero tú y yo acatamos el mérito y la ciencia donde quiera que se hallen, y, según me asegura nuestro capellán, D. José, ó José, según él le llama, es un prodigio de sabiduría.

»Adiós, ó mas bien, hasta muy pronto, Clementina; mañana salgo para ir a tu lado, y hubiera salido anoche apenas leída tu carta, a no ser para dejar arreglados algunos pequeños asuntos de la casa.

»Tu azucena, según llamas a nuestra hija, te abraza muy estrechamente y te envía mil besos; llora en este momento porque quiere acompañarme a tu lado y porque yo la digo que no puede ser; Mariana te saluda y te asegura cuidar de Gabriela con el mayor esmero y cariño, y ella no po-

dría hacer otra cosa, atendido su carácter angelical.

»Hace dos días he tenido una larga carta de Alfredo; sigue su rumbo para las Antillas, contento y lleno de fe, y dice que te escribe a ti en el mismo correo.

»Adiós, amiga mía; el capellán y todos nuestros buenos sirvientes te saludan y desean verte; yo voy a buscarte para conducirte entre ellos.

»Te abraza con el alma, tu

Fernando.»

Cuando el duque concluyó de leer esta carta estaban sus ojos bañados de lágrimas.

Mariana le miró con aire de inquieta interrogación, a la que respondió él con un desconsolado gesto afirmativo.

La pregunta muda había sido:

—¿Realmente está muy enferma?

La respuesta la siguiente:

—¡Se muere sin remedio!

—Vamos, hija mía, vete con Mariana—dijo el duque a Gabriela.—Me quedan muchos papeles que arreglar todavía.

Luégo, volviéndose al aya, añadió:

—Así que venga ese hombre singular, que me avisen.

—Se hará así, señor duque.

Gabriela abrazó a su padre, Mariana saludó, y luego el duque las acompañó hasta que el criado levantó la cortina para que se marcharan.

Así que el duque volvió a su cuarto, cerró la carta para su esposa y se puso seguidamente a escribir otras.

En cuanto a Gabriela y a su aya, entraron en la gran sala de labor del cuerpo principal, pues las dos tenían también parte en las dependencias del castillo, y se ocuparon de la lección de música, que Gabriela, aunque sin saber leer, quería aprender al oído.

El delicado organismo de aquella criatura gozaba de las delicias inefables oyendo la voz pura y armoniosa de Mariana, que se elevaba con singular dulzura interpretando las sublimes armonías de Rossini, de Meyerber, de Bellini y de Donizetti.

IV

A la una y media de la tarde entró un lacayo a decir a Mariana que D. José, el maestro de escuela, venía a ver al señor duque.

Esta petición, que tratándose de un hombre como el maestro hubiera hecho reír y dado lugar a mil burlas en los criados de una casa grande, pareció lo más natural del mundo a los del duque, acostumbrados a la generosidad de su amo.

Porque regularmente, mis queridos y benévolo lectores, los criados son los que reflejan fielmente el carácter y las costumbres de sus señores.

Pocas veces son desatentos y groseros los sirvientes de una persona delicada y humana, pues el ejemplo, y sobre todo la autoridad, destierra aquellos insoportables defectos.

Los del duque eran corteses y tenían buena educación; por eso, al ver al maestro, cuya figura, según podremos ver muy pronto, era bastante extraña, no asomó a sus labios la sonrisa ni el sarcasmo a sus ojos.

—Yo no sé si el señor duque podrá recibir ahora mismo á ese caballero—respondió Mariana á las palabras del lacayo—aunque dijo que se le avisara así que llegase; puede hallarse ocupado en este momento; por otra parte, detenerle en la antesala no me parece bien...

Mariana miró en torno suyo; pareció tomar de pronto una resolución, y dijo al doméstico:

—Que pase aquí.

El criado salió y un instante después volvió á levantar el tapiz de la puerta, anunciando:

—Don José.

Gabriela, que jugaba con una gran muñeca en un extremo de la estancia, se volvió para mirar al recién llegado; su aya, que bordaba, levantó también los ojos y le miró con curiosidad.

No era un hombre raro ó extravagante, según aseguraban cuantos le habían visto; era sólo un hombre vestido muy pobremente y de aspecto triste y resignado, pero doliente y ruboroso.

A pesar de lo adelantado y caluroso de la estación llevaba un pantalón de paño negro, grueso, basto, y tan usado, que se veía la trama del urdido; era muy corto además y se veían unas medias de hilo blanquísimo y unos zapatos de cordobán ne-

gro ya en muy mal uso, pero lustrados y limpios con el mayor esmero y escrupulosidad.

Una levita de la misma clase, pero también de corte antiquísimo, y un chaleco blanco de gran limpieza, completaban su traje.

Llevaba una camisa vieja y zurcida, pero tan blanca como el chaleco y las medias, por debajo de cuyo almidonado cuello pasaba una corbata de seda que había sido negra, pero que ya estaba parda á fuerza de usarla.

En cuanto á su figura era hermosa, y toda ella respiraba una dignidad exquisita y una nobleza poco común.

Era un hombre de buena estatura, de ojos y cabellos negros y barba negra también, que llevaba arreglada y peinada con un cuidado escrupuloso.

Su boca encarnada tenía una hermosa dentadura; su frente, calva hacía las sienes, tenía un noble dibujo; su nariz aguileña y un poco larga, contribuía á dar á su semblante un serio y reposado aspecto.

Dejó al entrar, sobre una silla, su sombrero grande, viejo, y de moda pasada dos ó tres años hacía; luego, al ver la graciosa y distinguida figura de Mariana, que le miraba atentamente, se detuvo

con las mejillas encarnadas y los ojos bajos, como si conociendo lo ridículo y pobre de su traje experimentara un doloroso rubor.

No obstante, aquel hombre había ya pasado los límites de la juventud, pues su edad parecía ser de treinta y seis á treinta y ocho años.

—Tome usted asiento un instante, caballero—dijo Mariana—mientras pasan recado al señor duque.

Y volviéndose al criado, que aun permanecía esperando sus órdenes, añadió:

—Vea usted si S. E. está ocupado.

Luégo, y para que viese el maestro que no era su intención el sujetarle á humillación ninguna al hacerle esperar, tomó un álbum de encima de un velador, le abrió por una página que contenía un admirable paisaje, y le dijo con graciosa y risueña amabilidad:

—¿Querría usted, caballero, darme su opinión acerca de esta vista?

—Me parece de maravillosa ejecución, señorita—respondió el maestro, que ante aquella excelente obra de arte se olvidó de todo para admirar.

—Me alegro mucho de saber cuán agradecida

debo estar á la persona que me la ha regalado—repuso Mariana.

—Es una copia, ó quizá un original de Juan del Mazo—dijo el maestro con una seguridad modesta, pero firme é inteligente.—Si es copia, es admirable; si es original, tiene inmenso valor material y artístico.

—El último sería para mí más apreciable, caballero—dijo Mariana volviendo á su labor, dejando el álbum en manos del maestro, que, más tranquilo, al parecer, viendo que ya no se ocupaban de él, empezó á hojear el álbum.

Poco después volvió el criado diciendo que el señor duque esperaba á su visita.

El maestro se despidió de Mariana y de Gabriela con un respetuoso y mudo saludo, y siguió al doméstico, que le condujo hasta la habitación del duque, que le esperaba en la puerta.

—Bien venido, amigo mío—dijo alargando al pobre maestro su blanca mano con un movimiento lleno de cordialidad.

Este tomó aquella mano delicada y la estrechó respetuosamente.

—Sentémonos y hablemos, si usted gusta—continuó el duque tomando para sí un sillón y señalán-

dole otro á su visita, que le ocupó á su vez.—Caballero, yo necesito quien empiece la educación intelectual de mi hija, pues aunque tiene una joven aya instruída, creo conveniente que en ciertas materias no la eduque una mujer.

—Estoy á las órdenes de usted, caballero—respondió el maestro inclinándose.

—¿Querría usted enseñarla, por lo pronto, á leer y á escribir?

—Con mucho gusto.

—Luego pensaremos en enseñarla la aritmética, pues me parece que su débil constitución se arruinaría si se la cargase con demasiadas lecciones.

—Es indudable.

—Entonces sírvase usted decirme á las horas que podrá venir á darla lección, y los honorarios que exige por su trabajo, para señalárselos al instante.

Un subido carmín invadió de nuevo las mejillas del maestro, como si las palabras del duque hubieran encerrado una ofensa para su dignidad.

El duque observó muy sorprendido aquella penosa emoción, y ya iba á hablar, cuando el mismo maestro, un poco recobrado ya, tomó la palabra.

—Señor duque—dijo con firmeza—no puedo dejar mi escuela para venir á instruir á la señorita.

—Pero caballero, ¿le ocupa á usted todo el día la clase?—preguntó el duque sorprendido en extremo.

—Casi todo el día—repuso el maestro.

—Veamos qué horas son las que usted destina á la enseñanza, y quizá se pueda combinar todo—dijo el duque.

—Lo considero imposible, y usted mismo juzgará: á las siete vienen ya los niños á la escuela.

—¿Cómo á las siete?

—Sí, señor.

—Pero ¿por qué tan temprano?

—Para que los lleve á misa.

—¡Pero eso es un abuso!

—No, señor duque, es una costumbre antigua; mi antecesor, que era un pobre y achacoso anciano, la seguía también.

—Hágala usted desaparecer.

—Imposible, caballero; para estas pobres gentes de los campos no hay deber ni convencimiento; no hay más que costumbre.

—Bien, cuestión es esta muy difícil de discutir; es decir, que los alumnos entran á las siete.

—Ciertamente.

—¿En todo tiempo?

—Lo mismo en verano que en invierno; á las

ocho vuelvo con ellos de misa y se abre la clase, que dura hasta las doce; á las dos vienen de nuevo, y se van á las seis.

—¡Pero eso es tener ocupado todo el día!

—Justamente.

—¿Y no podría usted venir de doce á dos aquí?

—No, señor—respondió el maestro haciendo un esfuerzo doloroso, y con las mejillas cubiertas otra vez por un vivo encarnado.

—¿Y después de las seis?

—Tampoco.

—¿Y durante la velada?

—Me es absolutamente imposible.

—¡Caballero, hubiera preferido oír de los labios de usted una formal negativa, que no sus humillantes excusas!—exclamó el duque con acento descontento y lastimado.

—¡Excusas!—repitió el maestro, alzando al cielo sus ojos con una expresión tan dolorosa, que el duque sintió al instante como un remordimiento por sus duras palabras.

—Pues bien, caballero, si no son excusas ¿por qué no accede usted á encargarse de la educación de mi hija? No puedo ocultar á usted que me haría en ello un gran favor.

—Me es imposible—repitió el maestro.

—Pero, ¿no me dirá usted, al menos, los motivos de esa imposibilidad?

—Hubiera querido evitarlo, caballero—dijo el maestro con un desaliento profundo—pero ya que usted se empeña, preciso será que se lo diga.

El duque, naturalmente piadoso y sensible, hubiera debido conmoverse al ver la expresión triste del semblante del maestro; pero era tanta su curiosidad, que su compasión quedó vencida por aquel sentimiento, y se preparó á escuchar al maestro.

—Caballero—dijo éste—soy muy pobre, y tengo que cuidar de mis padres, ancianos los dos, y agobiada además mi madre por una dolorosa ceguera desde hace algunos años...

Detúvose aquí el maestro, subyugado por la emoción; era indudable que sufría mucho; así es que, ante la vista de aquella profunda pena, se conmovió el duque, y le dijo, tomándole la mano con cariño:

—¡Perdón, amigo mio, por haberme atrevido á querer penetrar en la vida privada de usted!

—¡No, no! Ya que he empezado, no me detendré cobardemente—dijo el maestro—y satisfaré la curiosidad de usted.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

ANEXO 1625 MONTERREY, MEXICO

33885

Como ya he dicho, soy pobre, porque cuento sólo con tres mil reales anuales para satisfacer todas las necesidades de mi casa y de mis pobres y viejos padres; desempeño, pues, mi escuela, y en la clase, y durante las lecciones que doy a los niños, pinto países de abanicos.

—¡Y bien!

—Durante las horas que estoy ocupado, no desempeño lo más arduo del trabajo, sino que lo pongo en disposición de concluirle por la noche y en las cuatro horas que durante el día tengo libres.

—¿Y le produce a usted eso alguna utilidad positiva?—preguntó el duque, admirado de aquella narración.

—Muy poca, caballero; me pagan a treinta reales la docena de países, y necesito quince días para dejarla concluida.

—Pero si usted renunciase a la escuela podría trabajar con más provecho.

—Lo creo así, porque entonces pintaría cuadros.

—¿Y por qué no lo hace usted?

—¡Yo abandonar mi escuela!—exclamó el maestro con una mirada de entusiasmo que fué a perderse en el vacío.—¡Jamás, jamás!

—¿Halla usted, pues, gusto en las áridas tareas de la enseñanza?

—¡Oh, sí! ¡Hallo tanto placer, tanta felicidad, que no sabría cómo pintarla! ¿Acaso existe en el mundo alguna cosa que pueda compararse a lo que se experimenta cultivando rudas y groseras naturalezas? ¿Hay placer mayor que labrar esas inteligencias salvajes con el mismo cuidado y la misma constancia que el lapidario labra la piedra que ha de convertirse en sus manos en un riquísimo diamante? ¿Hay nada semejante a la dicha que se siente oyendo rezar a esos niños las oraciones que yo les he enseñado, más cuidadoso de nutrir sus almas que sus mismas madres? Por mí aman a Dios, le conocen y le respetan; por mí son buenos, dóciles, humildes, laboriosos; y la benéfica influencia de la educación no se extiende ya sólo a los niños; el día que usted quiera, venga a mi escuela y verá el ser más extraordinario que se pueda imaginar.

—¿Es de la aldea?—preguntó el duque enteramente cautivado por aquel lenguaje entusiasta y generoso.

—No sé de dónde es, ni cómo vino entre nosotros—respondió el maestro—hace ya cuatro años que mi anciano padre le encontró dormido a la

puerta de nuestra casa, en una helada noche de invierno; el pobre niño tenía entonces sólo nueve años.

—¿Y con quién vive ahora?

—Con mis padres y conmigo.

—¿Cómo! ¿Le ha amparado usted siendo tan pobre?

—Mucho más lo era él, que no tenía asilo ni pan.

—¿Cómo se llama?

—Nadie le conoce en el pueblo más que por el apodo que le han puesto en él: le llaman *Botón de oro*; por lo demás, debe ser de origen extranjero, sueco ó noruego, según me parece y según indica su género de hermosura; debió naufragar en el puerto cercano y llegó andando hasta nuestra aldea; en la puerta de mi pobre casa cayó exánime de fatiga, y yo, al verle tan hermoso y tan tranquilo, en medio de la nieve que cercaba el portal, me pareció oír la voz de Dios que me decía: —*¡Dale abrigo y pan!*—Le tomé en mis brazos, le llevé a mi casa, y con nosotros vive.

—¿Pero sabe ya hacer algo?

—Su parte intelectual es muy hermosa; pero le aflige una dolorosa desgracia corporal; carece de las dos manos.

—¡Dios mío! ¿Cómo es eso?

—Parece haber nacido así; tiene sólo al extremo de cada brazo dos partículas pequeñas é irregulares que ninguna semejanza tienen con nuestras manos.

—¡Pero, amigo mío, esa desdichada criatura jamás servirá para ayudar á usted en nada!

—Ya lo sé, y nunca ha sido mi propósito que me ayudara, si no ayudarle yo; pero volvamos al modo con que yo ocupo mi tiempo y verá usted, señor duque, cómo no puedo complacerle.

Todo el tiempo que me sobra de las clases tengo que emplearle en servir y acompañar á mis padres y á Botón de oro.

—¿Pero por qué no se encarga usted de la educación de mi hija en vez de pintar abanicos?

—No puede ser, caballero; la enseñanza que yo he de dar á la señorita, su hija, debe durar muy poco tiempo; se acabaría muy pronto y mi trabajo debe durar siempre... ¡Oh, quiera Dios que no me falte jamás...!

—Amigo mío—dijo el duque aproximando su sillón al que ocupaba el maestro—hay en su vida de usted, sin duda, un secreto que ni me es dado adivinar, ni tendré la osadía de intentarlo siquiera; pero me parece que ese secreto oculta alguna cosa

buena y santa... porque la fisonomía es, á mi parecer y aunque me sirva de una frase muy vulgar, el espejo del alma; así lo creo yo al menos, y el alma de usted debe ser en extremo bella.

—¡Señor duque!—murmuró inclinándose el maestro.

—He dicho lo que siento, amigo mío, y ahora añadiré que voy á hacer á usted diversas proposiciones por si hay alguna que le convenga aceptar.

—Escucho á usted—respondió el maestro con aire que parecía decir: «sea lo que quiera, nada puede convenirme.»

—Puedo y quiero, si usted no se opone á ello—prosiguió el duque con ese temor delicado de las almas nobles—dar á usted una renta anual y fija en mi casa, que baste para la subsistencia de usted y de sus señores padres.

—¿Y á qué título?—preguntó el maestro.

—¿Cómo á qué título?

—Sí—prosiguió.—¿Qué es lo que yo debería hacer para ganar mi sueldo?

—Dar á mi hija la primera educación, y después...

—¿Y después?

—Después conservar sólo el título de mi protegido.

—Doy á usted mil gracias por su generosidad, señor duque—repuso el maestro, cuya voz revelaba una penosa conmoción;—pero no puedo aceptar.

—¿Decididamente rehusa usted?

—Decididamente.

—Veamos si le conviene á usted otra cosa.

—Creo inútil que usted se incomode en decírmela y que yo la escuche.

—Suplico á usted, sin embargo, que tenga la paciencia de oírla.

El maestro, que ya se había levantado, se volvió á sentar haciendo un gesto de triste resignación.

El duque le miró sorprendido; por noble y elevada que fuese su alma, estaba acostumbrado de toda su vida á ver que la pobreza guarda muchas consideraciones á la opulencia, y aquel hombre, el más pobre de cuantos en su vida había visto, estaba allí escuchándole como de merced, impacientándose porque él le proponía mejorar su suerte, y decidido, al parecer, de antemano, á no aceptar ninguno de sus beneficios.

Sin duda que su expresiva fisonomía debió revelar sus reflexiones, porque el maestro se sonrió con tristeza y le dijo:

—Creo que se ha convencido usted ya, señor

duque, de lo inútil que será el que siga molestándole con mi visita.

—No, señor—respondió el duque sonriendo también con expresión de desafío—no me he convencido aún; pienso que es usted, ó un ser raro y excepcional á quien deseo conocer, ó un atleta de virtud que venceré, sin duda, con mi generosidad; también podrá encerrar ese aparente desprendimiento un cansancio profundo de la vida, y en tal caso quiero yo enseñar á usted, porque es una obra de misericordia enseñar al que no sabe, que la vida es buena y encierra satisfacciones nobles y hermosas.

—¡Oh! ¡Y quién duda eso!—exclamó el maestro elevando al cielo sus grandes ojos negros y sus manos unidas.—¿Quién es el impío que niega que es buena la vida cuando se emplea en hacer bien á nuestros semejantes? ¡Esa misma obra de misericordia que usted acaba de nombrar encierra goces inestimables! ¡Enseñar al que no sabe! ¿Por qué, pues, sino por ponerla en práctica es por lo que yo rehusó los beneficios de usted y rehusaría los del monarca más poderoso de la tierra?

Hablando así, la fisonomía adusta del maestro había cambiado enteramente de expresión; su expresión triste había desaparecido; una alegría plá-

cida, casi celeste, iluminaba sus hermosas facciones; era feliz con el recuerdo, con el convencimiento de su virtud, de su desinterés y de su fe.

—¿Y por qué rehusa usted la práctica de esa virtud, sólo cuando se trata de mi pobre hija?—exclamó el duque con tan triste acento que el maestro le miró asombrado.

—Yo no rehusó, señor duque; sólo digo que no puedo dejar á mis pobres, ignorantes y groseros niños, por la rica, delicada y opulenta señorita de Miranda.

—No le exigiré ya que abandone á esos pobres seres, aunque yo me encargaría en tal caso de hacer viniese á la aldea otro preceptor.

—¡Ah! ¿Y los amaría como yo? ¿Les enseñaría con el cariño, con la delicadeza que yo empleo para ellos? ¡Oh, no! Usted, señor duque, no puede saber hasta qué punto está desatendida la clase respetable á que pertenezco yo, y esta misma desatención hace que no quieran ingresar en ella más que hombres de muy escaso valer intelectual y de muy grosera educación.

—Pero usted, tan humano, tan generoso, tan caritativo, ¿cómo no lo es un poco, al menos, para mi pobre hija?

—Porque su hija de usted, señor duque, hallará muchos hombres instruidos, y hasta ilustres en saber, que se darán por contentos y felices en dirigir su educación, al paso que mis pobres educandos no hallarían uno que valiese tanto como yo ni que les amase como yo los amo.

—¿Luego para usted es una falta el ser rico!

—¡Oh, sí!—respondió el maestro, con tan íntima y verdadera amargura, con tal expresión de dolor, que el duque se estremeció.

Al cabo de algunos instantes de silencio, durante los cuales parecía haber estado el maestro sumergido en amargos recuerdos, el duque volvió a tomar la palabra.

—¿Ha recibido usted ofensa de alguna persona opulenta?—le respondió.

—¡Sí, señor, una ofensa amarga; una ofensa que ha destruido la ventura de toda mi vida! Pero, no pensemos en mí; bástele á usted saber que la pobreza en que nací y he vivido ha sido la causa de mi desgracia, y, sin embargo, aborrezco la riqueza porque ella fué el arma que me hirió; quisiera saber, caballero—añadió el maestro con un signo inequívoco de fatiga—quisiera saber pronto lo demás que tiene usted que decirme, pues tengo la clase sólo

al cuidado de mi anciano padre, y ya es hora de dar las lecciones.

—Pues bien, amigo mío; mi última proposición se reduce á preguntar á usted si podrá, en las horas que sus deberes le dejan libres, venir á dar lección á mi hija.

—No señor. No puedo, en primer lugar, dejar á mis pobres padres abandonados durante cuatro horas; tampoco puedo privar á la clase de mis cuidados, como lo estoy haciendo ahora, pues mi delicadeza no me permite tasar á la señorita el tiempo que necesite ó quiera tomarse para sus lecciones.

—¿No puede usted dejar sus abanicos?

—No, señor.

—Pero ¿por qué razón?

—Por dos: la una porque necesito de ese recurso para atender á mis padres.

—Yo le daré á usted una indemnización.

—Justificaré mi negativa á aceptar la generosidad de usted, diciéndole la otra razón: no quiero dejar mis abanicos, porque con ellos, con esa pobre y grosera pintura, tan mal retribuida, inculco en el alma de mis discípulos el sentimiento de lo bello; nada hay más á propósito para elevar el sentimiento y la inteligencia que las bellas artes.

Pero ¿qué sacan esas pobres criaturas con tener la inteligencia elevada, caballero? ¿No han de ir a cavar la tierra cuando sean hombres, ó á aprender un miserable oficio material?

—¡Y qué!—exclamó con fuego el maestro.— Porque vayan á emplearse en las rudas faenas de la agricultura, ¿dejarán de ser hombres verídicos, probos y honrados? ¿Dejarán de ser buenos hijos, buenos esposos y buenos padres, si yo elevo sus almas, cultivo su inteligencia y les enseño la conformidad y la resignación cristianas? ¿Dejarán de alabar y admirar al Dios bueno, santo y benéfico en el seno mismo de su duro trabajo, al ver que brotan las espigas y que los olivos se cubren de rico fruto con el sudor de sus frentes? ¿Dejarán de gozar con la vista de las flores, con el murmullo del arroyo y con la música de los árboles, al impulso de la brisa, por más que ellos mismos ayuden con su trabajo á la naturaleza?

—¡Hombre extraordinario y respetable!—exclamó el duque levantándose y estrechando las manos del maestro.—Ya no quiero oponer réplicas á la voluntad, ni obstáculos á los propósitos de usted; todo cuanto piense, todo cuanto haga debe ser bueno, noble y generoso; respóndame sólo á lo

que voy á preguntarle: ¿de qué modo, á costa de qué sacrificios podré yo conseguir que mi hija reciba las lecciones de usted?

—Sólo hay un medio, pero éste es bien sencillo, señor duque: que su hija asista á la escuela lo mismo que mis discípulos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Eso no podrá ser!—murmuró el duque con desaliento.

—¿Por qué razón?

—Mi hija es de una naturaleza escogida y delicada, es la distinción misma, y temo que la vista de esos muchachos...

—También van algunas niñas, señor duque, de las que, á pesar de su ceguera, cuida mi santa y excelente madre.

—Pero serán como los chicos, sucias, desagradables, ofrecerán la vista repugnante de la mendicidad.

Sonrióse el maestro con una expresión mezclada de orgullo y de tristeza, volvió sus ojos al soberbio reló que movía con sonora regularidad su enorme péndulo sobre la chimenea de mármol, y dijo al duque:

—Ya están todos mis discípulos y alumnas en la escuela; ¿quiere usted visitarla?

—Vamos allá—dijo el duque—tengo aún una hora de que disponer; pero me permitirá usted que lleve a Gabriela, para juzgar así usted como yo de la impresión que le causa la escuela?

—Con mucho gusto.

El duque llamó, y dijo al lacayo que se presentó:

—Diga usted a la señorita Gabriela que ruegue a su aya la dé un sombrero para salir a paseo conmigo, y que así que se halle dispuesta tenga la bondad de acompañarla aquí.

Pocos momentos después Mariana condujo a la niña a la habitación del duque, quien tomándola de la mano siguió al maestro, que saludó a la joven aya con una grave y cortés inclinación de cabeza.

Eran cerca de las tres de la tarde cuando el duque, su hija y el maestro salieron de la quinta.

El camino que desde ésta llevaba a la aldea estaba bueno y fácil de transitar, gracias a las mejoras mandadas practicar por el duque, que donde

quiera que se hallase sólo deseaba practicar el bien, para lo cual tenía una inteligencia admirable.

El sendero se había ensanchado y limpiado, y en cada uno de sus extremos crecían el follaje y las flores silvestres, separando los anchurosos campos sembrados de cebada y de trigo.

—Apenas hace seis meses que vive usted aquí, señor duque—dijo el maestro—y ya todo el país bendice su generosidad.

—¡Ay, amigo mío!—repuso el duque.—Mis desgracias personales me han arrebatado hasta el tiempo de hacer bien y hasta la posibilidad de pensar en los que sufren, porque yo mismo he sufrido y sufro mucho.

—¿Quién es dichoso en el mundo?—preguntó melancólicamente el maestro.—Sólo la caridad proporciona al corazón algunos instantes de ventura.

—Hay, sin embargo, épocas en la vida en que la caridad desaparece también de nuestra vista, y en que a la vista de las miserias de los otros nos grita el egoísmo al oído.

—¿Más desgraciado eres tú?

—¡Es verdad! Yo lo he experimentado así—dijo el maestro—cuando fui engañado en mi primero

y único amor, me juzgaba la más desdichada de todas las criaturas.

—Lo creo así, aunque jamás haya experimentado tan amarga pena; me casé con una joven adorable, de ilustre cuna, pero que no pertenecía á la grandeza; era pobre, y, sin embargo, me amó por lo que yo soy, pues ignoraba mi nombre y mi fortuna, que no conoció hasta el día de mi casamiento.

En aquel instante Gabriela, que fastidiada de la gravedad de la conversación cogía flores en las orillas del sendero, volvió la cabeza para mostrar á su padre una grande y hermosa amapola color de fuego; el maestro, al oír la voz de la niña, fijó maquinalmente los ojos en su rostro y dejó escapar un grito de sorpresa, tan doloroso, que el duque se volvió atónito hacia él.

Pero al ver la palidez que cubría las facciones del maestro y el temblor que agitaba su cuerpo, se llegó á él y le preguntó si se sentía indispuesto.

El maestro, incapaz de hablar en aquel instante, hizo con la cabeza un signo negativo y guardó silencio por algunos momentos.

—Señor duque—dijo al fin con voz que había

logrado volver á hacer reposada y firme.—Señor duque, ¿es esta niña su hija de usted?

—¡Ah! Le ha sorprendido á usted dolorosamente su deformidad ¿no es así caballero?—preguntó el duque interpretando del modo más natural la sorpresa del maestro.

—Ciertamente—repuso éste.—La humanidad doliente me compadece siempre y también me causan profunda lástima los sufrimientos de la infancia.

—¡Sí, esa pobre niña es mi hija!—dijo el duque con acento doloroso.—Y le pido á usted para ella los auxilios de su talento y las lecciones de su virtud, no sólo en nombre de su desgracia física, sino también en nombre de otra más grande desgracia moral.

—¡Cómo! ¿Esa niña opulenta está amenazada del infortunio?

—Del más doloroso de todos: ¡su madre, herida de una enfermedad mortal, quizá no exista ya á estas horas!

—¡Oh, Dios mío!—murmuró el maestro alzando al cielo una mirada de profundo dolor.

El silencio siguió á esta exclamación, y, absortos cada uno en tristes pensamientos, y mirando

Gabriela curiosamente en su derredor, entraron en la aldea.

Era ésta pequeña y compuesta sólo de tres ó cuatro callejones estrechos; las casas, muy bajas, demostraban que sus habitantes se ocupaban exclusivamente de las faenas agrícolas.

Algunas pobres mujeres cosían ó hilaban á las puertas de las casas; los ancianos, sentados en pequeños taburetes de madera, tejían espuelas ó cestos de mimbres; pero ni un solo muchacho se veía en ninguna parte, pues todos ansiaban ir á la escuela.

Ésta estaba situada en una casa tan pobre como todas las demás, pero algo mayor, al extremo de una de las calles; al ver pasar al preceptor todas las mujeres, y hasta los viejos, se levantaban y decían con sumiso y respetuoso acento:

—Buenas tardes, señor maestro.

—Vaya usted con Dios, señor maestro.

—Buenas tardes, amigos—respondía aquél—muy buenas tardes.

—Ya están allá mis chicas—añadía una labradora.

—Y mis dos chiquillos—decía otra.

—Dios bendiga á usted por quitárnoslos de ca-

sa—añadía otra tercera—que nos dan más guerra que Napoleón.

—Dios le pague á usted el enseñarles cosas tan buenas.

—Ya lo creo, los pone suaves como un guante.

—Pues ¿y lo buenos cristianos que los hacen, así el señor maestro como su señora madre?

—¿Y la música que les enseña?

—¿Y los dibujos que se saca ya de su cabeza mi Timoteo?

—Señor maestro, ayer decía mi marido al ver la letra del chico pequeño, que es el que más quiere él, que si usted lo *allega* á *necesitar*, se sangra por usted.

—Gracias, gracias, amigas, y adiós, que los pequeños me están esperando—dijo el maestro.

—Dios vaya con usted.

—Esta noche le llevaré á la señora un jarrito de leche de mi cabra blanca—dijo una anciana labradora.

—Y yo un poco de miel para el señor.

—Mis padres agradecerán mucho tan buenas memorias, y yo doy á ustedes gracias por ellos y por mí.

Y el maestro, cuya fisonomía contraída por el

dolor había vuelto á dilatarse por el enternecimiento, siguió su camino, seguido del duque y de Gabriela.

—¡Virgen bendita, qué lástima de niña, tan hermosa de cara y con esa *giba*!—dijo sencillamente una de las labradoras.

Gabriela, herida cruelmente por aquella brusca manifestación de lástima, se volvió con los ojos chispeantes y aire iracundo.

—Señorita—dijo el maestro, á cuya admirable perspicacia no se ocultó aquel movimiento.—Perdónelas usted; no saben lo que se dicen, ó, por mejor decir, no saben expresar lo que sienten.

—¿Por qué no se callan?—repuso Gabriela.

—Tampoco saben callar; pero yo las enseñaré para que otra vez que tengan el honor de ver á usted...

—¿Ha de enseñar á esas mujeronas más viejas que usted?

—¿Por qué no, señorita? A todos, y todo se puede enseñar.

—¿De qué modo?

—Cuando no de otro, con el ruego.

—¿Y usted descenderá hasta rogarles que no se burlen de mí?

—Son incapaces de burlarse; lo que han dicho ninguna conexión tiene con la burla; pero las enseñaré la prudencia por medio de la súplica.

Llegaban, al decir el maestro estas palabras, á la puerta de la escuela, y entraron en un patio ancho y lavado con esmero; brillaban de limpieza sus ladrillos encarnados, y estaba cercado de macetas llenas de flores y hierbas aromáticas.

Aquellos tiestos, colocados en fila, descansando sobre el encarnado pavimento y elevando sus flexibles ramajes y sus encendidas flores sobre las blancas paredes, cubiertas de un vestido de cal nueva y flamante, daban al patio un aspecto fresco, risueño, encantador, y embalsamaban el ambiente de un modo delicioso.

Intercaladas con las demás macetas había cuatro ó seis que contenían azucenas; pero en el centro, y plantado en una maceta mucho mayor que todas las demás, se veía un enorme arbusto cargado de aquellas hermosas flores, tan bellas, tan aromáticas, y que con tanta justicia pudieran llamarse estrellas de la tierra.

Es imposible imaginar mayor riqueza, frescura y lozanía que la que ostentaba aquella hermosa planta; húbierase dicho que eran sus hojas de ter-

ciopelo blanco y sus estambres de oro; su follaje, verde de esmeralda, presentaba un brío y un lustre extraordinarios, y formaba un árbol lleno de vigor y de belleza.

Gabriela, llevada de su pasión por aquellas flores, corrió gozosa hacia la maceta y se puso a contemplarla con sus manecitas juntas y con una expresiva mirada de cándida admiración.

A lo que veo, le gustan mucho á la señorita las flores—dijo el maestro señalando al duque la expresiva actitud de Gabriela.

—Ha recibido de su madre una rara predilección por las azucenas—respondió aquél; pero añadió:—¿Cómo es que los discípulos no rompen y destrazan al salir y entrar á la escuela estas hermosas plantas?

—Ellos son, por el contrario, los que me las regalan, señor duque, conociendo mi amor á las flores, y ellos también quien las cuidan.

—Que se las traigan á usted, lo comprendo; pero me extraña mucho que se las cuiden.

—¿Por qué razón?

—Hay en todos los muchachos tan grande afición á destruir...

—Mis discípulos la pierden muy pronto á mi

lado; ellos cuidan estas plantas con amor y hasta con orgullo; sólo los que son dignos de recompensa por su buen comportamiento bajan por las tardes á regar las macetas y remover la tierra que sirve de base á las plantas; nunca pueden pasar de seis, y, para lograrlo, sorteo los seis números; si vinieran más se armaría una algazara horrible y nadie se entendería.

—¡Oh, qué hermosas azucenas! —exclamó Gabriela dando por fin salida á la admiración que invadía su alma.

—Diré á usted, señorita, la razón que mi madre da á su belleza, que es verdaderamente notable; esa maceta se riega con agua bendita.

—¿Cómo es eso!

—Está consagrada á la Virgen María como emblema de pureza y como holocausto de las niñas del pueblo; á ésta no llegan ni pueden llegar los muchachos; cada día bajan cuatro jovencitas y riegan la maceta con el agua sobrante en la pila de la iglesia, después de rezar delante de aquella santa imagen.

El maestro, al decir estas palabras, señaló á un ángulo del patio, en el cual aun no habían reparado ni el duque ni su hija; la admiración de Gabriela

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la creció aún al ver una mesita altar, cubierta con un paño muy blanco, y sobre ella, y bajo un dosel de tela de seda, deslucida ya por el tiempo, una primorosa imagen de la Virgen, de talla, con el niño Jesús en los brazos.

Dos candeleros de bronce, brillantes como el oro, sostenían dos bujías de rosada cera, rodeadas de unas arandelas de papel recortado, y colocados en dos jarros de loza blanca se veían dos hermosos ramos de azucenas.

—Esas flores son todas de esta maceta—dijo el maestro señalando las que adornaban el altar de la Virgen.—Porque da tantas, que cada dos días hay para renovarlas.

Y esto diciendo, el maestro empezó a subir la escalera, siguiéndole el duque y su hija, admirados en extremo de lo que veían y oían.

En efecto, ambos tenían motivos de admiración; el duque amaba a la virtud por instinto y también por naturaleza; pero jamás la había visto practicar bajo una forma tan bella ni había oído elogiarla bajo formas tan suaves, dulces y hermosas.

En cuanto a Gabriela, su tierna edad y el precario estado de salud la hacían aún mucho más niña de lo que podía esperarse; había pasado toda su

vida en la corte, y casi siempre doliente, y sólo hacía seis meses que vivía en aquel hermoso y casi agreste país, bien que sin tener contacto ni roce alguno con sus sencillos habitantes.

Así, pues, su alma inocente se abrió ante aquellas risueñas y plácidas imágenes como se abre una flor en las horas de la mañana para aspirar el bienhechor rocío que sacude de sus alas la aurora.

Ella y su padre siguieron al maestro por la escalera, que era bastante ancha, limpia, blanca y alumbrada por anchas ventanas, que la prestaban gran claridad, aunque a la sazón, y sin duda como defensa del calor, estaban cubiertas con cortinas de estera.

Después de la escalera había un descansillo, é inmediatamente se entraba en la escuela.

Nada más hermoso, nada más limpio, nada más sano, en fin, que aquella vasta pieza, cuyas ventanas entoldadas de pámpanos y enredaderas caían al campo.

El pavimento, como el del patio, era de ladrillo lavado y fresco, y para que si conservaba algún resto de humedad de las abluciones diarias no dañase a los niños, se habían extendido todo al derre-

dor de la sala unas esteras de paja muy pobre, sí, pero muy limpias y muy frescas.

A un lado de la sala, y colocados en dos bancos bajos y cómodos, por estar forrados de vaqueta oscura, se hallaban los muchachos, que no pasaban de veinticinco a treinta; en el extremo superior de la fila, y sentado en un viejo y antiguo sillón, se veía un anciano venerable con vestido negro y cabellos blancos como la nieve.

Aquel era el padre del maestro. Era su figura noble, respetable y tan serena, que se echaba de menos en su ancha frente una corona de luz como las que adornan las cabezas de los santos que nos pintan muy ancianos; pero en cambio eran muy hermosos los rayos que se desprendían de sus ojos, animados aún e inteligentes, y de aquella cabeza cubierta de plata.

Vestía, lo mismo que su hijo, un pantalón de grueso paño negro, basto y muy usado, una levita también negra y muy larga, chaleco y corbata negros, zapatos de cordobán y medias blancas de exquisita blancura, lo mismo que su camisa de lino.

Aquel anciano atraía con una simpatía profunda por su aspecto dulce, honrado y distinguido; al ver entrar a su hijo acompañado del duque y de

Gabriela, se levantó un instante y volvió a ocupar su asiento, recobrando su postura decorosa y reposada.

El duque prosiguió mirando la escuela con curiosidad.

Al otro extremo de la sala, y sentadas en pequeñas sillitas de pino, limpio y blanco como la cera, estaban las niñas, ocupadas unas en hacer calceta y otras en coser camisas de lino casero; todas, lo mismo que los muchachos, vestían pobremente, pero con mucha limpieza.

Al frente de las niñas, sentada en otra silla mayor y trabajando activamente en una calceta de hilo blanco, se hallaba la madre del maestro.

Estaba, según había dicho su hijo, completamente privada de la vista, y se adquiría esta triste convicción al ver sus ojos claros y abiertos, pero fijos e inmóviles.

Era de poca menos edad que su marido, y aun se advertían en su rostro los rasgos de una admirable belleza; la vivacidad parecía haber sido la cualidad distintiva de su carácter en tiempos más felices; pero se conocía que el sufrimiento de su estado había llegado a dominarse por una perfecta conformidad cristiana.

La lucha del carácter con la forzosa inacción, el combate de aquella activa naturaleza con su gran desgracia, debían haberle originado crueles luchas, porque el sufrimiento se veía escrito en todas sus facciones con triste é imborrables caracteres.

Llevaba un vestido de indiana oscura de ramitos, del género más infimo y barato; un delantal negro de tela de seda, muy usada, y un pañuelo de bareg en el cuello, prendido sencillamente con largos alfileres de cristal.

Su peinado se recogía en bucles batidos á entrambos lados de su frente, recordando una moda ya lejana, pero que en su época sólo la habían usado las mujeres elegantes y distinguidas.

Sus manos estaban cuidadas y eran finas, algo demacradas y de corte delicado; su pie, del cual se veía una tercera parte, á lo menos, por debajo de los pliegues de su traje, debía ser pequeño y combado; todo en ella patentizaba, en fin, á la mujer de buena educación y de los más delicados instintos.

Aquella cabeza, que ya cubría la nieve de la vejez, se destacaba con una majestad imposible de describir de entre el grupo de cabecitas risueñas, frescas y rosadas de las niñas; parecía una gran

encina cubierta de nieve y plantada en medio de un risueño cuadro de pintadas flores.

Las niñas eran unas rubias, otras morenas, pero casi todas bonitas y graciosas.

En el testero principal, es decir, en el medio que formaban las dos filas de las alumnas y alumnos, había una mesa muy grande y muy antigua que contenía una paleta preparada con colores finos, un vaso con agua que sostenía algunos pinceles, un ancho pupitre, sobre el cual había un pequeño paisaje principiado á pintar, y una caja de cartón que contenía muchos más países concluidos.

Delante de la mesa estaba colocado el sillón del maestro, y entre la mesa y el anciano estaba sentado *Bolón de oro*, el pobre niño recogido por la caridad del maestro.

Desde luego se conocía, al verle, que traía su origen del Norte, según había dicho el maestro; decíanlo así también sus largos cabellos de un rubio vaporoso, sus rasgados ojos azules y la extrema blancura de su tez.

El resto de sus facciones ofrecía el modelo de una perfección infinita; tenía la nariz recta y delicadísima, la boca pequeña y sonrosada, la barba

partida por un gracioso hoyuelo, la frente ancha y despejada; su estatura era alta, esbelta, flexible como un junco; caían sus cabellos hasta sus hombros en copiosas ondas de seda, prestando á su pura fisonomía un encanto indecible.

El talento, el gusto inteligente del maestro se revelaban de una manera incontestable en el traje de *Botón de oro*; éste llevaba un pantalón y una graciosa blusa de cutí, muy barato, azul celeste, y una camisa muy blanca, cuyo ancho cuello se doblaba sobre el canesú de la blusa sujeto por una pequeña corbata de seda negra.

Nada podía cuadrar mejor á aquella fisonomía angelical que aquel risueño é inocente color.

Apenas el duque fijó sus miradas en aquella hermosa criatura, comprendió que era el protegido del maestro, y miró curiosamente sus manos.

Eran éstas muy pequeñas y no mal formadas; sólo sus dedos permanecían unidos por medio de filamentos invisibles, que los dejaban inmóviles para todo movimiento.

La pobre criatura sufría mucho con aquella desgracia, que le hacía inútil para todo trabajo, que le dejaba incapaz de ayudar á su protector, á quien tanto amaba.

Entre las dos grandes ventanas se veía un manucordio de forma muy antigua, pero grande y de buenas voces, que servía para dar lección á los discípulos de ambos sexos (*).

En fin, en cada uno de los rincones de la escuela había una enorme maceta de tierra que contenía un arbusto, cargado, no de flores, sino de fruta sazónada y deliciosa para el olfato, y para la vista.

Había un guindo, dos manzanos y una pequeña higuera, y ésta era la única cuyo fruto se hallaba verde todavía á causa de lo poco adelantado de la estación.

El maestro ponía como adorno, á la vista de sus alumnos, aquella excelente fruta, porque decía que de ese modo la veían sin tocarla, por mucho que les gustase, y aprendían á respetar la propiedad y á no llegar á lo ajeno por ningún pretexto.

(*) Me ha parecido más decoroso, y, sobre todo, más verídico, el poetizar aquí la respetable clase de maestros de instrucción primaria, haciendo ver de cuántas mejoras es susceptible la educación en las aldeas, que imitar á Eugenio Sué, cuando dice que el maestro Claudio Gerard barria la porquera del señor cura, abría las sepulturas y daba lección á sus discípulos en la cuadra; estas exageraciones, que deploro en el malogrado Sué, por más que admire su talento, si son tolerables en Francia, no convienen de ningún modo á la dignidad de España, cuyo magisterio, si bien no muy ampliamente retribuido, vive con más decencia.

Un cuadro, que representaba á la Virgen subiendo al cielo, y sobre éste un hermoso crucifijo de gran tamaño, presidían la clase.

El duque y su hija permanecieron por algunos instantes mudos, estáticos de admiración ante aquella escuela modelo, aunque los dos por muy diferente motivo.

La niña admiraba aquel aspecto alegre, aquellos niños de ambos sexos, todos modestos, callados y atentos cada uno á desempeñar del mejor modo posible su ocupación.

Su padre estaba extasiado ante el triunfo de la inteligencia y de la virtud, que hacían casi un héroe de aquel humilde maestro de aldea.

La voz del mismo preceptor vino á interrumpir sus gratas meditaciones.

—Queridos míos—dijo con dulzura dirigiéndose á sus educandos:—enseñad vuestras planas de hoy á este caballero, que tendrá mucho gusto en verlas.

Los muchachos abrieron los pupitres de madera negra y encerada que, colocados en una larga mesa, tenían delante de sí, y sacaron sus planas, que colocaron sobre la misma y al alcance de la vista del duque.

Éste quedó admirado de la limpieza y gallardo carácter de la letra.

—Veo, padre mío, que hoy se han portado muy bien—dijo el maestro dirigiéndose á su padre;—á pesar de no estar yo á su lado, la escritura es digna de elogio.

—Lo mismo ha sucedido, pues, con las lecciones, José—dijo el anciano acercándose;—nada han dado que hacer, ni á mí ni á *Botón de oro* que, según costumbre, se las ha tomado todas.

—De ese modo habrá paseo con usted y conmigo, mi querido padre—repuso el maestro—y mi madre nos dará pan tierno y un buen pedazo de jamón, que comeremos en la pradera.

—¡Oh, qué gusto!—gritaron palmoteando algunos de los chicos; ¡qué gusto, ir á paseo con el señor maestro!

—¡Y con padre Matías!

Luégo, colgándose dos de los más pequeñitos de las manos del anciano, le preguntaron, alzando hacia él sus caritas rosadas:

—¿Nos contará usted un cuento, padrecito Matías?

—Ciertamente.

—Señor maestro ¿nos explicará usted algo de

historia?—preguntaron á su vez dos de los mayores.

—Con mucho gusto.

—¡Nosotras también hemos trabajado muy bien!—dijo algo mohina una de las niñas;—y si no que lo diga madre María.

—Tienen razón—repuso la anciana ciega.—También han trabajado muy bien, y es preciso darles algún premio.

—Bueno, dejarán la labor cuando yo me vaya á paseo con los niños, y bajarán á merendar cerezas y naranjas al patio, y á jugar, sin tocar, por supuesto, á las macetas.

—Gabriela será de la partida—dijo el duque, y luego añadió:—¿No quieres, hija mía?

La niña hizo un alegre signo afirmativo.

—Pues que vaya *Botón de oro* á la quinta y que entregue á la señorita Mariana unas líneas de mi parte.

Y el duque se aproximó á una de las mesas de los muchachos, tomó un pedazo de papel y escribió lo que sigue:

«La señorita Mariana tendrá la bondad de mandar al despensero que arregle una cesta con algunas provisiones, y que la envíe con Pedro, el que

se vendrá con el niño portador de este billete; se advierte que los manjares han de servir para una merienda de niños.»

Salió *Botón de oro* con su misiva, y entre tanto el maestro se sentó delante del manucordio, é hizo señas á un niño como de diez años y á una niña de ocho para que se acercasen.

—Vais á cantar *El Nocturno*, hijos míos—les dijo—para que os oigan y os admiren este caballero y esta señorita; ea, pues, buen ánimo y desechad la timidez, porque sabéis que cuando queréis cantáis muy bien.

Los chicos, animados con este elogio, se sonrieron con satisfacción; preludió el maestro y empezó el niño la canción, que era de una melodía dulce y llena de encanto; la segunda estrofa la cantó la niña y luego terminaron las dos voces con una pureza, con una ejecución admirables en tan tierna edad.

—¡Oh, qué hermosa música!—exclamó Gabriela enjugándose los ojos con su pañuelo de batista.

—¿Quién es el autor de esa bellísima melodía?—preguntó el duque.

—La he compuesto yo—respondió el maestro sin perder nada de su modesta gravedad.

—¿Es posible!

—Aprendí bien la música en mi juventud, y aun recuerdo algo de ella.

—¿Y la letra de esa canción?

—Es mía también.

—Pero, amigo mío, usted posee todas las habilidades y un mérito tan sobresaliente como jamás he hallado en ninguna persona.

—Yo creo, caballero, que el ser poeta no es un mérito—repuso el maestro—el poeta nace, por más que se aprenda el arte de hacer versos; inútil será que el que no ha recibido del cielo la luz divina de la inspiración se empeñe en ser poeta; nada conseguirá, porque aunque haga versos según las reglas de la rima y del arte, éstos serán insonoros y faltos de armonía.

—Es verdad, amigo mío; pero usted ha nacido con el dón inestimable de la poesía, lo mismo que la rosa nace con su perfume, con su armonía el arroyo y el ruiseñor con su canto; Dios se lo ha concedido, y usted lo tiene sin buscarlo y sin saberlo quizá.

—Eso que usted me dice, señor duque, es una verdad, y por eso no le doy gracias, aunque me sea muy grato el oírlo de sus labios; soy poeta: no

puede ser otra cosa lo que me obliga a amar todo lo que es bello, bueno y noble, porque la poesía es el gusto por lo bueno y el amor hacia todo lo que es verdaderamente grande y sublime; pero, hijos míos, yo soy ahora ingrato con vosotros—añadió el maestro volviéndose a los dos niños que habían cantado y que no se separaban de su lado esperando su parte de elogios del maestro.—Habéis cantado como dos ángeles, y estoy muy contento de vosotros.

Los niños se volvieron a sus asientos llevando en los labios una sonrisa de cándido orgullo.

—Vamos ahora, si usted gusta, a ver el resto de mi casa, señor duque—dijo el maestro dirigiéndose al padre de Gabriela.

—Papá—preguntó ésta—¿quieres que yo me quede aquí con las niñas?

—Sí, querida mía—respondió su padre.—Quédate aquí, que yo vuelvo al instante.

Una de las educandas mayores trajo una silla para Gabriela, proporcionada a su estatura, y ella se sentó con tanta alegría y confianza como si fuese antigua amiga de todas aquellas niñas.

El duque de Miranda siguió al maestro al interior de la casa.

VI

Para llegar a las demás habitaciones era preciso salir de la escuela y volverse a hallar en el descanso de la escalera.

Allí se veía otra puerta abierta que mostraba una especie de antesala cuadrada, de pequeñas dimensiones y amueblada pobremente con algunas sillas de paja.

Aquella antesala conducía a las demás dependencias habitadas por el maestro y su familia, porque la escuela formaba un cuerpo del todo separado é independiente del resto del edificio.

La primera puerta que abrió el maestro fué la de una sala bastante capaz y que tenía una hermosa ventana cubierta por la parte exterior con una tupida estera, y por la interior con una blanquísima cortina de percal.

Aquel era el aposento de sus padres y el mejor ó quizá el único bueno de la casa.

Estaba amueblado según una moda antigua ya, pero con mucha limpieza, y con esa decencia que

anuncia tiempos pasados en una próspera y dichosa medianía.

Algunas sillas de alto respaldo y bajas de asiento, pintadas de verde y con dibujitos dorados, guarnecían la habitación; una mesa también dorada y verde de madera maciza y piés torneados ocupaba uno de los testers principales, y en el otro se veía un inmenso sofá compañero de las sillas, y con almohadones de tela persa de algodón, encarnada, con ramitos blancos muy pequeños.

Una antigua papelera de caoba y un buró también de remota fecha, y ambos, con embutidos de bronce, lucían su gran magnitud y su admirable limpieza con una majestad serena y respetable; por último, un pequeño espejo apaisado, sostenido por dos gruesos cordones verdes de estambre y seda, estaba suspendido sobre la mesa, que sostenía un neceser antiguo y algunos juguetes de china de remoto origen.

En la alcoba, cerrada con cortinas iguales á los almohadones del sofá, había una gran cama de encina con un altísimo respaldo ó cabecera de madera que acababa casi en la forma de una pirámide, y en el cual había pintados amorcillos azules con

alas de color de rosa, ramos de flores amarillas y pajaritos dorados.

Aquel lecho, alto y mullido con esmero, estaba cubierto por dos sábanas de hilo blancas como la nieve y por una colcha de persa, hermana de las cortinas y de los almohadones del sofá, y coronado por dos almohadas grandes y tan blancas como las sábanas.

A los pies de la cama se veía un hermoso crucifijo rodeado de ramas de mirto y de laurel, y bajo éste una pililla de agua bendita.

El resto de la alcoba acababan de llenarle un gran ropero y dos baúles.

Nada más aseado, más digno, más respetable, por decirlo así, que aquella humilde habitación, en la cual dos ancianos venerables habitaban con los recuerdos de una larga vida pura é irreprehensibles, porque sólo con verlos ó con mirar su habitación se conocía que su existencia había sido siempre un modelo de paz y de virtud.

Todo estaba en orden, todo limpio, todo hermoso, con el encanto del asco, encanto el más poderoso, porque así como el alma se entristece al entrar en una habitación cubierta de polvo y abandonada á la incuria, así parece que se alegra cuan-

do se entra en un recinto cuidado y agradable.

Algunas flores, colocadas en jarros de loza verde, y cortadas sin duda aquel mismo día, perfumaban agradablemente la habitación.

—Este es el cuarto de mis padres—dijo el maestro al duque—es lo mejor, ó, mejor dicho, lo único habitable que tenemos; pero estoy tan contento de que ellos estén bien, que me olvido de mí y no deseo más.

Diciendo estas palabras salieron de aquella habitación, y el maestro abrió otra puerta contigua, hallándose en una salita mucho más pequeña y humilde.

—Aquí habito yo—dijo aquél sin poder reprimir un suspiro—pasemos, si usted gusta, señor duque, ó retirémonos si no quiere molestarse en ver la celda de un pobre anacoreta.

—Por el contrario—respondió el duque—todo lo que le rodea á usted me interesa y me agrada, y mucho más ha de interesarme lo que le toca tan de cerca. Si no es indiscreción visitaré el aposento de usted como el de uno de los hombres más distinguidos y de más talento que conozco.

El maestro hizo un gesto de triste resignación y ambos entraron en la salita, que, según he dicho

ya, era de pequeñas dimensiones y estaba amueblada con mucha sencillez, ó más bien con bastante pobreza.

Algunas sillas ordinarias; un gran estante lleno de libros, manuscritos y pergaminos que atestiguan la laboriosidad del maestro; dos caballetes, en los cuales había extendidos dos lienzos sin concluir; una mesa de madera negra con un pupitre encima y recado de escribir, y un sillón antiguo, componían su mueblaje.

La alcoba, pequeña, tenía una papelería y una cama también pequeña, de hierro, con ropas y cortinas blancas.

Pero lo que más llamó la atención del duque fué un cuadro que podría tener una vara de ancho por un largo igual, y que estaba encerrado en un rico marco de oro, al parecer, y de un maravilloso cincelado.

Aquel cuadro estaba cubierto con un crespón negro, y á su pie, y sujeto á un clavo con un cordón de seda, había una rama de azucenas marchitas y ya del todo secas.

El duque comprendió al instante que aquel crespón y aquellas flores marchitas encerraban una historia de lágrimas, y no se atrevió á preguntar

nada; pero la atención con que lo miraba fué advertida muy pronto por la perspicacia del maestro.

—Veo, caballero—dijo con una triste sonrisa—que ese cuadro velado excita la curiosidad de usted, y voy á satisfacerla en lo que puedo.

—¡Oh, suplico á usted que nada me diga!—interrumpió el duque.—Yo he entrado en esta habitación casi contra la voluntad de usted, y sentiría que pensase me había movido á ello el deseo de penetrar indiscretamente sus secretos: nada debo y nada quiero saber.

—No seré yo tampoco quien descubra un secreto que no es mío solamente—repuso el maestro;—pero algo de él sí le puedo confiar: ese cuadro es un retrato... el de la mujer que amé y cuyo recuerdo está aún en mi corazón, á pesar de hacer doce años que ella misma rompió los lazos que nos unían... pero como para mí ha muerto, he extendido sobre su imagen ese fúnebre crespón...

La voz del maestro era sorda y oprimida; el duque le miró con una compasión profunda, y luego le preguntó:

—¿Ha muerto efectivamente?

—No, señor; aun pertenece al mundo de los vivos.

Salió el maestro dicho esto, y el duque le siguió, pasando al instante al cuartito, ó, mejor dicho, al nido que ocupaba *Botón de oro*, y el cual estaba al lado del de su protector.

Era un gabinetillo angosto y largo, pero lleno materialmente de dibujos pegados á las paredes, de flores desecadas sobre una mesilla entre hojas de papel blanco y rodeado de macetas pequeñas.

La camita era propia para un niño de doce años, pequeña y cubierta de blanco.

—Yo cuido de esta habitación—dijo el maestro al duque—porque esa pobre criatura está condenada á una inacción tan completa como desesperada; la carta que usted ha enviado á la quinta he tenido yo que colocarla en uno de los bolsillos interiores de su blusa, y tendrá que tomarla de él la persona que haya de leerla.

—¡Oh, qué desgracia!—exclamó el duque con tristeza: y, sin embargo, en el semblante de ese niño hay más bien una paz celestial que la menor señal de desconsuelo ó de tristeza.

—Gracias á los consuelos de nuestra santa religión, caballero, que yo no dejo de prodigarle; á no ser por ella se hubiera muerto de desesperación ese pobre niño; afortunadamente su alma es muy

noble, y su inteligencia elevada recibe y absorbe todas las impresiones buenas y bellas que se le imprimen; la vista de las nobles artes le entusiasma, y en ellas hace cuanto es posible ejecutar con la inteligencia y sin el auxilio material de las manos; hace excelentes versos y canta perfectamente.

—¿Cómo se llama? ¿Es posible que sólo se le conozca por su apodo?

—Nada hay más cierto: era tan pequeño cuando yo le encontré, y su lengua, en lo poco que hablaba, era tan extraña—ya he dicho que debe haber nacido en Suecia ó Noruega—que no pudimos comprender nada acerca de su nombre por sus inarticulados sonidos; pero el señor cura, al echarle el agua de socorro, pues tampoco teníamos la seguridad de que estuviese bautizado, le puso bajo la protección del ángel Gabriel, por la analogía que halló entre su bello rostro y su serena figura y la de aquel celeste espíritu.

—¿Luego se llama Gabriel?

—Sí, señor.

—Tiene un título más á mi cariño, por el hecho de llevar el nombre de mi hija—dijo el duque;—pero vamos á encontrarle, porque ya me figuro que debe haber vuelto de la quinta.

—Ya no hay en esta casa más dependencias que la cocina, una alcoba para la mujer que nos sirve y un pequeño cuarto para guardar las provisiones—dijo el maestro;—así, pues, podemos volver a la escuela.

Hicieronlo así, y al entrar en ella vieron a Pedro custodiando una enorme cesta y a *Botón de oro* que había vuelto a ocupar su asiento, inmediato al del maestro.

—Veamos lo que ahí te han puesto, Pedro—dijo Gabriela, que había esperado la llegada de su padre para formular esta petición.

El lacayo abrió la gran cesta y Gabriela hizo una señal a los discípulos y educandas para que se acercasen.

Todos y todas la obedecieron, como una bandada de palomas que fuesen a echarse sobre un campo de flores, y rodearon la cesta.

Contenía en su anchuroso seno un enorme trozo de jamón dulce, algunos pasteles, cuatro tarros de almíbar, dulces secos, queso de Holanda y toda clase de frutas, así secas como de la estación.

Los niños de ambos sexos dieron gritos y palmadas de alegría.

—No puedo resolverme a reprenderles su ino-

cente regocijo—dijo el maestro.—Hay aquí manjares que los pobrecillos ni siquiera han visto en su vida.

—Pedro—dijo el duque.—Haz de esas provisiones dos partes iguales; la una déjala en el cesto y acompañarás con ella a este caballero y a los niños; de la otra esta señora dispondrá para la merienda de las niñas.

Pedro tomó con su cesta el camino de la cocina, y la anciana ciega le siguió con rara agilidad para hacerse cargo y guardar la parte destinada al bello sexo de la golosina de la criada, que era una muchacha campesina y ordinaria.

—Quédate aquí, hija mía, que al anochecer vendrá Mariana a buscarte—dijo el duque a su hija.—Merienda y juega con las niñas.

Gabriela se volvió con sus compañeritas y el duque alargó su mano al maestro con una emoción que en vano procuraba dominar.

—Adiós, amigo mío—le dijo;—hasta que he visto a usted ignoraba cuánto de hermoso, de dulce, de poético hay en la virtud; mi hija vendrá a su casa de usted para aprender a ser buena, dulce, sufrida en la desgracia que la ha enviado el cielo, y en la que quizá le deparará quitándole a su madre; yo le

ruego á usted que, en unión de esa excelente joven, que está también encargada de educarla, la rependa y la enseñe *lo que no sabe*.

—Yo lo haré, señor duque—repuso el maestro.—Esas palabras son mi lema y mi norte: *enseñar al que no sabe*, sea cualesquiera su edad y condición, porque creo que es una obra de misericordia sublime y que todos deberían practicar. Pero no puedo consentir en que usted se aleje sin haber oído cantar á Gabriel; es una maravilla tan grande, que no creo tenga igual en ninguna parte.

Esto diciendo, el maestro volvió á sentarse delante del manucordio, é hizo una seña á su protegido, que se acercó modestamente.

—Canta la *Despedida del mundo*, hijo mío—le dijo el maestro con el tono bondadoso y paternal que usaba con todos sus discípulos.

Y preludiando en seguida acompañó con exquisito gusto á Gabriel la siguiente canción:

¿Por qué si es la vida triste
sentimos abandonarla,
cuando en los cielos descanso
han de encontrar nuestras almas?

Todo en la tierra perece,
todo las leyes acata

de ese Criador Supremo
que como Padre nos ama.

Un día viven las flores,
y sus espumas de plata
sólo nos muestra la fuente
en la primavera plácida.

No lloremos, pues, las penas
que en este valle de lágrimas
nos hieren, pues es un día
lo que dura nuestra estancia.

Yo veo á la torva muerte
alzar su fiera guadaña
sobre mi infantil cabeza
sin que se turbe mi calma.

Adiós, mundo: en tus umbrales
apenas senté mi planta,
pero ya columbré el cielo
entre nubes de esperanza.

Y hoy miro que tras sus nubes
el Dios de bondad me llama,
para dar á mi inocencia
de las virtudes la palma.

Calló el niño y aun parecía escuchar el duque el eco de su voz mucho tiempo después de terminada su canción, y aun miraba su celestial figura iluminada con los rayos de la inspiración; sus ojos, elevados al cielo, su celestial sonrisa, todo decía bien claro que aquella criatura extraordinaria y de tan

precoz y elevada inteligencia sentía lo que cantaba y lo sentía igualmente que cuando lo había escrito.

—¡Esto es un prodigio!— exclamó el duque abrazando a Gabriel. Luego continuó dirigiéndose al maestro y sin soltar a *Botón de oro*, que estaba admirado:

—Me ha hecho llorar, amigo mío, porque me ha recordado a mi pobre moribunda, que quizá a estas horas se despide del mundo y de mí... ¡Ay, quiera Dios que aun llegue a tiempo de cerrar sus ojos!

El duque se despidió del maestro y de sus padres hasta su próxima vuelta; abrazó a su hija y se volvió a su quinta para acabar de poner en orden sus asuntos y papeles ante de marchar a Italia.

Gabriela pasó una tarde deliciosa; merendó muy bien con las niñas y jugó con ellas, hasta el anochecer, que fué a buscarla Mariana, y ambas se volvieron con Pedro a la quinta.

VII

El duque marchó a la mañana siguiente y a una hora en la que aun dormía su hija, pues no quería contristarla con una despedida.

Cuando se despidió de Mariana la estrechó la mano con afecto y la dijo:

—Amiga mía, ruego a usted que emplee ahora con mi hija más cuidado, más cariño que nunca; sólo el interés de usted la queda; pero perdóneme usted—continuó al ver la expresión del pesar retratarse en las facciones de la joven aya.—Sé que este ruego es una ofensa para usted, tan buena, tan tierna, tan afectuosa. Yo sé que mi Gabriela será feliz.

—Lo será en cuanto de mí dependa, señor duque—respondió Mariana.

—Déjela usted ir todos los días a la escuela, Mariana—dijo el duque;—en esa humilde casa del maestro se encierran tesoros de virtud y de inteligencia; usted misma puede buscar al lado de esa respetable familia algunos ratos de solaz y compañía.

El duque partió al fin, y Mariana, al despertar á Gabriela á la hora de costumbre, se lo dijo con las mayores precauciones.

La niña no se admiró; sabía ya que su padre debía dejarla; sin embargo, derramó algunas lágrimas entristecida por no haberse podido despedir de él, y dijo elevando al cielo sus manos:

—¡Quiera Dios que traiga buena á mamá!

Luégo pidió que la llevasen á la escuela, y Mariana misma la condujo á ella, pues aquella excelente joven no quería separar de su lado á la niña, por lo mismo que había quedado tan completamente fiada á su cuidado.

Sin embargo, Gabriela se aficionó de tal modo á D. José, á sus padres, y sobre todo á *Botón de oro*, que al acabarse la clase de la mañana rehusaba muchas veces volver á la quinta, y permanecía en casa del maestro hasta que volvía á abrirse la escuela por la tarde.

Mariana, el día que esto sucedía, no quería volver tampoco á la quinta, y se quedaba al lado de Gabriela.

—Querida mía—la dijo una tarde al volver á casa—eso no me parece bien hecho, porque sin duda quitamos toda libertad á D. José y á sus pa-

dres con nuestra continua presencia en su casa.

—¡Bah! ¡Si están tan contentos cuando estamos ahí!—dijo la niña con acento de profunda convicción.

—Sí; eso lo aparentan por buena educación; pero nosotras debemos procurar no molestarlos.

—Pues si los molestáramos se alegrarían cuando llegase la hora de marcharnos, y yo veo que el señor maestro la mira á usted con unos ojos bien tristes cuando se despide de él.

—¿A mí?—preguntó Mariana ruborizándose hasta el blanco de los suyos.

—¡Ciertamente, aya mía, á usted!

—Vamos, querida Gabriela, esas son aprensiones de usted, y en ellos, la buena educación les obliga á manifestar sentimiento al salir de su casa.

Desde aquel día Mariana interrogó con cuidado á su corazón, y halló en él un sentimiento nuevo y extraño: amaba al maestro, y su inocencia y su sinceridad la quitaron bien pronto la duda de este sentimiento.

Llegó por fin la primera carta del duque, dirigida á Mariana, y en la cual la decía que el estado de la duquesa era muy alarmante, pero no tan desesperado como él había temido; que su presencia

había parecido reanimarla, y que desde su llegada se hallaba mucho mejor: añadía, con pena, que se había propuesto volver á la quinta, pues quería ver á Gabriela y á Alfredo, al cual había mandado se le escribiese para que inmediatamente fuese á su casa.

«Esto me contrista, concluía la carta, porque en el estado de la duquesa, tal viaje debe ser muy peligroso; pero, ¿cómo por otra parte privar á una madre de abrazar á sus hijos, acaso por la última vez de su vida? Haré que me acompañen los dos médicos que más confianza me inspiran de los que la asisten, para prevenir cualquiera novedad que en su débil estado pudiera presentarse.

«Antes de nuestra salida de esta ciudad volveré á escribir á usted, querida amiga: mientras tanto, abraza usted á Gabriela en nombre de sus padres, y dé mis cordiales y afectuosos recuerdos al maestro, á sus padres y á *Bolón de oro*, del cual me acuerdo mucho: hablo varias veces con la duquesa de este muchacho extraordinario, no menos que de su protector, y tiene vivos deseos de conocerlos.»

Dos ó tres días después de recibir esta carta se hallaban Gabriela y Mariana en casa del maestro, por la tarde.

Después de terminada la clase, los muchachos se marcharon á sus casas, quedando sólo seis de las niñas mayores para preparar la fiesta llamada de la Virgen.

Gabriela y su aya se quedaron un rato más, según costumbre, y aquélla, cansada de la grave conversación de Mariana con los ancianos, se levantó y se marchó al interior de la casa.

Al pasar por el cuarto del maestro vió la puerta entornada, y deseando encontrar al propietario de la habitación, empujó la puerta suavemente.

La estancia estaba oscura, y Gabriela, cuyos ojos estaban habituados á la viva luz que había en la escuela, no pudo al pronto distinguirle; pero bien pronto sus ojos se acostumbraron á aquella media luz, y divisó al maestro sentado en un rincón y con la cabeza sepultada entre sus manos.

Un instinto secreto avisó á la niña, á pesar de su corta edad, de que aquel hombre padecía mucho, y permaneció callada y sin resolverse á hacer ningún movimiento que acusase su presencia allí.

Pero llevando su vista del maestro á la habitación, bien pronto se detuvo en el objeto más notable y más digno de llamar la atención.

Gabriela miró al cuadro encerrado en el marco

de oro, y que en aquel instante estaba despojado del crespón que habitualmente le cubría, y dejó escapar con una alegría indecible estas palabras:

—¡Mi mamá!

El maestro se estremeció y se volvió rápidamente.

En seguida se levantó, subió sobre una silla y cubrió aquella imagen encantadora con su fúnebre cortina.

—¡Oh, yo quiero mirar otra vez á mi mamá!— exclamó Gabriela casi llorando. —¡Hace ya tanto tiempo que no la veo! ¡Don José, yo le suplico á usted que me la enseñe otra vez!

Por la primera vez, quizá después de muchos años, la cólera tiñó de carmín las mejillas del maestro; sin embargo, la vista de aquella niña que lloraba rogándole le enseñase el retrato de su madre, á la que tal vez jamás volvería á ver con vida, le hacía padecer cruelmente.

Las facciones del maestro manifestaron bien pronto la ardua lucha que tenía lugar en su alma; jamás una fisonomía humana ha experimentado sufrimiento más doloroso.

Se indignaba contra él mismo por haber guardado tan mal aquel triste secreto, por haberlo de-

jado á merced de una niña, y no sabía qué hacer en tan amarga y aflictiva situación.

Entre tanto, Gabriela no cesaba de repetir llorando:

—¡Yo quiero ver á mi mamá! ¡Yo quiero ver á mi mamá!

Por fin el dolor de la niña fué más elocuente para el buen corazón del maestro que otra ninguna consideración, y con mano temblorosa descorrió la cortina, dejando ante los ojos de Gabriela la deseada imagen.

Era, en efecto, un precioso retrato de la duquesa Clementina; no de Clementina doliente, enferma y abatida, sino de otra Clementina, bella, joven, fresca, casi niña.

Aquel cuadro debía ser obra de una mano maestra, de una mente rica de inteligencia y de inspiración.

Bañaba las mejillas de aquella graciosa figura un delicado carmín; sus ojos negros reían con la placida dulzura de la primera juventud; sus cabellos, negros, luengos y sedosos, bajaban en copiosas ondas, que luego se recogían en trenzas gruesas y apretadas que descendían por su espalda.

Llevaba un traje blanco con lazos negros, que se

ceñía á un tallo de una elegancia y flexibilidad maravillosas.

Tenía en la mano derecha una rosa y apoyaba la izquierda sobre una mesa dorada colocada á su espalda.

—¡Ah, mamá mía, mi querida mamá!—gritó Gabriela empleando en su entusiasmo toda la fuerza de sus pulmones.—¡Ah, mamá mía, qué deseos tenía de verte! ¡Cuánto me acordaba de ti!

Un ligero rumor que se percibió á la puerta hizo volver la cabeza al maestro; pero Gabriela, embobada en su entusiasmo, nada percibió.

Mientras ella seguía en sus gritos de gozo, el maestro se halló al lado de Mariana que, pálida y conmovida, se apoyaba en el marco de la puerta y miraba al cuadro, objeto del entusiasmo filial de Gabriela.

Ésta seguía dando palmadas, y no cesaba de gritar:

—¡Oh, mamá mía, querida mamá, cuánto deseaba verte!

—Vamos á casa, señorita—dijo Mariana con voz que temblaba;—ya es tarde.

—¡No, no! ¡Yo me quedo aquí!—respondió la niña resistiéndose por la primera vez á la dulce au-

toridad de Mariana.—Yo quiero mirar más á mi mamá... y no me iré.

—Es ya tarde—repitió la joven, echando sobre el retrato una celosa mirada.

—No importa.

Mariana iba á retirarse, cuando D. Matías, el padre del maestro, vino á decirle que la esperaba Pedro, y salió precipitadamente.

—¿Qué ocurre?—le preguntó con sobresalto.

—Nada más, señorita—respondió el criado—sino que acaba de llegar S. E. el señorito Alfredo.

Gabriela oyó estas palabras, y cediendo, como es tan natural en su edad, á la última impresión, se asió de la mano de su aya y gritó con alegría:

—¡Ah, mi hermano! ¡Ha venido Alfredo! ¡Vamos á ver á mi hermano!

Y se llevó tras sí á Mariana, que en su interior dió gracias al cielo por haberle enviado aquel auxiliar en la difícil posición en que se hallaba.

VIII

Alfredo era un hermoso niño de cerca de trece años, pero tan crecido y gentil que aparentaba diecisiete por su alta estatura y su corpulencia.

Tenía los ojos pardos, grandes y llenos de altivez; la frente alta y despejada; la nariz recta y el cabello castaño, espeso y abundante, pero sin ondulaciones, como advirtiendo lo altanero y duro de su carácter.

Era su tez blanca y algo pálida, pero con esa palidez fresca y rosada, por decirlo así, que hace parecer a las caras trigüeñas cuando son blancas; sus cejas, bien arqueadas y largas, eran pobladas, anunciando un carácter fuerte y decidido; su boca de labios finos, sus menudos dientecitos, su gallardo talle, sus manos delgadas y nerviosas, hacían de Alfredo de Miranda un modelo de hermosura, pero de una hermosura fuerte, varonil y destituida de toda graciosa debilidad.

Vestía su elegante traje de guardiamarina, compuesto de pantalón blanco, chaqueta de paño

azul, chaleco de piqué, corbata negra de seda y gorra con galón, sobre cuya visera se veían cruzadas dos áncoras.

Pero este traje, bonito y gracioso, era llevado por Alfredo con una soltura muy parecida al desdén; había en su modo de mirar, de alto abajo, una tan indecible arrogancia y tan extrema insolencia en algunas ocasiones, que le habían valido repetidos castigos y severas amonestaciones de sus jefes.

Cuando entraron Gabriela y su aya en la quinta, Pedro les dijo que el señorito se hallaba en el salón, y a él se dirigieron.

En efecto, Alfredo se paseaba pausadamente por él, y al verle de lejos se le hubiera tomado, a causa de su elevada talla y de sus sueltos movimientos, por un hermoso joven pensando en su porvenir.

Al entrar en el salón Mariana y Gabriela, daba casualmente la espalda a la puerta. Gabriela corrió a él y levantó sus bracitos para abrazarle, gritando con alegría:

—¡Hermano mío!

—¡Gabriela! —exclamó a su vez el guardia inclinándose y recibiendo en sus brazos a la pobre jorobadilla.

Y una lágrima brilló en los rasgados ojos de Alfredo, signo seguro de que, á pesar de su helado y arrogante aspecto, poseía un corazón sensible.

Besó muchas veces con emoción la frente y las mejillas de su hermana, y luego la retuvo por la mano junto á él, y se volvió hacia Mariana con aire imperioso é irritado.

—Yo creí, señorita, que sabiendo que yo debía llegar á mi casa, debía usted hallarse en ella para recibirme—la dijo con acento breve y duro.

—No sabía cuando usted debía llegar, caballero—respondió ofendida Mariana, quien al ver el aspecto varonil de Alfredo no titubeó en llamarle así.

Este, que hostigado por su hermana, que le tiraba del vestido, había vuelto á acariciarla, se volvió bruscamente al oírse llamar de usted por aquella persona tan insignificante para él.

—Mis criados me dan tratamiento—la dijo con altivez y midiéndola con una ojeada de desprecio.

—Podrá ser—repuso Mariana—pero yo no soy criada de usted.

—¿Pues acaso no la paga á usted mi padre?
Un ardiente rubor coloreó las pálidas mejillas

de Mariana, que no supo qué contestar. Alfredo añadió con mayor dureza todavía:

—Todas las personas de nuestra servidumbre quiero que me den el tratamiento que me corresponde.

—Su señor padre de usted no ha tenido jamás conmigo tan humillante exigencia—dijo por fin Mariana, cuyos ojos, por una súbita reacción de su dolor, se llenaban de lágrimas.

—Mi padre es demasiado bondadoso—repuso Alfredo soltando la mano de su hermana en su irritación y continuando su paseo.

Pero Gabriela corrió tras él, volvió á asir su mano y le preguntó con cariño:

—¿Por qué riñes á Mariana, hermanito?

—¿Por qué llevas tú un peinador blanco á las siete de la tarde, querida mía?—preguntó Alfredo que era muy inteligente en cuanto á hábitos de aristocracia y de buen tono.

—¡Si nunca llevo otro!—contestó la niña—dice mi aya que así voy más fresca.

—¡Yal! ¡Así das menos trabajo, pobre abandonada!—replicó Alfredo con aire duro é insultante.

Y luego, volviéndose á Mariana, añadió:

—Quiero comer dentro de media hora con mi

hermana, y quiero también que ésta se siente á la mesa vestida con el traje que corresponde á esta hora y á su clase.

—¿Quieres que me ponga el vestido de seda azul?—preguntó Gabriela, pronta siempre cuando halagaban sus gustos á someterse á cualquiera autoridad.

—Si tú prefieres ese, sí.

—Con el cuello y las mangas de encaje, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y el collar de perlas?

—Sí; lo que tú quieras.

—Vamos, pues, aya—dijo la niña asiendo la mano de Mariana.

—Perdón, señorita—respondió ésta—no puedo acceder á semejantes ridiculeces.

—¿Qué es esto!—exclamó el orgulloso Alfredo con voz dominante y concentrada.—¿Quién manda aquí?

—No soy yo por cierto, ni tengo tales pretensiones—repuso Mariana con altivez.—Pero debo decir á V. E., y así le llamaré esta sola vez, puesto que se empeña, debo decirle que no puedo permitir el que la señorita desconozca mi autoridad, obli-

gándome á que la vista teatralmente para comer en una casa de campo.

Alfredo miró por algunos instantes al aya, como si no comprendiese bien lo que había oído; tan estupefacto se hallaba de su atrevimiento.

Luégo, con una sonrisa irónica, y con acento breve y duro, la dijo:

—Señora aya, hasta que venga mi madre, que es la *señora* natural de su casa, permanecerá usted en su cuarto, á menos que no me prometa desde ahora una obediencia ciega y absoluta á mis órdenes.

—Caballero—repuso Mariana irguiendo la cabeza con las mejillas rojas y los ojos centelleantes de orgullosa indignación.—Salgo ahora mismo de esta casa, y, por tanto, ninguna de sus duras pretensiones pueden tener efecto.

Dicho esto, se acercó á Gabriela y la estrechó en sus brazos; pero entonces el desconsuelo se abrió paso á través de la indignación, y dos raudales de lágrimas se desprendieron de sus hermosos ojos, yendo á inundar sus mejillas.

Al oír la determinación de Mariana, un sentimiento parecido al miedo se deslizó en el corazón de Alfredo: una voz interior le avisaba que había obrado mal, ofendiendo á una persona de la con-

fianza de su padre y colocada allí por él; pero su orgullo pudo más que todo y detuvo en sus labios las palabras de excusa que su corazón le dictaba.

Entre tanto Gabriela miraba acongojada y triste la pena de su aya, a la cual quería mucho; aquellas palabras: «Salgo ahora mismo de esta casa»—que la había oído pronunciar, resonaban tristemente en sus oídos, como el presagio de alguna desgracia.

Sacóla de su triste meditación la palabra *jadíos!* que ella le dirigió con voz ahogada: entonces, echando sus dos bracitos al cuello de Mariana, exclamó llorando:

—¿Por qué se va usted, aya mía? ¡Yo no quiero que usted se vaya!

Y luego, volviéndose a su hermano, añadió con acento suplicante:

—Tú que la has enfadado, dila que se quede.

Alfredo se encogió de hombros y luego dijo a su hermana con acento imperioso:

—Ve a que te vista tu camarera para comer.

La tímida Gabriela obedeció, echando sobre su aya miradas de desconsuelo, y ésta salió tras ella, después de saludar con una leve inclinación al heredero de los duques de Miranda.

Mariana subió a su cuarto; hizo un paquete de

los efectos más indispensables, se puso un velo de tul que dejó caer sobre su semblante cubierto de lágrimas y, tomando su paquete, salió al campo.

Mas apenas había andado algunos pasos se sentó, llena de angustia y sin saber qué partido tomar.

Hallábase aquel valle y la quinta que acababa de dejar a lo menos a seis leguas de la ciudad en que residían sus padres, y dos días antes les había enviado la mensualidad de sus honorarios que el duque le había entregado antes de marcharse; hallábase, pues, sin un cuarto, sin asilo y en la más completa ignorancia acerca de lo que debería hacer.

Cuando todas estas reflexiones cruzaron por su cabeza, se culpó amargamente de su arrebato: ¿dónde ir? ¿qué hacer? Y aun cuando hallase un asilo seguro hasta que sus padres la enviasen el dinero necesario para su viaje, ¿qué dirían éstos al verla abandonar la casa de sus bienhechores, sólo por no tener la paciencia de saber doblegarse a los caprichos de un niño?

Es propio de todas las almas tiernas el culparse a sí mismas, aunque tengan razón, en todas las miserables cuestiones de la vida: el orgullo que les es natural, ó mejor dicho, la dignidad de que no pueden olvidarse, dicta siempre la altivez de su primer

movimiento; pero así que el corazón y la razón unidos dejan oír su voz, se reconocen ellas las solas culpables y buscan excusas aun para aquellos que las han ofendido.

Mariana lloró mucho más y se culpó agriamente después que hubo reflexionado algún tiempo; pensó, además del disgusto de sus padres, en el que iba a ocasionar al duque, que la había dejado tan recomendada a su hija y, sobre todo, en el pesar de la duquesa si lo llegaba a saber, enferma como se hallaba y casi moribunda.

Por dos veces tuvo intención de volverse al castillo, y la última fué tal la fuerza de sus reflexiones, que se levantó resueltamente para ponerlo por obra.

Un temor, una repugnancia invencible la contenían; pero al fin el recuerdo de su deber y el pensar lo fea y odiosa que podría parecer su ingratitude, la decidió: volvió a tomar su paquete y desahizo los pocos pasos que había andado, hallándose bien pronto otra vez a la puerta de la quinta.

Tomó con mano trémula el aldabón y le dejó caer, esperando temblando a que saliesen a abrir.

Durante algún tiempo nada se oyó; luego le pareció oír los pasos perezosos de un criado.

—¿Quién llama?—preguntó la voz ruda y gruesa de uno de los lacayos.

Mariana tembló más violentamente porque conocía la bestial estupidez de aquel hombre, que la tenía una aversión profunda a causa de los hábitos modestos y ordenados de la joven.

Impulsos tuvo de volver a retirarse; pero la idea de su deber se presentó de nuevo a su memoria y aceptó aquella dura prueba como una expiación de su arrebato y ligereza.

—¿Quién es?—volvió a preguntar con mayor dureza el lacayo viendo que nadie le contestaba.

—Soy yo—respondió el aya suavemente.

—¿Y quién es usted?

—¿No conoce usted mi voz?

—No, señora—respondió el truhán, aunque la conocía muy bien.

—Soy el aya de la señorita Gabriela.

Oyóse al criado retirarse algunos pasos y hablar en voz baja con otras personas algo distantes.

Mariana aplicó el oído y percibió claramente esta conversación:

—Chicas, el aya está ahí otra vez—dijo el lacayo.

—¿Qué quiere?—preguntó una voz de mujer

que Mariana reconoció por la de una de las camareras.

—¡Toma! ¿Qué ha de querer? Volver á entrar.

—Pues hijo, no hay que dejarla.

—¡Es claro! ¡No faltaba más! Ahora que estábamos tan contentos de habérmola sacudido sin saber cómo.

—¡Vaya, vaya! Que se largue de ahí.

—Sí, que se vaya con la música á otra parte.

—Nos iba á hacer un flaco servicio poniéndose otra vez á gobernar.

—¡Es claro! Nosotros gobernaremos ahora á la casa y á los dos niños.

—Y nos pasaremos muy buena vida.

—¡Como príncipes!

—Y haremos nuestro negocio ahorrando buenos cuartos.

—Chico, dila que se vaya.

El lacayo abrió un poquito la puerta y Mariana pudo ver á todos los criados de la casa agrupados á la entrada del parque y celebrando una especie de conciliábulo.

Sólo faltaba Pedro.

—Señorita—dijo el lacayo, que era muy respetuoso cuando tenía á la vista el ejemplo y las re-

preensiones de su señor—no puedo, bien á pesar mío, dejar pasar á usted.

—¿Por qué?—preguntó Mariana, roja de vergüenza.

—Porque tengo esa orden.

—¡Oh, por favor, hágame usted el favor de anunciar al señorito que deseo hablarle.

—No puede ser; el señorito va á ponerse ahora mismo á la mesa con su hermana.

—Pues vea usted si es posible el que yo hable á la señorita!

—¡Imposible!

—¿Dónde está Pedro?—preguntó entonces Mariana asiéndose á esta última esperanza.

—Ocupado en el comedor.

—Llámele usted.

—No puede dejar el servicio.

Y después de esta última é insolente negativa, añadió el criado como por vía de caritativa advertencia:

—Señorita, cuando uno es pobre no puede tener orgullo.

La puerta se cerró y Mariana quedó anonadada; pero, á pesar de todo, aun pudo oír las risas de satisfacción de la servidumbre, y cómo se retiraba

dándose el parabién de la manera con que iban á gobernar la casa.

—¡Oh, sí!—se dijo la pobre aya.—No sólo debo reprocharme el haber abandonado á esos dos pobres niños, sino los perjuicios que va á ocasionar á esta casa hospitalaria el desenfreno de los criados. ¡Oh, Dios mío, qué culpable soy!

Mariana volvió á sentarse sobre la húmeda hierba y soltó de nuevo las riendas á su llanto.

Las sombras de la noche descendían rápidamente á la tierra; ya la luna brillaba como soberana en medio del azulado y sereno firmamento, y aun la luz del día confundía sus rojas tintas en Occidente.

Oía Mariana los alegres gritos de los niños que salían cantando de la escuela para volver á sus casas, los rebaños volvían del valle con los pastores, los labradores regresaban á sus hogares; sólo Mariana carecía de hogar y no pensaba siquiera en burcarlo, sumergida en su honda pena.

De repente sintió estremecida una mano sobre su espalda; volvióse y vió á D. Matías, acompañado de *Bolón de oro*, que la miraban llenos de admiración.

—¿Qué hace usted aquí, hija mía?—preguntó el anciano.

Mariana redobló su llanto y no respondió nada.

—¿Ha tenido usted algún disgusto en la quinta?—prosiguió D. Matías.—¿Cómo es que á estas horas se halla fuera de ella? ¿Acaso está mala Gabriela?

—¡Ay, no señor!—respondió la joven—yo la he dejado buena hace poco, pero la he abandonado infamemente.

—Vamos, hija mía, serénese usted y cuénteme lo que ha ocurrido—dijo D. Matías con acento paternal y sentándose junto al aya.—Todo tiene remedio en este mundo cuando nuestras intenciones son sanas; ánimo, y cuénteme usted lo que haya, que yo la aconsejaré como pudiera hacerlo su mismo padre.

Mariana, animada por estas dulces palabras, enjugó sus lágrimas y refirió al anciano cuanto acababa de sucederle.

La excelente y débil criatura se dió á sí misma toda la culpa; pero el recto juicio del anciano vió muy claro en el asunto, así el mal comportamiento de Alfredo, como la dignidad algo exasperada de la joven aya.

—Por lo pronto—la dijo cuando hubo terminado—véngase usted á mi casa, hija mía, en la cual

hallará un asilo seguro y decoroso; Anastasia se alegrará de pasar algunos días con usted, porque la quiere entrañablemente; de José nada digo—añadió con una sonrisa llena de bondad, pero que sin embargo hizo asomar el carmin á las pálidas mejillas de Mariana.

Pero dominando con esfuerzo aquella emoción, le dijo con entereza y dignidad después de haberse asegurado de que *Botón de oro* no podía escuchar sus palabras:

—Señor D. Matías, yo agradezco á usted en su inmenso valor la oferta que me hace de darme un digno asilo en su casa; pero debo decirle que al aceptarlo voy á sufrir dolorosamente...

—¿Por lo del retrato?—interrumpió el anciano.

Mariana no respondió nada y bajó tristemente la cabeza.

—Mi hijo enterará á usted de esa historia—dijo D. Matías.—Sé cuánto la ama, y sé también, porque lo adivino, que la noble alma de usted no ha podido ser indiferente á las nobles cualidades de mi José. ¡Ah!—prosiguió el anciano.—¡Dios parece que os ha criado el uno para el otro, y si os unen los sagrados lazos del matrimonio jamás se habrá visto una unión más feliz!

Don Matías, al acabar de pronunciar estas palabras, tomó el brazo de Mariana y la hizo levantar; luego llamó á *Botón de oro*, puso entre sus brazos el paquetillo del aya y todos tres tomaron el camino de la aldea.

Cuando llegaron á la escuela, doña Anastasia y su hijo se hallaban sentados en el patio, extrañando la larga ausencia de D. Matías y de Gabriel.

—Ya no pueden tardar, madre mía—decía el maestro al tiempo de entrar en el patio los que esperaban.

—¡Y tanto como no podemos tardar, por cuanto ya estamos aquí!—dijo la alegre voz del anciano.

—¡Ah, gracias á Dios!—dijo la pobre ciega con un suspiro de satisfacción.—¡Cuánto nos habéis hecho padecer á José y á mí!

—Creo que me lo perdonaréis por la compañía que os traigo.

—¿Qué compañía?—preguntó doña Anastasia; y luego, avisada sin duda por el suave perfume que exhalaban los cabellos de la joven, añadió:

—¡Ah! ¡Es Mariana!

—Sí, es Mariana; ella te contará el motivo de hallarse aquí y el de que permanezca por ahora en nuestra compañía.

Dichas estas palabras tomó el anciano el brazo de su hijo y se lo llevó al interior del jardinillo, que tenía su entrada por el patio, dejando a las dos mujeres en libertad de hablar.

Aquella noche Mariana fué instalada en el cuartito de *Botón de oro*, y éste pasó a compartir el del maestro, pues ya se ha visto que la casa era muy pequeña.

Volvamos ahora a la quinta y veremos de qué manera marchaba aquella grande y opulenta casa, tan ordenada antes merced a los cuidados inteligentes de Mariana, y ahora a merced de su numerosa servidumbre.

IX

Al mismo tiempo que Mariana, despedida bruscamente por el lacayo, volvía a sentarse segunda vez sobre la menuda hierba para llorar con el más grande desconsuelo, Gabriela y Alfredo se sentaban pomposamente en la gran mesa del comedor de la quinta, llenos de la mayor alegría.

La niña estaba vestida *teatralmente*, según la enér-

gica y bien aplicada expresión de Mariana al negarse a las exigencias de aquel tiranuelo de trece años.

Llevaba un traje de seda azul de rica tela, con encajes blancos en el escote y mangas, que la duquesa había mandado hacerle, a fin de que le luciese en el banquete de despedida que ella y su esposo dieron a sus amigos el día de su salida de Madrid para la quinta.

Las negras trenzas de sus hermosos cabellos estaban ridículamente adornadas de sartas de gruesas perlas, que formaban una diadema, y ceñía su cuello un pesado collar de brillantes.

Pero ¡oh lastimoso contraste! No habían cambiado su calzado, y sus piés conservaban las botitas de dril que, para mayor comodidad y holgura, la hacía llevar la previsora Mariana, segura de que en aquella solitaria quinta no debía verla nadie, y deseosa de evitarla todas las molestias posibles.

El pantaloncito de Gabriela, liso y guarnecido de un estrecho encaje, era muy a propósito para el traje de muselina que le habían quitado; pero estaba tan avergonzado y ruboroso junto a aquel soberbio vestido de brocado celeste, que parecía querer escaparse y se subía lo más alto que le era posible.

Alfredo, que estaba lleno de vanidad por haber desempeñado tan perfecta y majestuosamente el papel de amo de su casa, vestía su traje de guardiamarina y admiraba sinceramente el rico atavío de su hermana.

Poco diestro en servir a Gabriela—pues siempre había sido servido él mismo—derramó las salsas por la mesa, despedazó dos aves en vez de trincharlas, y rompió dos copas de agua.

A los postres preguntó qué vinos había, y habiéndoselos nombrado, pidió Sotern y Burdeos.

Alfredo, llevado de su pasión de echárselas no sólo de hombre, sino de hombre de mundo, bebió una copa muy pequeña de cada uno; pero al quererle levantar de la mesa conoció que la cabeza le pesaba más que todo el cuerpo y cayó cuan largo era, dando con los pies en un velador, que vino al suelo con un soberbio vaso antiguo que contenía.

Gabriela dió un grito agudo; toda el agua que aun quedaba en los vasos de la mesa y un tarro de cristal lleno de dulce, cayeron sobre su vestido; al mismo tiempo, Pedro, que los servía, exclamó consternado:

—¡Santo Dios! ¡El vaso de la señora duquesa

que tenía en tanta estima por ser regalo de su difunto padre!

—¿Qué es eso? ¿Quién habla ahí?—preguntó Alfredo levantándose con trabajo.—¿Quién murmura...?

—¡Pero, señorito, esto es una cosa espantosa!—exclamó el honrado doméstico, que era ya hombre de edad madura.—¡Todo lo rompe usted! ¡Todo lo destroza! ¡Ah! ¡Cómo se conoce que no se halla aquí la señorita Mariana!

—¿Callarás, bribón?—exclamó Alfredo, en tanto que su hermana lloraba amedrentada en un rincón del aposento y miraba con desconsuelo las grandes y oscuras manchas que jaspeaban su vestido, poco antes tan hermoso y ahora en un estado tan deplorable.

—¡Ah! ¿Por qué habrá hecho caso de un niño la señorita Mariana?—continuó Pedro.—¿Por qué se habrá marchado de aquí? ¡Buena andará ahora esta casa!

—¡Ahora mismo te vas a reunir tú con tu señorita Mariana!—exclamó furioso Alfredo, que no podía tenerse sobre sus piernas y que no cesaba de hacer eses.—¡Vamos—continuó dirigiéndose a Pedro—sal al momento de casa!

—Lo que es yo no saldré—repuso el lacayo con entereza—que alguien ha de contener los desórdenes de V. E.

Uno de los platos de la mesa voló en dirección de la cabeza de Pedro, lanzado por la airada mano de Alfredo; el proyectil dió en la frente y abrió una ancha herida junto á una ceja.

Pedro no exhaló una sola queja; llevó el pañuelo á la herida y salió de la habitación, yendo á encerrarse en su cuarto.

Aquel hombre, que había gemido al ver rotas las vajillas de su señor, pareció recibir impasible aquella terrible herida.

Alfredo, terminada su última hazaña varonil, se fué á acostar y se durmió al instante profundamente.

Cuando una de las camareras fué á buscar á Gabriela, la encontró en el rincón donde se había retirado, presa de un desmayo profundo.

Al día siguiente Gabriela despertó con fiebre; sin embargo, no sabiendo ella explicarse su estado, se levantó; tenía sed y ordenó á una camarera la trajese agua fría, de la que bebió dos vasos con mucha ansia.

Enteramente falta de apetito, sólo quiso frutas

para almorzar; pero dos horas después de levantarse de la mesa hubo que volver á acostarla, acometida de vómitos y de un intenso frío.

El remordimiento se deslizó entonces terrible y punzante en el corazón de Alfredo; conoció que su carácter duro era la causa del estado de su hermana, y lloraba desconsoladamente sentado en su lecho, sin saber qué partido tomar.

Determinóse al fin á llamar á un médico de la ciudad vecina, el que, no sabiendo con quién entenderse en aquel caso tan grave, preguntó á los criados cual era la persona más caracterizada de la aldea y la que poseía mejor la confianza del duque.

—Señor doctor—dijo Pedro saliendo al frente de los criados—el señor maestro es quien hace falta aquí; es un hombre sabio, prudente, entendido, y que quiere á la señorita de veras; si usted quiere irá á buscarle.

—¡Al instante, amigo mío, al instante!—exclamó el médico.—La pobre niña está enferma de mucho peligro y corre riesgo su vida; no quiero tomar sobre mí tal responsabilidad.

Pedro echó á correr como una exhalación en busca del maestro.

Entremos nosotros en la casa del maestro dos horas antes que Pedro, esto es, á las ocho de la mañana de un domingo, y pasemos á un bonito cenador del jardinillo formado por humildes cañas y sencilla hiedra, pero lleno de frescura y de encanto.

Allí, sentados bajo un tilo muy frondoso, y hablando, se hallaban el maestro y Mariana.

—He pedido á usted el favor de que me oyera, señorita—dijo el maestro—porque antes de pedir su mano á sus padres es deber mío explicarle un misterio que sin duda habrá extrañado; me refiero al retrato de la duquesa de Miranda que conservo en mi poder.

Mariana calló; mucho deseaba aquella confianza, pero jamás se hubiera atrevido á solicitarla, aunque, á decir verdad, tampoco sin obtenerla se hubiera casado jamás con el maestro. Éste continuó así:

—Escuche usted la historia de mi juventud, que

será triste, pero breve, pues yo soy uno de esos seres comunes que ni han salido nunca de los límites de la vida regular, ni lo han deseado tampoco.

Mi padre, rico propietario, perdió todos sus bienes en un pleito ruinoso, siendo yo y tres hermanos más bastante pequeños; entonces, para atender á nuestra educación, solicitó y obtuvo un destino del Gobierno, honroso y lucrativo.

Yo crecí y estudié leyes; era bueno, sencillo y afectuoso, y á la edad de veintidós años me enamoré locamente de una hermosa joven de diecisiete, hija de un amigo de mi padre y que acababa de llegar del convento en que se había educado.

Era Clementina, y á aquella edad nada podía compararse con ella; confié á mi padre el cariño que la profesaba, y éste se lo confió á su vez al padre de Clementina; pero aquel anciano, que era prudente y grave, contestó que mi carrera tardaría aún bastante tiempo en concluirse, que así su hija como yo éramos todavía muy jóvenes, y que creía una locura el que ni uno ni otro nos ligáramos entonces con ninguna promesa.

Mi padre me repitió estas palabras; pero yo pínaté á Clementina mi amor y ella me escuchó con

esa complacencia con que oyen todas las jóvenes la primera declaración de esta clase.

El padre de Clementina era lo que había sido el mío, un honrado propietario de la clase media, pero cuya fortuna no sufragaba más que para educar á sus hijos con esmero.

De repente entró la desgracia en mi casa; murieron mis hermanos uno tras otro, y perdió mi padre su destino; deseoso de distraerle, salí con él de Madrid y vine á esta aldea, donde vivía entonces un honrado matrimonio, antiguos colonos de nuestra hacienda.

Cuando volví ya se había casado Clementina con el duque de Miranda. Furioso acusé á su padre y á ella de avaricia, pero aquél me respondió con firmeza:

—Amigo mío, mi hija amaba á usted como á un hermano, pero nada más; si le dijo otra cosa la engañó su corazón, porque ella es incapaz de mentir; por el contrario, amaba al duque apasionadamente desde el instante en que le conocí, y nada hemos hallado su madre y yo que oponer á su casamiento; lo que sí suplico á usted ahora es que evite el ver á mi hija, y, sobre todo, que se abstenga de darle quejas, pues sería una mala acción

el amargar su dicha ó alterar la paz de su matrimonio.

Estas palabras, lejos de calmar la pena que me devoraba, la aumentaron mucho; en cuanto á volver á ver á Clementina, no pensaba en eso; lo que creí más que nunca fué que la pobreza era el obstáculo que me había separado de la mujer que amaba, y aun hoy no he perdido esta cruel persuasión, aunque el amor hacia ella se haya convertido sólo en un dulce y triste recuerdo.

—¡Ah, debe usted, pues, desecharla!—exclamó Mariana; todos elogian las virtudes, la generosidad de la duquesa; quizá fué solo el amor quien la hizo unirse al duque.

—Podrá ser—repuso el maestro oyendo tranquilamente aquella seguridad, prueba inequívoca de que el amor á la duquesa se había extinguido en su corazón;—pero yo así lo he creído siempre; no obstante, como mis sentimientos son buenos y tengo bien arraigadas mis creencias religiosas, lejos de odiar la pobreza la profesé desde entonces una secreta y misteriosa simpatía; todos los pobres me interesaban, porque los creía no tan desgraciados como yo, pero sí infelices; mi padre mismo era pobre también; pero soportaba su escasez con tanta resig-

nación y aun con tanta alegría; veía á mi madre tan conforme con la voluntad de Dios, y me parecía tan hermosa esta campiña, que pronto se cambió en melancolía la amargura de mi pena.

Entonces me propuse una obligación: la de *enseñar al que no sabe*; al menos, me decía, la religión y la conformidad les hará más soportable la miseria, y esto que me ha servido á mí, quiero enseñárselo á ellos.

Obtuve sin dificultad un título de maestro y abandoné mi carrera para retirarme aquí; poco después de llegar quedó ciega mi pobre madre, y yo me dediqué á endulzar en lo posible sus últimos años y hacer todo el bien posible.

Conservé el retrato de Clementina, que yo mismo pinté; hoy, Mariana, se lo ofrezco á usted como la prueba más eficaz de mi amor.

Hace algunos meses llegaron aquí el duque y su familia; pero enferma la duquesa, ocupado su esposo en las mejoras de su casa y yo con los deberes de mi profesión, no los había visto; tampoco podía saber su estancia aquí, por cuanto estos buenos campesinos ignoran el nombre de su título; yo no conocía personalmente al duque, así es que cuando me llamó á su quinta le hablé como á un

desconocido; el primer rayo de luz fué para mí la vista de Gabriela, tan parecida en el rostro á su madre.

—¿Y aquel ramo de azucenas marchitas que hay bajo el retrato de la duquesa?—preguntó Mariana.

—Es el único dón de Clementina que conservo—respondió el maestro;—pero, querida Mariana, si consiente usted en partir mi soledad, el cuidado de mis padres y la santa misión de hacer bien *enseñando al que no sabe*, otra rama de azucena, pura y fresca, simbolizará nuestra mutua promesa de amarnos para siempre.

Hablando así se dirigió el maestro á una frondosa mata de azucenas que había á algunos pasos del cenador y que imperaba como reina en medio de un cuadro de claveles, y cortó una hermosa rama cargada de flores y semejante á las que ostentan entre sus manos las imágenes de las santas vírgenes que ya disfrutaban de la eterna bienaventuranza.

Luégo, y llevándola aún en la mano, presentó su brazo á Mariana y la condujo á la habitación de sus padres.

Hallábanse en ella los dos ancianos esperando sin duda á su hijo y á Mariana.

—Padre mío—dijo el maestro— quisiera que

usted me trajese el cuadro que hay en mi cuarto cubierto con un crespón, y la rama marchita de azucenas que hay debajo.

Don Matías salió llevando en los labios una sonrisa de inteligencia y satisfacción, y poco tardó en volver con los dos objetos que su hijo le había indicado.

—Mariana—dijo el maestro señalando la rama seca que tenía su padre en la mano—esas flores son la imagen de mi amor primero que vivió sin savia y sin aromas y murió sin perfumes; éstas prosignió mostrando las que tenía en la mano—son la imagen del que profeso á usted, que será el último y el más fuerte y verdadero.

A la edad en que yo pensé amar se engaña fácilmente el corazón; á la que hoy tenemos los dos ve la realidad despojada de las sombras de la ilusión. Recoja usted de las manos de mi padre esos dos recuerdos tristes de mi vida pasada, y acepte de las mías estas flores que la ofrezco como una promesa de eterna fe.

Mariana, ruborizada, tomó las azucenas, y luego el retrato y la rama seca que el anciano la presentaba, y huyó con todo á la soledad de su cuarto.

Entonces los dos ancianos extendieron sus dies-

tras hacia el maestro y exclamaron con efusión:

—¡Oh, hijo mío! ¡A Dios gracias te veremos aún feliz antes de morir!

El maestro iba á responder, pero se lo impidió Pedro, que apareció en la puerta gritando:

—¡Venga usted, señor maestro; venga usted, por Dios! ¡La señorita Gabriela se muere, se muere!

El maestro tomó su sombrero y siguió á Pedro á la quinta.

En breve llegaron á ella, y el fiel criado condujo á D. José á la alcoba donde Gabriela deliraba presa de una fiebre violenta, y donde Alfredo lloraba con el mayor desconsuelo.

El maestro, haciendo uso de una gran fuerza de carácter, se puso al frente de la casa, transmitió las órdenes del médico é hizo que á su vista fuesen ejecutadas.

Poco después, y á beneficio de fuertes medicamentos, Gabriela descansaba más tranquila, y un sueño apacible reemplazó al letargo de la fiebre.

Entonces salió el doctor por un instante y el maestro llevó á Alfredo fuera del dormitorio.

—Hijo mío—le dijo—usted ha procedido desde ayer muy mal, y yo debo decírselo, porque es una obra de misericordia enseñar al que no sabe.

Alfredo, abatido por lo que había sufrido, moderó su natural altivez y bajó la cabeza humildemente al oír las graves palabras del maestro.

—Puedo dar a usted el nombre de hijo, querido niño—prosiguió aquél—por mi edad y también por mi amarga experiencia de las cosas y del mundo, y créame usted, lo que ha hecho no es justo; la señorita elegida por su señor padre para aya de su hermana es una persona de esmerada educación, de carácter noble y delicado.

—Me faltó al respeto—murmuró Alfredo.

—A eso nos exponemos cuando tenemos exigencias ridículas, hijo mío; debemos guardar consideraciones a todos si deseamos que nos sean guardadas a nosotros por los demás; hasta el más ínfimo criado tiene su dignidad, y el que se olvida de ella y sufre paciente las injurias, es un ser despreciable y desgraciado.

—¡Ah! ¡Si he sido culpable lo he expiado bien cruelmente!—murmuró Alfredo.—¡Si usted supiera cuánto he sufrido!

—Lo sé, ó al menos me lo figuro, pobre niño; la consecuencia de nuestras injusticias son los disgustos, y al menos por egoísmo debemos ser templados en nuestras palabras y generosos en nues-

tras decisiones; es, además, muy verdadero aquel refrán que dice: *Más se saca con miel que con biel*, porque todos nos doblegamos antes y con menos dificultad a la dulzura que al rigor.

A no ser por Pedro, por ese fiel criado a quien usted también despidió, yo no hubiera sabido la indisposición de su hermanita, que tal vez se hubiera muerto.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tiemblo sólo de pensarlo, cuán mal hice en tratar tan mal a la pobre Mariana!

—Muy mal, y es muy recomendable que usted lo reconozca así; fué un arrebato y siempre se deben huir las decisiones dictadas por la ira y el orgullo.

—Pero, caballero, si yo tengo orgullo, el aya de mi hermana no tiene menos—repuso Alfredo con amargura.—¿Por qué no ha venido cuando ha sabido que se hallaba enferma?

—Ignora que lo esté, pues a saberlo hubiera volado a su cabecera; lo que sí puedo asegurar a usted que volvió al cuarto de hora de haber salido y que no la abrieron los criados.

—¿Cómo! ¿Es posible?

—Muy posible. Mariana era la única que podía

governar esta casa con acierto y firmeza, y los criados, imitando el ejemplo de usted, rehusaron recibirla de nuevo; amigo mío, los criados son casi siempre lo que son sus amos: cuando está el señor duque, modestos, atentos y serviciales; con usted han sido groseros y desvergonzados.

—¿De modo, que si usted no hubiera venido...?

—No sé lo que hubiera sucedido, pobre niño; más por fortuna Pedro vino a buscarme y ya puede usted tranquilizarse.

—¡Oh, Dios mío! Mil gracias, caballero; yo no sabría qué hacer... ¡Anoche... anoche... yo no sé lo que me pasó! Bebí un poco de vino y...

—Y se embriagó usted como el último de sus lacayos; lo sé.

—Pues bien, es cierto; no quiero ocultar a usted nada; creo me embriagué.

—Yo estoy seguro de ello, hijo mío: nada es más dolorosamente repugnante que el trocar el candor de la dichosa edad en que usted se halla por los vicios de los hombres que valen poco, y digo que valen poco, porque casi todos los hombres ilustres en ciencias y artes han sido sobrios.

—¡Ah! ¿De veras?—exclamó Alfredo, en quien

ardía el desco de gloria y la noble emulación del saber.

—Sí, de veras; los grandes genios han sido siempre bondadosos. Mirabeau, tan terrible, tan enérgico, á veces tan cáustico é irascible en la tribuna, era dulce y prudente en su trato íntimo, era todo corazón y ternura para los que amaba. Bossuet, el gran orador sagrado, era piadoso y caritativo, tierno y amable en demasía. Byron era generoso y humanitario para sus criados, y una vez que su ayuda de cámara se desconcertó una pierna le veló trece noches seguidas y le colocaba por su mano todos los medicamentos. Nuestro gran Carlos V reprendía con dulzura á sus pajes, y á fuerza de paternales amonestaciones le quitó el vicio de jugar á uno de sus jóvenes oficiales, pagándole repetidas veces todas sus deudas. Velázquez enseñaba á sus discípulos por medio de la dulzura, se informaba de sus necesidades y socorría á los más pobres; en fin, Cicerón se constituyó en guía de su nodriza, que se había quedado ciega después de grandes padecimientos á la vista.

—¡Oh, qué hermosas palabras me dice usted, caballero!—exclamó el niño, cuyas mejillas estaban animadas por un sonrosado colorido, y cuyos

bellos ojos chispeaban con el fuego del entusiasmo.—¡Yo no sabía nada de eso! Pensaba, porque mi educación de marino me separó muy pronto del lado de mis padres, que lo noble é ilustre de la cuna se manifiesta en la arrogancia del lenguaje, en la altivez de la actitud. ¡Ah, gracias, gracias por haberme enseñado que se puede ser grande y bueno á la vez!

—No hay verdadera grandeza sin virtud, querido niño; el talento, ó más bien el genio, ese destello de la divinidad, emana del mismo Dios, y el sabio y justo Padre, autor de todo cuanto existe, no puede enviarlo más que á los buenos.

—¡Dios mío! ¿Cómo haríamos para que Mariana volviese?—exclamó Alfredo que hacía rato parecía atormentado por un pensamiento fijo.

—Yo la iré á buscar, y volverá.

—¡Oh, no, no! ¡No se separe usted de mí! De orgulloso que era me he vuelto medroso, y tiemblo por mi pobre hermana!

—Ahora está usted en su estado natural. La niñez es tímida y este es uno de sus mayores encantos; no hay necesidad de que yo salga de aquí para que Mariana vuelva, pues bastará con que usted la envíe dos letras con un criado.

—Voy ahora mismo á escribirla—dijo el niño gozoso;—pero en el instante de ir á sentarse á la mesa, oyó el sordo rumor de un coche lejano, pero que se aproximaba rápidamente.

Alfredo soltó la pluma y palideció á la idea de si llegaría allí su padre viudo ó acompañado de su madre, y se apoyó en una silla; pero casi en el mismo instante entró Pedro muy gozoso y dijo:

—El señor duque y la señora duquesa van á entrar en el patio.

Alfredo dejó escapar un grito de alegría y bajó corriendo la escalera; de la silla de posta había ya bajado el duque y daba la mano á su esposa, que se apeaba, pálida aún y débil, pero visiblemente restablecida, y que le recibía en sus brazos con toda la efusión del maternal cariño.

El maestro miró á Clementina sin ninguna expresión de pena. El amor de Mariana había arrancado hasta las raíces de aquel otro amor que por tantos años había ocupado exclusivamente su co-

razón, ora con su existencia, ora con su recuerdo.

Cuando la duquesa descansó un instante de las caricias que prodigaba a su hijo, tendió en derredor suyo una alegre mirada y vio al maestro que, en pie delante de ella, hablaba con el duque.

—¿Qué es esto que veo!—exclamó con la expresión del asombro.—¡Amigo mío, usted aquí!

—Hace doce años que habito en el país, señora—respondió el maestro aproximándose.

—¡Cómo! ¿Le conocías?—preguntó el duque.

—Sí—respondió Clementina.—Le conocí antes que á ti, por ser hijo de un antiguo amigo de mi padre; pero—prosiguió la duquesa que parecía dominada por una idea fija—¿y Gabriela y su aya? ¿Cómo no están aquí ya? ¿No quieren verme?

—La señorita Gabriela se halla algo indispuerta—repuso el maestro;—su aya ha ido á preguntar á mi madre el modo de usar cierta hierba que conoce muy eficaz para cortar la fiebre.

—¡Oh, Dios mío, mi hija enferma!—exclamó dolorosamente la duquesa.—¡Mi hija enferma, y yo nada sabía!

Y, sin esperar á oír nada más, subió apresuradamente la escalera, dando muestras de un vigor que no se hubiera sospechado en ella.

El maestro se volvió á Pedro y le dijo en voz baja, en tanto que el duque se entretenía con su hijo:

—Vaya usted al instante á mi casa y suplique á la señorita Mariana que venga al momento.

—Voy ahora mismo.

—Y encargue usted á sus compañeros que guarden el más profundo secreto acerca de su salida de aquí, pues no hay necesidad de revelar al señor duque el pasajero extravío de ese pobre niño.

—Nada dirán.

Pedro salió presuroso sin decir nada más, y bien pronto se halló en la casa del maestro.

Cuando llegó, Mariana estaba en el patio disponiendo el altar para la fiesta de la Virgen, que debía tener lugar en la tarde del día siguiente.

El patio ofrecía ya el aspecto de una linda y espaciosa sala, pues se habían colocado en él algunas sillas, alquiladas en la ciudad vecina, y el venerable sofá de la habitación de los ancianos padres del maestro.

La mesita altar estaba cubierta por un primoroso mantel bordado y guarnecido de encaje; delante de la sagrada imagen había algunos jarros que sostenían hermosos ramos de rosas, azucenas y cla-

veles cortados y arreglados por la diestra mano de Mariana.

Dos candelabros de modesto bronce oscuro sostenían ocho bujías, cuyas arandelas eran de flores artificiales, y multitud de macetas abrían en derredor de las paredes del patio, y alternadas con las sillas, sus delicados calices, de los cuales se exhalaban exquisitos y suaves perfumes.

El manucordio había sido colocado en un ángulo del patio y dando frente al altar, y además había un órgano pequeño que el maestro debía tocar.

Pedro transmitió a Mariana las palabras de éste participándole la llegada de sus señores, y ella le siguió presurosa.

La duquesa, que aun se hallaba sentada junto al lecho de su hija, la recibió con el afecto y distinción que merecían las bellas cualidades de la joven, y la pidió mil perdones para su hijo, pues Gabriela, que no estaba advertida de que debía guardar silencio, lo había referido todo a su madre.

Gabriela pudo ya vestirse aquella tarde y su madre la prometió que al día siguiente iría en carruaje a la fiesta de la Virgen.

La niña se sentía ya feliz y restablecida entre los dos tiernos y solícitos amores que la rodeaban,

los de aquellas dos hermosas mujeres, de las cuales la una era su madre y la otra la quería como una tierna amiga.

Al día siguiente Gabriela, vestida de blanco, fué a casa del maestro a las siete de la tarde, acompañada de sus padres, de su aya y de su hermano; ya esperaban todos los niños y niñas, que así que entraron se agruparon entre el manucordio y el órgano.

La duquesa y Mariana se sentaron en el venerable sofá, junto a los ancianos padres del maestro, mientras Gabriela se reunía a las niñas y miraba llena de admiración la figura de la Virgen, rodeada de azucenas, como símbolo de pureza.

La misma Gabriela tenía en la mano un gran ramo de estas hermosas flores.

Los alumnos de ambos sexos entonaron un coro lleno de dulzura y de melodía, que acompañó Mariana en el manucordio y el maestro en el órgano; luego se adelantó Gabriela y puso su ramo a los pies de la Virgen, al compás de una música dulce, y cada una de las niñas hizo lo mismo con el suyo, acabándose la fiesta con algunos versos que recitaron *Botón de oro* y los demás niños.

.....

Un mes después se casaron el maestro y Mariana, siendo los duques padrinos de la boda; la novia, dotada por aquéllos con seis mil duros, estaba maravillosamente bella é interesante con su sencillo vestido de muselina blanca y su cinturón azul.

—Amigos míos—les dijo el duque—no propongo á ustedes que vengan á vivir con nosotros, aunque ese sería mi mayor deseo y el de mi esposa; sé que ni consentirán en abandonar á sus padres ni su santa misión de *enseñar al que no sabe*; pero lo que sí les pido es que no dejen jamás de dirigir el corazón y la educación moral y cristiana de mis hijos. Altredo no volverá ya al mar, porque su madre se opone, y conozco tiene razón, siendo nuestro solo hijo y único heredero. ¡Ojalá que aprenda de ustedes la suavidad de carácter que tanto necesita y la conformidad religiosa en las contrariedades de la vida!

Mariana guardó en una rica caja el retrato de la duquesa, cubierto aún con su crespón, enterró la rama de azucenas marchitas y ató á los piés de la Virgen la que era símbolo de su amor con un lazo color de rosa, como su porvenir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Un mes después se casaron el maestro y Mariana, siendo los duques padrinos de la boda; la novia, dotada por aquéllos con seis mil duros, estaba maravillosamente bella é interesante con su sencillo vestido de muselina blanca y su cinturón azul.

—Amigos míos—les dijo el duque—no propongo á ustedes que vengan á vivir con nosotros, aunque ese sería mi mayor deseo y el de mi esposa; sé que ni consentirán en abandonar á sus padres ni su santa misión de *enseñar al que no sabe*; pero lo que sí les pido es que no dejen jamás de dirigir el corazón y la educación moral y cristiana de mis hijos. Altredo no volverá ya al mar, porque su madre se opone, y conozco tiene razón, siendo nuestro solo hijo y único heredero. ¡Ojalá que aprenda de ustedes la suavidad de carácter que tanto necesita y la conformidad religiosa en las contrariedades de la vida!

Mariana guardó en una rica caja el retrato de la duquesa, cubierto aún con su crespón, enterró la rama de azucenas marchitas y ató á los piés de la Virgen la que era símbolo de su amor con un lazo color de rosa, como su porvenir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

Don Juan del Troncoso, rico caballero americano, vivía en Marsella, hace ya algunos años, acompañado de una hermana de más edad que él y de dos hijas cuyos caracteres y figuras eran muy distintas.

Agustina, la mayor, tenía dieciocho años; era alta, gruesa, morena y basta; sus ojos pequeños y negros, su cabello negro también y en extremo lustroso, su frente pequeña y estúpida, y su boca grande, hacían de ella un tipo poco agradable y muy común.

Mas a pesar de esto llamaba muchísimo la atención el contraste que ofrecía la vivacidad de sus ojos con el resto ordinario y casi grosero de su persona.

Agustina era lo que el vulgo llama *una buena moza*, y algunos la encontraban muy agradable; pero estas personas indudablemente valían muy poco así moral como intelectualmente, cuando les decía algo aquella figura á un tiempo prosaica, material, grosera y maliciosa.

Su hermana contaba dieciséis años, se llamaba Eva y era rubia, hermosa y torneada como nuestra primera madre.

Sus ojos, entre azules y pardos, eran rasgados y tenían una dulzura encantadora y singular; dos ricas y espesas trenzas rubias bajaban desde sus sienes á unirse detrás de su cabeza con una gracia sencilla y natural; sus cejas, estrechas y sedosas, formaban sobre su despejada frente dos arcos tendidos y llenos de nobleza; su boca pequeña, su linda nariz, su alabastrina blancura, daban á su semblante una suavidad encantadora.

Todo en ella era dulce, elegante y poético; sus manos de marfil pequeñas y delgadas, sus piés de niña, su talle delicado y esbelto como un junco, su estatura que no pasaba de los límites regulares, lo templado de sus movimientos, lo distinguido de sus maneras, y aun las jóvenes más descontentadizas y envidiosas de la buena sociedad de Marsella,

se veían obligadas á convenir en el mérito exquisito de aquella linda y simpática criatura.

Contaba Eva dos años menos que su hermana, y era, en verdad, muy desgraciada; aquella dura é imperiosa Agustina ejercía sobre ella, de una manera tiránica, el abominable derecho del fuerte sobre el débil, derecho odioso, pero que sin embargo tiene gran predominio en la sociedad.

De las dos hermanas, la mayor gastaba ricos trajes, blondas y hasta diamantes, cosa muy impropia en una joven de su edad, mientras Eva apenas tenía para salir más que un sencillo y casi humilde vestido de seda.

Aquella salía á paseo todos los días, y ésta quedaba en casa constantemente bordando y cosiendo la ropa blanca de su hermana.

Agustina tenía mucho dinero, que su padre le daba y que ella le pedía con diferentes pretextos, mientras Eva jamás veía un cuarto, pues ni lo pedía ni se lo daban tampoco.

Al rayar el día se levantaba la hermana menor para cuidar por sí misma del gobierno de la casa, preparar el tocador de su hermana y tener prontos para ella esos mil nada's que tanto necesita una mujer elegante y ociosa.

Eva perfumaba el baño de su hermana, la preparaba la ropa blanca que había de llevar todo el día y los dos ó tres trajes que había de cambiar durante él; luego, aunque la peinaba la camarera, Eva tenía que presidir el tocador de Agustina y aun ayudar á él en todo aquello que la camarera no alcanzaba ó no comprendía.

Eva cuidaba el guardarropa y el guardajoyas de su hermana; plegábase con una paciencia suma á todos sus caprichos, á todas sus exigencias, y llegaba á tanto su bondad, que hasta se había hecho la secretaria de su hermana, por lo cual escribía las cartas de todas sus amigas.

Tanta bondad, tan completa abnegación, no habían conseguido, sin embargo, cautivar el corazón de Agustina. Acostumbrada á la paciencia y á la docilidad de su hermana, se llegó á convencer de que era en aquella un deber el servirla y complacerla en todo, y lejos de tener para ella alguna consideración ó al menos alguna gratitud, la trataba con el mayor y más insultante desprecio.

Dos personas podían haber puesto remedio á tan extraña y culpable desigualdad: estas eran don Juan y su hermana la señora de Maceda, viuda de un portugués, y que vivía con su hermano; pero ni

uno ni otra tenían bastante fuerza de carácter y de voluntad para reducir y doblegar á la razón al fuertísimo de Agustina.

Doña Ana de Maceda era una excelente señora, muy condescendiente, muy devota y que temía mucho á su sobrina, que por la causa más leve promovía en la casa un terrible alboroto.

Cualquiera, al verla mimar, contemplar y espiar en su semblante el buen ó mal humor de su sobrina, hubiera creído que dependía de ella, cuando en realidad doña Ana disfrutaba una crecida renta que la producían sus bienes.

En cuanto al padre de las jóvenes era aún más débil que su hermana, y tenía á su hija mayor un temor verdadero y profundo; jamás Agustina había solicitado permiso de su familia para nada; su voluntad regía; tenía sus amistades particulares, iba adonde le acomodaba y recibía á todas las personas cuyo trato presumía que podría agradarle.

En cuanto á sus trajes, usaba también todas las formas de que ella gustaba, ora fuesen arregladas á la moda, ora de su exclusivo capricho; pero todos ellos eran tan vistosos, tan llamativos, que se la criticaba no sólo su fausto, impropio en una

joven, sino también la poca modestia y la excesiva ostentación de que hacía alarde.

Agustina gastaba plumas, diamantes, terciopelo y encajes; su padre la había señalado desde niña, como a su hermana, una pensión regular para su tocador; pero poco a poco después Agustina había ido exigiendo más, llegando en muchas ocasiones a apoderarse hasta de la llave de la gaveta de su padre, el buen D. Juan, que por temor a que su hija promoviese un alboroto hacía como que nada veía.

Vengamos, lector mío, a la habitación de Agustina, en un bello día del mes de Febrero, en el que el radiante sol y el azulado cielo de Marsella ostentaban todo su esplendor.

II

Era una sala cuadrada y bastante espaciosa, con un gabinete a cada lado y ventanas muy bajas, cerradas con celosías, que daban al muelle; las ondas azules del Mediterráneo se mecían como un gran manto transparente reflejando los rayos del sol, pues eran sólo las once de la mañana.

Las paredes estaban cubiertas de un tapiz de seda, lo mismo que el techo, de color celeste con ramos de rosas de su color natural, con follaje verde; esta combinación le daba un aspecto de ostentación y de mal gusto muy extraño en la habitación de una joven.

La sillería era dorada, con asientos y respaldos como los tapices; las mesas, doradas también, sostenían espejos de marcos tallados, recargados de flores, frutos de vid y grandes ramos de follaje que caían por ambos lados de las lunas, de gran tamaño.

Sobre las mesas había infinidad de objetos de plata, oro y china, y sobre bandejas americanas, de concha y oro, se veían multitud de tarjetas de las visitas particulares de Agustina, la mayor parte de jóvenes caballeros de la ciudad, entre los cuales había algunos con reputación de grandes calaveras.

Amplias cortinas caían delante de las ventanas y de las puertas de los dos gabinetes, de los cuales uno de ellos servía a la joven de tocador y el otro de dormitorio.

En el fondo del último se veía un lecho de maderas antiguas, pues Agustina había oído decir, no

recordaba dónde ni á quién, que aquello era más artístico y elegante que el acero; pero en vez de comprar un lecho pequeño, según es costumbre usen todas las jóvenes, y deseosa de mostrar en todo riqueza y esplendor, había comprado un gran lecho, pero de tan colosales proporciones, que hubiera podido servir para toda una familia.

Esto era tan extraño y de tan mal tono, que no podía dejar de chocar á primera vista.

Aquel lecho colosal estaba rodeado en el invierno con pesadas cortinas de seda, que se sustituían en el verano con otras de batista de un bordado recargado y prolijo.

En la mañana de que voy hablando estaba vestido con las de invierno; á los piés del lecho ardía, en una pequeña chimenea, un mediano fuego, cosa también más ostentosa que de comodidad, pues en aquel templado clima el fuego es necesario pocas veces.

Algunos cuadros de gran valor y mérito artístico adornaban las paredes del dormitorio, cubiertas de tela de seda color de rosa; pero ninguno de estos cuadros representaba una imagen sagrada; todos eran de asuntos profanos, y algunos de ellos bastante libres.

El cielo del lecho era un grande espejo, donde Agustina se miraba complacida, al despertarse cada mañana, durante largo rato.

Los pocos huecos que dejaban en el dormitorio el lecho y la chimenea los ocupaban un diván de seda pequeño, con borlas y flecos, y forrado de raso color de rosa, como la tapicería, y algunos sillones repartidos por la estancia entre macetas de hermosas flores inodoras, que en aquel bello clima no perecen jamás.

El reló, colocado sobre una de las consolas doradas del saloncito, dió las once, cuando Agustina abrió perezosamente los ojos, despertada muy á pesar suyo por aquel argentado sonido; dejó escapar un bostezo y en seguida llevó la mano á un grueso cordón de seda y oro que pendía junto á la cabecera de su lecho.

Aun ardía la lámpara de alabastro que cada noche quedaba encendida en el dormitorio; una doncella acudió al instante al oír la campanilla de Agustina.

—Abre—dijo ésta lacónicamente.

La joven, acostumbrada ya á los hábitos de su señora, abrió las maderas, descorrió un poco las persianas, apartó las cortinas y un rayo de sol fué

á reflejar sobre los negros cabellos de Agustina, sujetos por una gorra de dormir de batista guarnecida de encaje de Valenciennes.

La doncella apagó la lámpara subiéndose sobre una silla, y ella misma quedó también iluminada con la viva luz que inundó el aposento.

Era una joven que podía tener veinte años, y que respondía al nombre de Leticia.

Su fisonomía era notable por la mezcla de sagacidad y de malicia que se advertía en ella; sus ojos, oscuros, eran duros, relucientes y hundidos; su mirada sorprendía al principio y después incomodaba.

Tenía la tez pálida y algo morena, la frente pequeña, la nariz remangada, la boca grande; era de estatura mediana y bastante delgada, y, sin poderse llamar fea, desagradaba por la expresión suspicaz y solapada de toda su persona.

Su traje era lleno de coquetismo y pretensiones: sobre un traje de seda de color de hoja seca, volvía un ancho cuello bordado; las mangas eran iguales, y un bonito delantal de raso negro y una linda gorrita guarnecida de puntillas completaban su atavío.

Leticia había nacido en París.

Al volver Troncoso de América con una fortu-

na muy pingüe, había pasado algunos meses con sus hijas y su hermana en la capital de Francia y, en la necesidad de buscar allí una camarera, había hecho que Leticia entrase en el seno de aquella familia, donde tenía ella tantas ventajas cuantos eran los perjuicios que ocasionaba.

Por más que se la hubiese buscado para el servicio de toda la familia, puede decirse que Leticia estaba únicamente dedicada al de Agustina: doña Ana y Eva se servían solas, y además servían respectivamente á su sobrina y hermana.

Leticia, así que apagó la luz artificial y dió paso á la del día, iba á salir, cuando su joven señora la llamó.

—¿Han traído el traje verde con encajes?—la preguntó en francés.

—Sí, señorita—repuso la camarera.

—¿Lo ha visto papá?

—Yo creo que sí, porque á propósito lo llevé yo al salón.

—¿Qué ha dicho?

—Nada.

—¿Y mi tía?

—La señora sí que lo ha visto y lo ha tocado, dándole mil vueltas.

—¿Y qué ha dicho?

—No ha dicho nada; ya sabe usted que su señora tía es muy sobria de palabras; en cambio ha hecho...

—¿Qué ha hecho?

—Su pantomima acostumbrada: alzar los ojos al cielo y suspirar profundamente, como diciendo: «¡Dios mío, en qué parará este desorden!»

—No hay que hacerla caso; mi tía es tonta y devota, es decir doblemente tonta.

—¿Y mi hermana, vió el vestido?

—Sí, señora; vino detrás de mí cuando le llevaba, le tocó, le volvió, le examinó por todos lados; y luego dijo:

—¡Qué bella estará Agustina con este hermoso vestido!

—¡Vamos, lo de siempre; adulándome para que la regale algo; sabía que tú me lo habías de contar y por eso lo ha dicho!

—Lo mismo creo yo, señorita; pero realmente el vestido es magnífico.

—¡Yo lo creo! Como que me cuesta quince mil reales, atendida la riqueza de los dos volantes de Chantilly que le han puesto.

—Uno parecido tenía la señora duquesa de Río

de Oro, á quien tuve la honra servir antes que á usted.

—¿Parecido?

—Sí, señora; era muy inferior al de usted en cuanto á la riqueza de los volantes.

Leticia, conociendo el afán de Agustina por compararse con las más elegantes damas de la nobleza, mentía descaradamente para adularla y complacerla, y la comparaba siempre, que tenía ocasión á una gran señora á quien en efecto había servido en París.

La duquesa de Río de Oro gastaba más en un mes que Agustina, á pesar de su afán, en un año; pero la astuta camarera conocía muy bien la maniática vanidad de su señora, y la halagaba en provecho propio.

Dejó por un rato saborear á su ama, la descarada mentira que acababa de emplear, y luego la preguntó:

—¿Va la señorita á vestirse?

—Sí—respondió Agustina—pero dentro de un rato; cuando vaya á levantarme llamaré á mi hermana.

—Ahí fuera está bordando.

—Bueno; estará concluyendo mis batas de no-

che; ayer la regañé por lo mucho que la están costando de hacer.

Agustina, al acabar de pronunciar estas palabras, se volvió del otro lado, dando á entender á Leticia que su presencia estaba demás allí, y ésta salió, cerrando tras sí la puerta.

Junto al lecho de Agustina había una mesita de noche con tablero de piedra mármol, que sostenía algunos volúmenes franceses. Agustina, sin pensar en dar gracias á Dios porque le había concedido una noche tranquila, tomó uno y se puso á leer con la mano apoyada en la mejilla.

Pero bien pronto se cansó de este trabajo, tan ágradable para otra, ó, mejor dicho, de aquel dulce entretenimiento; su imaginación, apagada y fría, no necesitaba más pasto que el de la vanidad.

Casi todas las personas que gustan de la lectura tienen el alma sensible, se identifican con los personajes de los libros, sienten con ellos, son felices con ellos y con ellos padecen: yo he visto á algunas jóvenes embebidas en la lectura de un libro reír y llorar en muy corto espacio de tiempo, y palidecer con los que sufrían y ruborizarse con las jóvenes de sus libros; quien así siente, debe tener el alma muy bella y muy generosa.

Pero la de Agustina era prosaica y dura, y no le interesaban nada los personajes de sus libros.

Después que dejó el que había tomado, quizá con el sólo fin de despedir tácitamente á Leticia, cruzó sus dos brazos redondos y morenos detrás de su cabeza y se estuvo contemplando durante largo rato en el espejo del lecho.

Agustina se halló hermosa y tenía razón; las espesas masas de sus cabellos negros, sus ojos animados, sus mejillas sonrosadas, adquirirían mucho encanto con aquella luz viva que destellaba por entre los cristales del balcón; alguna idea muy halagüeña pasó por su mente, porque se sonrió, dejando ver una blanca, esmaltada y pequeña dentadura.

Cansada, en fin, de una inmovilidad que tampoco se avenía bien con su natural activo, volvió á agitar la campanilla.

Esta vez fué Eva la que se presentó, avisada sin duda por Leticia de que su hermana, según su diaria costumbre, iba á llamarla.

Aquella joven formaba con su hermana el contraste más perfecto.

Era de mucho menos estatura que ella, delgada y esbelta; ya he descrito su fisonomía, suave, be-

lla, angelical, y creo por lo mismo inútil describirla de nuevo.

Llevaba ya un largo vestido de merino azul, elegantemente cortado y ajustado á su talle de ninfa; su cuello y sus mangas eran lisos, aunque de una blancura deslumbradora; su peinado el que convenia á las once de la mañana.

Porque Eva era tan distinguida en sus gustos como vulgar su hermana: gastaba, en verdad, muy poco en su atavío, pues todo lo absorbía el de aquella; pero era tal el perfume de buen gusto que emanaba de ella, y el acierto y elegancia con que se vestía, que parecia mil veces más elegante que Agustina.

Esto mismo es una cosa muy común y hasta muy natural que suceda en todas las familias en las que hay preferencias entre las hijas de ella; la más desatendida se ve obligada á sacar de su ingenio lo que le falta de medios, y á que el buen gusto supla á la riqueza de los trajes y adornos, viniendo casi siempre á estar mucho mejor vestida que aquella á quien se prefiere con tan notoria injusticia.

Al ver á su hermana, Agustina se sentó en el lecho y dijola esta sola palabra:

—Vamos.

Eva tomó un peinador blanco que se hallaba sobre el brazo de un sillón cercano y le echó sobre los hombros de su hermana.

—Mujer, ¿por qué no me lo pones?—exclamó Agustina de mal humor.—Parece que hoy estás durmiendo.

—Me levanté, pues, á las seis—respondió Eva suavemente—para ver si podía acabar la última de tus cuatro batas de cama antes de que te levantas y sorprenderte con ella.

—Con un poco más de prisa que te hubieras dado en la labor lo hubieras conseguido.

—Me he apresurado más de lo que tú te figuras; pero la verdad es que tienen una obra inmensa.

—¡Bah, bah! Cuando las compares con las que me enseñó ayer la marquesa del Puerto te van á parecer nada.

—Pero esas las habrá comprado así ya.

—Sí, en París; son soberbias; de batista fina, con una guirnalda en derredor, de una cuarta de ancha, y soberbios encajes.

—¿Por qué no las haces traer así tú?

—Hija, son carísimas—repuso Agustina aho-

gando mal un suspiro de despecho.—Cuestan cada una tres mil reales.

—Es verdad que eso es una cosa muy costosa.

—Sin embargo, al menos un par de ellas quiero tener.

—Para eso espera que un día esté papá de buen humor y se las pides.

—Mira, se me ocurre una cosa, Eva.

—¿Qué cosa?

—Que papá te quiere más a ti que a mí.

—¡Qué disparate!

—Sí que lo es; sin embargo, tu carácter sumiso y dulce le gusta más que el mío; así, pues, cuando le veas tú de buen temple, le pides los seis mil reales para mis batas.

—Eso no podrá ser—dijo Eva meciendo con desconfianza su linda cabeza rubia.

—¿Cómo que no?—preguntó Agustina, cuyo carácter se sublevaba a la menor contradicción.

—Te digo que lo siento, pero que no puede ser, y de ello te vas a convencer; ayer le pedí veinticinco duros para hacerme un vestido de seda negro; ya ves que no podía ser más económica.

—En efecto—respondió Agustina con una sonrisa desdeñosa.

—Pues bien, hermana mía, nuestro padre me respondió: «Siento, hija mía, no poderte complacer en este instante; pero los crecidos gastos de tu hermana han agotado todos mis fondos en pocos días; espérate hasta el martes, y quizá en ese día te podré dar lo que necesitas.»

Agustina quedó pensativa.

Después de los *crecidos gastos* de que su padre se aquejaba había contraído con su modista una deuda de quince mil reales, precio del vestido que tenía en el salón; debía, pues, renunciar a tener, al menos por entonces, las dos hermosas batas iguales a las que poseía la marquesa del Puerto.

Estas reflexiones la pusieron de pésimo humor; su enojo estalló contra la pobre Eva a la primera ocasión que encontró, ó que ella quiso buscar.

Vestida ya Agustina con su bata de mañana y sus chinelas pasó a su tocador, dentro del cual estaba el cuarto de baño, preparado ya de antemano por la diligente Eva.

Agustina halló el agua muy caliente y muy escasa de perfume; se enfureció porque se la cayó el cabello, mojándose en el agua, y acusó a su hermana de torpeza por no habérselo recogido con más seguridad.

La pobre Eva no respondió una palabra y sufrió todas las injusticias de su hermana con la paciencia de un ángel.

Cuando salió del baño, Leticia la envolvió en otra bata caliente, y, saliendo al tocador, encargó á su camarera la peinase.

—Tú, Eva, ve á concluir la bata—la dijo con aspereza—no vuelvas á mi habitación hasta traérmela; hoy estoy mala, nerviosa; no me hagas, pues, que me ponga de peor humor.

Eva salió enjugándose una lágrima; su dignidad de mujer se sublevaba ante aquella dependencia vergonzosa, ante aquella dura y continuada esclavitud.

Al pasar por un corredor donde se abrían las habitaciones de su padre, de su tía y la suya propia—pues Agustina ocupaba lo principal de la casa—vió que doña Ana la esperaba de pie en la puerta de su cuarto.

—¡Oh, qué grata noticia tengo que darte, hija mía!—exclamó la buena señora.—Yo estoy tan contenta, tanto que, según creo, voy á volverme loca de alegría; pero ¿qué es eso?—continuó al ver los humedecidos ojos de la joven.—¿Por qué has llorado? ¿Qué tienes? ¡Ah, vamos, ya comprendo!

¡Injusticias de tu hermana! ¡Pobre hija mía, cuánto te hace padecer! ¡A bien que ya vamos á salir pronto de ella!

—No entiendo lo que usted me quiere decir, tía—repuso Eva sorprendida.

—Déjame explicarme y lo entenderás; pero ante todo vamos á mi cuarto.

Eva siguió á su tía, que ocupaba una habitación cómoda, pero en extremo modesta.

Era una salita con alcoba y gabinete: tenía un elegante papel azul turquí con menudas estrellitas de oro; la sillería y las cortinas eran azules también; la consola y el marco del espejo de palo santo.

En la alcoba había una cama excelente de acero con colchones de seda y ricas sábanas de batista, un lavabo y un reclinatorio.

El gabinete contenía una cómoda de palo de rosa y un secreter de la misma madera, ricamente embutido de nácar.

Algunos silloncitos cómodos y elegantes, un velador maqueado, con recado de escribir de antigua plata labrada y útiles de costura, acababan de llenar el gabinete de doña Ana, que tenía, como su habitadora, un aspecto de apacible bienestar.

Era una señora alta y delgada, cuyo cabello rubio estaba ya casi emblanquecido por la edad; sus facciones eran finas y regulares, su aire distinguido, sus maneras dulces y elegantes.

Vestia un traje de seda oscuro con mangas y cuello de muselina, y una bonita papalina de encaje blanco con lazos azules que decían muy bien con su tez blanca y el color claro de sus cabellos.

—Vamos, hija mía—dijo a Eva—siéntate y oye lo que voy a decirte.

—¡Ay, tía mía!—murmuró la joven.—Déjeme antes que vaya a por mi labor, pues Agustina quiere que le concluya al instante la bata de dormir; dice que no la incomode porque hoy está nerviosa, y ya sabe usted lo que esto significa en ella.

—¡Ya estamos, pues, bien hoy!—dijo doña Ana.—Pero déjala que rabie; ¡si no la tuvierais tan mal acostumbrada no tendría ella tampoco ese carácter tan insoportable! Vaya, vaya; déjate por un rato de labores y siéntate para oírme.

Eva obedeció a su tía, que, bajando mucho la voz, continuó.

—Esto que voy a decirte, hija mía, no lo repitas a nadie, pues soy yo la única que lo sabe; nuestro hermano mayor, es decir, tu tío Leonardo,

debe llegar dentro de tres días de Puerto Rico con su hijo Felipe.

—Y bien, tía ¿qué misterio hay en esto?—preguntó Eva muy admirada de la reserva que su tía la exigía.

—Oye la carta de tu tío y lo sabrás—respondió la anciana, sacando de su bolsillo una carta que desdobló después de ponerse sus anteojos de oro, que estaban sobre el velador.

Después leyó lo que sigue:

«Mi querida y buena hermana: Te escribo a ti, aunque también lo hago a Juan por el mismo correo, para daros una noticia que me parece os alegrará, pues estoy convencido de lo mucho que me queréis.

»Dentro de unos veinte días tendré el placer de abrazaros; llevaré conmigo a Felipe, que desea mucho veros, pues ya sabes que tenía sólo diez años cuando nos separamos, y conocer a sus primas; está hecho un arrogante mozo y es uno de los mejores tenedores de libros del mundo.

»Y ahora, hermana mía, te diré una cosa, que no digo aún a Juan porque conozco su carácter fácil y poco reservado: llevo la intención de arreglar el casamiento de mi hijo con la mayor de las

niñas de Juan; sus edades se convienen muy bien, pues creo que Agustina tendrá dieciocho años y Felipe acababa de cumplir los veinticinco, y además me mueve para este proyecto otra consideración; mi fortuna ha mejorado mucho más que la de Juan, y de este modo doy á su hija un partido que jamás podría esperar, pues Felipe será dueño, el día que se case, de dos millones de duros. Quiero mejor que mis riquezas queden en mi propia familia y hagan dichosas á mis sobrinas, que no que sean para alguna de estas perezosas americanas, que no saben en dónde tienen su mano derecha y que necesitan todo el día una negra al lado para que las levante el pañuelo si lo dejan caer al suelo y las dé aire con un gran abanico.

»Agustina, la hija de aquella santa mujer cuya muerte aun lloramos todos, debe ser buena y hacendosa; la recuerdo cuando tenía ocho años, y era viva como una centella; es la mujer que debe convenirme para mi hijo.»

La carta hablaba de algunas otras cosas insignificantes; doña Ana no leyó más á su sobrina, pues lo leído bastaba para llenarla de alegría.

—Ya ves—continuó en tanto que volvía á guardar la carta—ya ves, hija mía, qué pronto dejará

de atormentarte tu hermana; ahora es cierto que redoblará sus exigencias de tocador por el afán de agradar á su primo; pero luego se casarán y se marchará bendita de Dios; gracias al cielo, podemos alegrarnos, porque será dichosa y nosotros más.

—¡Ay, tía!—dijo Eva.—¿No ha leído usted que mi tío la cree buena y hacendosa? ¿Qué pensará cuando vea cual es su carácter?

—¡Es verdad!—murmuró doña Ana pensativa.—Verán que es insorpotable, y entonces... ¡adiós boda! Tú en todo piensas, hija... pero ¿sabes lo que se me acaba de ocurrir?

—¿Qué, tía?

—Que tú debes convenir más á las miras de mi hermano.

—¡Yo!

—Sí. ¡Eres tan buena, tan dulce, tan aplicada y tan modesta!... Si, si, de fiyo te preferirá Leonardo; pero—añadió casi al instante la buena señora—no pensemos en eso; tú eres muy joven aún, y marchándote de esta casa nos quedábamos todos como en noche sin luna; lo que conviene es salir cuanto antes de tu hermana.

—¡Ay, tía, yo me marcho corriendo á concluir

el peinador!—exclamó Eva toda asustada.—Queda sólo labor para una hora y media.

—Anda, hija, anda, y Dios te dé paciencia.

Eva salió y se encaminó presurosa á su habitación.

III

Era ésta, como la de su tía, muy sencilla; constaba, como aquélla, de una salita con alcoba y gabinete; toda la sillería, que era de seda y lana, estaba enfundada de blanco; una consola sencilla, con un espejo encima; un reló de bronce, de buen gusto artístico, y un buró para escribir y guardar papeles, constituían su mueblaje.

La alcoba estaba ocupada por una bonita cama de acero y bronce, con colgaduras de muselina; por una mesita altar, con un almohadón delante para arrodillarse, y por un bonito y cómodo ropero para vestidos.

El gabinete servía al mismo tiempo de tocador y gabinete de costura; era bastante grande y ocupaban simétricamente sus ángulos una elegante mesa de tocador con colgaduras y columnas, un

bonito lavabo y dos cómodas de caoba pequeñas; delante del balcón había un costurero y dos cestillos de mimbres finos, llenos de labores, á los lados de una silla baja de tapicería.

Sobre el respaldo de otra silla mayor estaba la bata que debía Eva terminar, y que estaba ricamente bordada por sus hábiles manecitas.

Aquella prenda era tan suntuosa para una joven, que una madre prudente no la hubiera permitido usarla; pero Agustina no tenía madre, y ya sabemos que hacía en todo y por todo su gusto.

Aquella habitación, en fin, era un nido de doncella, sencillo, casto, virginal y fresco, como correspondía al carácter y á la edad de su habitadora.

Eva se puso al instante á trabajar para concluir el peinador y complacer así á su hermana; en su alma, llena de pureza, no habían dejado huella alguna las palabras de su tía:—«Leonardo te dará, sin duda, la preferencia sobre tu hermana.»—Pensaba sólo en el placer que iba á experimentar viendo unos parientes á quienes amaba sin conocerlos, pues sólo tenía ella seis años cuando habían pasado de la Habana á Puerto Rico; pensaba también en la excelente boda que se le preparaba á su herma-

na y en el lujo que su padre desplegaría para celebrarla.

Mientras que Eva se ocupaba de concluir su labor, su padre abrió su correspondencia, hallando entre ella la carta de Leonardo, que le transportó de gozo; el buen hombre empezó a correr por la casa con la carta abierta en la mano, y en medio de su transporte llegó al gabinete de tocador de su hija.

Ésta frunció el ceño, porque no podía sufrir que la distrajesen cuando la tenía ocupada la tarea de adornarse, que era para ella la más importante de la vida.

—¡Ah, hija mía, perdóname, perdóname!—exclamó D. Juan.—Vengo quizá a importunarte, pero es que la noticia me vuelve loco de alegría.

—¿Qué noticia?—preguntó Agustina con sequedad.

—Que viene tu tío, mi hermano, mi querido hermano Leonardo—exclamó el anciano, lleno de júbilo y con los ojos arrasados de lágrimas.

Agustina se encogió de hombros con gran indiferencia.

—¡Y no viene solo—continuó D. Juan—le acompaña su hijo, tu primo Felipe!

Al oír estas palabras, la joven levantó la cabeza y pareció escuchar con alguna más atención.

—¿Te acuerdas de Felipe?—preguntó el anciano, animado y contento con esta muestra de benevolencia.—¿Te acuerdas de tu primo? ¡Qué arrogante figura era!

—Me acuerdo algo de él—respondió Agustina, que recordaba, en efecto, la gallardía de Felipe.

Pero bien pronto se olvidó de todo para colocar un elegante sombrerito sobre sus lustrados cabellos, y dijo a Leticia, que la ayudaba:

—Vamos, échame la manteleta y ve a decir a Honoría que la espero.

—¡Cómo! ¿Aún siguen tus relaciones con madame de Claris?—preguntó D. Juan con un tono que tenía más de tristeza que de agrado.

—Sí, papá—respondió Agustina lacónicamente.

—Pero, querida mía, esa... esa señora tiene muy mala reputación—objetó tímidamente el Sr. Troncoso.

—¡Bah, esas son habladurías!—respondió Agustina con tono despreciativo.

—¡No, no! ¡No son habladurías—repuso su padre, que en materias de honor era algo exigente—no son habladurías! ¡Esa señora no vive con su

marido; va á dar largos paseos á caballo con varios jóvenes de los más calaveras de Marsella!

—Pero papá ¿quién cree semejantes patrañas?—respondió Agustina con acritud, pues ya empezaba á impacientarse.

—¡Yo lo creo! Siento mucho disgustarte, hija mía—prosiguió D. Juan, que había hallado una pasajera energía en la idea de que su hija comprometía su reputación con aquella amistad realmente perniciosa.—¡Lo creo porque me lo han dicho personas muy respetables!

—Pero ¿qué te han dicho?

—Que no te permita tratar con esa mujer; que á su casa no va ninguna señora que lo es, ni mucho menos ninguna señorita joven!

—Porque ella no las quiere recibir.

—No, porque ellas no quieren visitarla. Agustina, te pido que no vayas á su casa y que no salgas con ella.

—¡Qué capricho tan injusto!—exclamó la joven con amargura.—¿Es posible que en todo he de ser contrariada?

—¡Tú contrariada!—repitió su padre con asombro.—¡Tú contrariada, cuando gastas á tu placer y según tu antojo mi fortuna entera!

—¿Yo?

—¿Quién, pues? No será tu hermana, que jamás me pide nada, y á la que, sin embargo, tuve que negar ayer un traje de pura necesidad, pues la pobrecita no puede ni salir á la calle.

—No es ese ahora el asunto que estamos discutiendo—dijo con altivez Agustina, que no gustaba de oír la verdad, según sucede á todos los caracteres injustos.—Ahora lo que deseo es que no me hagas quedar mal con Honoria, que va á venir á buscarme.

La campanilla, que agitaron con violencia, vino á interrumpir á Agustina muy oportunamente, pues la contradicción, á la cual, por más que dijera, estaba muy poco acostumbrada, la irritaba hasta un punto increíble, y hacía que la ira la dominase.

Poco después, y sin que nadie la anunciase, entró una mujer precipitadamente en el gabinete de Agustina.

Era madame Claris, la cual, por orden expresa de su amiga, tenía libre acceso á las habitaciones de Agustina á cualquiera hora del día y de la noche.

Representaba aquella amiga tan querida de vein-

tiséis á veintiocho años, aunque en realidad tenía algunos menos; pero su costumbre de pintarse y de llenarse de arbores era tal, que, además de hacer la pintura su semblante inmóvil, la avejentaba hasta un punto increíble.

Todo en ella era mentido; el blanco y sonrosado de sus mejillas, el negro de sus cejas, el carmín de sus labios, y hasta el color de su cabello, que de castaño volvía negro con un agua francesa de las más perniciosas para la salud.

Iba vestida con gran ostentación; su vestido, de raso color de malva, llevaba dos ricos encajes negros en forma de volantes; su manteleta, de terciopelo, estaba también ricamente orlada de encaje; llevaba un sombrero blanco lleno de plumas y flores, una lujosa sombrilla y guantes de color claro y de gran precio.

Todas las prendas que componían su atavío eran ricas; pero todas eran también recargadas y de mal gusto.

Agustina llevaba el traje verde con encajes, cuyo coste, de quince mil reales, debía aún su padre á la modista, una preciosa manteleta y un sombrero celeste que decía muy mal con su vestido verde y con su cara muy morena, ordinaria y encendida.

—Querida, me cansaba ya de esperar tu aviso, y he venido en persona á buscarte—dijo madame Claris con extrema volubilidad á su amiga.—¡Cuidado con el plantón que me has hecho llevar!

—Aun no es más que la una—repuso Agustina con alguna sequedad.

—Y bien, nos esperaban para almorzar á las doce.

Agustina tocó á su amiga con el codo, temerosa de que hablase más, pues no habiendo visto á D. Juan, que se hallaba sentado en un lado del aposento, podía decir alguna inconveniencia; pero su padre se apercibió de esta acción y se aproximó á las dos amigas con una firmeza que no le era habitual.

Saludó á madame Claris y luego la dijo gravemente:

—En el momento de entrar usted aquí, señora, significaba á mi hija mi voluntad de que no saliese hoy de casa.

—¡Cómo papá! ¿Todavía sigues en esa ridícula idea?—exclamó Agustina.

—Más que nunca.

—Pero ¿por qué?

—Ya te he dado mis razones, que no creo deber repetir—respondió D. Juan.

Este, dichas estas palabras, salió de la estancia; el dolor le ahogaba, porque en los caracteres débiles la energía es fruto casi siempre de un esfuerzo supremo.

Agustina, así que su padre hubo desaparecido, se quitó el sombrero, le tiró con furia y se dejó caer sobre un diván, encendida de coraje.

—¿Por qué te desazonas así? —preguntó su amiga.

—¿Por qué ha de ser? ¿No ves lo que dice mi padre?

—No le hagas caso, y así otra vez no se mezclará en tus operaciones.

—¿Que no le haga caso?

—¡Claro está! En mi vida he hecho yo caso al mío, y me ha ido muy bien.

—¿Qué quieres decir?

—Que te pongas el sombrero y vámonos: abajo espera mi coche.

—Vamos —dijo resueltamente Agustina.

Y las dos amigas salieron juntas.

Cuando al anochecer volvió Agustina, la dijo Leticia que su padre no había notado su ausencia, porque se había acostado, al salir de su cuarto, con un fuerte dolor de cabeza.

La hija rebelde no sufrió, pues, el castigo de su falta; pero Dios, que todo lo ve y que juzga nuestras acciones, le preparaba uno muy severo para el porvenir.

IV

Llegó por fin una hermosa tarde de Marzo, en que D. Juan, sus hijas y su buena hermana, pudieron abrazar a D. Leonardo y a su hijo.

Los dos viajeros eran dos figuras muy notables.

El padre, alto, grueso, de buen color y cabellos blancos, era un caballero serio, grave, de genio fuerte y algo áspero, pero de excelente corazón.

Su traje, todo negro, no alteraba la regularidad adusta de su rostro; sus ojos negros estaban aún llenos de fuego y de vida, no obstante haber ya cumplido sus setenta años.

Su hijo era alto como él, y el tipo acabado del hombre distinguido, sensible, entusiasta, elegante y poético.

Felipe tenía la tez muy morena, grandísimos y negros los ojos, como las cejas y pestañas, y como

el cabello, que formaba en torno de su cabeza gruesos y lustrosos anillos: asemejábase su boca á una flor de grana, y sus dientes á una doble sarta de menudas perlas; un bigote corto y negro se rizaba sobre su labio superior; sus manos tenían un hermoso corte; sus pies admiraban por su pequeñez; llevaba un traje de hilo de un color claro; una corbata blanca con menudos cuadrillos encarnados; botines blancos con botones de nácar, y un sombrero redondo de paja fina; sus guantes, de filo sedá gris, dejaban ver una forma de mano á un tiempo vigorosa y fina.

Conociase que el hijo adoraba á su padre y que el padre no vivía sino por su hijo; tal armonía se advertía en ellos, y tal era la perfecta inteligencia que reinaba entre aquellos dos seres.

Don Leonardo abrazó ocho ó diez veces á sus hermanos; dejaba á doña Ana para volver á abrazar á D. Juan, y volvía á doña Ana y volvía á don Juan.

—¡Ay, Dios!—exclamó al fin.—Yo quisiera tener dos brazos para cada uno de vosotros y otros dos para cada una de las niñas; pero ¿dónde, dónde están?

Agustina se adelantó. Eva se quedó tímidamente detrás de su hermana.

—Es verdaderamente una hermosa muchacha, ¿eh, Felipe?—preguntó el anciano á su hijo.—¿Qué te parece?

—Que es muy bella—respondió el joven, que, en honor de la verdad, gustaba poco de aquella joven tan varonil como él, tan morena como él, y que tenía unos ojos negros más atrevidos y menos dulces que los suyos.

—¿Y tu hija menor?—preguntó á su hermano D. Leonardo.

—¿Qué, no está aquí?

—Yo no la veo por lo menos: era así delicadilla y enclenque, según recuerdo; ¿no se llamaba Eva?

—Sí, Eva. ¡Aquí está!

Don Juan tomó de la mano á su hija menor y la puso delante de los viajeros.

La jovencita estaba encantadora.

Su largo vestido de seda azul con cuadrillos blancos señalaba admirablemente los delicados contornos de su esbelto talle.

Una camiseta de tul subía desde el cuadrado escote de su traje hasta su garganta, donde remataba en una estrecha valona ó gola de encaje.

Los cabellos de Eva estaban peinados muy sencillamente y según convenía á una joven de su

edad; se reunían desde sus sienes en gruesas trenzas, sirviendo como de marco á su semblante fresco, dulce y encantador.

—¡Oh! ¡Y cómo se parece á su madre, á la pobre Luisa!—exclamó D. Leonardo.—¡Hija mía—añadió besando á Eva paternalmente en la frente—si te asemejas también en el alma serás un ángel!

—Yo soy dichosa con que usted me encuentre esa semejanza, tío mío, así porque mire como una dicha el parecerme á mi madre, cuanto para que usted me quiera más.

—¿Qué es eso de usted? Tú por tú, hijas mías, tú por tú—dijo D. Leonardo, cuyo carácter se volvía expansivo á la vista de la juventud.—Yo os querré mucho y vosotras creo que me querréis un poco, porque yo soy bueno, á Dios gracias; vamos, Felipe, ¿qué te parece la pequeña?

—¡Encantadora!—respondió el joven que no había separado sus ojos del hermoso semblante de Eva desde que ésta apareció.

En tanto que se entregaba á este examen, Agustina le examinaba á él con la misma sostenida atención; parecíóle hermoso, elegante, distinguido, y así era la verdad; ningún joven de Marsella podía competir con el americano.

Una sorda cólera iba invadiendo el corazón de Agustina; tenía envidia de su pobre hermana por la primera vez en su vida.

¡Aquella criatura, que ella había mirado siempre como tan inferior á ella, era ahora preferida hasta tal punto! Parecíale á Agustina que era víctima de algún ensueño doloroso.

Su primo fué al lado de Eva durante el camino que había desde el muelle á la casa que habitaban D. Juan y su familia; los tres hermanos marchaban juntos, sin cansarse de hablar de cuanto les había ocurrido en los años transcurridos. Don Juan y doña Ana parecían rejuvenecidos diez años, y don Leonardo expresaba su contento con todos los extremos que le permitía su carácter grave y reservado.

En medio de la viva ternura que manifestaban al viajero sus hermanos, se conocía que le respetaban tanto al menos como le querían, y que sus palabras se oían y se acataban sus opiniones con la más profunda deferencia.

Don Juan y doña Ana eran dos excelentes criaturas, dulces, amantes, igualmente fiernas y afectuosas; su talento, que no pasaba de un buen sentido natural, se había doblegado toda la vida ante las

superiores luces y el sano criterio de su hermano mayor.

De esta sumisión, su buen padre les había dado el ejemplo; era un honrado droguista de Marsella, que en toda su vida dejó su traje de paño burdo en invierno y de hilo crudo en verano; el buen Troncoso, modelo de probidad y dotado de gran penetración, era el primero que rendía un sincero homenaje al superior talento de su hijo primogénito.

Consultábase para todos los negocios de la casa desde que era muy joven. Oía su opinión en todos los asuntos graves; pero esta justa deferencia jamás degeneró en debilidad ó en culpable condescendencia.

Leonardo, lo mismo que su hermano Juan, tenía que estar en su casa á las diez de la noche en todo tiempo; no podía presentarse jamás á su padre con la cabeza cubierta ó en mangas de camisa, ni podía aceptar ningún convite sin pedirle antes permiso.

Los dos hermanos eran iguales en todo; pero algunas veces, y en tanto que Leonardo trabajaba en los libros del comercio, su padre llamaba á Juan y le decía á media voz:

—Hijo mío, respeta siempre á tu hermano y consúltale en todos tus negocios y en todas tus acciones, seguro de que te irá bien; si yo os llego á faltar siendo aun jóvenes, él será vuestro segundo padre.

—Padre, descuide usted —respondía Juan.— Yo quiero mucho á mi hermano y le respeto, porque sabe más que yo.

—Hijo, no todos hemos de saber lo mismo— objetaba el buen padre, que hubiera sabido estirpar la hiel del alma de su hijo si éste hubiera tenido alguna.— Dios reparte el talento según su santa voluntad, y da también la bondad del alma, que es otra prenda tan hermosa como el talento.

—Es que Leonardo tiene tanta bondad como talento.

—Uno y otra empleará con su familia, no lo dudes, y da gracias al cielo porque nos le ha dado, á mí por hijo, á vosotros por hermano.

Otras veces llamaba á su hija, que era entonces una hermosa niña, muy dulce y muy humilde, y la decía:

—Hija de mi alma, mira á tu pobre hermano cómo trabaja toda la noche para descansar y para aumentar nuestra fortuna; ámale y respétale

siempre, y si yo llego á faltarte no le des desazones y obedécele como á mí.

—¡Ah, pierda usted cuidado, padre mío—respondía Ana;—ya conozco yo lo que vale mi hermano!

El cielo se encargó de cumplir los presentimientos del droguista; murió dejando á sus hijos solteros y á su esposa enferma desde hacía ya algunos años.

Leonardo dejó de ser joven desde el día de la muerte de su padre, á pesar de tener sólo veinticuatro años; después de pasado el impetu primero de su dolor, después que colocó á su padre en una bella sepultura de mármol y rezó arrodillado con sus hermanos sobre aquella tumba que encerraba lo que más había amado y respetado sobre la tierra, se levantó, los estrechó contra su pecho, cogió bajo el suyo el brazo de su hermana y se dirigió á su casa, pasando con sus hermanos al aposento de su madre.

La pobre mujer, clavada por su enfermedad en un sillón desde hacía muchos años, no pudo reprimir la explosión de su dolor al ver á sus hijos vestidos de luto.

—Madre mía, valor—dijo Leonardo con firme-

za.—Yo procuraré reemplazar á mi padre en cuanto sea posible, para que ni usted ni mis hermanos tengan que echarle de menos. Yo me pondré al frente de la casa y mi hermano, que es muy bueno, me ayudará; ¿no es verdad, Juan?

Juan estrechó, por toda respuesta, la mano de Leonardo, mientras gruesas lágrimas bañaban sus mejillas.

—Vamos, la aflicción prolongada ofende también á Dios—continuó Leonardo.—Nuestro padre está en el cielo y desde él nos ve y nos bendecirá. En cuanto á Ana nada tengo que decirle; ella gobierna admirablemente la casa y no creo que ahora quiera darme pesares.

Ana besó la mano de Leonardo y dejó en ella una lágrima.

—Hermanos míos, confiadme todos vuestros pensamientos—prosiguió Leonardo—seguros de que sólo anhelo en este mundo vuestra felicidad; si amáis algún día decidmelo sin temor, y yo tomaré sobre mí el cuidado de vuestra felicidad; además de vuestro hermano, soy desde hoy vuestro padre, y llenaré, con la ayuda de Dios, estos dobles deberes.

Leonardo, dicho esto, abrazó á su madre y se arrodilló á sus piés, pidiéndola les bendijese á él y

a sus hermanos, lo que hizo la anciana vertiendo lágrimas de ternura.

—Ea, ahora, hermano, á trabajar—dijo Leonardo levantándose:—tú harás un poco más de lo que hacías; yo haré lo mismo que antes, y además lo que nuestro padre desempeñaba.

Leonardo se sentó ante la mesa de la trastienda, y Juan siguió despachando á los compradores y vigilando á los dependientes.

Leonardo dejaba sólo la pluma para ir á hacer las grandes compras y á llevar á buen fin algunas operaciones mercantiles.

Dios bendijo los esfuerzos, la honradez y la laboriosidad de los dos hermanos; todo Marsella los elogiaba; su casa gozaba de gran crédito, y el nombre de la viuda de Troncoso é Hijos era respetable y respetado por todos.

—¿Qué supone tu madre en esta casa?—preguntaba un día á Leonardo otro comerciante, antiguo conocido suyo:—¿por qué no pones *Troncoso Hermanos*?

—Mientras mi pobre madre viva cuanto hay es suyo—respondió el honrado joven;—no serán sus hijos quienes la quiten el lugar que de derecho la corresponde.

—Pero hombre, si ella no sabe nada de los negocios de la casa, ni toma parte en ellos.

—¿Quién lo ha dicho?—exclamó Juan que estaba presente á la conversación.—¿Acaso mi hermano lleva á cabo en casa ninguna operación importante sin antes consultarla con nuestra querida madre?

—¿Es posible! ¿Qué responde?

—Siempre lo mismo: «Haz lo que quieras, hijo mío, que nadie lo entiende mejor que tú.»

—Pues ¿no digo? Es un cero á la izquierda—dijo el tendero con una carcajada.

—No, señor—repuso severamente Leonardo.—Mi madre es dueña y señora de su casa y de sus hijos; si ella me dijera: «Lo que me consultas no me parece bien,» por nada del mundo lo llevaría á cabo; pero tiene confianza ciega en mí, y yo debo dar por ello gracias á Dios.

Algunos años después de la muerte de su padre, Juan dijo á su hermano que amaba á una hermosa joven, hija de un comerciante de paños.

—No es rica—dijo Leonardo—porque son ocho hermanos, y nunca ha pasado su padre por persona de grandes haberes; pero es buena, honrada, modesta y laboriosa, y no porque su fortuna sea

escasa habéis de ser infelices los dos; mañana pediré a su padre para ti la mano de Luisa.

En efecto, al día siguiente Leonardo hizo la petición en toda forma, y dos meses después se hacía la boda.

Luisa era un ángel, y bien pronto tuvo Ana con ella una ayuda muy eficaz para el cuidado de la casa y de su madre; las dos jóvenes se querían como hermanas.

La señora Troncoso murió un año después de la boda; dos meses más tarde Leonardo reunió una noche a su hermano, a su hermana y a Luisa, y les dijo:

—He pensado que podemos traspasar esta tienda y pasar a la Habana, donde haremos más rápida fortuna. ¿Qué os parece? Si tú, Juan, no quieres dejar esta ciudad donde están enterrados nuestros padres, si Luisa no quiere dejar de ver a los suyos, me marcharé yo con Ana y os cederé la casa tal como está.

—Yo te seguiré, hermano mío—respondió Juan sin vacilar.

—Yo también—añadió Luisa.

—Yo no digo nada, porque ya había contado Leonardo con llevarme—dijo a su vez Ana.

—¿Te habíamos de dejar mi mujer y yo?—dijo Juan.—¿Quién ayudaría a nuestra hermana si te ponías malo?

—¡Gracias, hermanos míos, gracias!—exclamó Leonardo abrazándoles.—Dentro de un mes partiremos.

En efecto, un mes después los cuatro hermanos se daban a la vela para la Habana.

Poco después de llegar dió a luz Luisa a su hija Agustina; sus tíos Leonardo y Ana fueron los padrinos.

Leonardo no tenía allí tienda abierta; se ocupaba de negocios lucrativos, ayudado en ellos a las mil maravillas por el bueno y honrado Juan.

Leonardo hacía cada año un balance y repartía mitad por mitad las ganancias, dando a Juan lo mismo que se quedaba para sí.

—Eso no es justo—decía Juan—tú trabajas mucho más que yo.

Y dejaba sobre la mesa una tercera parte del dinero.

Leonardo lo tomaba así que Juan sabía; añadía algo más y se lo daba a Luisa diciéndola:

—Esto para ti.

—Si Juan me ha dado ahora para guardar un

paquete de billetes que tú le has entregado—decía la joven atónita.

—Pues añade esto también.

Tomaba luego otra cantidad razonable de su parte y decía a Ana:

—Guárdate esto, que no has de ser menos tú que los demás.

—¡Pero si yo necesito nada, hermano mío!—decía la joven.—Me das más de lo que gasto para la casa, y además tengo mi pensión de tocador.

—¡Anda, tonta, que no te vendrá mal tu bolsillito particular cuando te cases, además del dote que te guardo—respondía Leonardo dando a su hermana una palmadita en la mejilla.

Dos años después del nacimiento de Agustina dió Luisa a luz a Eva, y ya no tuvo más hijos; su temperamento, en extremo delicado, se resintió, y la quedó una calentura lenta que la llevó al sepulcro en pocos meses.

Leonardo y Ana sintieron esta pérdida, tanto como el mismo Juan, pues ambos amaban a la angelical Luisa con extremo.

Dos años después de esta pérdida se casó Ana con D. Antonio de Maceda, honrado hidalgo portugués, que la llevó a Oporto, donde la hizo la

más dichosa de las mujeres durante siete años.

La viudez sorprendió a la buena Ana siendo aún muy joven, pues no había cumplido treinta años, y corrió a refugiarse al lado de sus hermanos; pero otra nueva separación les amenazaba: Leonardo, viudo ya y con un hijo, volvió a amar y se iba a casar con una bella y opulenta joven de Puerto Rico, cuyo padre le puso por sola condición que viviese a su lado.

Juan y Ana eran dos criaturas tímidas y piadosas, y manifestaron a su hermano mayor que, puesto que debían separarse de él, serían felices, en lo posible, si les permitía volver a Marsella, donde descansaban las cenizas de sus padres y donde existían las antiguas amistades de la familia.

—¿Para qué necesitáis de mi permiso?—les dijo Leonardo, comprendiendo entonces el sacrificio que habían hecho sus hermanos abandonando por seguirle a él la tierra natal.

—Sin tu permiso nunca saldríamos de aquí—respondió Juan por él y por su hermana.

—¡Id, y que Dios os acompañe!—dijo Leonardo enternecido.—El día en que yo necesite descanso para mi vejez iré a vuestro lado y, entonces, sólo podrá ya separarnos la muerte.

El mismo día que Leonardo salió para Puerto Rico con su esposa salieron para Marsella Juan y Ana y las dos niñas, de las cuales contaba la una diez y la otra ocho años.

Doña Ana las servía de madre, las cuidaba, las amaba con toda su alma, porque aquella excelente criatura estaba en su elemento haciendo bien.

—¿Qué hacemos, Ana?—preguntó D. Juan a la viuda al llegar a Marsella:—¿volvemos a abrir la tienda por cuenta nuestra?

—Mira Juan—respondió doña Ana:—a mí me parece que mejor estamos así; yo soy viuda de una persona noble, y no quisiera que mi pobre Antonio se disgustase en el cielo viéndome detrás del mostrador; tú estás bien, tienes dos hijas, y éstas hallarán mejores partidos siendo tú negociante que tendero; por mí haz lo que quieras, pero este es mi parecer.

—A mí me parece muy bueno, y le seguiré, que no quiero perjudicaros ni a ti ni a mis hijas. Pero ¡caramba, no haber consultado esto con Leonardo!

—Se lo podemos escribir.

—¡Ciertamente! Le pediré su parecer, y así quedaremos los dos más tranquilos.

Escribióse, en efecto, al hermano mayor, pidiéndole consejo, y él lo dió enteramente semejante al de doña Ana.

Según les decía, su fortuna prosperaba mucho, y su hijo Felipe estaba cada día más hermoso.

Podó después enviudó Leonardo; ya era viejo, y su fortuna crecía cada día más.

Ocho años después de su separación fué cuando los tres hermanos volvieron a abrazarse en Marsella.

Por eso caminaban juntos como tres niños, y ninguno de los tres se cansaba de mirarse; creían que habían estado separados un siglo.

Felipe caminaba junto a Eva; ninguno de los dos hablaba. Felipe se contentaba con mirarla y ella iba turbada y ruborosa.

En cuanto a Agustina, caminaba sola y con el alma preñada de negras nubes.

V

—Querido Juan—dijo D. Leonardo así que se hubo sentado en el salón de su hermano—aquí advierto una cosa que te voy a decir.

—¿Qué?—preguntó D. Juan que escuchaba á su hermano con la misma religiosa atención que en los días primeros de su juventud.

—Advierto que hay aquí mucho lujo y poco gusto; hay muebles de gran valor, pero amontonados, colocados sin arte; oye, Ana ¿eres tú quien ha dispuesto este adorno para el salón?

—No—respondió doña Ana algo cortada, porque conocía el carácter iracundo de Agustina y la excesiva sinceridad de su hermano.

—¿No has sido tú? ¿Pues quién ha sido? ¿Acaso alguna de las niñas?

—Justamente; he sido yo, tío—respondió Agustina, que se ahogaba de coraje, adelantándose con aire de desafío.

—Pues hija, has tenido un gusto detestable—repuso gravemente D. Leonardo.—Y bien podías haber tomado consejo de tu hermana, no sólo para vestir el salón, sino también para vestirse tú.

—Yo no pido consejos á nadie ni los admito, por lo mismo que no los pido—respondió Agustina con tan increíble grosería, que la sorpresa dejó mudo á su tío.

Éste se sonrió después socarronamente y dijo á su hermano.

—¿Sabes, Juan, que está muy mal educada tu hija?

El pobre padre palideció; lo que más hubiera él deseado en el mundo hubiera sido que sus hijas amasen y respetasen á su tío y se hiciesen amar de él.

Pero el temor que le inspiraba el carácter de Agustina era tan grande, y tal su miedo de que promoviese una cuestión delante de su hermano, que se calló, inclinando la cabeza sobre el pecho.

La familia no había almorzado esperando á los viajeros.

Agustina se volvió á su hermana y la dijo con acritud.

—Mira que tengo ya apetito.

—¿No te desnudas antes de almorzar?—la preguntó Eva con dulzura.

—No, después; ¿sabes que me está muy mal del cuello la bata última que me has hecho?—añadió en seguida.

—¿Que está mal?—repitió Eva consternada.

—¡Muy mal!

—¿Pues qué defecto tiene?

—Entra luego á mi cuarto y lo verás—repuso Agustina—que no es cosa fácil que yo me acuerde

ahora, y te advierto que la has de arreglar al instante; ¿lo oyes?

—Sí.

—Anda, anda, que nos sirvan el almuerzo.

Eva salió ruborizada por su hermana de aquel tono despótico y grosero.

—¡Ah, Dios mío!—se decía con tristeza.—¿Qué pensarán mi tío y mi primo de su carácter? ¡Pobre Agustina, qué desgraciada va a ser!

Un instante después de haber salido Eva un criado anunció que el almuerzo estaba servido.

Felipe ofreció el brazo a su tía, su padre se apoyó en el de su hermano y Agustina tuvo que ir sola del salón al comedor, como había ido sola desde el muelle a su casa.

Esto era más de lo que se necesitaba para exasperar su orgullo; así es que puso muy mala cara y halló detestables todos los platos de que se componía el almuerzo.

Don Leonardo no creía a sus oídos; ¿en qué se parecía aquella joven imperiosa, grosera é iracunda a su santa madre, a la suave doña Ana, ni a la madre de Felipe? Jamás había visto el anciano tales modales, tanta soberbia, tan extraordinaria é injustificada altivez.

—¿Sabes, niña, que no sé cómo estás gruesa?—la dijo al cabo de un rato.—¡Caramba con tu genio!

—¿Es acaso mal genio, tío, el desear que las cosas anden bien?

—Pero, hija, hay que tener un poco de indulgencia, que no son santos los que nos sirven; ¿por qué no ayudas tú misma a hacer lo que culpas?

—Tío, los hombres no entienden nada del gobierno de una casa—dijo Agustina con mucha acritud y levantándose de la mesa—y usted debe entender menos el de ésta, porque acaba de entrar en ella.

Dichas estas palabras salió con aire irritado.

—¡Santo Dios, qué hija!—exclamó D. Leonardo alzando al cielo sus dos manos unidas, con un dolor verdadero.

—Se consigue más con ella por medio de la dulzura—dijo tímidamente D. Juan, que sentía en el alma ver disgustado a su hermano y no podía resolverse tampoco a dejar a Agustina sin defensa alguna.

—¿Pero qué dulzura se ha de emplear con ella si no hace otra cosa que descalabrar a todos? ¡Vaya, vaya, Juan; así tú como Ana sois unos benditos, y creo que tu hija os manda a los dos!

Después del almuerzo, D. Juan salió con su hermano y su sobrino a ver a algunos antiguos amigos de la familia, y la casa donde todos ellos habían nacido; Eva se puso a coser y doña Ana se sentó a su lado.

En cuanto a Agustina, se había encerrado con Leticia en su tocador.

—¡Ay, hija mía!— exclamó doña Ana con voz lastimera.—¡La boda proyectada no se realizará!

—¿Quién sabe, tía? No hay que perder aún ninguna esperanza. Agustina es muy bella y, a pesar de su genio, tiene muy buen corazón.

—Yo te aseguro que esa boda no tendrá efecto. Tu tío está acostumbrado de toda su vida a que le rodee la sumisión, el cariño y el respeto; tus abuelos mismos le respetaban y ahora veo el profundo disgusto que le causan los modales de tu hermana.

—Pero quizá nuestro primo la ame y entonces...

—Tu primo no amará a una mujer que disguste a su padre.

—En fin, tía, el amor todo lo puede, y si Agustina, por su parte, tomase afición a Felipe, todo

podía arreglarse al gusto de mi tío y de mi padre.

Doña Ana movió la cabeza con una expresión de triste incredulidad, mientras la cándida Eva no pensaba ni por un instante que su primo pudiese amarla a ella en vez de amar a su hermana.

Aun hablaba con su tía cuando entró Agustina vestida con un elegante traje de casa.

—Esta noche voy a un baile—dijo medio echándose sobre un canapé.

—Y quieres que te arregle algo para él ¿no es esto?—preguntó Eva.

—¿Ya te asustas antes de decirte nada?

—¿Cuándo me he asustado ni resentido yo de trabajar para ti?—preguntó Eva con acento de dulce reconvención.—Lo digo sólo para avisarte que estoy concluyendo este fichú tuyo y que al instante podré hacer lo que quieras.

—¿Y dónde es el baile?—preguntó doña Ana.

—En casa del conde de W...

—¿Con quién vas?

—¡Tía, qué molesta es usted con sus preguntas!—dijo Agustina con acritud.

—Es porque me intereso por ti, hija mía—repuso la viuda;—ya sabes que a casa del conde hay que mirar cómo y con quién se va.

—Eso me parece que era cosa mía; pero le diré a usted que voy con la señora de Claris.

—¿Cómo! ¿Y la han convidado?

—¿Por qué no?

—Eso es increíble—repuso doña Ana;—hija mía, no te espongas, yendo con ella, á un desaire.

—¿Qué desaire?

—Dudo mucho que la reciban.

—¿Cómo no, si la han convidado?

—No puedo creerlo; ella tiene muchos amigos, y alguno de ellos la habrá proporcionado una es-
quela de invitación con el nombre en blanco; pero no es posible que la haya recibido personalmente.

—No sé, á la verdad, qué le ha hecho á usted la pobre Honoria—repuso Agustina con acritud;—pero yo quiero probar cuán injustas son las acusaciones de que se la rodean, é iré con ella al baile.

Doña Ana se encogió de hombros, y luego respondió:

—Mi deber, querida Agustina, era aconsejarte; pero ni debo ni podría oponerme á que después de esto hagas tu gusto; sin embargo, te advierto que tu padre, tu tío y tu primo tendrán también sus billetes de convite.

—¿No sabe usted que papá no va nunca á esas funciones?

—Írán, á no dudarlo, tu tío y tu primo.

—¿Y qué me importa? Yo no les hago gracia, como mi hermana, y no quiero incomodarles para que me acompañen.

Agustina dijo estas palabras con amargura.

Eva levantó de la labor sus grandes ojos azules, que humedecían algunas lágrimas, y la dijo con dulzura:

—¡Eres injusta con nuestro tío, que seguramente te quiere como á mí!

—¿Quién te da vela en este entierro?—repuso Agustina con acritud.—Acaba eso al instante, para que des una vuelta por mi vestido de encaje blanco y le pongas unas guirnaldas de geráneos que van á traerme. Ya ha ido Leticia á buscarlas.

Eva se puso á coser con redoblada actividad; la pobre niña no tenía un instante de descanso.

Apenas había dado la última puntada en el fichú de su hermana, entró Leticia trayendo en la mano una gran caja de cartón.

Agustina la abrió y salió un adorno completo de geráneos de terciopelo verde, hechos y dispuestos con sumo gusto y primor.

Había una diadema para sujetar el cabello, ramos para el pecho y hombros y una larga guirnalda en espiral para recoger la falda.

—Trae al momento mi vestido de baile, de punto inglés—dijo Agustina á la camarera.

Eva prendió en aquel traje, que era soberbio y muy poco á propósito para una joven soltera, aquellos grupos verdes, que hacían un efecto encantador.

Bajo de aquel vestido debía llevar Agustina otro de seda blanca; después de arregladas las guirnaldas del traje, la joven tomó entre sus manos la diadema, y su tía, su hermana y Leticia vieron con sorpresa lo que aun no habían podido ver.

La diadema estaba escarchada de diamantes, que brillaban como gotas de rocío cristalizado.

—Tu atavío será elegantísimo—dijo Eva mirando complacida aquel espléndido traje.

—Así lo espero—repuso la joven.—Honorita va vestida lo mismo que yo.

En aquel instante llamaron á la puerta y poco después entró un lacayo con una gran carta abierta en la mano.

Agustina, con el atrevimiento que la era natural, registró su contenido y sacó cuatro esquelas

de convite para el baile de los condes de W...

Una estaba puesta á nombre de Juan Troncoso y de sus hijas.

Otra á nombre de la señora viuda de Maceda.

La tercera era para D. Leonardo.

La última para su hijo Felipe.

—El convite es general—dijo Agustina.—Yo me llevaré la que hay á nombre de papá y que es también para nosotras.

Agustina, dichas estas palabras, tomó el billete y salió de la habitación de su tío, siguiéndola Leticia, que llevaba todos los adornos para el baile.

Apenas acababan de salir las dos jóvenes entró D. Leonardo en la habitación de su hermana, de vuelta de su paseo con su hermano y su hijo.

—Mira lo que tienes aquí—dijo doña Ana dándole las esquelas de convite—una es para ti y la otra para Felipe.

—Iremos—dijo el anciano.—Nuestro padre debió algunos favores al conde de W... que es una persona muy estimable, y como aunque veo aquí convite para tu padre y para tu tía, supongo que no irán, disponte, hija mía, para venir con tu primo y conmigo, y di á la discolor de tu hermana que si no le sabe mal puede acompañarnos.

—Tío—contestó Eva—Agustina va con una amiga suya.

—¿Cómo! ¿Con una amiga?

—Sí, señor.

—¿Tu padre os deja salir con amigas?

—Pero, Leonardo, no digas os deja salir ¡esta pobrecita no sale nunca!

—¿Y su hermana?

—Su hermana es otra cosa.

—¡Pero, Ana, yo te desconozco!—exclamó el anciano con un acento en el que entraba por tanto el asombro como la aflicción.—¡Yo creí que servías de madre a estas niñas y veo que no es así! ¿Cómo tú, que eras tan buena, tan timorata, tan recta, puedes vivir respecto a ellas en tan culpable indiferencia? ¿Qué dirán de mi hermano y de ti?

—Leonardo—respondió doña Ana con voz acongojada, pues temblaba ante el enojo de su hermano ni más ni menos que cuando tenía catorce años—no me acuses sin haberme oído; tú no sabes, no puedes saber lo que Juan y yo tememos al genio de Agustina; él la permite hacer cuanto quiere; ¿qué puedo yo remediar cuando su mismo padre usa de tan extrema indulgencia? ¿No

conoces que me haría odiosa y que tendría que dejar esta casa, donde ella reina como señora absoluta, para vivir sola y aislada?

—¡Esto es inaudito!—exclamó D. Leonardo.—¡Inconcebible! ¿Cómo ha dejado Juan que las cosas lleguen a este caso?

—El pobre Juan padece mucho, y te ruego, hermano mío, que no le aflijas más.

—No entraré yo a mandar en su casa—repuso el anciano pensativo;—pero debe ser muy desgraciado, y él se tiene la culpa; en fin, este mal es largo de remediar, que sólo el tiempo y la paciencia pueden curar los grandes daños; por lo pronto, hija mía, prepárate para el baile de mañana.

—¡Pero tío!—murmuró Eva confusa.—Quizá se incomodará Agustina si yo voy.

—¿Y eso qué importa?

—Además, como no acostumbro a ir a esta clase de diversiones...

—Vamos, ¿qué?

—Que no tiene ningún vestido a propósito para el caso—dijo a su vez doña Ana.

—Por eso no hay que apurarse; yo la traigo lindas gasas de seda, que, con más tiempo, la servirán, no para un traje, sino para diez; pero éstas

quedarán para mejor ocasión; en la presente ponte un sombrero y ven conmigo. En la alameda de Mehillan he visto aún la elegante tienda de madame Amelia, servida hoy por su linda hija.

—¡Pero, tío!

—No hay que replicar; vendrás al baile conmigo: ¿estamos? Tu padre me obedece y tú debes hacerlo también.

—Así lo haré, tío.

—Comprarás un vestido a tu gusto, y para que no tengas cortedad, toma este bolsillo; hay cuatro mil reales; si no tienes bastante pídemelo más.

—¿Pídirte? No lo esperes—dijo doña Ana.—Ya sabes que yo tengo algo; pues bien, por más que me empeño no puedo hacerle admitir ni un ocha-vo, pues dice que si lo sabe su hermana se incomodará; lo más que alcanzo es que tome algún vestido, pues a no ser por los que yo la doy ya comprados, estaría sin ninguno.

—¿Pero en qué piensa Juan?

—Esas cosas no son cuidados para vosotros los hombres. Juan quiere lo mismo a sus dos hijas; pero la otra consume cuanto hay, y más que hubiera.

Felipe, que entró en este momento, cortó la con-

versación; parecía mucho más elegante con su traje de calle que con el de camino; su semblante estaba radioso de júbilo, y una expresión de contento y bienestar se difundía por todas sus facciones.

—¿Adónde vas, niña?—preguntó a Eva que enlazaba delante del espejo de su tía las cintas de su sombrerito de paja.

—Viene conmigo—respondió su padre.

—Pues yo soy de la partida.

—¿Por qué no viene usted también, tía?—preguntó Eva.

—De buena gana iría, hija mía; pero si ve tu hermana que hemos salido todos se va a poner furiosa.

—¿Y eso qué importa?—exclamó imperiosamente D. Leonardo.—¡Pues están buenas las contemplaciones! Ponte la mantilla y vamos.

Doña Ana obedeció a su hermano, y poco después salieron los cuatro de casa.

VI

—¡Señorita, señorita!—exclamó Leticia, que de pie junto al balcón arreglaba los lazos de las cortinas.

—¿Qué ocurre?—preguntó Agustina con su aspereza habitual.

—¡Mire usted, ahora salen de casa su tía, su tío, el señorito Felipe y la señorita Eva!

—¡Será posible!—exclamó Agustina precipitándose hacia el balcón y maravillada de tamaño atrevimiento.

Bien pronto vió que sí era posible: salieron primero doña Ana y D. Leonardo, y luego los dos primos.

Los ancianos se detuvieron para dejar pasar adelante á los dos jóvenes; Felipe empezó al instante á hablar á Eva con aire cariñoso y animado.

—¡Anda al instante, y ve tras ellos!—dijo Agustina con acento breve é irritado.

—¡Pero, señorita!

—¡Al instante; necesito saber adónde van!

La camarera salió y se puso á seguir á las dos parejas.

Éstas se dirigieron tranquilamente á la alameda de Mehillan y á casa de la modista, y Leticia vió que les sacaban numerosos vestidos de baile.

Eva los examinó todos y luego señaló al más sencillo.

Era de tul blanco, y la falda estaba recogida á un lado con una rama de reseda artificial.

—Eso es muy pobre—dijo D. Leonardo.

—No importa—repuso doña Ana;—deja á esta niña hacer lo que quiera, pues tiene muy buen gusto.

Leticia vió como Eva sacaba un abultado bolsillo y daba treinta duros por el traje.

—¿No elige la señorita adorno para la cabeza?—preguntó la modista.

—Veré unas rosas—respondió la joven.

—No; de tu adorno yo me encargo—dijo Felipe.

Los dos hermanos y los dos primos se fueron desde allí á dar un paseo, y Leticia fué á dar parte de lo ocurrido á su señora, que no podía dar crédito á sus oídos.

¡Eva preparándose para ir á un baile sin noticia suya! ¡Eva emancipada! Esto era inaudito.

En tanto que Agustina discurría así, Felipe razonaba cariñosamente con su prima.

—Mira, Eva—dijo—voy á elegirte para mañana á la noche un adorno tan sencillo como elegante y distinguido: quitarás esa rama de reseda artificial, y yo te traeré otras de reseda verdadero: esto, además de ser fresco y bonito, tiene el mérito de llevar en sí un aroma delicioso.

—¿Pero de dónde has de sacar tanto reseda, primo mío?—preguntó la joven.

—He visto mucho en el invernáculo de un jardinero francés.

Felipe se volvió á su padre y á su tía, y les comunicó su proyecto, que ambos hallaron admirable.

Ya era cerca de la hora de comer cuando don Juan volvió á su casa, después de evacuar algunos asuntos de su comercio. Agustina, que espiaba el instante de su llegada, corrió á su cuarto quejándose de la larga ausencia de su hermana.

—Pero mujer, ¿qué falta te hace siempre á tu lado?—preguntó el buen hombre.—Para nada la dejas sosiego; ¿no es justo que ella salga también alguna vez?

Agustina se retiró con aire soberbio é irritado;

su imperio iba decayendo, y al mismo tiempo se consolidaba el de su hermana.

En aquella alma violenta empezó á encenderse el fuego del odio y de los celos; coqueta y acostumbrada á los homenajes, el silencio y la indiferencia de su primo la tenían tan cruelmente humillada, como lastimada y herida la preferencia franca que éste concedía á Eva.

Aquel baile, para el cual su primo, sus tíos y su hermana habían ido á elegir los adornos de esta última, había llegado á ser el tormento de la joven.

Cuando volvieron á casa Eva y las personas que la habían acompañado, Agustina corrió á su encuentro.

—¿Adónde has ido?—la preguntó con imperio.

—A comprar un vestido para el baile de mañana—respondió sencillamente la joven.

—¿Quién te ha dado dinero?

—Tío Leonardo.

—¿Pero con quién vas al baile?

—Con el tío y con Felipe; pero ¿no vendrás tú también con nosotros?

—No—repuso con acritud Agustina.

—¿Te vas á quedar en casa?

—No por cierto; estoy comprometida con Honoria.

—Hermana mía, respondió Eva—yo creía mucho más natural que fueses á casa del conde W... con tu familia.

—Yo no te pido tu parecer—respondió Agustina con acritud.

La conversación de las dos hermanas fué interrumpida por su tío D. Leonardo.

—Vamos, hija mía—dijo á Eva—¿estás contando á tu hermana cómo es tu vestido? Pues lo siento mucho; ésta es una ingrata que no se interesa por los suyos ni por nada de lo que les atañe.

La indignación se pintó en las facciones de Agustina, que no podía acostumbrarse al franco y rudo lenguaje del anciano.

—Ya veo que te incomodan mis palabras, querida mía—continuó éste;—pero no me importa. Yo he dicho siempre lealmente lo que siento; soy muy amante de la justicia y de la equidad, y no creo que abrigarás la pretensión de que por ti me vuelva adulator y falso. Agustina, tú estás muy mal educada y te aconsejo, por tu bien, que te corrijas á ti misma, pues ya es tarde para que lo hagan los demás.

—Pero, señor, ¿no ha de tener usted para mí más que palabras duras?—exclamó la joven exasperada.—¿Me quiere usted decir qué le hecho yo, qué derecho le asiste para mortificarme á todas horas? ¡Mi padre mismo no me sujeta á tan grande tormento!

—¡Es verdad! Pero tu padre tiene la culpa de que tú seas lo que eres; si hubiera usado contigo de un prudente rigor serías más dichosa y él también; pero, vamos, dejemos esto; mañana vendrás al baile con nosotros; así lo espero, y para que vengas más contenta debo decirte que tu padre también se anima á ir á él.

—¡Ay, Dios mío, cuánto me alegro!—exclamó Eva dando palmadas, mientras el semblante de su hermana permanecía impasible.—¿Conque viene papá? Yo me divertiré doblemente.

—¡Tú no irás al baile!—repuso con sordo acento Agustina.

Eva bajó la cabeza con abatimiento; tan acostumbrada estaba á obedecer los preceptos despóticos de su hermana.

En cuanto á D. Leonardo, fijó en su sobrina una mirada atónita, y como si no hubiera podido creer á sus oídos:

—¿Quién ha dispuesto que esta niña no vaya al baile?—preguntó severamente.

—Yo, tío—repuso Agustina.

—Y ¿con qué derecho?

—Soy la hermana mayor y dispongo de las acciones y del tiempo de Eva.

—Aquí, en esta casa hay dos personas que deben disponer de ambas—dijo D. Leonardo.—Son vuestro padre y vuestra tía, y éstas han determinado que las dos vayáis al baile con nosotros; y ahora vente, Eva, que te necesito—añadió el buen señor haciendo una seña á su sobrina menor para no dejarla expuesta á los furores de su hermana.

Luego que Agustina quedó sola anduvo dando vueltas por el aposento durante largo rato; lágrimas de dolor y de rabia corrían por sus mejillas; apenas la dejaban respirar la ira y la indignación que la poseían al verse dominada en la misma casa donde había dominado siempre como absoluta soberana.

Cuando se pasó un poco el parasismo de su cólera tiró con furor de la campanilla y Leticia se presentó al instante.

—Ve ahora mismo á casa de la señora de Claris—la dijo.

—Está bien, señorita.

—Y dile que á las nueve en punto de la noche envíe mañana á buscarme con su carruaje.

—Se lo diré así.

—Tú estarás á esa hora prevenida en la escalera para que no oigan siquiera el ruido de la campanilla.

—Pierda V. cuidado.

—Para esa hora tengo que estar vestida, del todo vestida, ¿lo entiendes?

—Sí, señora.

—Bajaré sin hacer ruido, y cuando mi tío y mi padre me hagan llamar para ir al baile, dirás que ya me he marchado.

—Está bien.

—Ahora ve sin perder tiempo á decir á madame de Claris que mañana á las nueve en punto esté aquí el coche.

Agustina, al decir estas palabras, puso una moneda de oro en las manos de la doncella, que salió volando para cumplir su comisión.

El resto del día fué de martirio para aquella joven altiva é iracunda.

Felipe se mostraba apasionado hasta el extremo de la gracia cándida y sencilla de Eva, que por su

parte no sabía disimular el placer que le ocasionaban los homenajes y los cuidados de Felipe.

Al anochecer volvió éste después de una corta ausencia, con un muchacho que traía en un cestillo de mimbrés gran cantidad de guirnaldas de fresco y oloroso reseda.

Agustina tuvo ocasión de ver el traje de su hermana extendido sobre un sofá; Felipe, con la tierna gravedad de un hermano y el esmero cariñoso de un amante, formó él mismo las guirnaldas para el traje de su prima; recogióse la falda con una elegante forma; se prendieron otras en los hombros del traje y otra en el pecho, y después dijo Felipe:

—Eva, aquí quedan las mejores y más delicadas ramas, que he dejado á propósito para la guirnalda de la cabeza: miralas, tienen ya todas sus florecitas blancas abiertas.

—Agustina—dijo doña Ana, que se hallaba en brasas al ver la descomposición del semblante de su sobrina:—hija mía, voy á salir con tu tío; ¿quieres que te compre los guantes para el baile?

—Tengo yo guantes de sobra—repuso la joven con aspereza.

—En este caso—dijo D. Leonardo—comprare-

mos los de Eva, y un aderezo de perlas, pues supongo que no tendrá ninguno ¿no es así?

—Así es, en efecto, querido tío—respondió la amable niña;— ¡pero yo no quisiera tanto lujo! Nunca he ido á ninguna parte, y...

—¿No es hora ya de que te presentes en el mundo? ¡Ya que tu padre no ha pensado en ti, es natural que piense yo! Hija, ahora que se halla entre vosotros el viejo Leonardo, irán las cosas de otro modo.

—¡Bien se deja ver!—murmuró Agustina con profundo rencor.

—Nada, nada, la igualdad entre hermanas es una cosa sagrada, ¡no faltaba más! Conque vamos, Ana á comprar lo que falta para esta niña, ya que á Agustina le sobra todo.

Esto diciendo, salieron los dos hermanos, quedándose Felipe solo con las dos jóvenes.

Eva hubo de salir para ocuparse de algunos pormenores de la casa, y además, por huir de la presencia de su hermana, á quien temía, á pesar de su natural nobleza; temblaba ante la presencia de Agustina como si hubiese cometido un gran crimen aceptando el baile.

Felipe y su prima quedaron solos, y el corazón

de Agustina se abrió a la esperanza, esperando alguna palabra de aquel joven tan interesante y que, a pesar de su ciega preferencia por su hermana, le parecía lo más simpático que había conocido en su vida.

Pero Felipe, evidentemente disgustado, tomó uno de los muchos libros que se veían sobre un velador.

—¿No vas a dar un paseo por la ciudad?—preguntó Agustina para entablar la conversación.

—No—respondió Felipe;—estoy aquí mejor.

—¿No eres aficionado a salir?

—Siempre he salido muy poco.

—Eso sería porque no habrás tenido hasta hoy nada que te llame la atención.

—He tenido muy buenos amigos y los tengo; con ellos salía; pero aquí aun no conozco a nadie.

—Cuando hagas relaciones será otra cosa; pero aquí hay preciosas muchachas ¿no vas a verlas a la alameda?

—No tengo gana de salir—repuso lacónicamente el joven.

Y en seguida volvió a hojear el volumen que tenía en la mano.

—¿No has amado nunca?—tornó a preguntar

Agustina con la desenvoltura propia de su carácter.

Felipe levantó la cabeza y la miró asombrado; aquella pregunta en boca de una joven de la edad de su prima le pareció tan inoportuna, tan inconveniente, que no supo qué responder.

—No he amado aún—respondió tras unos instantes de silencio.

—¿Ni siquiera por pasatiempo?

—¿Puede amarse por pasatiempo acaso?—tornó a preguntar Felipe con semblante grave.

—Sí, por cierto—repuso Agustina.—Hasta hoy sólo por pasatiempo he amado yo.

Volvió a reinar el silencio y volvió Felipe a hojear el libro.

La ira encendió las mejillas de la joven; ¡qué vergüenza haber ella adelantado tanto para no obtener ni una sola palabra de galantería!

Pero esto es precisamente lo que sucede a todas las mujeres que olvidan las leyes de la modestia y del pudor; muchas hay que confunden las maneras atrevidas con el talento y la desenvoltura con el despejo, y es muy preferible el que una joven pase por excesivamente tímida que el que haga alarde de saber lo que debe ignorar.

La inmodestia es enemiga mortal del verdadero y profundo amor, de ese amor que es tanto más fuerte cuanto más cimentado está en las bellas cualidades del alma y del carácter.

Agustina, llena de ira, pues comprendía que había caído en ridículo, se levantó para salir; pero también halló fuera de tiempo aquella brusca retirada, pues era dar á conocer á su primo una cólera que la humillaba tanto.

La llegada de Eva puso término á aquella escena embarazosa.

Agustina, contenta de tener con quien desahogar su mal humor, la preguntó con acritud:

—¿Se concluyó mi bata?

—Sí, por cierto —respondió la joven;— ya está en tu tocador; ¿no la has visto?

—Sí la hubiera visto no te lo preguntaría —repuso Agustina al ver que su primo había cerrado el libro desde la llegada de Eva y no cesaba de mirarla.

—¿Quieres que vaya á buscarla? —preguntó la joven que anhelaba contentar á su hermana y no sabía cómo hacerlo.

—Sí, ve por ella —respondió Agustina con imperio.

Eva obedeció, y cuando desapareció su vestido volvió Felipe á tomar el libro.

—Parece que te molesta mi compañía —dijo Agustina con amargura, dirigiéndose á Felipe.

—¿A mí? —respondió éste con indiferencia.— No por cierto.

Agustina tradujo estas palabras según debía hacerlo; es decir, que entendió lisa y llanamente.

—¿A mí qué me importa que estés ahí ó no?

—Aquí está mi obra —dijo Eva entrando con la bata y poniéndola en las manos de su hermana.

—¡Oh, qué preciosa labor! —exclamó Felipe mirándola con cuidado.

—Yo la encuentro muy mal hecha —repuso Agustina con amargura;— siento, por mí misma, no ser de tu parecer, primo mío.

—¡Pero si esto es admirable, divino! —repuso Felipe, que se extasiaba ante la labor de Eva, que era realmente maravillosa.

Pero la pobre Eva, asustada por la reprobación de su hermana, permanecía confundida y sin atreverse á levantar su precioso rostro.

Felipe se levantó, tomó su mano y se la estrechó con ternura.

—Oye —la dijo, llevándola al sofá donde él ha-

bía estado sentado, sentándose de nuevo al lado de su prima:—Eva, voy á pedirte una cosa.

—Di—repuso Eva.

—¿La harás?

—Pudiendo, sí.

—Nada te será más fácil.

—Entonces, cuenta con ella.

—Pues es que quiero me bordes la camisa de novio como has bordado la bata para tu hermana.

Las dos jóvenes alzaron vivamente la cabeza al escuchar estas palabras.

Agustina arrojó la bata sobre el respaldo de un sillón, y se acercó á su primo.

Eva clavó en el rostro de aquél sus bellos ojos azules, arrasados de lágrimas.

—¿Vas á casarte?—preguntó Agustina con acento admirado.

Eva no preguntó nada, pero en sus ojos había una elocuente interrogación.

—Sí, me casaré pronto—respondió el joven mirando á Eva, como si aquella respuesta hubiera sido sólo dirigida á ella.

—¿Y quién es la agraciada?—tornó á preguntar Agustina.

—Tu hermana—respondió Felipe, volviendo á

estrechar con efusión la mano de Eva, que estaba absorta.

Luégo, y sin dar tiempo á que las dos hermanas saliesen de su natural estupor, preguntó Felipe á Eva:

—Dime, prima mía, ¿te casarías contenta conmigo?

—Sí—respondió la joven, ruborizándose de dicha y de emoción.

—Pues esta noche mi padre pedirá tu mano para mí al tuyo.

—¿Cómo!—exclamó Agustina, que se ahogaba—¿qué estáis diciendo?

—Que nos casaremos dentro de dos meses—respondió Felipe alegremente.

—Si tú no te opones—murmuró Eva, echando sobre su hermana una mirada de súplica.

—¿Pues no he de oponerme!—gritó Agustina;—¿á tu edad casarte? ¡No faltaba más!

—Querida mía—repuso Felipe dirigiéndose á Eva y como si no hubiera querido razonar con la injusticia y obcecación de Agustina—no puede tu hermana oponerse á que tú te cases ó no, sea conmigo ó sea con otro; tu padre es sólo el que puede, no oponerse, pues ningún padre tiene de-

recho para eso, sino aconsejarte lo que más te convenga.

—¡Mi padre se opondrá, pues, caballero!—gritó Agustina.

—Creo que no—repuso Felipe con acento reposado y grave;—pero dejemos ahora esa cuestión que no es del caso, querida prima; aquí están ya mi padre y nuestra tía.

En efecto, en aquel momento entraban doña Ana, que traía en la mano un paquetito, y D. Leonardo, que traía un estuche.

—Toma, hija—dijo a Eva—ahí dentro hallarás en un paquete unos zapatitos blancos con lazos de blonda, y en otro dos pares de guantes de baile; eso te lo regalo yo.

—Toma, querida—añadió D. Leonardo.—Por mi gusto te hubiera comprado diamantes; pero tu tía dice que eso no es propio de las jóvenes solteras; mira si te gusta lo que te traigo, y si no vendrás conmigo a cambiarlo y elegirás otro aderezo a tu gusto.

Doña Ana miró con terror a Agustina; su hermano, que dicho sea de paso, no la temía nada, había repetido su opinión acerca de lo impropio y de mal gusto que es el usar diamantes en las jóve-

nes solteras, y doña Ana temblaba ante el enojo de su sobrina.

Entre tanto, Eva había abierto el estuche, y su cándido rostro expresó una extrema admiración; dentro del estuche apareció un aderezo del gusto más exquisito y sencillo que es posible imaginar.

Componían el collar ocho hilos de perlas finas y menudas, cogidos de trecho en trecho con una estrellita formada por once esmeraldas; el broche era una estrella de esmeraldas mayor que todas las demás.

Los brazaletes eran iguales al collar, sino que en lugar de ser como aquél, de muchas vueltas, tenían tres.

Los pendientes formaban un grupo de estrellas de perlas y esmeraldas.

Para la cabeza había dos sargas del mismo rico estilo que formaban el collar y los brazaletes.

—Esto es encantador para armar y sujetar la corona de reseda—dijo Felipe.—Nada podía imaginarse más divino para la rica cabellera rubia de Eva; del adorno de la cabeza nos encargamos ella y yo.

—Yo también quiero tomar parte en los preparativos del baile y ver algo—dijo la alegre voz de

D. Juan; y poco después asomó la risueña cara del anciano por entre el grupo que formaban sus hermanos, sus hijas y su sobrino.

—¿Qué te parece?—le preguntó D. Leonardo.

—¡Oh, admirable, hermoso! ¡Gracias a Dios que veo una vez adornada a mi pobre Eva! ¿Pero cuánto te ha costado, hermano?

—¿Quieres callar?—respondió D. Leonardo con agriado gesto.—¿No es todo común entre nosotros? ¿Y no deseo yo que lo sean hasta nuestros hijos? Mira—prosiguió el buen anciano cambiando su enfado por una sonsisa.—Mira a Eva y a Felipe, ¿qué te parece?

Don Juan miró, en efecto, a los dos jóvenes, que arreglaban sonriendo algunas ramitas de reseda para la corona de Eva; un pensamiento alegre y consolador como un rayo de sol atravesó por la mente del cariñoso padre, que dijo a su hermano:

—¿Qué, acaso pensarías...!

—¡Ellos lo piensan ya!—respondió D. Leonardo frotándose las manos, signo en él el más seguro de una profunda alegría.

—¡Pero... Agustina es la mayor!—murmuró el honrado padre con acento triste.

—¡Ya lo sé que es la mayor!—repuso D. Leo-

nardo.—Pero ¿y qué le hemos de hacer? No era de esperar que Felipe se enamorase del cobre teniendo el oro a la vista.

—En todo caso—pensó D. Juan—una de mis hijas será feliz a lo menos, y esto es ya un gran descanso para mí.

La tarde iba ya muy adelantada y muy pronto se sirvió la comida, durante la cual permaneció Agustina sombría y meditabunda.

Después de acabar de comer invitó D. Leonardo a su familia a que le ayudasen a abrir sus baúles, y a ver los diferentes regalos que para cada uno traía.

Ni aun esta proposición serenó la frente de Agustina, cargada de negras nubes.

No obstante, pasó como todos a la habitación que ocupaba su tío, y que era la de honor ó la mejor de la casa, pues su padre había mandado expresamente se le dispusiera aquella.

Ocho grandes cofres forrados de vaqueta se hallaban en medio de ella, y D. Leonardo los fué abriendo uno tras otro y sacando de su fondo tantas riquezas y preciosidades, que podía contentar el gusto más exigente.

Recibió D. Juan una gran caja llena de ricas

camisolas de batista, preciosas petacas de plata y oro para los cigarros, multitud de pañuelos para el bolsillo y una magnífica botonadura de perlas guarnecida de diamantes.

Cuando llegó la vez a doña Ana se ocuparon dos sillones inmediatos a ella con los hermosos paquetes de telas de seda, cajas de abanicos de gran precio, ropa blanca de nipes bordada y estuches de joyas llenos de pendientes y sortijas.

Las jóvenes tuvieron también en abundancia lindos trajes de gasas, de seda, de crespón, y de todas aquellas telas ligeras que se usan en la calurosa América, y que tan estimadas son en nuestra Península.

Los collares, los brazaletes, las sortijas y pendientes, parecían brotar de entre sus dedos, y su tío se complacía al ver el entusiasmo y la dicha pintados en el plácido y angelical semblante de su sobrina menor.

En cuanto a Agustina, nada decía; a su carácter huraño se unía una penosa preocupación y apenas halló palabras para dar gracias a su tío por los regalos que la había hecho.

Terminó la repartición entregando D. Leonardo a su hijo tres estuches pequeños de terciopelo;

Felipe puso uno en manos de su tía y los otros dos en las de sus primas, diciéndolas:

—Querida tía, esto es un recuerdo mío para usted; mis queridas primas, esto os lo regalo yo.

Las tres abrieron sus respectivas cajitas, y en cada una de ellas apareció un precioso reloj esmaltado y guarnecido de pedrería.

El de doña Ana estaba guarnecido de diamantes y rubíes alternados; los de las jóvenes de perlas y turquesas.

Cada uno tenía sobre la tapa, y marcadas con las mismas piedras que guarnecían el cerco, las cifras de su poseedora.

El recuerdo era rico, magnífico, del mejor gusto. Doña Ana abrazó con transporte a su sobrino. Eva le estrechó la mano con gratitud. Agustina murmuró la palabra *gracias* con una frialdad amarga y concentrada, y permaneció silenciosa y sombría.

Tuvo fin aquel día tan triste para la infeliz joven; después de repartidos los regalos, pasó la familia un rato de conversación en la misma habitación de D. Leonardo; a las once sirvieron el té los criados y, después de tomarlo, cada uno se retiró a su habitación.

Felipe y Eva habían estado hablando en voz baja toda la velada en un ladito del aposento, sin cuidarse para nada de lo que pasaba en derredor suyo. Sus padres y su tía los miraban de vez en cuando, se hacían señas de contento y se sonreían con íntima complacencia; pero ninguno de aquellos tres seres cándidos, honrados y sinceros, pudo sospechar ni por un instante la tremenda tempestad que rugía en el alma ardiente de Agustina.

Al separarse D. Leonardo besó á sus dos sobrinas en la frente; la de Agustina abrasaba; la de Eva estaba fresca y tranquila.

Felipe estrechó entre las dos suyas la blanca mano de Eva y tocó apenas la morena de Agustina.

Cuando estuvo cada uno en su cuarto, Eva rezó con íntimo fervor, dando gracias á Dios por aquel amor que llenaba todo su sér, y luego se acostó y se durmió tranquilamente.

Agustina se despojó por sí misma de su traje de seda, rehusando los servicios de Leticia; se puso una bata de noche, la misma que con tan prolija paciencia había bordado su hermana, y se puso á cruzar la estancia con pasos desiguales.

Cuando la aurora extendió en el cielo sus rosa-

das tintas, la desgraciada joven no había probado todavía ni un instante de reposo.

VII

Agustina no se acostó ya.

La fiebre la devoraba, encendía sus mejillas y trastornaba su cerebro.

Lavó su marchito semblante en agua fresca, recogió sus cabellos, que caían destrenzados por su espalda, y se asomó á la ventana de su cuarto, que caía á la playa.

El aire frío de la mañana despejó sus ideas y la reanimó.

La reflexión se abrió paso, y quizá aquella serenidad fué para ella mucho más cruel que los terrores y delirios que la habían embargado durante toda aquella espantosa noche.

Amaba á su primo; no podía dudarlo, y le amaba con toda la impetuosidad de su carácter fuerte y no contrariado jamás.

Felipe era el hombre más noble, el más simpático, el más amable y sensato de cuantos hasta entonces

había visto; había en él una altivez templada por una benevolencia, tan firme aquélla y ésta tan dulce, que se le quería y se le respetaba á un mismo tiempo.

¡Qué diferencia entre Felipe y todos los jóvenes que ella había visto y estaba acostumbrada á tratar! ¡Qué nobleza en sus modales! ¡Qué atractivo en sus palabras, y cuán dulce hubiera sido aquel cariño sancionado con la aprobación de toda su familia, de toda aquella familia que ella había menospreciado tanto siempre, y que Felipe respetaba y amaba con tanta sinceridad!

Pero ¡ay! Felipe, lejos de amar á Agustina, la manifestaba una aversión insuperable. A quien él parecía amar con tanta ternura como intensidad era á su hermana, á Eva, á aquella Eva tan dominada por Agustina, tan dócil, tan sumisa y, á su parecer, tan nula é insignificante.

A pesar de las amargas reflexiones de Agustina, no sabía ella hasta dónde llegaba el extremo de su desgracia; aun ignoraba que el proyecto de su tío había sido el casar á Felipe con ella, y que si sonreía ante la idea de la unión de su hermana con su hijo era porque realmente le parecía Eva más á propósito para hacerle dichoso.

Aun estaba sumergida en estas reflexiones cuando oyó llamar á la puerta de su habitación.

—¿Quién es?—preguntó con voz trémula, pues temía que el que llamaba hubiese podido penetrar sus dolorosos pensamientos.

—Abre, hija mía—contestó la reposada y grata voz de su padre.

Agustina descorrió el cerrojo, y su padre la abrazó, besándola en la frente.

Aquella caricia tan dulce, en la situación de ánimo en que la joven se hallaba, la conmovió profundamente: aquella muchacha varonil y despótica era vencida á su vez por un profundo dolor.

Sin embargo, el llanto no sabía aún el camino de aquellos negros ojos, y ni una sola gota acudió á aliviarlos.

—Hija mía—la dijo D. Juan, sentándose en un sofá y atrayéndola blandamente hacia sí—vengo á hablarte, no sólo como padre, sino también como amigo.

Agustina, admirada, fijó los ojos en el semblante de su padre, que continuó:

—Sé que esta noche has determinado ir al baile con madame de Claris, en vez de ir con nosotros; ¿por qué es eso?

—Porque siempre voy con ella á todas partes —respondió Agustina.

—Eso es lo que yo debía haber evitado—dijo D. Juan con un profundo suspiro;—pero, ya que no lo he hecho por no disgustarte, es justo, hija mía, que tú me complazcas á tu vez abandonando una amistad que te es muy perjudicial.

—No sé por qué; Honoria es una mujer encantadora, amable y que me quiere.

—Todo eso creo, Agustina, pero no es recibida en ninguna parte; además de la ligereza de su conducta ¿no sabes la odiosa acusación que pesa sobre ella?

—¿Qué acusación?

—¡Se dice que dió muerte ella misma á su marido!

Palideció Agustina al oír estas palabras, y recordó que, en efecto, había oído acusar á su amiga de aquel crimen atroz; pero ella era la primera que se reía de lo que llamaba groseras calumnias, y la que deploraba sin cesar la pérdida de su esposo como la del mejor de los hombres.

—Créeme, hija mía—prosiguió D. Juan—abandona esa amistad que te perjudica, porque tú, á Dios gracias, tienes un nombre intachable y res-

petado; ven con nosotros y harás mucho mejor.

—Papá—dijo Agustina—lo que es por hoy no es posible que yo pueda eximirme de ir con ella; la he dado mi palabra, y de no cumplirla tendría que privarme de asistir á esa fiesta.

—Más vale que te prives de ella que no que vayas con esa mujer.

—¡Dejar yo de ir al baile!—exclamó Agustina por cuya imaginación de fuego cruzaron las imágenes de Felipe y de Eva valsando juntos al compás de una música deliciosa.

—Pues bien, ve, pero conmigo, con tu hermana; tu tío y tu primo nos acompañarán. ¡Agustina, me haces muy infeliz con ese despego hacia tu familia, cuando yo desearía te parecieses á tu padre en lo amante que ha sido siempre de ella!

—Te prometo desde hoy separarme de la amistad de madame de Claris, papá—repuso Agustina;—pero esta noche no puedo dispensarme de ir á ese baile en su compañía.

—Tendrás, sin duda, algún disgusto por causa suya—dijo D. Juan con tristeza y levantándose para salir;—pero espero que te servirá de escarmiento.

El buen padre, entre irritado y triste, salió de la

habitación de su hija, al mismo tiempo que iba á entrar en ella doña Ana.

—¿Qué hay?—preguntó ésta.

—Nada he podido conseguir.

—Vamos á ver si yo soy más dichosa.

Y la buena señora entró en la habitación de su sobrina.

—¿Qué pálida estás, hija mía!—la dijo besándola en la frente.—¿Acaso no has dormido esta noche?

—He dormido muy poco—respondió Agustina con frialdad.

—En ese caso más vale, hija mía, que no vayas al baile esta noche.

—¿Qué persecución!—exclamó la joven con una expresión de ira mezclada de amargura.—Ahora acaba de irse mi padre que vino con la misma pretensión.

—¿Y qué le has contestado?

—¿Qué he de contestarle? Que iré.

—¿Pero con él?

—No; con madame de Claris.

—Querida mía, eso es una imprudencia—dijo doña Ana con una firmeza que no hubiera podido esperarse de su carácter—y las imprudencias se

pagan siempre; tú serás desgraciada por ellas.

—Pues hasta hoy, tía, he sido muy dichosa conservando en lo posible mi libertad.

—Más hubieras podido serlo disfrutando de alguna menos; Agustina—prosiguió doña Ana con vehemencia—no creas que yo hablo sólo por deseos que tenga de hacerte sufrir; os amo como una madre desde el día en que perdisteis á la vuestra, á quien amaba como á una hermana, y cuando te mortifico ahora con mis reconvenciones es sólo por tu bien—y doña Ana sacó de su bolsillo la carta en que su hermano mayor le avisaba su salida de Puerto Rico y su deseo de que se casaran Felipe y Agustina.

Ésta palideció mucho más al leer aquellos renglones, y, á pesar de su fortaleza, fué tal su conmoción, que su tía se arrepintió de habérsela enseñado.

—¿Conque se había pensado en esa boda!—murmuró con apagado acento.

—Sí, hija mía—respondió doña Ana—y no dudes que se hubiera llevado á cabo sin tu carácter fuerte é independiente; tu tío Leonardo ha mirado siempre la sumisión y la dulzura como las prendas más esenciales en la mujer, y como tu herma-

na las posee en tan alto grado, así el padre como el hijo la han preferido á ti.

—¿De modo que si yo no hubiera tenido una hermana con quien poderme comparar...?

—Se hubiera quizá casado contigo Felipe, pues así su padre como él aman tanto á su familia, que no hubieran querido saliese de ella su inmenso caudal.

Estas palabras, dichas con una candidez muy natural, cayeron como una lluvia de fuego sobre el alma seca ya de Agustina; apareció á sus ojos, como por una fantasmagoría infernal, Eva, durmiendo el sueño eterno, y su primo, que ceñía sus sienes con la corona nupcial, más gentil, más tierno, más enamorado que nunca.

Embargada por estas sombrías reflexiones, el carmín y la palidez se sucedían rápidamente en su semblante; ora brillaban sus ojos, ora se apagaban como dos estrellas en una nebulosa noche de primavera; temblaban sus labios y se ponían pálidos como las hojas de un jazmín azotadas por el viento, y todo su sér era presa de una horrible lucha.

Un pensamiento homicida había ya hallado paso para entrar en aquella alma joven y pura, hasta aquel día, de todo crimen.

Agustina, presa de la vanidad y embargada por ella, no rezaba, y sólo la oración es lo que ahuyenta la furiosa voz de las pasiones.

Aquella negra nube ya no abandonó la mente de Agustina.

—Vamos, hija mía—la dijo su tía, que atribuyó á la ira y al rubor de verse desairada la lucha escrita en el semblante de su sobrina.—Vamos, tranquilízate; ¿te faltarán á ti novios acaso? ¿No eres bella, rica y llena de mérito? Lo que importa, para que no pierdas tu prestigio, es que no des pasto á la crítica; no vayas al baile del conde de W... con esa madame de Claris, de quien todos hablan mal.

—Tía, es inútil ese empeño—repuso Agustina con entereza.—He negado á mi padre esa misma petición.

—¿Estás decidida á arrostrar el qué dirán?

—Enteramente decidida.

—Entonces nada más puedo hacer ya, si no compadecerte—dijo doña Ana levantándose y dando dos pasos hacia la puerta.

Su sobrina no trató de detenerla, y la buena señora salió enjugándose las lágrimas.

No bien hubo salido su tía, Agustina llamó á Leticia y la dijo con voz breve:

—Traíeme un vestido oscuro y un sombrero de paja, y prepárate á acompañarme; vamos á salir.

La voz de Agustina, al decir estas palabras, temblaba de un modo convulsivo; cuando acabó de vestirse reunió en una cajita todas sus alhajas y la tomó bajo el brazo, ocultándola en los pliegues de su manteleta.

Luégo llamó á Leticia y se dirigió con ella á casa de madame de Claris.

Vivía ésta en uno de los barrios más feos y tristes de Marsella; era una de esas mujeres que sostienen una apariencia de lujo y de comodidad ayudadas por la estafa, mujeres problemáticas á las que no se las conoce renta alguna, ni bienes, ni sueldo por el Estado, y que, sin embargo, viven dándose mucho tono, se meten en todas partes y asisten á todas las fiestas, casi siempre contra la voluntad del dueño de la casa.

El interior de la que habitaba madame de Claris era bastante extraño; se veían allí luchando á las pretensiones del lujo con la miseria; sobre un tapiz, comprado en una almoneda, pero que habría sido de gran valor cuarenta años antes, y que hacía á la sazón el oficio de alfombra, había varias sillas de familias distintas; junto á una de laca, se veía

otra de enrejado, y al lado de un soberbio sillón forrado de damasco carmesí, ostentaba una de paja multitud de libros y de periódicos con figurines de modas.

Las colgaduras, ajadas y sucias, caían lánguidamente delante de los balcones, pero aun demostraban, á pesar de sus girones y mal trato, que habían sido pagadas á muy subido precio en más prósperos días.

Algunos malísimos grabados franceses encerrados en marcos dorados que se habían vuelto amarillentos adornaban pomposamente las paredes; un piano viejo y despintado ocupaba el testero principal, y sobre una consola se elevaba un espejo grande y de bastante coste, que parecía querer huir de aquella desastrada habitación.

La habitadora de ella participaba de su carácter desagradable, problemático y sospechoso; era una mujer muy alta, muy delgada, de cara larga, ojos negros y hundidos, que hubieran sido bellos á no ser por su expresión huraña y recelosa, nariz larga y cabello negro, dispuesto con estudiada coquetería.

Su tez estaba lastimosamente ajada por las pinturas y cosméticos; todavía no había hecho su to-

cador y tenía puesta una bata de brocado de seda azul celeste, descolorida en fuerza del uso y muy desaseada.

La edad de Honoria era tan misteriosa como su posición; á aquella hora y ataviada de aquel modo se la hubieran echado de treinta y seis á treinta y ocho años; pero por la tarde, en paseo, pues ella no faltaba ningún día, ó con los vistosos trajes que usaba por la noche, aparentaba diez ó doce menos.

Todos los jóvenes libertinos de la ciudad la visitaban asiduamente, y los hombres reputados como más viciosos y de peores costumbres eran sus íntimos amigos; amigas no tenía ninguna, pues era tal su fama de trapisondista y desarreglada, que ninguna mujer quería frecuentar su trato; apenas la saludaba nadie, y sus trajes eran siempre ocasión de burlas y de malignas sonrisas entre todos los que la veían en los sitios públicos.

Otras personas, y estas eran sin duda las más sensatas, hacían caso omiso de su presencia, y ni la miraban, aunque pasase por su lado, del mismo modo que no fijamos nunca la atención en un animal muy cargado, como no sea para compadecerle.

Cuando Agustina entró en la sala, madame de Claris estaba medio echada en un sillón, que habría sido de gran precio en otro tiempo, pero que á la sazón estaba viejísimo, roto y muy sucio.

A su lado, y sobre un sofá, tenía algunos tomos de novelas sentimentales y dos ó tres periódicos de modas, cuyos abonos, si los satisfacía, era muy mal y de tarde en tarde.

Sus piés, metidos en unas pantuflas de tafíete encarnado, descoloridas por la vejez y aun más por la incuria, eran anchos y huesudos.

Agustina entró con ímpetu y como persona acostumbrada á tener pocos miramientos; en efecto, aquella joven, que contribuía no poco sólidamente á sostener la existencia de Honoria, entraba allí como en terreno conquistado.

—¿Qué ocurre para que vengas á estas horas?— preguntó madame de Claris volviéndose sorprendida.

—Querida mía—dijo Agustina con una agitación que se traslucía en su voz y en sus miradas— necesito de ti.

—¿Y bien; sepamos para qué?

—Ahora te lo diré; mas para eso necesitamos estar enteramente solas; sal, Leticia.

La doncella se retiró al instante y Agustina, más y más agitada cada vez, depositó sobre el piano el cofrecito que contenía sus joyas.

—¡Oh, debe ser, por cierto, negocio de importancia!—exclamó Honoria riendo.—Apuesto cualquiera cosa á que lo que desees que te diga es qué aderezo te pondrás esta noche.

—No se trata del baile—repuso áasperamente Agustina.

—¿Pues de qué?

—¡Déjame, déjame, que no sé por dónde empezar á decírtelo!—murmuró Agustina con acento sombrío.

Era tan helado el corazón de la aventurera, que no se conmovió en lo más mínimo al ver la angustia y el horror que se pintaban de un modo enérgico en todas las facciones de Agustina.

Esta dió una vuelta por la habitación con aire extraviado, miró tras de todos los tapices, cerró todas las puertas y volvió al lado de su amiga.

—Honoria—la dijo—yo amo á mi primo Felipe con toda mi alma, y él vino para casarse conmigo; la suerte me sonreía y me preparaba el más dichoso porvenir, y éste se ha deshecho como el humo.

—Bien, ¿y qué?—preguntó lánguidamente mada-

me de Claris que se había reclinado de nuevo en su butaca.—¿Qué quiere decir eso?

—Espera, que aun no he acabado; iba á ser dichosa, como te he dicho, y lo hubiera sido, sin duda, á no atravesarse mi hermana en mi camino; el hombre á quien yo amo va á casarse con ella en vez de casarse conmigo.

—Lo mismo me sucedió á mí con Augusto—repuso con frialdad Honoria.—Ya lo sabes; pero yo me vengué.

—¡Yo también quiero vengarme!—dijo la joven con voz sombría.—Tú hiciste desaparecer, según me has dicho, á la mujer que te estorbaba, yo también quiero que desaparezca mi hermana, y para ello vengo á pedirte ayuda.

—¡Eso es muy comprometido!—murmuró madame de Claris.

—¡Te daré dinero, mucho dinero!—dijo Agustina.—Mira—añadió señalándole el cofrecito—aquí están todas mis joyas; para ti sacaré además una gruesa suma de la caja de mi padre; así que la tomes huyes de aquí y te vas á tu patria, porque yo sé que eres italiana y no francesa; ahora bien, yo he venido á decirte:—mi hermana es el obstáculo de mi felicidad; mi hermana va á ser dichosa, en

tanto que yo me vuelvo loca de celos y desesperación; es preciso que mi hermana desaparezca, pero yo no quiero tomar parte en su pérdida; arregla tú esto con Leticia, y pide para ella y para ti.

El silencio siguió a las palabras de la joven; la aventurera, recostada en el sillón, meditaba, y Agustina, con la cabeza baja, la frente pálida y las mejillas encendidas por la fiebre, esperaba su contestación como espera el reo su sentencia de muerte.

Madame de Claris fué la primera que volvió a tomar la palabra.

—Necesito cincuenta mil duros—dijo—y dentro de tres días tu hermana habrá dejado de ser un obstáculo para tu dicha.

—No puedo darte tanto—respondió Agustina con acento que temblaba.

—Yo no puedo tampoco arriesgar por una cantidad menor mi vida y mi seguridad; así que te haya servido tengo que salir de Marsella é irme lejos, muy lejos.

—¿Y Leticia?

—Leticia vendrá conmigo; ya sabes que la conozco hace muchos años, y que respondo de su fidelidad.

Agustina se levantó con esfuerzo y fué lentamente a tomar el cofrecillo que había dejado sobre el piano; sacó de su pecho una llavecita y lo abrió.

En su tondo aparecieron pendientes, sortijas, collares, brazaletes y broches para el cabello y la cintura.

—Cuanto tengo está aquí—dijo a Honoria mostrándole las joyas.—Ni una sortija he querido reservarme, y sólo tengo que conservar estos zarcillos.

Madame de Claris pesó aquellas alhajas, las examinó en la mano una por una, miró a la luz las facetas de los brillantes y de las esmeraldas, é hizo, en fin, todas aquellas operaciones que los artistas consumados practican para conocer la pedrería.

—Esto vale, a lo más, veinte mil duros—dijo con un gesto de desdén—y es muy poca cosa.

Luégo, mirando a los pendientes que Agustina llevaba puestos, añadió:

—¿Por qué no quieres darme esos pendientes? Es lo que tiene más valor.

—¡Eran de mi madre!—murmuró la joven con acento trémulo.

—¡También tu hermana era de tu madre!—replicó despiadadamente madame de Claris—y tu

madre la querría quizá más que á sus pendientes; sin embargo, quieres apartarla de tu vista; ea, echa ahí esas joyas, que aumentan la cantidad en algunos miles de reales.

Agustina, subyugada por el peso enorme de aquella maldad, se quitó los ricos zarcillos que llevaba y los echó en el cofrecillo.

Pero al mismo tiempo cruzó una idea por su imaginación, porque se detuvo y dijo:

—¡Ah! No me acordaba del baile de esta noche, para el cual necesito los pendientes.

—Es verdad, llévatelos, y me los darás mañana—repuso madame de Claris;—me los devolverás, añadiendo á ellos los brillantes de tu corona de baile, que me han dicho que son soberbios.

Agustina oyó estas palabras inmóvil: el asombro, el remordimiento, la helaban; un fantasma pavoroso se alzaba ante sus ojos, y este fantasma tenía á intervalos el semblante de su madre y el de Eva.

—Vamos, querida mía, vuelve á tu casa—dijo la aventurera, que estaba tan serena como si acabase de concertar una acción buena y meritoria;—iré á buscarte á la hora que me digas; pero, para no desperdiciar la ocasión, si te se presenta, recuer-

da que sea de la caja de tu padre, ó de la del fantasmón de tu tío, tienes que tomar algunos miles de duros para mí.

Agustina se levantó y dió como ebria algunos pasos; así llegó á la puerta; mas desde el umbral volvió gritando con acento delirante:

—¡No, no!

—¿Qué dices?—respondió madame de Claris, con voz ahogada.

—¡Digo que no quiero consentir en una infamia semejante!

—Ya no hay remedio—respondió la infernal mujer, poniendo su mano sobre el cofrecillo de las joyas.

—¡Oh, sí lo hay! Aún es tiempo... correré... diré á mi padre cuanto ha ocurrido... le aseguraré que me arrepiento y me creará!

—¡Y tu primo se casará con tu hermana y serán dichosos, mientras tú morirás de desesperación al ver su felicidad!

—¡No, no, eso tampoco! ¡Eso, jamás!

—¡Muera, pues!—murmuró aquella mujer con aire sombrío.

—¡Muera!—repitió Agustina, lanzándose á la puerta con paso vacilante.

VIII

A las once de la noche se detuvo un carruaje á la puerta de la casa que habitaba la familia Troncoso.

Honorina bajó de él vistosamente ataviada de baile; pero las gasas de su vestido estaban negras y ajadas, los encajes eran falsos, y también lo eran las pedrerías que brillaban en su cuello, brazos y cabellos.

Agustina estaba ya vestida y sentada en un canapé, pálida, abatida y como anonadada; llegaba á sus oídos como un murmullo confuso la charla de su hermana y de su primo, que hablaban en un gabinete inmediato, en tanto que la joven daba la última mano á su tocado.

De vez en cuando las apacibles voces de doña Ana y de D. Juan venían á mezclarse en la alegre charla de los jóvenes, así como el grave acento de D. Leonardo.

Honorina entró sin detenerse á la habitación de

su amiga, y la sacudió por el brazo para sacarla de su distracción.

—Vamos —la dijo—el coche espera.

Agustina se apoyó en su brazo y ambas bajaron la escalera.

—¿Y el dinero?—preguntó la aventurera.

—Aun no le tengo.

—¡Cómo, pues!

—No he tenido valor; probar á mi padre para pagar la muerte de mi hermana! ¡Oh, es horrible!

—¡Bah, bah! Escrúpulos de monja; la felicidad es un ave que es preciso cogerla al vuelo, porque si una vez se deja escapar, jamás se la ve de nuevo.

Estas palabras se perdieron entre el estruendo del carruaje que llevaba á las dos amigas á casa del conde de W...

La travesía era corta y las dos mujeres no volvieron á dirigirse ya ni una sola palabra.

El palacio de los condes de W... estaba soberbiamente iluminado á la veneciana desde el vestíbulo; dos secretarios, sentados delante de una mesa, tomaban los billetes de entrada, leían el nombre de la persona que lo entregaba y los guardaban cada uno en una gran cartera de terciopelo carmesí.

Al presentarse madame de Claris los secretarios la miraron con una desconfianza mezclada de indignación, como si les extrañase verla en aquel sitio.

Uno de ellos tomó el billete y leyó:

Madame de Claris y señorita Agustina Troncoso.

—Esto es extraño—dijo volviéndose hacia la aventurera—el señor conde, á lo que veo, no ha tenido á bien el convidar á usted.

—¿Pues y ese billete?—preguntó con insolencia madame de Claris.

—Ese billete no ha sido expedido en casa.

—¿Cómo no?

—Es lo que digo, señora; alguna de las personas que son amigas del señor conde se habrá llevado algunos billetes en blanco, y de esos ha llegado uno á manos de usted.

—Pero ¿y esta señorita?—preguntó madame de Claris que ya se iba poniendo roja de ira.

—Esta señorita está incluida en la tarjeta de su señor padre.

—Y bien, ¿á qué viene todo eso?—preguntó Honoria con iracundo acento.—¡Tengo mi billete, luego puedo entrar!

—No, señora; está usted en un error—dijo el otro secretario—no puede usted entrar aquí.

—¡Cómo!

—Hay orden de no recibirla; en cuanto á esta señorita, puede entrar, porque está convidada.

—¡Aquí está su familia!—dijo el otro secretario.

En efecto, apeábanse de un elegante landó don Juan, D. Leonardo, Felipe y Eva á la puerta del palacio.

La joven estaba radiante de hermosura; el resaca hacía un efecto mágico en su traje, blanco y sencillo como el de una vestal.

Aquellas frescas y perfumadas ramas cogidas con perlas y esmeraldas producían el efecto más delicioso.

Felipe estaba también interesante con su traje de baile, y su corbata blanca hacía resaltar el moreno de su tez y el brillo apasionado de sus grandes ojos negros.

Agustina sintió, al verle, que su sangre toda afluyó al corazón, y que una nube pasaba por delante de sus ojos.

—La señorita puede pasar con su familia—dijo uno de los secretarios—puesto que ahora llega; pero usted, señora, puede retirarse.

El carmín de la vergüenza cubrió las facciones vestidas de color postizo de la aventurera y el ros-

tro gracioso de Agustina, que se retiró dos pasos de su indigna amiga.

—¡Ah, hermana mía!—dijo Eva.—¿Vas á entrar conmigo? ¡Cuánto me alegra el hallarte aquí!

—Me vuelvo á casa—respondió bruscamente la joven.

—¡A casa!

—Sí, Honoria se ha puesto mala.

Agustina bajó la escalera con las mejillas rojas y los labios convulsos.

Llegó con su amiga á su casa, se arrancó los pendientes y la corona de baile y se lo arrojó todo gritándola:

—¡Ahora, déjame!

Honoria salió con aquellos despojos, y Agustina se puso á cruzar el aposento á pasos desiguales presa de un delirio frenético.

IX

Dos días después, y á eso de las dos de la mañana, gritos penetrantes despertaron á D. Juan y á su hermana.

Aquellos gritos partían del aposento de Eva y expresaban un sufrimiento infinito.

Doña Ana, que era la que dormía más cerca de su sobrina, se levantó y corrió á su cuarto, al mismo tiempo que la joven abrió la puerta para pedir socorro.

La pobre niña estaba pálida y desencajada; tenía puesto sólo un sencillo peinador blanco y se apoyaba con mano desfallecida en el marco de la puerta.

—¡Tía, tía mía, yo me muero!—exclamó con acento sofocado.—Tengo fuego en la garganta y en el pecho.

Doña Ana ayudó á Eva á volverse á su cuarto y salió en busca de Leticia.

Pero ésta había desaparecido.

Al volver al cuarto de Eva halló á su hermano que, habiendo sido despertado por los gritos de su hija, acudía á su socorro.

Al mismo tiempo que D. Juan iba á salir de su habitación y doña Ana pasaba por la puerta, una forma blanca salió de aquel aposento corriendo y se precipitó en el corredor.

La forma blanca llevaba entre las manos un objeto de gran volumen, y en el afán de la carrera

dejó escapar alguna cosa, que cayó al suelo, produciendo un ruido metálico.

—¡Cielos, un ladrón!—exclamó D. Juan bajándose para recoger algunas monedas.

—¡Pensemos en esa pobre niña!—exclamó doña Ana llevando á su hermano hacia la habitación de su sobrina.

Aquella había vuelto á caer sobre su lecho, exánime de dolor y de fatiga.

Su rostro estaba lívido, los párpados cerrados y las mejillas rosadas por el ardor de la fiebre.

—¡Llamad á mi hermano, á mi sobrino!—exclamó D. Juan.

Doña Ana misma salió para cumplir este deseo. Padre é hijo entraron al instante.

—¡Me muero!—dijo Eva.—¡Padre mío, yo no sé lo que tengo, pero sé que Dios me llama á sí!

—¡Morir tú!—exclamó con ímpetu Felipe.—¡Morir cuando te amo, cuando me amas, cuando íbamos á ser felices! ¡Oh, no! Eso no puede ser.

—Eso va á ser, pues... amigo mío, Dios me llama—murmuró Eva con acento resignado y dulce.

—¡Oh, yo no sé qué hay aquí que hiela mi sangre en las venas!—exclamó Felipe, que se volvía

loco de impotente desesperación.—¡Eva, tú estabas hoy buena y llena de vida; ¿por qué, pues, has de morir hoy? ¿Por qué filtro infernal se aniquila tu vida y tu belleza? ¡Padre, padre, ven, porque sólo tu mano de hierro puede levantar este pesado velo!

En efecto, D. Leonardo se acercó con semblante torvo.

Miró á Eva, tocó sus manos y sus sienes, y luego dijo con acento frío y lúgubre:

—¡Esto es veneno!

—¡Ah, santo Dios, veneno! ¡Oh, qué bien me lo avisaba mi corazón!—gritó Felipe arrojándose sobre un sillón.—¡Sí, sí, sólo el veneno puede haber destruído tan rápidamente esta bella criatura!

—¡No te aflijas, primo mío!—exclamó la joven, que desfallecía por momentos.—Padre, tios míos, no quisiera que si parece el autor de mi muerte se le hiciese daño... yo le perdono desde ahora; pero ¡y mi hermana, mi hermana á quien no veo!

Doña Ana salió en busca de Agustina y la encontró muda, sombría é inmóvil, recostada en un sillón; en vano quiso enterarla de lo que pasaba; la joven parecía no oír nada, y su tía se volvió al lado de Eva.

Ésta se incorporó en el lecho, luego volvió á caer, apoyó en el brazo su bella cabeza rubia y espiró mirando tiernamente á Felipe.

Una hora después aun permanecía Felipe anodado junto á su lecho; diseminados por la estancia se hallaban los tres ancianos llorando en silencio.

De repente, una especie de fantasma lívida y desfigurada se precipitó en el aposento.

Era Agustina.

—Eva, Eva—gritó con voz trémula—¿vives aún? No tomes, pues, nada de lo que Leticia te dé... ¿lo oyes? Mira que te quieren matar... mira que yo he pagado ya tu muerte... ¡Sí, he tenido que robar el secreter de mi padre para tener dinero y pagar á tus asesinos!... ¡Eva, Eva, escúchame y dime que me perdonas, para no morir de dolor!

Inclinóse dicho esto sobre el blanco lecho, y sus labios tocaron la mejilla helada de su hermana.

Entonces dió un grito de terror y se dejó caer sentada sobre el pavimento.

Casi todos los espectadores de esta escena horrible se hallaban faltos de sentido; era espantoso el misterio de muerte y crimen que se desenvolvía ante sus ojos.

Agustina, medio recostada en el lecho, seguía gimiendo dolorosamente; su vista se hallaba extraviada, y ni una ráfaga de inteligencia lucía en aquellos ojos ni en aquel rostro, alterado por la desesperación.

—¿Qué escucho!—exclamó D. Juan, levantándose rígido y con el semblante cubierto de palidez—¿qué dice esta mujer?

—¡Digo, padre mío, que yo he muerto á mi hermana!—respondió Agustina, quien á la vista de la muerte sintió huir el delirio que oprimía sus sienes.—¡Digo que yo he robado tu caja para pagar á la infame autora de su muerte!...

—¡Tú!—exclamó D. Juan con un asombro lleno de pavor, y tanto más terrible cuanto era más contrario á la aparente impasibilidad de su carácter.

Luego permaneció por algunos instantes mudo de terror y de asombro.

Durante ellos, mil veces cambió de color su rostro venerable; sucedíase en su frente la palidez al más subido carmín con una rapidez espantosa, atestiguando bien claro la dolorosa lucha que despedazaba su alma.

¡Cosa extraña! En tanto que aquel anciano tímido y apacible era presa de tan negra desespera-

ción, permanecía su hermano anonadado é inmóvil: su hermano, tan fuerte, tan severo y de tal firmeza de carácter.

Pero es que aquel era padre, y le tocaba más de cerca la vergüenza de ver á su hija criminal.

Levantó por fin la cabeza, tras de algunos instantes de espanto, el desgraciado anciano, y sus hermanos temblaron al ver la terrible mudanza de su semblante.

No era ya el mismo hombre: brillaba la indignación en sus ojos; sus facciones todas se hallaban contraídas; sus mejillas inflamadas por la cólera; pero, en medio de aquella aparente animación, ¡cuánto dolor, qué desesperación tan honda é incurable!

Dió dos pasos hacia su hija, y luego, alzando al cielo sus manos como para atraer sobre su cabeza el anatema de Dios, dijo con voz fuerte y esforzada:

—¡Maldita, malita seas, verdugo de tu hermana!

Agustina no respondió nada, pero se desplomó en el suelo como un joven árbol herido por la tempestad.

Sin embargo, la terrible cólera de su padre no

se calmó al verla pálida é inanimada; ni una mirada dirigió sobre la culpable; se acercó á Eva que, envuelta en su blanca bata y extendida en su lecho, parecía dormir con el más apacible sueño, y besó su frente con desolada tristeza.

—¡Adiós, pobre ángel que Dios puso en mi camino para consolarme de las amarguras de la vida, adiós! Ruega á tu madre que me perdone el haber hecho de ti la víctima y de tu hermana el verdugo por mi culpable condescendencia!

Entonces la violencia de su dolor cambió de carácter y se fundió en una aflicción inmensa, que se exhaló en lágrimas y sollozos.

Dejóse caer de rodillas al pie del lecho, pegó sus labios á la blanca mano de su hija y derramó abundante y amargo llanto.

Su hermano acudió á él y le levantó en sus brazos.

—Ven—le dijo—Ana y Felipe cuidarán de esas desgraciadas, porque no es menos infeliz la que respira que la que ya ha muerto; dentro de pocos días saldremos de aquí y volveremos á la Habana.

—¿Llevaré conmigo los restos de mi hija?

—Agustina y los restos de su hermana nos acompañarán.

—¡Jamás!— exclamó D. Juan con vehemencia.—¡Jamás volveré á ver á ese monstruo de iniquidad!

Don Leonardo no quiso herir más con la contradicción aquel corazón ulcerado; guardó silencio y condujo los pasos vacilantes de su hermano hasta su propia habitación.

Apenas hubieron salido los dos ancianos se incorporó Agustina por un movimiento galvánico, se apoyó en una de sus manos y escuchó el eco de sus pasos hasta que se perdió en la distancia.

Entonces se levantó y fué á postrarse á los pies de su primo.

Pero éste retrocedió dos pasos con horror.

—No huyas de mí, Felipe—dijo la joven con débil voz—y déjame abrirte mi corazón, este corazón que para tí y para todos va á ser de hoy en más mudo como un sepulcro; óyeme, y haz cuenta que oyes á una pobre moribunda.

Yo te amaba—continuó la joven inclinando la cabeza como si esta confesión la abrumase.—Te amé, Felipe, desde el instante mismo en que mis ojos se fijaron en los tuyos; cada hora, cada instante fué creciendo esta pasión en mi fogoso corazón de criolla; vi que en vez de tener espe-

ranzas de que pagases mi pasión debía desecharlas, porque amabas á mi hermana y ella te amaba también.

—¡Oh, mi querida Eva!—exclamó Felipe volviendo hacia el cadáver de la niña sus ojos cubiertos de lágrimas.

—Comprendo ese grito de tu alma, Felipe—repuso Agustina;—quiere decir: ¡cuán felices hubiéramos podido ser sin esta criminal mujer! ¡Cómo nos hubiéramos amado! Y es verdad. ¡Oh, es mucha verdad! Yo he destruido tu dicha, yo he muerto á mi hermana sin que haya podido conquistar la dicha para mí.

Supe un día—continuó Agustina—que el objeto de tu padre al venir aquí contigo era el arreglar nuestro casamiento; mi tía me lo dijo; pero que luego, enamorado del dulce carácter é inclinaciones modestas de mi hermana, la preferías á mí... Supe que ibais á casaros en breve, porque tu padre amaba á Eva lo mismo que á mí antes de conocernos, y la amaba más desde que nos conocía á los dos... Entonces, acostumbrada á mirar á mi pobre y paciente hermana como un objeto que mi voluntad y mi capricho podían destruir, la sacrifiqué á mis celos y á mi amor propio ultrajado... busqué

quien la matase y tomé de la caja de mi padre lo que faltaba para completar la suma que, después de entregar mis joyas, se me exigía como pago de tan negro crimen.

Y ahora que todo lo sabes, adiós, Felipe—continuó la joven, levantándose con la energía de la desesperación.—Ni tú ni ninguno de mi familia sabréis de mí jamás... voy a vivir lejos de vosotros, porque no quiero agravar mi conciencia con un nuevo crimen, apelando al suicidio; pero jamás sabréis de mí, a no ser que la bondad suprema de Dios os descubra cual fué mi vida, después que haya pasado a otra mejor.

Agustina, dichas estas palabras, se acercó al lecho de su hermana, besó sus manos, dejando en ellas una ancha lagrimea, y en seguida salió del aposento, yendo a encerrarse en el suyo.

Poco después de haber abandonado ella la habitación que fué de la pobre Eva, entró su tío; don Juan quedaba acostado y presa de un violento delirio, producido por la fiebre que se había encendido en sus venas.

Doña Ana salió llorando para velar y cuidar a su hermano.

Felipe y su padre se arrodillaron para orar junto

al lecho de muerte de aquella inocente niña, que había vivido en el mundo lo que vive una delicada flor: una sola primavera.

De los ojos de Felipe se desprendían gruesas lágrimas, sin que a pesar de su valor y de la fuerza de su alma pudiera evitarlo; su padre las vió y le estrechó en sus brazos sin decirle una sola palabra.

Cuando la aurora envió sus primeros resplandores a aquella habitación tan modesta y tan risueña, antes alegre nido de una bella y dulce niña, y ahora aposento de su cadáver, aun permanecían postrados padre é hijo.

Felipe permaneció junto a aquellos restos inanimados hasta que el ataúd vino a reclamarlos; padre é hijo la colocaron en él sin desnudarla de su último y blanco ropaje, semejante a la túnica de un ángel, y que la envolvía castamente de la garganta a los pies.

—Adiós, hija mía—dijo el anciano besándola con ternura—adiós, y reposa en el materno seno de todos los dolores de tu corta vida.

—Adiós, ángel mío—dijo a su vez Felipe, poniendo sus labios sobre la frente de Eva—¡contigo se van todas mis esperanzas de ventura! ¡Rué-

gale á Dios que me consuele de haberte perdido, ó que me reuna pronto á ti!

Aquella misma noche estalló el cólera en Marsella: aquel terrible cólera que en el año de 1832 hizo tan crueles estragos en toda la Francia.

Los funerales de Eva tuvieron lugar tres días después, desplegándose en ellos toda la pompa conocida y usada en semejantes casos.

Todos se dijeron que aquella linda y angelical joven había sido una de las primeras víctimas de la epidemia.

El cadáver de Eva, embalsamado, se encerró en una caja de plomo, para acompañar á su familia á la Habana, donde debía reposar junto á las cenizas de su madre.

La pobre Luisa, que no había podido proteger á sus hijas en vida, iba á guardar los restos de la más débil después de su muerte.

Si aquella excelente criatura hubiera vivido, ni su primogénita hubiera desplegado la ferocidad de sus pasiones, ni la inocente Eva hubiera sido la víctima de aquéllas.

Marsella fué una de las ciudades de Francia más castigadas por la terrible epidemia; cada día se

veían cruzar por las calles coches y hasta carros llenos de ataúdes, y á veces llenos de cadáveres envueltos en sus sudarios, pues la mortandad era tan grande que no daba lugar á fabricar todos los féretros necesarios.

¡Horrible azote que Dios envió para advertirnos de lo terrible de su justicia, y que fué como el rayo vengador lanzado del cielo después del crimen de Agustina!

X

Ved qué hermosa y velera es esa nave que va á tomar tierra en el bullicioso puerto de la Habana.

La brisa de la mañana riza sus blancas velas, que se hinchán graciosamente, imprimiéndola un balanceo tan suave como el que mece las cunas de los niños indios suspendidas de las ramas de los árboles en los gigantes bosques de América.

Sobre cubierta hay muchos pasajeros, pero cuatro de ellos llaman la atención desde luego por su actitud abatida y profundamente triste.

Son una anciana señora, dos caballeros, que también han llegado al invierno de la vida, y un joven

alto y gallardo, pero sumido en una silenciosa y amarga melancolía.

No hay que nombrárselos a mis lectores, porque estoy cierta de que ya los han reconocido.

Llegó el instante de zarpar y todos saltaron en tierra, metiéndose al instante en un cómodo carruaje, y dirigiéndose a una de las fondas de mas nombre de la capital.

A la misma hora en que los cuatro viajeros llegaban a la Habana se abría en una de las más solitarias calles de Marsella la puerta de una tienda pequeña de drogas, y una joven palida, demacrada y cubierta de luto se sentaba tras el mostrador.

Un honrado carpintero del muelle pasó por allí para ir a su trabajo; se detuvo sorprendido un instante; miró a la tienda y a la tendera, y volvió pasos atrás, entrando de nuevo en su casa.

—¡Mujer!—gritó desde el patio.

—¿Te se olvida algo, Roberto?—preguntó una voz dulce desde arriba.

—No; pero baja, baja.

Oyéronse pasos en la escalera y una hermosa muchacha llegó pronto al patio.

—Vamos, ¿qué quieres?—preguntó a su marido.

—¡Qué he de querer! Contarte lo que ocurre—dijo el que parecía presa de un profundo asombro.

—¿Y qué ocurre? ¿Se ha aumentado la mortandad esta noche?

—No, si no que ha vuelto a abrirse la tienda vieja del señor Troncoso.

—¿La vieja?

—Sí, la de sus padres, que se cerró cuando tú y yo éramos pequeñuelos.

—Ya te quería entonces—dijo Catalina acariciando a su marido.

—Y yo; pero oye, ¿sabes quién hay en la tienda?

—¿Quién?

—La señorita Agustina.

—¿Cómo! ¿No se ha ido con su familia?

—No; pero está muy mala y muy flaca.

—¡Qué inhumanidad dejarla aquí! ¡Habrá tenido que abrir la tienda para comer!

—Sin duda.

—¡Pobrecita! Voy a pasar a verla.

—Y yo al trabajo; hasta la noche.

—Adiós, y no vengas tarde.

—Así que despache.

Los dos esposos se separaron, y Roberto tomó el camino del muelle.

Catalina subió el cuarto segundo y dió parte á la inquilina, que era una modista joven, de lo que ocurría, pasando las dos al instante á la tienda de drogas.

Hallaron á Agustina sombría y silenciosa; ni una sola palabra pudieron arrancarle que las dejase ver la mudanza de su suerte ó sus proyectos para el porvenir.

En cambio, cuando se despedían, les dijo Agustina:

—Aquí me hallarán ustedes siempre que algo se les ofrezca.

Las dos jóvenes salieron casi asustadas; Agustina parecía haber vivido veinte años en pocos días, y su aspecto era tan tético, que helaba el corazón.

Aquella noche, y á eso de las once, una mujer cubierta con un velo y vestida de luto salió de la casa de Agustina, y se dirigió con paso callado al cementerio.

Era Agustina; los sepultureros llenaban su fúnebre oficio. La joven les suplicó que les permitiesen ayudarles.

—¡Es un capricho extraño!—murmuró uno de los sepultureros.

—Es un voto—respondió Agustina;—debo consagrarme por una promesa sagrada á *enterrar á los muertos*; si ustedes me ayudan á cumplirlo harán una buena obra.

—Déjala que nos ayude—dijo otro de los enterradores;—toda promesa hecha á Dios es sagrada.

Agustina se puso á abrir una fosa; á los dos ó tres golpes del azadón el sudor de la congoja bañaba su frente y tenía que detenerse llena de fatiga; pero después de respirar un instante volvía de nuevo á su ruda tarea.

Poco tardó en divulgarse por la ciudad aquella extraña noticia; era la vez primera que se veía practicar aquella obra de misericordia que tan pocas veces puede practicarse, porque, según las leyes sociales, el enterrar á los muertos es una cosa tan natural que no hacen falta para ello las excitaciones de nadie.

No obstante, la heroicidad de aquella joven que se había consagrado en lo mejor de su edad y de su hermosura á prestar este último y doloroso servicio á los infelices invadidos, llamó la atención del Gobierno, que le remitió un diploma y una medalla de honor, concedida en sesión de la Academia de Ciencias.

Agustina recibió aquella recompensa con una amarga sonrisa; ¿qué eran para aquel corazón herido de muerte por una desesperación incurable las distinciones y honores de un mundo que miraba como un inmenso desierto?

Arrojó diploma y medalla en el fondo de un cajón y volvió á sentarse delante de su negro y oscuro mostrador.

Divulgado ya su secreto creyó inútil guardar incógnito; iba á todas las casas de los invadidos á prestarles socorros y cuidados con tan poco interés por sí misma como si hubiera sido inmortal; pero Agustina no acudía más que cuando los médicos se retiraban y entraban los sacerdotes; su misión parecía empezar á la vista del sudario y del ataúd; ella disponía las mortajas y ponía en el féretro los cadáveres, y no los abandonaba ya hasta que les cubría su lecho de tierra.

Las sombras de la muerte parecían envolver á aquella joven que acababa de cumplir sus diecinueve años; jamás visitaba sus labios la sonrisa; la palidez de los cadáveres que diariamente manejaba invadía sus facciones, que parecían marchitarse por horas.

Bien pronto la fama de aquella mujer corrió por

toda Francia, llegando hasta la corte. Luis Felipe llamó á su lado á la santa joven Agustina; pero ella lo rehusó humildemente, pidiendo por sola recompensa que la dejasen vivir y morir en su ciudad natal.

Agustina vivía en la más extrema pobreza; su traje era en todo tiempo un hábito negro de lana, de la Soledad, ceñido con una correa á su talle, delgado como un junco.

Jamás se le ocurrió á ningún joven hablarla de amores; Agustina no era joven para nadie; nadie pensaba que bajo aquellos austeros vestidos se ocultase un cuerpo hermoso é intachable; los ancianos ó los tristes eran los que personalmente la conocían, porque su vida se pasaba á la cabecera de los enfermos, en el cementerio ó en la iglesia, donde permanecía muchas horas rezando sobre las desnudas losas.

Levantábase antes del día y se sentaba delante del mostrador que había visto deslizarse los risueños días de la juventud de su tía doña Ana; allí vendía á los que llegaban, pero todo el dinero que sacaba de sus mercancías volvía á darlo como limosnas para los pobres enfermos y para los mendigos que llegaban á implorar su caridad.

Durante algún tiempo mucha gente fué por la noche al cementerio para ver desempeñar á la droguita su fúnebre y penosa tarea; nada tenía de particular aquel espectáculo.

Agustina abría las sepulturas, ayudaba á colocar en ellas á los cadáveres, y cerca de la aurora volvía á su casita para no llamar la atención de nadie.

Algunos meses después de haber aparecido, la epidemia calmó sus furores; pero Agustina siguió auxiliando á los enfermos y sepultando cadáveres.

Todos los amigos de su casa, á los cuales ella no había querido volver á ver, acusaban á su padre de cruel y desnaturalizado con aquella joven ejemplar; en efecto, D. Juan había abandonado, al parecer, á su hija, dejándola en la pobreza, y la desesperación era lo que, á juicio de los más sensatos, había impelido á Agustina á buscar una muerte segura con tan doloroso género de vida.

¡Ay, no sabían nada de la triste realidad, porque el mundo no la sabe jamás!

¡La realidad era que aquella hija ingrata y cruel había robado la caja de su padre, llevándose todos los restos de su fortuna, muy amenguada ya por sus locos gastos para pagar el asesinato de su desdichada hermana!

Don Juan tenía que depender ya durante toda su vida de la generosidad de su hermano, pues el desgraciado estado de su salud y razón alterada por su horrible desgracia no le permitían pensar en volver á trabajar para rehacer su fortuna.

XI

El cólera abandonó á Marsella por París, como si allí hubiera estado seguro de hacer más víctimas.

Agustina siguió al cólera.

Cedió su tiendecilla á una pobre viuda y la dijo estas palabras:

—Se la dejo á usted con la condición de volverla á tomar si no perezco en la epidemia, pues cuando ya no halle ocasiones en París de servir á Dios y á los enfermos volveré para morir aquí donde he nacido.

Aquella misma noche emprendió su viaje para la gran capital, llevándose una muy reducida cantidad de dinero, pues todo el producto de sus ventas lo había repartido siempre con los pobres.

Llegó de noche y se hospedó muy modestamente, retirándose al instante á la habitación que se le había destinado.

No bien había entrado en ella, oyó hablar en el aposento vecino.

—¿Conque mañana es la ejecución?—preguntó una voz.

—Mañana—contestó la otra.

—Dicen que es una gran criminal.

—Y que se ha dado mucho tono en distintas poblaciones de Francia.

—¿Cómo dicen que se llama?

—Madame de Claris.

—¿Y qué es lo que le ha traído á morir aquí?

—¡Toma! ¿No lo sabe usted?

—No.

—Pues es un anciano señor americano, ó que á lo menos ha vivido allí algunos años, al cual habrá jugado alguna mala pasada, y el que no ha sosegado hasta que la ha cogido en un delito del que se ha proporcionado pruebas.

—¿Y qué delito es ese?

—El haber envenenado á un viudo ya de edad, con quien sostenía relaciones, después de haber conseguido de él que hiciese testamento á su favor;

el envenenar era su principal habilidad, porque era italiana.

—¡Qué infernal mujer!

—También envenenó á su marido, lo cual le ha probado plenamente ese vengativo viejo.

—Pero ¿por qué la tendrá tanto odio, si él no se queja de ningún daño personal?

—Es verdad que no se queja; pero debe, sin duda, existir; lo cierto debe ser que habrá por medio alguna otra persona, á la que no querrá comprometer, y se oculta bajo la capa de la justicia para vengar su ofensa; es, según me han dicho, un hombre terrible, alto, grueso, de cabellos blancos y ojos negros.

—¿Y no se sabe cómo se llama?

—Sí por cierto; se llama D. Leonardo Troncoso, y es muy rico; ningún empeño ha hecho él en ocultar su nombre y su fortuna; dice, además, que esa mujer tiene la culpa de que esté loco un hermano suyo.

La conversación cesó poco después; pero Agustina había oído bastante para quedar anonadada.

¡Dios la conducía ante su cómplice para que presenciase su castigo! ¿Debería ella tener otro igual?

La ofensa que su tío vengaba en aquella desgraciada mujer que entregaba a la justicia de los hombres era obra suya, y ella era, por lo mismo, la que la había empujado a su perdición.

Estas reflexiones impidieron a Agustina el disfrutar durante la noche un instante de reposo.

Al amanecer se levantó y se dirigió a uno de los cementerios.

La epidemia hacia horribles estragos; por todas partes se veían cadáveres ó atacados que caminaban a los hospitales, ya ayudados por sus parientes, ya solos y asiéndose a las paredes.

Agustina ayudó hasta uno de los hospitales a una pobre joven que apenas podía sostenerse, y en seguida pidió permiso a la superiora de las hermanas de la caridad para compartir sus tareas ayudando a los pobres invadidos; le habló también del voto sagrado que la obligaba a trabajar en los cementerios, para lo cual le entregó una carta del gobernador eclesiástico de Marsella.

—Yo allanaré todas las dificultades que usted pueda hallar para cumplir tan penoso deber—dijo la superiora, pues bien merece ayuda quien se consagra con tanta heroicidad al alivio y servicio de sus semejantes.

En efecto, al instante escribió algunas cartas que envió a sus respectivos destinos.

Cerca de las diez serían cuando se oyó un gran tumulto en la calle; Agustina se estremeció y corrió a una de las ventanas de la sala del hospital.

Era una fúnebre comitiva de soldados y sacerdotes, en medio de la cual iba madame de Claris vestida con la hoga infamante de los reos de muerte.

La desgraciada iba muy abatida, tenía los ojos hundidos, las mejillas lívidas y los labios cárdenos, temblando con tanta fuerza, que a no haberla sostenido dos sacerdotes no hubiera podido andar, que siempre es la amorosa y bienhechora religión la que nos espera, así al dar el primer paso en el mundo cuando aun no hemos empañado nuestra inocencia, como al dar el último aunque seamos muy culpables.

Agustina se retiró horrorizada de la ventana; su cabeza se extraviaba, su frente estaba cubierta de un helado y congojoso sudor, y apenas podía tenerse en pie.

Volvió a la cabecera de la enferma que había acompañado y se puso a rezar por la que iba a morir.

Poco después sintió que su pecho se oprimía, que sus sienes latían con fuerza y que sus mejillas se encendían con el fuego de la fiebre; pero su costumbre de hacer abstracción de sí misma para ocuparse de los demás, y, sobre todo, la dolorosa preocupación de su espíritu, no la dejaron detenerse en pensar lo que sufría.

Madame de Claris no se apartaba de su pensamiento, porque aquella desgraciada y criminal mujer había sido su única amiga.

La infeliz matadora de Eva había llegado entre tanto al patíbulo, en el cual se sentó casi sin conocimiento de lo que hacía.

Apenas podría saberse si Dios iluminó con la luz del arrepentimiento las sombras de aquella alma tenebrosa, porque, lo mismo que ha sucedido siempre tratándose de grandes criminales, el más grande abatimiento paralizó sus fuerzas y no era ya más que un cadáver cuando el verdugo desempeñó su terrible ministerio.

Agustina pasó el día sufriendo mucho, física y moralmente; por la tarde murió la pobre joven que había acompañado al hospital, y por la noche fué conducida al cementerio, según las leyes de sanidad en los casos de epidemia.

La joven acompañó al cuerpo y quiso darle ella misma sepultura, á lo que los enterradores accedieron, así porque se multiplicaba más á cada instante su fúnebre tarea, cuanto porque ya tenían noticia de la llegada á París de aquella mujer singular que quería ayudarlos en sus quehaceres.

Abierta la fosa, Agustina, que había envuelto á la joven en su mortaja, llamó á uno de los sepultureros para que la ayudase á tender el cuerpo en su último lecho.

—Vamos, vamos, señora—dijo el enterrador—démonos prisa, que aquí viene otro cadáver.—Y luego añadió, mirando con cuidado:

—Esa debe ser la ajusticiada, pues la acompañan agentes de la ley.

Agustina se estremeció y se puso á cavar otra sepultura.

Luego llamó al enterrador y colocaron el cadáver.

Antes de cubrirle con tierra separó el sudario, apareciendo al instante el rostro amoratado de Honoria y la garganta cercada por el rojo collar del dogal infamatorio.

—¡Perdón!—gritó Agustina con sordo acento y cayendo de rodillas junto á la sepultura.—¡Piedad,

pobre mujer, á quien perdí! ¡No me maldigas desde la eternidad!

—Desplomóse en el suelo dichas estas palabras, sin color y sin voz.

—Chico—dijo al enterrador otro compañero suyo—no cierres la hoya de la ajusticiada; esa pobre mujer está invadida, y furiosamente, según se ve; espera á que espire y las entierras juntas; así te ahorras de hacer otro hoyo.

—¡Cierre usted esa sepultura!—dijo á espaldas de los sepultureros una voz severa.

Todos se volvieron y vieron á un anciano alto y corpulento con los cabellos blancos.

—Esta joven—continuó, señalando á Agustina, que permanecía inanimada—no debe dormir su último sueño junto á la que ha castigado la ley; nada hay de común entre las dos; déjenme ustedes solo con ella.

Los sepultureros se separaron, y el anciano se sentó sobre el campo de los muertos y apoyó sobre sus rodillas la livida cabeza de Agustina.

—¡Desgraciada!—murmuró.—¡Cuánto ha sufrido! ¡Quién diría que era ella!

La joven alzó los ojos.

—¡Tío mío!—exclamó con voz moribunda.

—¡Hija mía, valor! ¡Te he buscado por todas partes!—dijo el anciano.—¡Vengo á llevarte conmigo; ya has expiado tu crimen!

—¿Y mi... padre?

—Te ha perdonado ya, y te espera.

—¿Y mi primo?

—Te ha perdonado también.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó la joven; luego estrechó la mano de su tío, clavó los ojos en el cielo... ¡y espiró!!

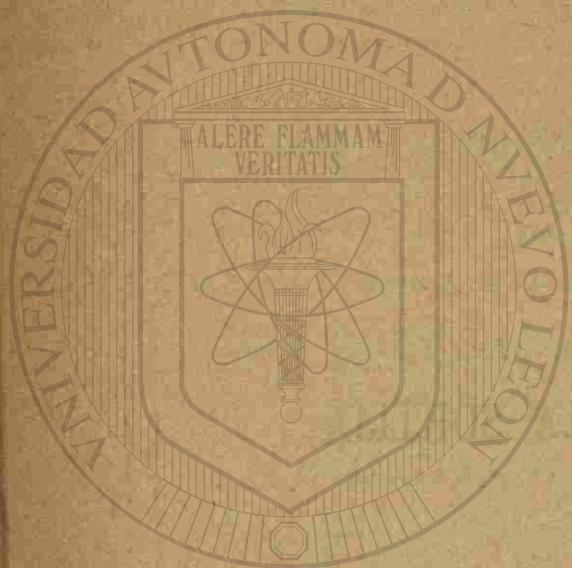


LA SORTIJA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

En uno de los más retirados barrios de la corte de España había, hacia el año de 1874, una casa de buena apariencia, pero que debía costar un alquiler muy módico atendido el sitio en que se hallaba.

Sin embargo, su interior era cómodo, y si una mano cuidadosa y delicada se hubiera tomado el trabajo de embellecerlo, se hubiera podido hacer de él una mansión, si bien solitaria, muy agradable.

Pero nadie al penetrar en ella hubiera dicho sino que un genio maligno agitaba sus alas sobre aquella habitación, llenándola de una tristeza que se advertía hasta en el ambiente que se respiraba.

Antes de penetrar tú en ella, mi joven lector, permite que te entere, siquiera sea sucintamente, de quiénes eran sus habitantes, para que no te ad-

mire, como no sería extraño te sucediese, lo que veas en ella.

Don Joaquín del Valle, antiguo y benemérito militar, pero hombre rudo por naturaleza y brusco por carácter, se había casado muy joven con una huérfana de padre y madre, de peregrina belleza pero de escasa fortuna.

Carmen, que este era su nombre, tuvo que sufrir mucho con el carácter de su marido; sola y aislada se había unido á él, más que por amor, para tener un amparo que nunca había tenido, pues la faltaron sus padres en el espacio de un año y cuando ella contaba sólo dos de edad.

No tenía ningún pariente la pobre criatura, y un amigo de su padre hizo las diligencias necesarias para que entrase á educarse en un convento.

La pobre Carmencita fué recogida por las buenas religiosas, y cuidada y mimada más que nunca lo hubiera estado en el mundo; su carácter era triste y meditabundo, pero su índole muy dulce; hallábase muy bien en el convento, en el cual no veía más que al amigo que la había protegido en su desamparo, y á la esposa de éste, excelente señora llena de cariño hacia ella.

La pensión de Carmen en el convento se pagó

algunos años con el producto de algunos muebles buenos y alhajillas que habían quedado en su casa; también se vendieron algunos cuadros de bastante mérito que sus padres tenían, y esto dió lo suficiente para sufragar aquellos gastos que, por otra parte, no eran muy crecidos.

Pero llegó un día en que se acabaron aquellos modestos recursos, y sus protectores, en medio de la escasez que les agobiaba, determinaron seguir pagando la pensión; las religiosas convinieron, por su parte, en ayudar á aquella obra de caridad, supliendo algunos pequeños gastos, y la huerfanita continuó en aquel santo y protector asilo.

Sin embargo, el sacrificio que hacían sus protectores era inmenso; pobres militares también, apenas tenían lo preciso para sí mismos y para sus seis hijos, de los cuales uno servía ya en las filas del ejército; pero queriendo poner el sello á sus beneficios, pensaron en casar á éste con Carmen, dándola así un porvenir y una familia.

Viéronse los jóvenes, se gustaron mutuamente, y la boda quedó acordada.

La dicha no se aposentó, á pesar de todo, en casa de los jóvenes esposos.

Joaquín hubiera deseado más elegancia, más

distinción, más gracia en su esposa y una educación más brillante y distinta del todo de la humilde que la habían dado las religiosas.

Carmen hubiera querido un esposo más tierno, más amante, más cuidadoso.

Pero aunque los dos vivían disgustados, desde el mes siguiente de su matrimonio, había una diferencia muy grande entre ambos.

Carmen jamás se quejaba de su suerte.

Su marido pasaba las pocas horas que vivía a su lado quejándose de todo; cuanto veía, cuanto oía, y las acciones más insignificantes de su mujer, provocaban su enojo.

Aquella mujer silenciosa, pasiva, triste, palida y abatida, como una muda y constante acusación, le irritaba, y, lejos de cobrarla cada día más afecto, parecía que había llegado a detestarla.

Para el carácter altivo, voluntario, y para los deseos de figurar de aquel hombre, hubiera sido necesario otra mujer, coqueta, brillante, alegre, elegante, graciosa; en una palabra, una mujer que hiciese papel en el mundo y en la sociedad.

La pobre Carmen, educada en un convento, nada sabía hacer más que coser con perfección, tejer medias admirablemente, bordar y zurcir; su afición

al retiro y a la soledad era la misma que tenía en el convento; rezaba mucho y nunca quería salir de casa, aunque su marido la instase a que saliese con él a dar un paseo.

Si Carmen hubiera tenido una madre prudente y cariñosa a su lado, ella la hubiera enseñado, sin duda, lo que debía hacer; la hubiera acostumbrado a violentarse y a olvidar alguna vez sus gustos para contemporizar con los de su marido; pero a los dieciséis años no hay bastante fuerza en el alma para violentarse, y menos cuando el talento no ayuda a la natural debilidad y timidez del carácter.

Carmen, abandonada a sí misma, era muy infeliz: vivía sola con una criada grosera y ordinaria, pues sus escasos haberes no la permitían pagar un servicio caro; su marido salía de casa para los deberes de su servicio, y muchas veces no volvía hasta la noche.

La suerte, ó mejor dicho, la Providencia, madre amorosa de todos los mortales, se encargó de mejorar la suerte de Carmen y de su marido; ascendió él rápidamente, gracias a su admirable comportamiento, y ella dió a luz un hermoso niño, al que se le puso por nombre Fernando.

Desde aquel día Carmen se consideró más feliz;

su niño la servía de compañía y divertía su soledad; mirándole, meciéndole, bordando sus gorritos, el tiempo la parecía muy corto; en una palabra, era feliz.

Jamás podremos recompensar á nuestras madres el santo cariño, los desvelos que les ocasiona nuestra infancia; jamás esa solicitud de todos los instantes que todo lo encuentra fácil y agradable, cuando se trata del bien de sus hijos; por eso, lectores míos, ¡Dios os libre de olvidaros de los sagrados deberes del amor filial en la carrera de de vuestra vida, aunque toquéis las gradas más elevadas de la fortuna! Nada hay en el mundo más tierno, más consolador, más generoso que el amor de una madre.

Carmen fué casi dichosa desde que fué madre; ya tenía su vida un objeto y sus horas una ocupación; ya el tiempo desplegaba para ella toda la velocidad de sus alas.

Así pasaron cuatro años, durante los cuales Joaquín contrajo amistades nuevas y ocupaciones que le alejaron más y más de su casa y de su familia.

Al cabo de este tiempo Carmen fué madre otra vez de una niña muy bonita, á la que llamó Lucila.

Propúsose criarla ella y dirigir por sí misma su educación, y así lo hizo, con tanto gusto como esmero y ternura.

Pero si en la parte material de su educación era Lucila la envidia de todos, no sucedió otro tanto en su parte moral y aun menos en la intelectual; era terca, voluntariosa, y valida de la extrema é imprudente condescendencia de su madre, hubiera podido decirse que su voluntad era ley para toda la casa.

Comía sólo aquello que se le antojaba, sin método ni arreglo alguno; vestía del modo que ella quería, y esto desde la edad más tierna, incurriendo en mil inconveniencias y dando lugar á que todas las personas sensatas criticasen la debilidad, y el casi descuido de su madre.

El talento de Lucila era, sin embargo, muy sobresaliente; su ingenio agudo y penetrante; era sagaz, viva y entusiasta; pero todas estas dotes, que bien dirigidas hubieran servido para hacer de ella una criatura perfecta, sólo servían para aumentar su afán de dominar, su turbulencia y sus caprichos.

Su madre era la primera víctima de ellos; jamás la negaba cosa alguna; jamás se oponía á su vo-

luntad, y aquella voluntad se iba haciendo tan fuerte que parecía de hierro.

Fernando entró, por disposición de su padre, en el colegio militar, apenas tuvo edad para ello, y a pesar de que su educación había sido tan mala como la de su hermana, aquel recogimiento, aquel método rígido y severo, cambiaron sus rebeldes disposiciones.

Empero Lucila, que se quedó sola al lado de sus padres, crecía cada día en exigencias y caprichos, y su madre pensó, por último, que le sería más fácil y más cómodo dejarla que estar todo el día empleando amonestaciones que, por lo frías y muchas veces por lo intempestivas, para nada servían.

A los catorce años era Lucila tan hermosa que llamaba la atención general; su estatura era alta, gallarda y flexible, como el lirio de los valles; su nacarada tez, animada por un ligero sonrosado, hacía un hermoso contraste con sus ojos azules como el cielo, y con sus cabellos dorados y sedosos; pero generalmente iba muy mal vestida, pues siempre era su gusto ó su capricho lo que presidía á su tocado.

Además, era sólo encantadora en tanto que ca-

llaba; pues apenas abría la boca decía tantos despropósitos, y aun tantas insolencias, que no era posible sufrirlas.

Dios le arrebató por aquella época el apoyo más cariñoso que tenía en el mundo; unas calenturas malignas llevaron á la pobre Carmen en muy pocos días, y su hija quedó á merced de un padre que siempre había sido duro y casi indiferente para sus hijos.

II

Viudo ya el esposo de Carmen, y no teniendo á quién confiar el cuidado de aquella hija tan bella, y al mismo tiempo tan indómita; reflexionó con madurez en su situación y se dijo á sí propio que no tenía más medio que retirarse del servicio.

Había llegado ya á coronel, por fortuna, y tenía una posición honrosa y regularmente lucrativa.

Pero pidió su retiro de malísima gana y culpando á su hija, á la que no amaba mucho, en el fondo de su corazón, porque si bien inocente, ella era la causa de que tuviera que cortar los vuelos á su ambición.

Habíase acostumbrado, por otra parte, desde hacía algunos años, á una vida errante y casi nó-mada, que era la que más convenía á su carácter activo y turbulento, y la inacción forzada á que iba á condenarse era insoportable para él.

Sin embargo, no halló camino ninguno por donde evitarlo, y pidió y obtuvo su retiro cuando aun no tenía treinta y ocho años y podía con justicia haber aspirado á los más altos grados militares.

Para distraerse de la pesadumbre que su nuevo método de vida le causaba, jugó y perdió gruesas sumas; compró caballos, perros y escopetas; pero sus ahorros y el sueldo de aquel mes desaparecieron con tantos dispendios.

El sueldo siguiente era más corto, porque un retirado no cuenta con el mismo haber que un empleado en activo servicio; y puesto en manos de las criadas, á los quince días de haberse empezado el mes había desaparecido.

Entonces se hizo esta reflexión:

—Cuando mi mujer vivía me duraba más el dinero: lo mejor será que me vuelva á casar.

Y esto diciendo se miró á un espejo y se halló todavía muy buen mozo y con un semblante muy agradable.

Aquel día salió á la calle con la intención decidida de buscar novia, y comunicó su propósito á dos ó tres amigos suyos que se halló en el café.

—¿Estás loco?—le dijo uno de ellos.—¿Quieres perder ahora por tu gusto solamente tu hermosa libertad?

—¿Cómo mi libertad? ¡Así estoy mucho más sujeto!

—¿No has escarmentado de lo que te hizo pasar la insulsa de tu mujer?

—A decir verdad—repuso el viudo—no fui muy dichoso con ella; pero en eso era tanto mía la culpa como suya.

—¿Tuya?

—Sí; la exigía más de lo que podía darme y acabé por casi abandonarla, en vez de tolerar sus faltas; yo hubiera querido una mujer más viva, más brillante... y así la buscaré ahora.

—¿Conque insistes en casarte?

—Ciertamente.

—¡Qué disparate!

—¡Qué locura!

—¡Qué lástima de libertad que vas á perder!

—Sin embargo, estoy decidido.

—Pues chico, buen provecho.

—Con tu alma tu palma.

—Yo te puedo indicar una mujer que te gustará si la quieres coqueta—dijo otro de los presentes.

—Veamos.

—¿Conoces á Juanita, la hija del teniente coronel de lanceros?

—La he visto muy pocas veces.

—Pues mírala con cuidado.

—Pero ¿dónde la he de ver?

—¡Toma, en su casa!

—¿En su casa?

—¡Está claro! Vas de visita.

—Yo no los conozco.

—Pero yo sí, y te llevaré; de este modo la ves á tu sabor; te ofrecen la casa, como presentado por mí, que soy un amigo de la misma, vuelves dentro de dos ó tres días á hacer la visita de ordenanza, y luego, poquito á poco, las vas menudeando, hasta que conozcas bien á Juanita y veas si te acomoda.

—No me parece mal pensado—dijo el coronel.—Tengo así como una idea de que esa joven es linda y viva como una centella.

—Es cierto que lo es.

—¿Cuándo me llevas á su casa?

—Esta noche si quieres; ¿estarás aquí á las nueve?

—Estaré sin falta.

—Pues hasta la noche.

—Hasta la noche.

Los amigos se separaron; á ninguno de ellos se le había ocurrido recordar que el coronel del Valle tenía dos hijos, de los cuales podía hacer la infelicidad aquel casamiento.

Su mismo padre no había pensado en tal cosa; su deseo era tener quien le cuidase á él y quien le ahorrara los cuidados que el gobierno de una casa ocasiona, y conseguido esto le importaba muy poco todo lo demás.

¡Pobre Lucila! ¿Cuál iba á ser su suerte?

El transcurso de esta historia nos lo dirá.

Su padre esperó con impaciencia la hora de la cita, y un poco antes de llegar se hallaba en el sitio convenido, vestido con esmero.

Estaba verdaderamente hermoso con su alta estatura, su gallardo talle, que conservaba su bizarría militar, y su bello é interesante rostro, algo rudo, pero lleno de viveza y de expresión.

Poco después de llegar él llegó su amigo que le

cumplimentó por su gallardía y elegancia, y subiéndolo a un carruaje de plaza ambos se dirigieron a casa del teniente coronel de lanceros, que vivía en una de las mejores calles de la coronada villa.

III

Era el coronel un hombrón de seis piés y algunas pulgadas, grueso, fornido, francote, por no decir insolente, y que hablaba á gritos.

Sus cabellos, que en otro tiempo habían sido rojos, estaban entonces blancos por completo, lo mismo que su largo bigote.

Viudo también desde hacía muchos años, todo el amor que era capaz de encerrar su corazón estaba dedicado á su hija única Juanita, de edad de diecinueve años, y que reunía, á la circunstancia de haberse criado sin traba ni sujeción alguna, los resabios que la idolatría de su padre le había hecho adquirir.

Juanita era viva como una centella, coqueta y presumida; pensando, como tantas otras jóvenes, que la afectación es un mérito, apenas decía una

palabra con la voz que debía á la naturaleza, ni hacía un movimiento de una manera natural y desembarazada.

Cada mañana pasaba delante de su espejo muchas horas, ensayando peinados, miradas y sonrisas; sus ojos, que eran negros y hermosos, tenían que sujetarse á una lección de arte, ya elevándose al cielo, ya bajándose con la mayor gracia posible, ya volviéndose lánguidamente á uno y á otro lado.

Juanita tenía buena dentadura, aunque su boca era bastante grande; así era que, para ocultar este defecto y lucir aquella gracia, hacía prodigios de habilidad, pues aprendió hasta reirse teniendo la boca recogida y reducida á la menor dimensión posible.

En estas cosas y en probarse trajes pasaba Juanita las días; por las noches iba al teatro con alguna amiga, y los jueves y domingos tenía tertulia en su casa.

El coronel pagaba modista, planchadora y costurera, y Juanita, que había aprendido á tocar un poco el piano y á dibujar una flor, pasaba el día ocupada en estas dos habilidades, ó en el balcón.

Cuando entraron el viudo y su amigo en casa

de la joven estaba llena de gente la reducida sala de la casa que ocupaban ella y su padre; era jueves, y la reunión se hallaba en todo su apogeo.

Algunas jóvenes, vestidas con poquísimo gusto y muchas pretensiones, componían la parte bella de la tertulia; junto á un piano de mesa, y de respetable antigüedad, se preparaba á cantar una señorita gruesa y encarnada que estaba ataviada con un vestido de tarlatana color de rosa muy subido y un prendido de cinta azul.

Más allá había otra con vestido verde y rosas amarillas, artificiales y muy ajadas, entre las rojas trenzas de su cabello, y, por fin, más lejos hablaba con un grueso oficial de caballería una tercera, cuyo traje, de seda color de melocotón, estaba adornado con encajes de algodón blanco.

Las de menos pretensiones llevaban vestidos de calle de seda negros, ya muy usados, y se reían de sus vecinas, las que á su vez se preguntaban si aquéllas se habían vestido para un entierro, y por equivocación se habían entrado en la tertulia.

El sexo fuerte estaba representado por oficiales del cuerpo del coronel y por algunos estudiantes, cuyo atavío no era muy esmerado ni muy elegante.

Juanita descollaba entre todas las jóvenes, como descuella la rosa en un jardín; llevaba un vestido blanco de muselina algo ordinario á la verdad, pero de buen corte y hechura, porque ya he dicho que la hija del coronel pagaba modista, cuyo dispendio no podían permitirse los oficiales subalternos para las suyas; y como, por otra parte, no tenían habilidad para hacérselo por sí mismas, sus trajes chocaban por su extraña confección.

Sobre sus negros cabellos llevaba Juanita una diadema de jazmines y narcisos blancos, que no hubiera hecho mal papel en un baile de alguna etiqueta, pero que era algo ridícula para una reunión de confianza.

Cuando entraron su presunto novio y el amigo de aquél, ella hablaba con un capitán que al parecer la oía y la miraba con entusiasmo; era un joven simpático y buen mozo, y el amor brotaba de sus ojos con esa llama que no se asemeja á ninguna otra.

El coronel fué presentado primero al otro coronel, dueño de la casa, que, apoyado en la puerta de la sala de la reunión, fumaba sin reparo un grueso habano, imitándole otros militares ancianos y aun jóvenes que se hallaban con él; así es que

la atmósfera era densa é impregnada de un humo que hacía verlo todo á través de una nube.

El padre de Juanita recibió brusca pero cordialmente al coronel del Valle, y después de los cumplidos de estilo pasó éste á saludar á su hija, que correspondió á sus homenajes con la coquetería y superficialidad acostumbradas.

Un estudiante de farmacia se puso al piano y preludió un vals, y las parejas se fueron agrupando en el fondo de la sala, que no tenía seis varas en cuadro.

Juanita no quiso bailar por no dejar la conversación que sostenía con el *presentado*, el que se apoyaba en el piano.

Antes de salir de allí el coronel del Valle había hecho su declaración, que no fué mal acogida. Juanita quería hacer padecer al hombre que la amaba, y al cual había dado palabra de unirse á él para toda la vida con los lazos del matrimonio.

El padre de Fernando y de Lucila volvió á los dos días á hacer la visita de cumplido, é invitado por la coquetería de Juanita y por la ruda franqueza de su padre, continuó visitándolos con toda la posible frecuencia desde aquel día.

Formuló por fin la petición de matrimonio; el

coronel de lanceros creyó aquel un soberbio partido para su hija; ésta, que ya estaba llena de vanidad con la graduación de su padre, pensó que no era cosa de despreciar el empezar ella por donde su padre concluía, y aunque hubiera preferido un esposo en activo servicio, como el que se le presentaba tenía una alta graduación, le aceptó contenta sólo por dar envidia á sus amigas, y dejó al pobre capitán desahuciado de su amor para siempre.

Pronto se arregló la boda, y Lucila, que se entregaba á todas las fantasías de su imaginación ignorando lo que pasaba, se halló un día en casa á su nueva madre, que venía apoyada en el brazo de su esposo.

El coronel retirado había pasado los ocho primeros días de su matrimonio en casa de su suegro el coronel de lanceros; á las diez de la mañana del noveno se le ocurrió á Juanita decir que en aquel mismo instante se quería ir á su casa, y Lucila, que dormía pacíficamente, se encontró con una madrastra cuando menos la esperaba.

Estaba tan acostumbrada á las repentinas ausencias de su padre, que aquella no le extrañó.

Dormía, pues, á más y mejor en una fría pero

clara mañana de Enero, cuando entró de improviso la criada en su gabinete y la movió bruscamente, diciéndola:

—Vamos, señorita, levántese usted.

—¿Qué ocurre?—preguntó Lucila con muy mal humor.

—Levántese usted al instante—repitió la doméstica.

—¿Pero para qué? ¿No sabes que no quiero levantarme hasta las doce?

—Es que está ahí el señor...

—¿Y bien?

—Ha venido con una señorita.

—¿Cómo! ¿Qué dices?—exclamó Lucila sentándose en el lecho y echándose hacia atrás sus espesas trenzas rubias.

—Digo que ha venido con el señor una señorita muy linda y elegante; están en la antesala y el señor me ha dicho: —Di a Lucila que se levante al instante y que venga aquí.

La joven, llena de asombro, metió sus desnudos pies en unas babuchas de tafílete, sus brazos en un peinador y pasó a la sala sin ocuparse siquiera de recoger las rubias trenzas de su cabello, á causa de la extrema curiosidad que sentía.

Al ver á Lucila Juanita hizo un movimiento de sorpresa; luégo un sentimiento de envidia se deslizó en su corazón. Lucila era una niña bellísima, encantadora; nada había en ella de afectado, de violento, de aprendido; era hermosa sin saberlo, porque así había nacido, del mismo modo que lo son las flores de la pradera; pero tan fresca y virginalmente hermosa, que toda la coquetería y todos los artificios de Juanita no bastaban para hacerla pasable á su lado.

Lucila era de estatura mediana, que es la más bella de las estaturas femeniles, de formas torneadas, suaves y perfectas; su tez, blanca como las hojas de la azucena, tenía también el atorcipelado matiz de aquella flor, y al mismo tiempo tal diaphanidad y tan admirable sonrosado, que á nada podía compararse.

Sus ojos, rasgados y azules, eran brillantes como dos estrellas; sus cejas sedosas, de color de castaña, como la rizada franja de sus pestañas, eran largas y arqueadas, partiendo desde el arranque de su pequeña y recta nariz; su boca formaba un arco pequeño y caprichoso de coral rosa; su garganta, sus brazos, su talle, sus manos, tenían una perfección admirable y juvenil; era maravillosa la hermo-

sura de su cabello rubio que, partido en la frente, formaba detrás de su cabeza una compacta masa de oro bruñido; en una palabra, Lucila había heredado la hermosura de su madre, animada con los rayos de una gran inteligencia y de un orgullo que la pobre y modesta Carmen había desconocido siempre.

La belleza de la jovencita era la más propia para deslucir completamente los artísticos encantos de la esposa de su padre.

Juanita, alta y delgada como un palo, muy delgada y nerviosa, debía la elegancia de su talle a los artificios de su modista, que la ponía en sus cuentas sumas crecidas de ballenas y algodón.

Era, además, muy morena, de mal color, de cara larga, delgada y sin frescura; y aunque sus ojos negros eran buenos y tenía largos y hermosos cabellos del mismo color, todas estas ventajas desaparecían ante la belleza juvenil y rosada de Lucila, como el brillo de una estrella se oscurece ante el fulgor majestuoso de la luna.

Las dos jóvenes quedaron mirándose con muy diferente expresión.

El semblante de Juanita pintaba un envidioso asombro; el de Lucila la extrañeza y el desdén.

Don Joaquín vino a poner un término a aquella situación.

—Lucila—dijo a su hija—me he casado hace ocho días; aquí tienes a mi esposa, que desde hoy gobernará la casa.

Tantas fueron las ideas que se agolparon a la imaginación de Lucila al oír estas palabras, que no supo qué responder; el despecho, la cólera, se pintaron instantáneamente en sus facciones; por fin, aturdida ella misma con lo que experimentaba, contentóse con encogerse de hombros con ademán despreciativo, sin responder una sola palabra.

—Harás cuanto te mande Juanita—continuó D. Joaquín—y todo se sujetará al régimen que ella establezca.

—En cuanto a mí—contestó Lucila, en cuyo cerebro permaneció más fija que ninguna otra la idea de humillar a aquella mujer—no necesito de esta señora para que me gobierne; se encargará de manejar la casa, y en esto me hará un gran beneficio, pues yo entiendo poco el papel de ama de llaves.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien—respondió Juanita con acritud—porque jamás lo he desempeñado; me parece que entenderé mejor el de

ama de casa, y que sabré hacer de modo que á las diez de la mañana no esté usted en la cama todavía.

— Eso lo dificulto, señora—repuso Lucila;— tengo yo mis horas particulares de dormir y levantarme.

— Yo también, y tendrá usted que imitarlas.

— No lo espere usted—repuso Lucila con provocativa sonrisa, y, dando media vuelta, salió del aposento, pasó al suyo, se quitó la bata y las chinelas y volvió á meterse en la cama para dormirse de nuevo.

Pero el sueño no acudió ya á sus párpados, á pesar de sus alardes de fortaleza: una gran angustia la oprimía el corazón; por una especie de intuición tardía y retrospectiva comprendió entonces cuánto había perdido con su madre, tan dulce, tan paciente, tan santa, y á la que tantas penas había causado con su insolencia y altivez.

Ocultó la cabeza entre las ropas del lecho y lloró durante largo rato con la más grande amargura que en su vida había experimentado.

Veía el sitio de su madre ocupado por una extraña; se veía bajo la dependencia de aquella mujer, ella, que nunca había reconocido la de su pro-

pia madre, á pesar de ser tan suave y dulce, y estos pensamientos sumergían en la desesperación á la pobre Lucila.

IV

Dos horas permaneció derramando abundantes lágrimas que bañaban su almohada, menos blanca que su hermoso rostro, aquella pobre niña, que aun no había sentido hasta entonces el rudo golpe del infortunio.

Por fin se levantó, y volviendo á vestirse del mismo modo que antes, se sentó ante una mesita que tenía en su cuarto, tomó recado de escribir y trazó con mano trémula la siguiente carta:

«Querido hermano mío:

»Nuestro padre se ha casado hace ocho días... hoy por la mañana ha traído su mujer á casa... No sé cómo es, porque la sorpresa, el dolor, no me han permitido mirarla... y ahora mismo las lágrimas apenas me dejan escribirte estas pocas líneas.

»En fin, Fernando mío, nuestro padre me ha dicho que debía obedecer á su mujer como á mi se-

gunda madre, y que ella dirigiría la casa... yo no sé lo que la he dicho, pero es lo cierto que ella me ha contestado con mucha insolencia y grosería.

»Yo te escribo para recordarte que ya no tengo en la tierra más apoyo que tú, y que me quiero ir a vivir contigo; escribeme, pues, luego de qué modo debo hacer el camino hasta el punto en que te hallas, y al instante que reciba tu carta saldré de aquí.

»Te quiere con el corazón tu afligida hermana
LUCILA.»

Después de escrita esta carta la joven pidió el desayuno, hizo su *toilette* y, llamando a una de las dos criadas que había en la casa, la ordenó que la acompañase a la de una amiga suya; pero la muchacha llegó afligida y confusa a decirle que la *señora* había prohibido que sin su orden saliese nadie de casa, bajo la pena de ser despedida al instante.

—Entonces me iré sola—dijo la imprudente niña.

Y cubriendo sus hombros con una manteleta y sus cabellos con una mantilla de tul liso, salió a la calle y se marchó a casa de su amiga.

Era ésta una joven que vivía bastante lejos, en casa de una hermana suya, casada, pues ambas habían quedado huérfanas desde hacía algunos años.

Lucila, con las mejillas encendidas y los ojos animados, les contó lo que la sucedía y su resolución de hacer una guerra a muerte a su madrastra.

Las dos hermanas se admiraron del casamiento de D. Joaquín, pues había sido hecho en tan breve tiempo y con tanto sigilo, que nada se había traslucido; pero aunque la mayor compadeció desde el fondo de su alma a Lucila, por verla sometida a los caprichos de una madrastra, no la ocultó lo inconsiderado é imprudente del paso que acababa de dar, saliendo de su casa sin noticiar a nadie adónde se iba, y la aseguró que al volver a la misma tendría que sentir.

—No volveré—respondió Lucila con resolución.

—¡Cómo!—exclamaron sus dos amigas con estupor.—¿Pues qué piensas hacer?

—Estarme aquí hasta que reciba respuesta de mi hermano, a quien acabo de escribir diciéndole que me quiero ir a vivir con él.

Sonrióse con pesadumbre la mayor de las dos

hermanas, y entre abrazos y caricias quiso traer á su joven amiga á la razón.

—Querida mía —la dijo— es inútil el que nos rebelemos contra lo que dispone Dios desde allá arriba; sólo podemos poner los medios de hacer más llevaderas nuestras penas por medio de la reflexión y poniendo todos los medios posibles para suavizarlas; pero rebelarse contra la suerte y quererlo llevar todo por medio del rigor, ni es propio de la mujer, ni haría otra cosa que agravar sus males.

—¿Y qué he de hacer entonces?—preguntó confusa la joven.

—Debes, querida mía, volver al instante á casa de tu padre.

—Eso jamás —respondió Lucila con resolución.

—De ese modo, pues —repuso la mayor de las dos hermanas— nadie te estimará ya; de ese modo te despreciarán todos, y cuando llegues á la edad en que todas las jóvenes honradas se casan, es probable que no halles un hombre de bien que quiera darte su nombre.

Lucila quedó pensativa; á su penetrante talento no podía ocultarse la verdad de lo que su amiga le decía.

—Además, querida mía —prosiguió ésta— yo no puedo tenerte en mi casa; de ningún modo quiero comprometerme protegiendo una acción tan culpable; así, ahora mismo voy á acompañarte á casa de tu papá.

Y esto diciendo, arregló un poco su traje y salió con la triste Lucila, que derramaba lágrimas de ira.

En tanto que duró la travesía ni una sola palabra se dijeron: la una severa y digna, porque conocía el carácter fuerte de Lucila, y ésta cabizbaja y abatida, llegaron á casa de D. Joaquín.

Eran poco más de las seis de la tarde; llamó Lucila, y una criada vino á abrir la puerta.

—No están los señores —dijo, como si la joven hubiera sido alguna extraña.

El corazón de Lucila palpitó de alegría, pues á pesar de su educación descuidada, temblaba al enojo de su padre, que era muy violento.

—Una vez que estás en salvo, te dejo —dijo su amiga, que esperó en vano y durante algunos instantes una contestación de Lucila; pero viendo que ésta no se la daba se retiró, y la joven se internó en la habitación, dirigiéndose á su cuarto.

Presentaba éste el aspecto del más lamentable desorden, pues su habitadora, indolente por natu-

raleza, lo era mucho más en la inteligencia de que nadie vigilaba sus acciones.

Sobre una cómoda se veían algunos libros encuadernados a la rústica y cuyas hojas parecían querer salirse para volar por la estancia; entre estos pliegos, peines sin limpiar, un bote de pomada destapado, que había perdido todo su perfume, algunos cepillos y multitud de horquillas y alfileres esparcidos.

Sobre una mesa había un espejo de marco dorado, cuya luna estaba rota y llena de polvo, y al derredor diversas piezas pequeñas de ropa recién planchada, como pañuelos, cuellos lisos y de lindo corte, que hubieran hecho un gracioso efecto en el tocado de mañana de una joven delicada y elegante, y que ya se habían llenado de polvo por no estar guardados.

Por todas partes se veían prendas de vestir, ajadas y arrugadas, calzado, guantes y mil menudencias, útiles en el ejercicio de su uso, pero muy desagradables a la vista.

La alcoba no estaba mejor ordenada: el lecho estaba sin recoger y según se había levantado su ama por la mañana; los criados, cuando sus señores son desaseados é indolentes, se hacen ellos mu-

cho más, por lo mismo que la educación no les puede ayudar a vencer sus malos instintos, y las dos criadas de la casa, en lo que menos habían pensado, era en arreglar la habitación de su señorita.

Aunque sabían que el carácter de ésta era duro y voluntarioso, sabían también que desde aquella mañana no era ya el ama de su casa, y que había otra persona a la que antes que a ella era necesario obedecer y respetar.

Aplaudíanse, por el contrario, porque desde entonces se podrían vengar de lo mucho que las había regañado sin causa ni motivo.

No hay autoridad doméstica que se respete, lectores míos, como no sea justa y respetable.

Si queréis que vuestros criados no sólo os obedezcan ciegamente sino que os amen con entusiasmo, que os hallen siempre justos, dignos, y al mismo tiempo que firmes, bondadosos y caritativos para ellos. Entonces os creerán seres superiores a ellos también, y no habrá prueba que rehuyan para agradaros, complaceros y servirlos.

Lucila, que venía aquella tarde de malísimo humor, se indignó contra lo mismo que tantas y tantas veces había tolerado, y llamó con la campanilla.

Una criada se presentó después de hacerla esperar un buen rato.

—¿Por qué no está esto arreglado á estas horas? —la preguntó con acento iracundo.

La muchacha se encogió de hombros con aire socarrón y no respondió.

—¡Desvergonzada! ¿No oyes lo que te pregunto? —exclamó Lucila.

—Ya lo oigo, señorita —respondió la criada.

—¿Y por qué no respondes?

—Nada tengo que responder, sino que como ahora lo primero y principal es servir á la señora...

—¿Y en qué la servís?

—¡Toma! Hemos tenido la una que peinarla y vestirla, y la otra ir á buscar un carruaje.

—¿Para qué?

—Para irse con el señor.

—¿Adónde han ido?

—Lo primero á paseo, luego al teatro.

—De modo que ya no vendrán...

—Hasta la una de la noche.

—¿Y no han preguntado por mí? —interrogó Lucila, cuya ira había hecho paso á la más amarga aflicción.

—No, señora; á mi ver habrán pensado que estaba usted aquí en su cuarto.

Lucila, á pesar de sus esfuerzos para contener el llanto, echó á llorar, y la criada, compadecida, á pesar de su rencor, se puso á arreglar la habitación, guardando silencio.

Una pobre niña abandonada de todos es un objeto que interesa siempre hasta á los corazones más duros.

Lucila se desnudó sollozando, se envolvió en una bata y se arrojó sobre una silla, mandando á la criada que se retirase y que no volviese más á importunarla.

La pobre niña rompió todos los diques á su llanto así que se vió sola; derramando lágrimas la halló la noche y la sorprendió el sueño sin que nadie acudiese á prestarla consuelo y fortaleza.

Despertóla en su asiento el ruido de la campanilla agitada con violencia; poco después oyó el ruido de un traje de seda al arrastrarse por el suelo, y se asomó á la puerta para ver pasar á su madrastra.

Era ella, en efecto, vestida con más lujo y elegancia que jamás lo había estado.

Su traje era de seda celeste, y componía parte

de los regalos del novio; llevaba guante blanco y una rosa blanca también entre sus cabellos, rizados y perfumados con esmero.

El aroma que se desprendía del pañuelo y del traje de Juanita llegó hasta el aposento de Lucila, que sintió en el corazón el aguijón de una dolorosa envidia; á la verdad, el equipaje de la pobre niña había sido siempre modesto, y hasta pobre, pues su padre consumía en sus gastos todos sus haberes.

Poco después de haber pasado por allí los dos esposos entraron á decirle de parte de Juanita que fuese á su cuarto.

Su primer impulso fué decir que no quería ir, pero después la curiosidad venció á su enojo y se encaminó á la habitación de su madrastra.

Ésta empezaba entonces á desnudarse, auxiliada por las dos criadas; al oír entrar á Lucila se volvió con aire de mal humor y la preguntó ásperamente.

—¿Dónde has estado todo el día?

—En mi cuarto—respondió la joven con el acento más despreciativo que pudo adoptar.

—¿Y qué has hecho allí?

—Nada.

—No me gusta, pues, esa ocupación—dijo la madrastra.—Desde mañana coserás, bordarás mis peinadores y rizarás mis gorros y mis cuellos.

—Señora, yo no he hecho jamás ninguna de todas esas cosas—respondió Lucila roja de cólera.

—No importa—respondió su padre;—desde ahora has de empezar á valer para algo.

—¿Y es valer para algo el servir á esta señora?

—Sí; ya sabes que la has de complacer y servir en todo.

—Toma, guarda esta flor—dijo Juanita alargando á Lucila la que acababa de desprender de su cabello.

La joven la tomó y la arrojó sobre una silla, saliendo al instante de la sala.

Su padre se levantó y corrió tras ella; asíóla por un brazo, y volviendo con ella á la presencia de su madrastra, la dijo con los ojos centelleantes de cólera:

—Aquí, quieta, hasta que te manden retirar.

—Déjala ya que se marche—dijo Juanita con voz alterada, porque su corazón era bueno á pesar de la ligereza de su carácter y de los muchos defectos de su educación, y había visto con terror el enojo de su marido.

Este soltó el brazo de su hija, que huyó casi loca de vergüenza, de cólera y de dolor.

Juanita acabó de desnudarse, se puso una bata de noche, y dijo a las criadas:

—¿Ha cenado la señorita?

—No, señora—respondió la una.

—Y tampoco comió—añadió la otra.

—Pues entradle a su cuarto una taza de leche caliente y con azúcar—ordenó Juanita.

Y volviendo a despedir a las criadas entró en su dormitorio.

—Chica—dijo una de éstas a su compañera—no hay leche en casa.

—Es cierto, y la señora ha dicho que le llevemos una taza a la señorita.

—¿Y qué?

—Que no podemos llevársela porque no la hay.

—Y cuando la señora sepa que no la hemos obedecido, ¿qué hará?

—¿Qué lo ha de saber si no habla una palabra con su hijastra?

—Puede hablarla mañana.

—¡Qué ha de hablar! ¡Buen genio tienen las dos! ¡Para días hay antes que se comuniquen! ¡Son dos genios, que ya, ya!

—Pues supuesto que no lo ha de saber, no hay que pasar pena por eso. ¡Anda, que pague ahora la señorita lo que nos ha hecho pasar, y que rabie!

—¡Eso es, que rabie!

Las dos criadas se fueron a acostar.

En cuanto a Lucila un sueño pesado ó más bien un letargo doloroso secó su llanto; la debilidad, pues era cierto que en todo el día había comido nada.

¡Cuán caro pagaba la desdichada joven sus yerros y cuánto hubiera debido agradecer a una mano fuerte que se los hubiera corregido!

V

Algunos días pasaron.

Durante ellos llegó la respuesta de Fernando, que se hallaba en Sevilla.

Decía así:

«Mi amada hermana: Veo con extremo dolor el disparate que ha hecho nuestro padre en volverse a casar; sí, debo calificarlo de una locura ya que no de otra cosa peor, teniendo dos hijos de nuestra

edad, á los que hace desgraciados con ese enlace.

»No te pregunto cómo es nuestra madrastra; como quiera que sea la detesto y la prometo todo mi odio.

»Mas á pesar de lo que te compadezco, mi pobre Lucila, á pesar de lo que te amo, á pesar de todo, no puedes venir á mi lado; tengo veinte años y muy poco haber para mantenerte con la decencia que te corresponde y que yo quisiera para ti; además, ¿qué harías tú con la vida errante é insegura que llevamos y que es propia del militar? Si te dejaba sola á tu edad y con tu hermosura ¿qué se diría de mí, y cómo llevarte á mi lado si tengo que hacer las marchas en medio de las filas?

»Es imposible, pues, que pueda sacarte yo de la penosa situación en que te hallas, y, por lo mismo, lo único que puedo hacer en tu favor es darte un consejo saludable: sufre con paciencia y procura ganarte la voluntad de esa mujer, en cuya mano está el hacerte llorar mucho si llegas á ofenderla.

»Tengo en mi mismo regimiento un amigo de más edad, de más mundo y experiencia que yo, al cual he pedido consejo acerca de lo que debía hacer por ti en las crueles circunstancias en que te hallas; pues bien, Enrique me ha dicho:

—»Escribe á tu hermana que sufra con paciencia; es el único camino que le queda á una señorita honrada y que se estima en algo.

—»¿Darías ese consejo á tu propia hermana?—le pregunté yo.

—»Sin duda—contestó con firmeza.

»Nada tuve que objetar; conozco su nobleza y su lealtad, y adquirí el convencimiento de que lo que él decía era lo justo y razonable.

—»¡Pobre Lucila!—exclamé lloroso y besando tu retrato después de oír la respuesta de mi amigo.

»Enrique quiso ver tu imagen y lo tomó de mis manos.

—»¿Tiene esta edad tu hermana?—me preguntó mirando la miniatura con atención.

—»No—le dije—se hizo cuando tenía nueve años.

—»¿Y ahora, cuántos tiene?

—»Dieciséis.

—»¿Y se conserva tan hermosa?

—»Mucho más.

—»Es una criatura divina—respondió Enrique devolviéndome pensativo el medallón.

—»¡Oh, sí! ¡Tan hermosa como desgraciada!—exclamé yo.

—¿Quién sabe?—dijo Enrique.—Si ella es buena y paciente, quizá llegará pronto el día en que sea feliz.

»Dichas estas palabras salimos á dar un paseo solitario.

»Ahora bien, hermana mía, yo creo que tu belleza ha hecho una profunda impresión en mi amigo, y que le interesa mucho tu desgraciada situación; quizá te llegue á amar algún día; quizá pida tu mano y seas dichosa con él, porque tiene todo cuanto se necesita para hacer feliz á una mujer; es buen mozo, rico y de noble familia, pundonoroso, valiente y leal á toda prueba; si tú eres prudente y sufrida Enrique te amará sin duda.

»Yo no sé qué línea de conducta aconsejarte que sigas, porque ignoro el carácter de nuestra madrastra; pero sí recuerdo que eras terca, voluntariosa é iracunda; corrígete en lo posible de estos defectos, y quizá con un poco de astucia llegarías á ganar el afecto de esa mujer y podrías ir pasando hasta que tu suerte logre alguna mudanza favorable.

»Adiós, hermana mía; escribeme con frecuencia y no dudes del amor de tu hermano

FERNANDO.»

Esta carta cambió el curso de los pensamientos de Lucila.

Desistió por completo del propósito de huir de la casa de su padre; pero esto la abatió mucho, pues su espíritu era muy débil para soportar las rudas pruebas que parecía la esperaban.

Apagóse su viveza natural y la graciosa petulancia que daba antes á sus modales la certeza y el convencimiento de su felicidad.

Sumergida en un abatimiento profundo rehusaba salir de casa, ni aun para ir á misa, faltando así á la vez á los preceptos de la religión y á las reglas de la salud.

Ya no trataba á su madrastra con ira y con desprecio; pero oponía á sus mandatos la más triste y pasiva indiferencia.

La ociosidad la consumía, y Juanita, cuyo carácter era frívolo y ligero, y cuya afición á las diversiones había crecido desde su casamiento, acabó por olvidar á la pobre muchacha en medio de la vida agitada que llevaba con sus visitas, paseos y tertulias.

Sin embargo, en medio de su tristeza, de su soledad, de su abandono, un pensamiento consolador y dulce se deslizaba en el alma de Lucila como

un rayo de sol en un cielo nebuloso y sombrío.

Pensaba en Enrique, el amigo de su hermano, al cual había parecido hermosa.

Entonces se sonreía y se preguntaba á sí misma:

—¿Por qué no seré yo buena, como me encargaba Fernando?

¡Pero qué es ser buena, Dios mío!—añadía después con dolor.—¿Qué es ser buena, ni para qué debo serlo si nadie, nadie me lo ha de agradecer?

Y Lucila volvía á su vida ociosa, abandonada y estéril.

Había olvidado hasta las labores de aguja que había aprendido en el colegio, y ya no tenía gusto ni aun para leer.

Su belleza, lejos de extinguirse, se había, al parecer, sublimado, por decirlo así. Sus mejillas estaban blancas como el mármol, sus ojos parecían mayores, había crecido su estatura y cada día hallaba en ella Juanita encantos nuevos que la hacían aborrecerla más, aunque su odio daba paso muy pronto en aquel corazón versátil á una profunda lástima.

Así pasó un año y durante él no sólo se gastaba el sueldo del coronel, sino que cada mes tenía que empeñarse por una cantidad cada vez mayor.

Los gastos de Juanita eran cada día más y más cuantiosos; gustábale cuanto veía en las demás, y su marido, que tan rígido había sido para la pobre Carmen, no sabía negar cosa alguna á su segunda esposa.

Juanita no sabía ó había olvidado el coser, el bordar y el cuidado de la casa, completamente abandonada á las criadas; se levantaba muy tarde, pasaba la mañana en hacer ó recibir visitas, las tardes en pasear con sus amigas y las noches en los teatros y tertulias.

A pesar de su desaliento y tristeza, era Lucila la que algunos momentos del día se ocupaba en alguna labor, siendo casi siempre porque su madrastra la enviaba á decir que la compusiese ó variase de forma, ya un vestido, ya un canesú de encaje, ya, en fin, un prendido de cabeza.

Lucila había llegado ya á un estado de pasiva indiferencia; las exhortaciones acerca de la conformidad que debía tener con su suerte habían llegado á serle odiosas, y no veía á ninguna de las pocas amigas que antes había tenido.

En cuanto al coronel, su carácter se hacía cada día más sombrío y taciturno; veía la ruina de su casa sin poder hacer nada para evitarla; los acrees-

dores le acosaban por todas partes, y ni podía salir por no encontrarse con ellos, ni quedarse porque no cesaban de ir á pedirle.

En tal estado llamó un día á su mujer y le dijo que era preciso reducir los gastos.

—¡Cómo!—exclamó Juanita—reducir los gastos! ¡Yo no sé cómo puede ser eso!

—Piénsalo—respondió D. Joaquín—porque no hay más remedio que hacerlo; las salidas son mayores que los ingresos.

—Pero ¡Dios mío! ¿Qué quieres que haga? ¡No tenemos más que dos criadas!

—Es preciso despedir una.

—¿Y entonces quién coserá y cuidará de mis trajes?

—Tú misma.

—A mí me hace mucho daño la labor, ¡jamás me dejó mi papá coser!

—Entonces que cosa Lucila.

—Tú se lo dirás, porque ya sabes que yo apenas la veo.

—Es necesario, además, suprimir algún plato en la mesa.

—¡Pero si no comemos más que la sopa y tres entradas!

—Nos contentaremos con dos ó con una; además, es preciso que despidas á la peinadora.

—¿Y quién me peinará?

—Tú.

—Yo no sé... siempre he tenido quien me peinara.

—Que te peine entonces Lucila; por último, es preciso que dejemos esta casa y que nos vayamos á vivir á otra que nos cueste una mitad de alquiler.

—¿Pero dónde hemos de meter los muebles, y sobre todo, los de mi tocador?

—La casa, aunque sea más barata, puede tener el mismo espacio que ésta; todo consiste en el barrio.

—Y qué ¿nos iremos á un barrio solitario?

—Es preciso.

—¡Dios mío; pero eso es una inhumanidad!—exclamó Juanita casi llorando de enojo.—¡Mi papá siempre ha tenido su casa en un barrio concurrido y elegantel

—Tu papá está en activo servicio y tiene más sueldo que yo.

—¿Por qué te retiraste tú de él?

—Por mi hija.

—¡Ah! ¿Y ahora tengo yo que pagar el que tu hija esté en el mundo?

—¿Qué remedio hay?

—¡Eso es una injusticia!

—Juanita—dijo el coronel, tomando una mano de su esposa—no me desesperes, porque te quiero tanto que no puedo verte llorar ni sufrir; yo no puedo desentenderme de mi hija.

—¡Como es tan buena!

—Ya sé que no lo es, pero yo soy su padre; ya sabías que la tenía al casarte conmigo... no amarguemos, pues, una cuestión cuya base es seria, y ya que eres buena y bondadosa sé razonable.

—Pero ir á vivir en un barrio solitario...

—¿Qué remedio hay? Nada existe solitario en Madrid, y desde hoy saldremos los dos á buscar habitación, y miraremos lo mejor.

Juanita, que á pesar de su mala educación, era buena, calló, y quedó convenido en que por la tarde del mismo día saldría con su marido para buscar otro domicilio.

En efecto, aquel mismo día empezaron sus pesquisas; pero las casas de Madrid son muy caras, y todas excedían en mucho al alquiler que el coronel se había propuesto pagar.

Hallaron, por fin, una bastante capaz, á lo último de la calle de Hortaleza; pero era tan lejos del centro, que fueron necesarias muchas amonestaciones del coronel para decidir á su esposa á tomarla.

No hubo, por fin, más recurso, y el trato quedó cerrado.

Al día siguiente se hizo la mudanza de todos los muebles y enseres de la familia.

Arreglada la nueva casa se despidió á una de las dos sirvientas, y empezó para Lucila una época de más tristeza y privaciones que la que había atravesado desde la muerte de su buena madre.

VI

Como quince días después de la mudanza, y en una hermosa mañana de Febrero, empieza la acción de esta historia, cuyos personajes ha sido preciso dar á conocer desde muy atrás para su mejor inteligencia.

La casa del coronel tenía un jardinillo pequeño, pero bonito, y esta circunstancia era una de las que le habían decidido á alquilarla.

No tenía la casa más que dos pisos; el principal lo habitaba el coronel del Valle con su familia; el segundo otra familia que, á consecuencia de pérdidas y desgracias, había marchado al extranjero y cerrado la casa.

Había además buhardillas, pero no alquiladas, sino llenas de trastos viejos de ambos vecinos.

Parte de la habitación del coronel caía á la calle, y otra parte sobre el jardinillo y sobre otro jardín mayor de una casa inmediata.

El jardinillo pequeño parecía tomado del otro, que era muy hermoso y estaba embellecido con estatuas y pilastras que sostenían grandes macetas de piedra blanca, plantadas de hierbas aromáticas de largas hojas, cubiertas de un rocío natural y abrigado.

Todo el recibo de la casa del coronel caía á la calle, así como el tocador de Juanita y su gabinete; pero el comedor y el cuarto de Lucila daban sobre ambos jardines.

El aposento ocupado por la joven era espacioso y estaba alumbrado por un gran balcón que caía al jardín vecino.

Lucila se cuidó muy poco del arreglo de su habitación; la tristeza y desaliento que cada día la

dominaban eran tales, que para todo permanecía sumergida en una apatía melancólica.

No era extraño, porque el perpetuo aislamiento en que vivía hubiera bastado para abatir cualquier alma más fuerte y bien templada que la suya y un espíritu más varonil.

Nunca habían sido ni muy extensas ni muy cordiales las relaciones de casa del coronel del Valle, pero hacía algunos meses que la vida de Juanita, siempre fuera de su casa, las había ahuyentado á todas.

Nadie pisaba, pues, aquella casa, á excepción de tres ó cuatro amigas de Juanita, que hasta ignoraban la existencia de Lucila.

Ésta pasaba largas horas sentada en su aposento y junto al balcón; pero jamás se ocupaba en cosa alguna, á no ser que el expreso mandato de su padre la obligase á ello.

Si hacía alguna cosa en los trajes de su madrastra, si se ocupaba de alguna reforma precisa en los suyos, el hastío, la soledad, la sombría desesperación que cada día minaba más á aquella alma activa y ardiente, se lo hacía ejecutar, no sólo sin gusto, sino hasta con una profunda repugnancia, que la era imposible vencer.

Un domingo por la tarde, en que todos habían salido á paseo, la pobre joven se hallaba sentada junto á su balcón, sumergida en tristes reflexiones.

Tiempo había ya que no escribía á Fernando; tanto y tan profundo era el tedio que la devoraba.

Lucila aquella tarde no pensaba en nada; una inmovilidad tan grande como la de su cuerpo paralizaba su pensamiento: de repente sonó la campanilla de la puerta exterior de la habitación, agitada con violencia.

Lucila, según su costumbre, no se movió, olvidando que se hallaba sola en la casa, y esperando á que la criada saliese á abrir.

Pero el campanillazo se repitió con más fuerza, y Lucila se levantó y fué á abrir, pensando que sería su padre, cuyo modo de llamar era también bastante ruidoso.

Mas apenas la puerta dió paso al que llamaba, un grito de alegría salió de sus labios.

—¡Fernando!—exclamó echándose en los brazos de su hermano.

—¡Mi amada Lucila!—exclamó éste á su vez, sin reparar, en medio de su alegría, en el abatimiento y palidez de la joven.

Pero era tan visible la alteración de sus faccio-

nes, que no era posible estuviese oculta por largo tiempo á los ojos del oficial.

—¿Qué es esto?—la preguntó.—¿Estás mala? ¿Padeces? ¿Es acaso por haber estado enferma por lo que me has tenido tanto tiempo sin ver tu letra?

—No—respondió la joven sacudiendo la cabeza con melancolía;—no he estado enferma, Fernando, ó mejor dicho, no he estado peor de lo que habitualmente estoy.

—¡Pues qué! ¿Padeces siempre?

—¡Siempre!—respondió Lucila.

—¡Y nada me habías dicho!

—¿Para qué? ¡Tú no podías aliviarme!

El acento de Lucila, al pronunciar estas palabras, era muy triste, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Vamos, pobrecita, tú sufres mucho, pero tu enfermedad es moral—dijo Fernando abrazando de nuevo á Lucila, y luego añadió:

—¿No quieres que pase de la puerta? Vamos, llévame á ver á papá.

—No está en casa—dijo Lucila.

—Entonces veré á su *señora*—dijo Fernando acentuando estas palabras de un modo insolente y despreciativo.

—También ha salido—respondió Lucila.

—¿De ese modo, cómo estás tú en casa?

—Siempre me quedo en ella.

—¿Y por qué?

—No lo sé.

—Mas ¿por qué no lo preguntas?

—No quiero preguntarlo.

—Luégo le diré yo á nuestro señor padre lo que debo—dijo el joven oficial con una petulancia muy marcial, pero muy poco respetuosa.—Pero ahora—añadió—llévame adonde yo pueda sentarme.

—Ven á mi cuarto—dijo Lucila.

Fernando tomó su saco de viaje y siguió á su hermana, sentóse y luégo la dijo:

—Manda que me hagan chocolate.

—No hay en casa quien te lo dé—dijo Lucila.

—¿Qué no hay criada?

—Se ha marchado á paseo.

—¿De modo que estás sola del todo en casa?

—Sola enteramente.

Fernando se levantó, y á pesar del cansancio del camino, midió el aposento á grandes pasos, acercándose maquinalmente al balcón en una de las vueltas que daba por la habitación.

Entonces, mirando fijamente hacia su derecha, preguntó á su hermana:

—¿Quién vive en esa casa?

—¿En qué casa?—preguntó Lucila.

—En aquella—repuso Fernando señalando á una hermosa casa, de la cual caían cinco balcones al jardín grande.

—No lo sé—respondió Lucila;—ni siquiera había reparado en ella.

—Debe habitarla alguna mujer—dijo Fernando.

—¡Una mujer!

—Sin duda.

—¿Por qué piensas eso?

—¿No ves en los balcones hermosas macetas, entre las cuales hay una de eliotropo?

—Es verdad; pero eso te prueba...

—Que ahí vive una mujer.

Lucila se encogió de hombros y su hermano continuó:

—Según la disposición de esa casa debe pertenecer á la madre de mi amigo, pues vive inmediata á esta calle.

—¿La madre de Enrique?—preguntó Lucila con viveza.

—Sí; tiene madre y una hermana que está enferma; traigo una visita para ellas.

—¿Y cuándo vas a hacerla?

Fernando no respondió a esta pregunta porque se abrió una hoja de cristales del largo corredor adonde caían las puertas de los cinco balcones, y apareció una joven con una pequeña regadera en la mano.

Lucila se olvidó de que su pregunta había quedado sin respuesta y Fernando de que debía darla, y los dos hermanos se pusieron a contemplar a aquella serena y graciosa aparición.

Era una joven como de veinte años, que, a pesar de lo poco avanzado de la estación, vestía de blanco; su semblante era ovalado y gracioso, blanco y rosado, con ojos pardos y cabellos y cejas color de castaña.

Su peinado era muy sencillo; se componía de algunas trenzas muy apretadas y sujetas con un lazo de terciopelo negro.

—Esa es la hermana de Enrique—dijo Fernando.—La reconozco por el retrato que de ella me ha hecho tantas veces; se llama Adela, y es buena como un ángel.

—¿De qué lo sabes?—preguntó Lucila algo pi-

cada, pues en aquel corazón dolorido había largo campo para la envidia.

—Su hermano me lo ha dicho.

—¡Bah! ¿Qué sabe su hermano?

—Sabe todo lo que les pasa a su madre y a su hermana, menos sus apuros y escaseces.

—¿Pues qué, los tienen?

—¡Yo lo creo que sí!

—¿No son ricos?

—Están muy lejos de eso.

—¿Y esa casa tan hermosa?

—Eso es lo único que poseen, y sus productos tienen que partirlos con una hermana del difunto padre de Enrique, mujer rica, pero, que sin embargo, no quiere renunciar su parte en esa finca.

—¿Conque es tan buena esa joven?

—Su hermano, que no miente ni exagera jamás, me ha dicho muchas veces:—Adela es, después de mi madre, la mujer más angelical que conozco; si algún día me caso, sólo lo haré con una mujer que se le parezca.

Lucila no contestó nada; estaba mirando a Adela regar sus macetas con una paciencia minuciosa é incomprensible para ella.

Hubo un instante en que la joven levantó ma-

quinalmente la cabeza de aquella tarea, que parecía serle tan grata; vió á los dos hermanos y los saludó con una graciosa inclinación de cabeza.

Luégo entró y cerró la puerta del balcón.

Fernando le pareció que la luz de la tarde se había disminuído algún tanto cuando desapareció la joven; luégo, y para buscar lo más bello que había á su lado, se volvió hacia su hermana.

Mas ¡ay! qué contraste formaba el traje de Lucila con el atavío de Adela.

Aquella llevaba un traje de lana oscura, pero á pesar de eso se le veían las manchas y la grasa de que estaba cubierto; el pecho se hallaba prendido con alfileres, por habérsele caído los corchetes, y por las aberturas se veía el corsé sucio y ajado.

No llevaba cuello ni mangas blancas, y su garganta, torneada y graciosa, estaba llena de manchas de pomada y ennegrecida por el tinte de su manteleta.

Su hermoso y espléndido cabello rubio estaba desgreñado, sus trenzas medio desechas y liado sin orden ni simetría detrás de su cabeza.

—¡No llevas ni aun pendientes!—murmuró Fernando, mirando con tristeza á su hermana, y luégo añadió:

—¡Es posible que seas tú aquella hermosa criatura que nuestra madre se complacía en vestir con tanto primor!

Lucila no respondió, pero bajó la cabeza ruborizada, reconociendo que el abandono é incuria de toda su persona merecía reprensión.

Reinó el silencio durante algunos instantes: Fernando se paseaba por la estancia, y Lucila había vuelto á caer en su habitual y dolorosa apatía.

—Voy ahora mismo á ver á la madre y á la hermana de Enrique—dijo el joven oficial—y volveré lo antes posible; fué tanto lo que me encargó que las viese á la mayor brevedad, que no puedo dispensarme de hacerlo.

Dichas estas palabras, salió Fernando de la estancia para dirigirse á la casa inmediata.

Era aquella bastante grande y de construcción antigua: un extenso patio de columnas llevaba á una anchurosa escalera, en la cual se abría la puerta de la habitación.

Fernando llamó, y una criada aseada y joven vino á abrir la puerta y le condujo á través de algunas habitaciones decoradas con gusto y sencillez á la en que se hallaban sus señoras.

Adela estaba sentada al lado de su madre y leía

en voz alta un libro que tenía en la mano; de cerca parecía mucho menor su belleza, pero mucho más interesante su figura por su aire gracioso y modesto a la par.

En cuanto a su madre era una señora de aire noble y sencillo a la vez: su traje, de seda, era elegante y esmerado; sobre sus cabellos negros, que empezaban a encanecer, llevaba una preciosa gorra con cintas gris claro y encajes blancos.

El mueblaje de la estancia no desdecía de las personas que la ocupaban; adornaban las paredes algunos cuadros de remoto origen y gran mérito artístico: sobre dos mesas, que sostenían espejos encerrados en marcos de caoba, se veían dos vasos de porcelana llenos de flores, las primeras de la estación.

El joven fué recibido, no sólo con una gran cordialidad, sino también con una gran alegría, por ser enviado de Enrique.

Madre é hija se informaron del estado de su familia, y al decir Fernando que tenía una hermana más joven que él, le instaron afectuosamente a que se les presentase, con permiso de su señora madre.

A estas palabras Fernando suspiró profunda-

mente, y respondió sólo que tendría mucho gusto en llevar a Lucila al siguiente día.

—Para que no se incomode mucho en vestirse—dijo Adela—que sea por la noche; nos reunimos aquí algunas amigas, que no pasan de cinco ó seis, hacemos labor un rato, mientras lee una de nosotras; luego tomamos una taza de té, y después tocamos el piano y cantamos hasta las doce, en tanto que mi madre habla con las demás señoras.

Fernando aceptó gustoso el ofrecimiento y se despidió de aquella casa llevando en el ánimo una impresión dulce y consoladora.

Cuando volvió a la suya ya se hallaba en ella de regreso toda la familia.

Su padre le abrazó con efusión; su madrastra le recibió con atención, aunque con bastante frialdad.

La cólera vistió de un encarnado subido las mejillas de Fernando al notar el contraste que formaban el elegante traje de seda de Juanita con el que llevaba su hermana; así es que después de haber tomado el chocolate que le trajeron, sus primeras palabras fueron para quejarse de la situación en que había encontrado a Lucila.

—Está desconocida—dijo con amargura.—Su

aspecto entristece, y además me ha dicho que apenas sale de su cuarto ni aun para comer.

—Eso es una triste verdad—respondió Juanita con alguna acritud—y yo confío que las amonestaciones de usted alcanzarán con su hermana más que las mías.

—Creo, señora—repuso el joven—que el disgusto de mi hermana tiene su causa; creo que no se la da lo que necesita para su decoro.

—No es una obligación el que yo sea rico para satisfacer los caprichos de tu hermana, hijo mío—respondió el coronel.

—Ya lo sé—respondió el joven;—pero no puedo yo tampoco contentarme con que mi hermana esté abandonada porque esta señora gaste todo lo que haya.

—Amigo mío—respondió Juanita—usted aquí no tiene que meterse en nada; el deber de su padre de usted era el darle carrera, y es, ahora que ya la tiene, el abrirle su casa y ponerle un cubierto á su mesa; pero no es obligación suya ni mía el tolerarle insolencias que á nada conducen más que á mortificar al que las oye y rebajar al que las usa.

—Muy poca razón debe haber de parte de usted, señora, cuando llama insolencias á mis palabras.

—Siempre es insolencia el acusar cuando se ignora la causa con que se hace; aunque no deba darle satisfacciones quiero decirle que su hermana de usted tenía tantos vestidos ya antiguos y pasados de moda, que decidí se los dejase acabar para hacerle nuevos y de mejor gusto; ella es naturalmente desastrada, y he perdido el deseo que tenía de vestirla bien; ¿quiere usted todavía más explicaciones? Pues se las daré ahora, porque en adelante no pienso darle más.

—Quiero, señora, saber por qué está mi hermana condenada á reclusión perpetua.

—Por su voluntad.

—¿Por su voluntad?

—Justamente, por su voluntad; ella huye de mí lado y yo no quiero ni pienso ir á buscarla.

—¿Y por qué huye?

—¿Qué sé yo? No me importa averiguarlo.

—Pues yo si lo sé, señora, y se lo voy á decir á usted.

—Veamos—dijo Juanita, cuya actitud se iba haciendo más provocativa, apoyando la mejilla en la mano.

—Mi hermana se separa de usted porque no ve hacia ella consideración y afecto.

—¿Y no soy yo la que debe esperar ambas cosas de ella?

—Y ella ¿por qué no ha de esperar de usted?

—¡Basta ya! —dijo el coronel con acento fuerte.—Yo soy el primero en culpar a Lucila, y desde hoy me encargo de su corrección; es rebelde, inobediente, brusca; su vida es inútil para todos y para ella misma.

—¿De ese modo, padre mío, querrá usted acaso quitársela?

Estas horribles palabras hicieron arrojar a Juanita un grito de pavor, pues conoció que eran el principio de una ruptura irremediable entre el padre y el hijo.

—¡Callad, callad por Dios! —exclamó asustada.—Desde mañana hará Lucila lo que más le acomode.

—¿Quién lo ha dicho? —exclamó con violencia el coronel.—Hará lo que yo disponga y nada más.

—Padre mío —repuso Fernando—creo lo mejor que yo me encargue de mi hermana; he venido con dos meses de licencia; durante ellos, y para no dar lugar a la crítica, viviré aquí; pero nos servirán la comida a Lucila y a mí. Tú puedes vivir

con tu esposa enteramente a tu gusto, y yo, cuando me vaya, me llevaré a mi hermana, que ya no saldrá de mi lado.

—Me parece lo mejor —respondió con despecho el coronel, en tanto que Fernando se levantaba para salir.

Éste fué ciego de ira hacia la puerta; pero antes de pasar el umbral pareció notar que la esposa de su padre se cubría el rostro con un pañuelo para ocultar sus lágrimas.

VII

Aquella noche cenó Fernando con su hermana en el aposento de ésta.

Al día siguiente comieron juntos también, y por la noche la dijo que se vistiese para ir con él a casa de sus vecinas.

Esto disgustó algo a Lucila; se había vuelto hueraña, y además tenía tan descuidado su equipaje, que no sabía qué ponerse.

Su hermano vió esta displicencia, y el primer movimiento suyo fué admirarse de ella.

Luégo le pareció que la mala suerte de su hermana podía depender también algo de ella misma. ¿Por qué se quejaba de su abandono y soledad y le sabía mal romperlo?

Lucila no se atrevió, sin embargo de su disgusto, á negarse á los deseos de su hermano, y en tanto que éste pasaba á su cuarto para vestirse, dió ella principio á su *toilette*.

Media hora después volvieron á reunirse, y el observador menos inteligente se hubiera admirado mucho del contraste que formaban.

Fernando vestía su uniforme militar con una elegancia extrema.

Sus cabellos, negros y ensortijados, formaban hermosos bucles en cada una de sus sienes y al derredor de su frente, despejada y hermosa.

Su calzado, sus guantes, lo poco que se veía de su rica camisola de batista, todo era de una delicadeza extrema; conocíase á primera vista en él al joven de buena sociedad y acostumbrado al trato esmerado y agradable.

Lucila estaba, no sólo mal vestida, sino ridícula y desaseada.

Llevaba un traje de seda de color de lila oscuro, cuyos volantes estaban descosidos y llenos de

manchas; su cabello, desgredado, mugriento, lleno de pomada y manchado, estaba recogido sin gracia ninguna; llevaba sobre su feo peinado unos grandes y pretenciosos lazos de cinta azul con largos cabos que la caían sobre los hombros; un cuello de problemática blancura, y unas mangas en tan mal estado como sus guantes, ajados y descosidos por todas partes.

Fernando la miró y dió un suspiro.

—¿Qué te sucede?—le preguntó su hermana.

—Que me da pena verte tan mal vestida—respondió el joven sin atreverse á reconvenirla.

—Es lo mejor que tengo—dijo la joven con un mal humor mezclado de despecho—pero si no te parece bien como estoy me quedaré en casa.

Fernando miró á su hermana con triste asombro y le pareció que tal vez su madrastra pudiera tener razón en quejarse de su genio.

—Vamos, que ya se ha hecho demasiado tarde—dijo con alguna dureza, y saliendo de la habitación se encaminó á la escalera.

Lucila sintió un fuerte dolor en el alma al oír el acento de su hermano; ¿era, pues, su estrella el que todos la trataran con dureza? ¿Era su destino el no ser de nadie querida?

Estas preguntas se hacía aquella criatura desdichada y extraviada por la desgracia y por la impetuosidad de su carácter, en tanto que andaba los pocos pasos que la separaban de casa de sus vecinas.

Subieron la escalera y la misma criada les condujo hasta la sala, en la que, además de las señoras de la casa, había otras dos ó tres jóvenes con sus madres.

Aquellas trabajaban con Adela en torno de un gran velador; las madres hablaban sentadas en un sofá.

Adela llevaba puesto un sencillo traje azul de cuadritos y un ramo de eliotropo entre sus hermosos cabellos castaños.

Así estaba tan encantadora, que Lucila la miró sorprendida y más avergonzada que nunca de su desaseado atavío.

—Por esta noche damos punto á la labor—dijo Adela á sus amigas—ya veis que esa pobre joven se fastidiaría sobremanera si prosiguiéramos trabajando; voy á ver si logro divertirla, porque me parece que está muy triste.

—¡Lo que está es rarísima!—dijo una jovencita muy elegante.

—¡Qué vestido!—observó otra.

—¡Qué prendido!

—¡Qué guantes!

—¡Qué peinado!

Adela, condolida de las burlas de que era objeto aquella pobre joven, se aproximó á ella, mientras aun estaba al lado de su madre, y la dijo cariñosamente:

—¿Quiere usted venir á ver mi cuarto, amiga mía?

Lucila hizo un signo de asentimiento y siguió á la amable joven.

Ésta la llevó á un gabinete que se hallaba al lado de la alcoba de su madre, y que estaba amueblado con la mayor sencillez.

Una camita con colgaduras blancas, una mesa de tocador con colgadura blanca también y un espejo encima, un pequeño estante lleno de libros, un lavabo y algunas sillas, componían todo su adorno.

Sobre la mesa hacía dos jarrones llenos de ramitas de eliotropo cortadas de alguna maceta, á juzgar por lo pequeño de su tamaño.

—¡Qué bien peinada está usted!—exclamó Lucila mirando la cabeza de Adela, que, siendo mu-

cho menos hermosa que la suya, parecía mucho más encantadora.

—¿Quiere usted que la arregle en un momento el cabello como está el mío?—preguntó Adela con sumo agrado.

—Temo que usted se moleste...—respondió turbada Lucila.

—Lejos de eso tendré en ello el más grande placer.

Y diciendo estas palabras Adela cubrió su pecho y hombros con un blanco peinador, echó otro sobre la espalda de Lucila y desprendió sus hermosos cabellos.

—¡Qué soberbia cabellera!—exclamó con un acento de cándida y sincera admiración.—¡Con este pelo pueden hacerse maravillas!

—Si yo tuviera quien me lo arreglase quizá iría mejor peinada de lo que voy—dijo Lucila con tristeza.

—Yo me arreglo sola—respondió Adela—y creo, amiga mía, que es lo más cómodo. ¿Por qué no prueba usted a peinarse por sí misma?

—Sola lo hago, pero ya ve usted qué mal.

—Tenga usted un poquito de paciencia y cada día irá saliendo mejor.

El peinado se acabó, y tomando Adela una rama de eliotropo la colocó entre las hermosas trenzas rubias de Lucila.

—¿Le gustan á usted las flores?—preguntó ésta con indolencia.

—Mucho—respondió Adela con entusiasmo—y el eliotropo sobre todas; era la que mas agradaba á mi buena y querida mamá.

—¿Y qué, ya no le gusta?

—No sé si la tendrá en el cielo, amiga mía.

—¡Pues qué, su madre de usted...!

—Ha muerto.

—¿Pues y esa señora que está en la sala?

—Es la segunda esposa de mi padre.

—¿Y la llama usted mamá?

—Sí, y la amo y la respeto tanto como si lo fuera.

—¿Y su papá de usted?

—Murió también.

Lucila quedó muda y absorta.

Una joven que amaba á su madrastra, que vivía con ella sólo por su gusto, y después de muerto su padre; esto era incomprensible para ella, que tanto detestaba a Juanita.

Sin embargo, se resolvió, parte por interés, par-

te por curiosidad, á investigar la verdad de aquella situación extraordinaria, y dijo á Adela:

—¡Esa señora será muy buena para usted!

—Sí que lo es—respondió Adela con el acento de una ternura profunda.—Es muy buena para mi hermano y para mí.

—¿Y su hermano de usted la ama también?

—Tanto ó más que yo.

—¿Es posible?

—¿Pues qué cosa hay más natural? Pero volvamos á la sala, mi querida... ¿cómo se llama usted?

—Lucila.

—Pues bien, mi querida Lucila, volvámonos adentro: mis amigas se pueden quejar de nuestra larga ausencia, y mi mamá necesitará tal vez alguna cosa.

Las dos amigas volvieron á la sala, y todos los presentes hicieron un gesto de admiración al ver la belleza de Lucila, á la que el esmerado peinado de su nueva amiga había transformado de un modo admirable.

Apenas habían entrado, la señora de Castro, que este era el nombre de la madrastra, llamó á Adela con un gesto casi imperceptible. Lucila, que estaba á su lado, la oyó que le decía:

—Hija mía, di á Juana que me traiga un pañuelo que hay sobre el velador de mi cuarto.

—Yo iré, mamá—respondió Adela, y salió, en efecto, llena de ligereza y de alegría.

Cuando volvió abrazó á la señora de Castro al mismo tiempo que le daba el pañuelo.

La sorpresa de Lucila crecía á cada instante.

¿Era, pues, posi le, amar á una madrastra?

Jamas lo hubiera ella creído.

Sin embargo, aun era menos posible dudar de la sinceridad del afecto de aquella mujer hacia la joven Adela.

¡Qué ternura había para ella en sus miradas!

¡Qué dulzura en su sonrisa!

Las jóvenes cantaron y tocaron el piano muy medianamente; pero á pesar de eso, causaron gran envidia á la pobre Lucila, que no tenía ninguna habilidad.

Cuando todas habían acabado, Adela se acercó á ella y le dijo:

—¿No tendremos el gusto ahora de oírla á usted?

—Yo no sé tocar ni cantar—respondió Lucila un poco ruborizada: — ¡como me he criado sin madre!

—También Adela perdió la suya desde muy joven—respondió una de las señoritas presentes—y, sin embargo, ha recibido y aprovechado una educación muy esmerada.

—Gracias a que Dios me ha concedido una segunda madre tan buena y cuidadosa como pudiera ser la primera—dijo Adela, besando con ternura la mano de la señora de Castro.

—Gracias, hija mía, a tu excelente carácter—respondió ésta.

El estupor de Lucila creció más y más. ¡También había madrastras que elogiaban a las hijas de sus maridos, que las amaban y que se interesaban por ellas!

Adela puso fin á sus reflexiones aproximándose á ella y diciéndole:

—Mañana es mi cumpleaños, y mi madre me manda decir á usted que la esperaremos para que nos honre acompañándonos á la mesa.

Lucila consultó á su hermano con una mirada, el cual respondió por ella diciendo que la joven era la que recibía un favor con tan delicada atención.

Lucila apenas sabía formular el cumplido más trivial; tal era el abandono en que yacía su educación desde hacia mucho tiempo.

Poco después Adela, ayudada de la única criada que había en la casa, hizo el té y lo sirvió con mucha gracia á los concurrentes.

Fernando salió encantado de aquella casa; fuese que el afecto que profesaba á Enrique influyese en su ánimo para que le agradara su hermana, fuese que realmente la gracia de ésta, su bondad y sus encantos hubieran ya tomado en su ánimo un poderoso ascendiente, la verdad fué que al llegar á la calle le pareció que le faltaba algo para ser dichoso, y que aquel algo era Adela.

No era extraño. ¡Es tan hermoso el ver surgir la virtud blanca, pura, inmaculada, como la diosa de los mares, del centro de las espumas, del fondo de una difícil y casi angustiosa posición!

¡Es tan dulce el ver brotar como suaves y perfumadas flores del centro de la pobreza la belleza, la elegancia, la distinción en todas las cosas, en todos los hábitos, así como al lado de un áspero zarzal brotan las pasionarias y las rosas!

Cuando Fernando salió de aquella casa amaba con toda la fuerza y la fe del primer cariño á la hermana de su amigo.

Cada hermano, embebecido en sus propios pensamientos, llegó á su casa silencioso y meditabundo.

Lucila pensaba en el traje que podía ponerse al siguiente día.

Pero ¡vanas reflexiones! No podía disponer de ninguno más que el que tenía puesto.

Y no porque su guardarropa estuviera del todo descuidado. Lucila tenía varios trajes que, aunque algo pasados de moda, hubieran sido excelentes para el caso; pero todos ellos estaban rotos, descompuestos y antiguos de hechuras y de adornos.

Entonces comprendió el valor de las habilidades en aguja; entonces se dijo que, á no ser por su total ignorancia, por su descuido en aprender y en trabajar, con dos horas de labor hubiera podido arreglarse un lindo vestido de cualquiera de los que tenía.

Pero ¡ay! la pobre Lucila nada, absolutamente nada podría hacer en este punto.

Resolvió, por fin, ponerse el mismo vestido de la noche anterior, y así lo hizo, sin añadir nada á su atavío.

Cuando llegó á casa de su amiga su confusión creció de punto.

Sólo otra señorita y ella debían acompañar en la mesa á la señora de Castro y Adela; pero así

ésta como su amiga estaban vestidas con un gusto á la par delicado y sencillo.

Llevaba la una un traje de muselina de lana de color de malva, con pequeños cuatritos negros; un gracioso fichú de la misma tela cubría el escote, cerrándose después por medio de un lindo cuellecito bordado como las mangas.

Adela estaba ataviada con un sencillo vestido de seda color gris perla, cerrado en la delantera y pecho con lazos de cinta, sujetos con hebillas pequeñas de azabache.

Todo su demás adorno consistía en un brazalete muy sencillo de concha y oro, en un alfiler y unos pendientes iguales.

El peinado de las dos jóvenes era todavía más primoroso y esmerado que el que antes les había visto Lucila; la más encopetada dama hubiera parecido vulgar al lado de aquellas dos encantadoras criaturas, tan bellas, tan distinguidas.

Adela acogió á su nueva amiga con mucha alegría y cordialidad; la estrechó la mano con afecto, y luego la llevó al lado de la señora de Castro.

Ésta se hallaba radiante de alegría; parecía ser muy dichosa, porque se celebraba la fiesta de su querida hija.

Hubo un instante en que habiendo salido los dos jóvenes, la excelente señora procuró disipar la densa nube que oscurecía la frente de Lucila.

—¿Qué es lo que tiene usted, hija mía?—la preguntó, tomando su mano con afecto.

—Tengo, señora, mucha tristeza—respondió la joven, que deseaba llorar, por un efecto de esa imperiosa necesidad de desahogo que el alma siente cuando lleva largos días de padecer.

—¡Es bien extraño que usted esté triste á su edad!—exclamó la señora de Castro con un acento de profunda piedad.

—Vamos—añadió al ver que Lucila guardaba silencio:—dígame usted ¿hay causa para ello?

—Sí, señora—respondió Lucila.

—Quizá, hija mía, juzgará usted intempestivas mis palabras—dijo aquélla;—pero la edad de usted me interesa mucho, y veo que padece: vamos á ver, yo deseo curar á usted, tan bonita, tan encantadora, y para ello es menester que conozca el mal desde el principio; ¿quiere usted, ó no, que sea su médico?

—Usted, señora, es demasiado buena, y...

—Nada de eso, querida niña; tengo una hija de la edad de usted y que se le parece en lo bella, y

por eso me interesa usted doblemente: ¡ojalá que se le asemejase también en su buena salud!

—¿Está enferma por desgracia?

—¡Muy enferma!—respondió con un suspiro la señora de Castro.

—¿Y no está aquí con usted?

—No por cierto; ha ido á viajar con una hermana mía muy rica, y que se ha encargado de ella.

—¿Cómo no ha ido usted con su hija?

—Porque de ir yo hubiera tenido que venir también Adela, y mi hermana se hubiera perjudicado quizá con tantos gastos; así hube de aprovechar con gratitud su oferta de llevarse á Marta á Italia; pero ¡si usted supiera cuánto sufro lejos de ella! ¡Adela lo sabe, que es la que me consuela!

La pobre madre, al decir estas palabras, enjugó sus lágrimas y luégo continuó:

—Marta me envía cada semana una ramita de eliotropo, y un solo renglón que dice:

«Mamá, sigo lo mismo y me acuerdo mucho de ti.»

—¿Por qué no escribe más?

—La pobre niña padece del pecho y se creería que va á morir cuando escribe; tal es la angustia

que le da; algunas veces me ha dicho antes de marcharse:

«Mamá, en tanto que te envíe del mismo tamaño el eliotropo, mi enfermedad no aumenta; si veo, si siento que mi vida disminuye, el eliotropo será menor; conozco que eres buena y fuerte porque eres también sinceramente piadosa, y sé que aunque sepas mi estado no te abandonarás a la desesperación.»

—Pero ¡Dios mío! ¡Está ella convencida de que se muere! —exclamó Lucila. — ¡Eso es espantoso!

—Diríase, pues, que tal convicción es dulce para mi pobre Marta; he procurado inculcar en su alma las verdades de nuestra santa religión, y se han grabado en ella de una manera tan profunda, que siempre dice:

—Morir es un sueño del que despertaré en el cielo al lado de mi padre, que era tan bueno y que debe estar en él.

—¡Con esa convicción nadie puede ser desdichado! —dijo Lucila con un asombro que cada vez crecía más.

—Eso es muy cierto, querida mía; véame usted a mí que no tengo más que una hija, a la que no puedo acompañar a pesar de estar enferma de

muerte; yo, que he perdido toda mi fortuna y la de mi esposo, viniendo a quedar en una medianía que toca muy de cerca a la pobreza, yo estoy tranquila y resignada a la voluntad de Dios.

—¡Oh, qué admirable virtud! Pero, señora, aunque así pueda usted resignarse y respetar los designios de Dios, ¿cómo puede con tan heroica fortaleza sobrellevar las molestias que en tan triste situación de ánimo deben producirle las personas?

—Para eso, hija mía, es necesario también ser religiosa; la tolerancia no es otra cosa que caridad cubierta con el manto delicado de la buena educación.

—Pero cuando uno está triste, todo o casi todo le es penoso y molesto.

—¿Misantropía a los dieciséis años? —preguntó la señora de Castro con una dulce y triste sonrisa; esta es la primera vez de mi vida que lo veo; ¿tan desgraciada es usted, querida niña, que ya le incomodan los demás?

—¡Oh, sí, señora, muy desgraciada la!

—Escuche usted, hija mía, y la diré una cosa que hará de convencerla: no siendo nosotros perfectos tenemos que hacernos tolerar, ¿no es cierto?

—Es verdad —respondió Lucila, a la que jamás se le había ocurrido esta idea.

—Pues bien, no debemos exigir á los otros la perfección que no tenemos, y debemos también ser á nuestra vez tolerantes y prudentes; esto es la caridad. Dios ha dicho: *amad al prójimo como á vosotros mismos*; y este hermoso precepto sólo se cumple por medio de la bondad.

Lucila no contestó nada.

La palabra de aquella mujer era dulce como la miel y filtraba en su alma como el sol á través de un limpio cristal.

Jamas había oído tan hermosas frases, y ahora las escuchaba con delicia.

—Yo creo, hija mía—prosiguió la señora de Castro—que la falta de tolerancia y de bondad nos puede atraer muchos pesares; en una palabra, que la falta absoluta de caridad, de esa caridad mucho más difícil de practicar que la que hace dar á un pobre una moneda ó un pedazo de pan, provoca el enojo de nuestro Padre celestial, el que para avisarnos nos envía sinsabores; veamos, hija mía, ¿no habrá sido hasta hoy la falta de aquella virtud lo que le ha hecho á usted desgraciada?

—No, señora—contestó con seguridad Lucila.—Desde la muerte de mi madre he vivido tan sola, que no sé cómo hubiera podido ejercerla.

—Examinaremos la situación y los hechos.

—Como usted quiera.

—¿Dice usted que ha muerto su madre?

—Por desgracia es así.

—¿Y hace mucho?

—Seis años.

—¿Desde entonces ha vivido usted sola con su padre?

—He vivido algún tiempo; luego se volvió á casar.

—¿Ama usted á su segunda madre?

—No, señora; la detesto.

—Duro es eso de decir; pero es más cruel todavía sentirlo. ¿Y ella merece ese odio?

—¡Yo lo creo que sí!

—¿No la ama á usted? ¿No la cuida? ¿No procura su bienestar?

—Nada de eso hace, señora. ¡Oh, si hubiera sido para mí lo que usted es para Adela!

—Pero, hija mía, Adela es también para mí la hija más tierna y más cariñosa; cuando yo me casé con su padre estaba ya bien educada para su corta edad.

—¿Pues qué edad tenía?

—Sólo ocho años.

—Dos menos que yo cuando mi papá hizo su segundo casamiento.

—Pues bien, a pesar de tan tierna edad, era ya buena, cariñosa, complaciente; atendía en todo a mi gusto y me profesaba el mayor cariño; ¿hizo usted otro tanto con la esposa de su padre?

—En verdad que no, señora; el día que vino a casa la recibí muy mal.

—Es una cosa que por egoísmo propio no debía haber hecho. ¿Y no hubo quien corrigiese a usted de esa primera falta? ¿No hubo quien la aconsejara bien?

—No, señora, nadie se cuidaba de mí.

—¿Y su papa de usted?

—Menos que nadie.

La señora de Castro pensó lo que había pensado muchas veces; esto es, que a la madre que muere debía Dios concederle la gracia de llevarse con ella a la tumba a sus hijos.

Pero esta reflexión hubiera exasperado aun más el ya sombrío humor de Lucila, y vió que lo más acertado era expresar lo contrario.

—¿Cómo es posible que un padre se olvide de su hija?—dijo a la joven.

—No lo sé, señora—repuso ésta;—mas es la

verdad que el mío no se cuida para nada de mí.

—¿Es joven?

—Sí, señora; luégo, sin decirnos nada ni a mi hermano ni a mí, se casó y trajo a casa a su esposa.

—Eso, hija mía, era lo más natural.

—Yo la recibí muy mal; hice alarde de despreciarla, eso lo confieso.

—¡Oh, pobre niña, qué equivocada conducta la de usted!

—Ella era y es orgullosa, y me despreció más; luégo yo me encerré en mi cuarto, y casi no he querido después salir para nada de él.

—¿Es joven su madrastra de usted?

—Sí, señora; no llega su edad a veintiún años; por eso sin duda es aficionada al lujo, y gasta en su persona todo cuanto hay en casa.

—Ese defecto, propio de las jóvenes, suele estar compensado con otras mil bellas cualidades, y desde luégo demuestra en la que lo tiene que no conoce la avaricia.

—Veo, señora, que usted saca en todo deducciones favorables a esa mujer.

—Lo mismo debemos hacer con respecto a todas las demás personas, querida mía; es preciso

buscar en toda tierra el grano de oro que indudablemente guarda en su seno; no hay criatura humana que no tenga su parte buena, y este convencimiento es el primer efecto de la caridad: ¿cuán amarga sería nuestra vida, en la persuasión de que todos son malos, perversos é ingratos? De ese modo, cada uno se encerraría, lo mismo que usted ha hecho, en una absoluta soledad.

—¿Y qué puedo yo esperar de los demás cuando mi padre me abandona?

—Me parece, querida mía, que usted ha abandonado antes á su padre.

—¡Yo!

—Sí por cierto.

—Mas, señora, ¿de qué modo?

—¿No se ha encerrado usted en su cuarto?

—Sí, señora.

—Pues bien, él no se ha encerrado en el suyo; luego es usted la que ha huido de él, la que le ha abandonado.

Lucila no respondió: conocía la verdad de cuanto se le estaba diciendo, y ante la evidencia no hay réplica posible.

—¿Quiere usted, hija mía, que la diga yo lo que le conviene hacer?—dijo á la joven la señora de Castro.

—¿Qué puedo hacer yo, señora?

—Por ahora, lo siguiente: desde hoy, pasar el día, ó á lo menos una parte de él, en compañía de sus padres.

—No puedo mirar como á mi madre á mi madrastra.

—Ese es un error del que yo quisiera, por su propio bien, que usted se corrigiera; si la trata á usted como á hija, ¿por qué usted no ha de tratarla como á madre?

—Pero si ella me trata mal.

—Ella no la trata ni mal ni bien; pero si usted empieza á tratarla bien, ella hará lo mismo.

—¿Y he de empezar yo?

—Eso es lo más natural y más justo.

—¿Y qué he de hacer?

—Ya se lo he dicho; desde mañana, ó mejor dicho, desde esta noche, cuando vuelva á su casa, estar afable con la esposa de su padre, ó al menos hablarle sin acritud y sin mal modo.

—Haré lo posible.

—Mañana le diré otras cosas; ¿cenan en su casa de usted?

—No, señora; mi padre y su mujer toman té.

—¿Y usted?

—De mí nunca se acuerdan.

—Pero si usted está presente le tomará con los demás.

—Parecería que estaba allí para eso, y más bien quiero huir.

—¿Y por qué huir? ¿No es aquel su sitio de usted? ¿No es la hija de la casa? No debemos jamás abandonar nuestro sitio en ninguna parte, pero menos todavía en nuestro hogar, en el seno de nuestra familia, que es el asilo más seguro en todas las tempestades de la vida.

—Pero ¿y si nos quitan ese sitio?

—Debemos reclamarlo, al menos con nuestra presencia; así, pues, hija mía, que no extravié su buen sentido, que no la haga cometer faltas irremediables un falso orgullo; será mucho más digno el que aprecie y conserve su sitio en la casa y en el cariño de su padre, que el que le abandone con desprecio.

Adela, que volvía en aquel instante a la sala, cortó aquí la conversación de la señora de Castro y de Lucila; pero las palabras de la noble dama quedaron grabadas con indelebles caracteres en el alma ardorosa y en el magnánimo corazón de la joven.

Penetraron en su inteligencia como una luz nueva y bienhechora; parecióle que se rasgaba una densa niebla que envolvía su pensamiento, y que veía en los horizontes del porvenir el radioso sol de la esperanza.

Tal es el poder de la verdad y de la dulzura reunidas; persuaden y consuelan inspirando horror al mal y aclarando las nubes con que los pesares ofuscan la inteligencia.

VIII

El día se pasó agradablemente.

Oyendo Lucila el lenguaje sencillo, cándido y armonioso de aquellas dos jóvenes, le parecía que su alma volvía a cobrar una nueva vida llena de vigor.

Es verdad que en el idioma de la juventud hay algo semejante al duce y amoroso arrullo de las tórtolas, cuando la juventud se ha nutrido con la rica savia de la religión y de los buenos ejemplos.

Lucila habló con Adela de su hermano y de su madre, descubriendo aun otras dos cosas: la una

que Enrique debía á su segunda madre tanto amor, tanta ternura, tantos cuidados como ella, y que él, por su parte, la amaba con todo su corazón.

La otra, que Adela profesaba á aquella excelente señora la más viva y acendrada ternura.

Adela le habló de Enrique con entusiasmo; para ella no había en el mundo un hombre más noble, más hermoso, más digno de ser querido, en una palabra, que su hermano.

Enseñó á Lucila un retrato suyo y la joven quedó sorprendida de la varonil y expresiva belleza del joven militar.

Representaba el retrato, que tenía media vara en cuadro y estaba colocado en el gabinete de la señora de Castro, á un gallardo joven esbelto y moreno, con cabellos, cejas y ojos negros; era su cara grave y un tanto austera, pero noble y muy bella en todas sus proporciones; á primera vista se comprendía que aquel joven era incapaz de una bajeza.

Luégo pasaron á hablar de tocador y de trajes, que es la conversación favorita de las jóvenes.

—Yo—dijo Adela—apenas gasto nada en vestir.

—¡Cómo no—exclamó Lucila—si usted viste tan elegante!

—Pues, amiga mía, casi ninguno de mis trajes se ha comprado para mí.

—No comprendo.

—Todos eran de mamá, que tenía muchos cuando se casó con mi papá; hablo de mi segunda madre, que los que dejó la primera ya los gasté de niña.

—¿Y usted no se quejaba de que la diesen vestidos usados?

—¡Al contrario! Me gusta tanto mi madre, que todo lo que tiene y lleva participa de este afecto; así es que prefería sus trajes viejos á los más ricos cortes de los almacenes, y siempre la decía:

—Mamá, cómprate un vestido nuevo para que me des á mí ese.

—¡Pero si todos parecen nuevos!

—Pues ninguno lo es sino de modas muy atrasadas; pero las modas vuelven y algunas veces tiene más mérito lo que ya pasó que lo que se compra en el día; este mismo traje fué un regalo que le hizo mi papá cuando se casaron; ella lo estimaba mucho por eso y lo llevó más de seis años, haciéndose la sorda siempre que yo se lo pedía; pero al fin me lo dió el día en que cumplí catorce años; ya ha sufrido más de siete reformas.

—Yo creí que lo había usted estrenado hoy.

—Nada de eso, querida mía; nosotros ya no somos ricos para hacer estas compras tan caras; pasaron nuestros buenos tiempos, y lo poco que queda se destina todo para el alivio de la pobrecita Marta.

—¿Son ustedes hermanas de padre y madre?

—No; de padre sólo; de la primera esposa de papá nacimos Enrique y yo; de este segundo matrimonio es Marta y ocho más que se han muerto; esa es la causa de que nuestra casa haya llegado tan á menos; la carrera de mi hermano primero, y las enfermedades de los otros después, todo lo han consumido á pesar del orden admirable de mi madre; pero Dios, sin duda, ha querido dejarnos pobres, y es inútil y culpable el tratar de rebelarse contra su santa voluntad; así tenemos paciencia y lo pasamos lo menos mal posible, yo cosiendo bastante, pues no se da nada á la modista ni á la costurera, y mamá leyéndome algunos ratos, rezando por la salud eterna de mi padre y por la salud temporal de Marta, y escribiendo á Enrique.

—Una cosa me extraña—dijo Lucila.

—¿Cuál?

—¿Cómo es que al fallecimiento de su papá de

usted no se emancipó de la autoridad de su madre, y se fué á vivir sola con su hermano?

—¿Cómo era eso posible queriéndola yo tanto? Además, ¿no la amó nuestro padre? Esto basta para que sea sagrada á los ojos de mi hermano y á los míos. Además, Enrique no lo hubiera consentido jamás: no tolera más que lo que es bueno y justo, y eso no hubiera sido justo ni bueno.

—Mas ¿por qué razón?

—No hubiera sido bueno, porque una joven debe ponerse siempre bajo la autoridad más respetable, y lo es más la de mi madre que la de mi hermano; ni hubiera sido justo, porque mi madre no es acreedora á que se la abandone, ni por su bondad, ni por su noble proceder para con nosotros.

Lucila, según ya le había sucedido algunas veces desde que se hallaba en aquella casa, no halló nada que responder, y quedó meditabunda.

—¿En qué pensaba entonces?

Yo puedo decirlo á mis jóvenes lectores y á mis lindas lectoras.

Su imaginación, que á los primeros rayos de ventura que había visto sonreír había recobrado su vivacidad de niña, se fijó desde luego en esta idea halagüeña:

—Yo también podría arreglarme mis trajes, que son buenos, pero están muy descuidados.

Llegó, por fin, la hora de marcharse á casa: Fernando fué á buscar á su hermana, y llegó aun á hora de tomar una taza de té; llevábale allí el deseo de ver á Adela; pero ésta no dió muestras de sentir ninguna emoción, y permaneció tranquila con sus amigas.

A las once llegaron los dos hermanos á su casa: Lucila preguntó por su padre y Juanita, y le contestaron que aun no habían vuelto del teatro.

Fernando se retiró á su cuarto; pero su hermana, en vez de imitarle, se sentó junto al piano y se puso á hojear un libro que se hallaba sobre él.

Pero la lectura no podía distraer á aquella alma encallecida por largos días de dolor; pronto se cansó de ella, y sacando de su pecho un ramito de eliotropo que le había dado Adela, se puso á admirar la delicadeza de aquella florecita.

También ella sentía esa invencible atracción de todas las mujeres, y, sobre todo, de todas las jóvenes, hacia ese arbusto tan encantador; admirábale la delicadeza de sus flores y el primor de sus pétalos, no menos que la suavidad de su perfume.

De repente soltó la flor sobre el piano con un

estremecimiento que no la fué dado contener: había oído sonar la campanilla de la puerta.

Ésta se abrió, y bien pronto oyó el crujido del traje de Juanita, que arrastraba por el suelo.

Un instante después entraron ella y su esposo.

Lucila se levantó á recibirlos, y fué tanta la sorpresa de Juanita al verla, que casi retrocedió dos pasos.

—Buenas noches, Lucila—la dijo, mientras se quitaba los guantes que puso sobre el piano;—yo te creía ya acostada.

—He querido esperarte, mamá—respondió Lucila;—hacia ya tantos días que no te veía...

Juanita miró sorprendida á su marido, que por su parte creía también soñar al escuchar el lenguaje comedido y afectuoso de su hija.

Pronto volvió Juanita de su sorpresa, y agradecida, porque ya dije que su corazón no era malo, á las palabras de Lucila, la dirigió una dulce mirada.

—Te doy las gracias—dijo—mi querida Lucila por tu atención; y supuesto que has querido verme ¿quieres pasar conmigo á mi tocador, y estaremos un rato juntas?

—Con mucho gusto—contestó la joven.

Y tomando ella misma la luz que ya iba á tomar

Juanita, la alumbró hasta su cuarto de vestir, no sin recoger antes el ramito de eliotropo que había dejado sobre el piano.

Juanita empezó a desnudarse, hablando con Lucila.

—¿Has salido tú también esta noche?—la preguntó;—te veo vestida, aunque á la verdad ese traje está ya bastante feo.

Lucila hubiera contestado en otra ocasión que no era extraño que lo estuviera después de tanto tiempo como hacía que lo llevaba; pero no se atrevió á hacerlo entonces, porque las correcciones de la señora de Castro habían hecho nacer en su alma ese rubor que destierra la insolencia como el arma más vergonzosa y más inútil.

—He ido—dijo—con mi hermano á casa de unas señoras vecinas.

—¿Pues de qué las conoces tú?

—Yo no las conocía; pero mi hermano trata de Sevilla una visita para ellas.

—¿Esa visita era de un hijo que esa señora tiene?

—Justamente.

—¡Ah! Entonces son esas dos señoras que viven en la calle que da vuelta.

—Las mismas: ¿las conoces acaso, mamá?

—De vista solamente, y, sobre todo, conozco á una preciosa niña que esa señora tiene.

—¿Una niña?

—Sí; una niña de trece años, á la que llaman Marta.

—Entonces esa es la hija de que me hablaba la señora de Castro, y que, según dice, está enferma y viajando por Italia.

—Pero ¿cómo estando enferma no va con ella su madre?

—Por no dejar á su otra hija, ó más bien, á la hija de su esposo.

—¡Cómo! ¿No es hija suya también esa otra joven?

—No, mamá; es sólo hija de su marido.

—Mas ¿por qué no se la lleva también?

—Dice que un viaje para las tres sería demasiado caro.

—Pero esa joven podía quedarse con una amiga y ella no abandonar á su hija.

—Eso no quiere: dice que su hija viaja con una hermana suya, señora rica y muy buena, y que ella no quiere dejar á Adela, que no tiene ningún amparo más que su cariño.

—¿Y su esposo?

—Murió.

—¿Murió?

—Hace ya años.

—¿Y vive con la hija de su esposo después de muerto aquél?

—Sí; y la quiere tanto que algunas personas que las tratan piensan que son madre é hija.

Juanita quedó muy pensativa y guardó silencio durante algunos instantes; luégo dijo con voz algo alterada:

—También esa joven querrá mucho á la que fué esposa de su padre, ¿es verdad?

—¿Pues qué otra cosa las une que el cariño?— exclamó Lucila ardorosamente.—El deber es un lazo muy débil, y yo creo que no basta á unir corazones; nada, á no ser el afecto que mutuamente se profesan, podía obligarlas á vivir unidas después de haber desaparecido de la tierra la autoridad que ambas debían respetar.

Juanita escuchó suspensa aquellas palabras que salían de un alma á la que había juzgado la más fría é inaccesible de todas; ahora la veía despertar radiosa y triunfante de la mortal atonía en que por tanto tiempo había estado sumergida.

Este es el poder del sentimiento; el alma no se

conmueve, no vive más que al contacto de la virtud; el mal la sumerge en las tinieblas de la indiferencia y en el sueño del olvido.

—Querida Lucila—dijo Juanita después que hubo pasado su primera sorpresa—¿querrás venir conmigo mañana por la mañana?

—Sí por cierto—respondió la joven;—no me vendrá mal dar un paseo.

—No es á paseo adonde hemos de ir; es á comprarme un traje de seda, para el cual hace ya tiempo que tu papá me va dando dinero, pues quiero que sea muy bueno.

La misma celosa envidia que durante tanto tiempo había abrasado el corazón de Lucila volvió á deslizarse en él; pero procuró desterrar aquel mal pensamiento y respondió con voz que procuró hacer serena:

—¿A qué hora quieres que esté dispuesta?

—A las diez.

—Pues bien, á las diez estaré.

Juanita se puso una bata blanca y luégo dijo:

—Siento por aquí un aroma leve, pero dulce y suave, y no sé de dónde viene.

—Será esto—dijo Lucila alargando la mano en que tenía el ramito de eliotropo.

Juanita acercó á la flor su lindo rostro y dijo:

—¡Ah, sí, eso es! ¡Qué delicioso olor! Mañana compraré un frasquito de esencia para usarla siempre.

—Toma mientras tanto mi flor—dijo Lucila tras un momento de reflexión.

—¡Qué, me la das!—exclamó Juanita estupefacta; ¡tan poco creía en aquella generosidad de Lucila!

—¿Por qué no?—respondió la joven.—No poseo otra cosa mejor que poder darte; pero ya que esta flor te gusta, tómala.

Brotó una lágrima de los ojos negros de Juanita que, bañados en aquel rocío del corazón, parecieron hermosos acaso por la vez primera á la hija de su esposo; tomó la flor, la dejó sobre su tocador y luego, quitándose del dedo una sortija que llevaba con otra en el dedo anular de su mano izquierda, y que formaba una estrella de diamantes, dijo á Lucila:

—Toma tú lo más precioso que en este mundo poseo: esta sortija era de mi madre; llévala en su nombre y en el mío.

Lucila sintió también agolparse el llanto á sus ojos; aquellas palabras: *lleva esta sortija en el nom-*

bre de mi madre y en el mío, eran un poema de ternura y de generosidad.

La joven lo comprendió así; pero no creyéndose aún digna de tal prueba de cariño y desprendimiento, retrocedió un paso sin saber lo que hacía.

—¡Oh!—dijo.—¡Eso es demasiado, y no puedo admitir...!

Juanita tomó la mano de la joven y puso en ella la sortija, que centelleó á la luz de la bujía, como si sonriese de contento; luego estrechó aquella mano pequeña y suave, y dijo:

—Lucila mía, nuestra edad es demasiado parecida para que puedas respetarme como á madre, ni yo ser severa contigo, como lo sería con mi hija; pero podemos ser dos hermanas tiernas y cariñosas: ¿quieres que lo seamos? Yo seré la mayor, y te mimaré y te querré; tú me obedecerás en todo, y me amarás también; ¿estás contenta de este arreglo?

—¡Oh, sí!—dijo Lucila.—Sí, hermana mía, por que siempre lo serás ya para mí.

—Pues bien, recibe esa alhaja de tu hermana; la que da una flor como lo has hecho tú, daría también lo mejor que tuviese.

—¿Por qué no me das esa otra sortija de oro

que también era de tu madre? ¡Esta es demasiado rica para mí!

—No es mala, porque vale 1.000 reales; pero no podía pagarte esta flor más que con lo mejor que tengo, que es mi eterna gratitud y esa sortija; ahora, vamos a tomar el té, pues tu papá estará ya impacientándose.

Lucila tomó de nuevo el candelero con la bujía, mientras Juanita miraba en derredor suyo.

Encontró, por fin, lo que buscaba, y descolgó de una percha dorada un peinador bordado y guardado de encajes, que echó sobre los hombros de Lucila.

—Toma—dijo;—de ese modo no se podrá manchar tu vestido tomando el té; luego le guardarás para ti.

—¡Pero es uno de tus peinadores de novia, Juanita!

—Porque es bonito te lo regalo.

Diciendo estas palabras, se apoyó en el brazo de Lucila, y ambas salieron del tocador para pasar al gabinete de Juanita, donde se servía el té.

Ya humeaba aquella bebida en dos tazas sobre un velador; Juanita dió la suya a Lucila, y dijo al criado que miraba asombrado:

—Otra taza para mí, y desde mañana pondrá usted tres, pues la señorita quiere también té por las noches.

El coronel sirvió bizcochos a su mujer y a su hija, y estuvo afable con la última, hasta que ésta se levantó para retirarse.

Lucila se despidió con cariño de su padre y de Juanita, que la acompañó hasta la puerta y la besó en la frente al despedirse.

Cuando la joven llegó a su cuarto se arrojó sobre una silla y se preguntó si no era un sueño cuanto la sucedía; miraba, ya a su mano donde brillaban los diamantes de la madre de Juanita, ya a su peinador bordado y orlado de ricos encajes, y en su excelente y vivaz talento se hacía una multitud de preguntas y de reflexiones.

El sentimiento de su felicidad, de una felicidad que jamás había disfrutado, le hizo volver los ojos del alma hacia Dios, eterno dispensador de las humanas venturas, y le dió gracias con una fervorosa oración.

Mas ¿por qué se las daba? ¿Por los diamantes que brillaban en sus manos? ¿Por los encajes que adornaban su pecho?

Seguramente no; era Lucila una de esas hermo-

sas y escogidas naturalezas, para las cuales son mucho más los afectos del alma que los dones de la fortuna; daba gracias á Dios porque á través del abandono en que durante tanto tiempo había vivido, veía los rayos de una felicidad cercana; porque había algún sér que se interesase por ella y que pensase en ella, para cuidar de su presente y de su porvenir.

Durmióse deseando que llegase el siguiente día, y pensando en escoger para Juanita la tela más rica y más bella para el hermoso traje que aquélla iba á comprar; y la dolorosa envidia que antes la había hecho sufrir tanto, se transformó en un inmenso deseo de que llegase el instante de la compra del vestido.

Llegó por fin y muy pronto; cuando la noche se pasa con un sueño feliz y tranquilo viene el día al instante. Lucila se levantó temprano, y buscó en su cómoda y en su ropero lo menos malo que tuviera para acompañar á Juanita á sus compras.

Pero aunque no carecía de algunas prendas buenas, todas estaban inservibles por su completo desarreglo; sacó tres ó cuatro vestidos de diversas telas, todos descosidos y rotos; manteletas grasientas y manchadas, guantes sucios, cuellos llenos de

puntos, ajados y llenos de arrugas; era, en fin, el equipaje de una persona ociosa y que abandona además todo cuanto lleva puesto, como si nada le importase de ello.

Prometióse Lucila á sí propia que en adelante sería mucho más cuidadosa de su aseo, y preparó un vestido negro de seda, destrozado en el cuerpo y mangas, pero que se encargó de cubrir una de sus manteletas, la más de moda y menos deteriorada.

Apenas había acabado de arreglarse cuando llamaron á la puerta de su cuarto.

Lucila, creyendo que sería su hermano, abrió y se halló con la criada de la casa.

Los señores esperan á usted para el desayuno—dijo con una deferencia y un respeto que jamás había demostrado á la joven.

Esta comprendió que ya ocupaba su lugar en la casa de su padre, y se acusó amargamente de haberlo tenido perdido por su culpa durante tan largo espacio de tiempo.

Encontró, en efecto, en el comedor á su padre y á Juanita; ambos la esperaban, y Lucila tomó su vaso de leche acostumbrado con más placer de que sentía desde hacía largo tiempo.

Luégo que acabaron, Juanita se levantó y dijo a su marido.

—Voy con Lucila á comprar el vestido de que tantas veces te he hablado.

Detúvose aquí confusa y como si hubiera deseado decir algo más, y luégo añadió:

—Si no te parece mal, daré á Lucila uno de los dos sombreros que me trajo la modista hará dos meses, y cuyo precio te pareció extremadamente caro.

—Caros eran, en efecto—respondió D. Joaquín con una sonrisa que jamás había mostrado al oír hablar de aquellos objetos—tan caros que, según recuerdo, costaron una onza cada uno, ¿no es eso?

—Sí por cierto.

—Pues bien, francamente, querida mía, me pareció demasiado el que gastases 32 pesos para una sola estación; pero sirviendo para las dos ya es otra cosa; ¿cuál vas á dar á Lucila?

—El azul, porque es rubia.

—Me parece buena idea; para ti el blanco, que eres morena.

—Vamos, pues, Lucila—dijo la joven tomando el brazo de la hija de su esposo—vamos, en mi tocador acabarás de vestirme.

Las dos salieron; llegadas al tocador, Juanita abrió las dos sombrereras y sacó de la una un lindo sombrerito de raso azul celeste, sin más adorno que algunos graciosos copos de cinta; ella misma lo colocó en la cabeza de Lucila, y luégo, llevándola ante el espejo, la dijo:

—Mírate aquí.

Dirigió Lucila sus ojos sobre el cristal y se halló encantadora; su blancura alabastrina y sus cabellos dorados no podían hallar mayor realce que aquel sombrerito encantador, del color de sus ojos.

Juanita la puso en la mano una sombrilla oscura y unos guantes nuevos de medio color, que eran suyos, pues ambas tenían la misma mano y casi la misma estatura.

Después de ataviada, Juanita la miraba con delicia; ¿en qué consistía que la vista de la belleza de Lucila la había impresionado de un modo tan desagradablemente la primera vez que la había visto, y entonces le era tan grato mirarla?

En que entonces podía decirse que aquella hermosura era obra de su generosidad, y esta virtud hace brotar flores en el alma más estéril.

Salieron por fin las dos jóvenes; Lucila, gracias al sombrero, á la sombrilla y á los guantes, pare-

cía mucho mejor vestida, á lo que contribuía también su elegante y esbelta figura.

Hablando como dos buenas amigas llegaron á una de las más hermosas tiendas de la calle del Carmen, y allí, con gran sorpresa de Lucila, pidió Juanita telas de seda de precios regulares.

Eligió una de buen gusto: era un gro de Nápoles, color de pizarra, de un efecto fresco y delicioso: Juanita lo ajustó y mandó cortar tela en abundancia para dos trajes.

Luégo los empaquetaron, y en tanto pagó, vaciando su bolsillo sobre el mostrador.

Los dos vestidos habían absorbido la cantidad que ella dedicaba al de gran precio de que había hablado á Lucila.

Ésta estaba atónita: ¿para qué quería Juanita dos trajes idénticos?

Preguntándose esto salieron de la tienda, seguidas de un muchacho, que llevaba el paquete.

—Querida mía —dijo Juanita:—tenemos ya vestidos iguales.

—¡Cómo! —exclamó Lucila.—¿Es uno para mí?

—Ciertamente.

—¿Pero no decías que te querías hacer uno de mucho precio?

—Después he pensado que tendría más gusto en que lleváramos las dos uno que no valiese tanto: ¿qué más da que el vestido tenga más ó menos valor? Lo que importa es la elegancia de la forma, y esa la dará una buena modista: lo peor es que son tan caras... Tu padre se resiente algunas veces de los crecidos gastos que la moda exige.

—Pero ¿no se ahorraría algo haciendo nosotras los vestidos?

—Ya se vé que sí; pero eso no es posible.

—¡No es posible!

—No.

—¿Pero por qué?

—No me atrevería yo ahora á echar la tijera á esos vestidos, y eso que antes cortaba muy bien; pero la falta de costumbre...

—¿Y si los cortase mi amiga?

—¿Qué amiga?

—Adela, nuestra vecinita.

—Qué, ¿tienes ya amigas á quienes quieres más que á mí?—preguntó Juanita con una extrañeza que no estaba exenta de pesar.

—A una hermana se la quiere más que á una amiga—contestó Lucila abrazando á Juanita.

—Pero ¿cómo haremos para que esa señorita

venga aquí?—dijo ésta última.—Yo apenas la conozco y...

—Se lo rogaré yo y vendrá.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Para obligarla más, esta noche iré yo a visitarla contigo.

—¿De veras?

—Claro está; te han convidado á comer, te obsequian, te aman, y á mí me toca darles las gracias.

—¡Ah, eres muy buena!—exclamó Lucila.

—No lo creas; entra por mucho el egoísmo de llevar bonitos los vestidos; pero ¡Dios mío, coser tanto!

—Yo los coseré.

—No, coseremos las dos.

—Enhorabuena; y saldrán mejores que hechos por la modista, porque Adela tiene un gusto exquisito.

—¿De veras?

—Sí; saldrán muy bien.

Hablando de este modo las dos amigas llegaron á su casa; Lucila, animada por una alegría que jamás había sentido, se puso á arreglar su cuarto

con ayuda de la criada, y aquella habitación, que no era fea, despojada de la espesa capa de polvo que la cubría hacía tanto tiempo y de la ropa y objetos de vestir que se veían por todas partes, pareció bien pronto agradable á los ojos.

Después de puesta en orden la habitación, procedió Lucila al arreglo de su guardarropa; colocó cada cosa en su lugar y se propuso irle reformando poco á poco.

El resto del día se pasó mejor que hacía muchos, hablando con Juanita y haciendo proyectos para el porvenir, y después de la comida, que terminó á las siete, fueron las dos á casa de la señora de Castro.

IX

Una flor, extinguiendo el rencor en aquellos dos jóvenes corazones, había restablecido en ellos esa armonía que hace nacer el cariño y que regularmente no se extingue ya jamás, porque está basada en la simpatía.

Juanita y Lucila eran muy capaces de amarse y

comprenderse, y Dios, en su infinita bondad; se había valido, como mensajera de paz, de una inocente y perfumada flor.

La vista de la señora de Castro, tan digna, tan noble, tan tranquila, tan amada de aquella joven, la que, según las leyes más usuales del corazón, debía aborrecer, le hicieron pensar en que ella también podía tener aquellas ventajas, unidas á las inapreciables de la belleza y juventud.

La velada se pasó muy agradablemente; Fernando fué á las diez en busca de su hermana, y acompañó á las dos á casa, agradeciendo á Juinita lo que había hecho por su hermana durante aquel día.

Al llegar encontró el joven en su cuarto una carta de Sevilla con sobre negro; su vista le llenó de sobresalto, porque la letra era de Enrique, á quien amaba como á un hermano.

Siguiendo ese instinto del corazón que hace buscar consuelo en las desgracias con la compañía de los más, Fernando fué á abrirla á la sala donde su familia se hallaba reunida para tomar el té.

La carta decía así:

«Mi querido Fernando: Bajo una de las impresiones más dolorosas que puedo sentir en mi vida,

te escribo esta carta; mi hermana Marta acaba de morir; seis horas hará apenas que su alma angelical ha subido al cielo, separándose de su débil cuerpo que, durante sus últimas horas, he sostenido en mis brazos.

»Marta llegó aquí con mi tía hace quince días, después de dos meses de recorrer la Italia; nada habíamos querido decir á mi madre de su llegada para que no se alarmase, pues mi tía había dejado escritas algunas cartas con diferentes fechas en Nápoles, con encargo á su mayordomo para que las pusiera en el correo los días indicados; después se vino aquí para no hallarse sola á la muerte de la pobre niña.

»Prepara con cuidado á mi pobre madre para recibir esta triste noticia; era ya la última de sus hijas y se queda sin más cariño en este mundo que el que la profesamos Adela y yo.

»No puedo más: sufro mucho física y moralmente, porque mi cabeza se rompe y siento desfallecido mi corazón.

»Adiós, querido Fernando; siempre es tu mejor amigo y apasionado hermano,

Enrique.»

A pesar de la gravedad de la situación, esta palabra *hermano* hizo asomar el rubor á la frente de Lucila; pero bien pronto la idea del pesar que iba á sentir su amiga borró todo otro pensamiento.

—Yo te ayudaré á dar á esa pobre madre tan triste nueva, querido Fernando—dijo Juanita al joven oficial, que la miró sorprendido; pero añadió—dejémosla disfrutar una noche más de las dulzuras del sueño, que sin duda alguna la esperan largas horas de insomnio y de dolor.

Después de servir Juanita el té, al que ninguno tocó, cada uno se retiró, meditabundo y triste, á su cuarto.

No obstante, en el alma de Fernando se deslizaban pensamientos halagüenos; un vago instinto le decía que la suerte de su hermana había cambiado, y que quizá estaba ya solamente en su mano el ser para siempre feliz.

Aun le ocupaban estas ideas cuando se levantó á la mañana siguiente, y la llegada de la misma Lucila vino á interrumpir su curso.

—Soy muy dichosa, hermano mío—le dijo con alegría;—la esposa de nuestro padre no es lo que pensábamos, ¡es buena, sí, es muy buena!

—A la verdad, mi querida Lucila—repuso Fer-

nando sonriendo—que ella no nos ha dado hasta hoy motivo alguno para creerla mala; era quizá nuestra imaginación la que le achacaba faltas que está muy lejos de tener.

Lucila refirió á su hermano entonces el regalo de la sortija de diamantes y del peinador guarnecido de encajes.

—La que es capaz de comprender lo que vale el regalo de una flor—respondió Fernando—no es, pues, Lucila mía, una mujer vulgar; no es por eso decirte que esté exenta de defectos; pero éstos hay que disimularlos y sufrirlos, en gracia de las dotes de un corazón que manifiesta ser excelente.

Hermana mía—prosiguió Fernando, con la dulce autoridad de su carácter grave y afectuoso á la par—nadie hay en este mundo que no tenga que sufrir; yo, tu hermano, yo, la persona que más se interesa en tu tranquilidad y bienestar, te lo aseguro; cada uno tiene sinsabores en su carrera, con sus amigos y hasta con su propia familia; nosotros los damos también, y para que nos sufran necesitamos sufrir nosotros á los demás.

Tú, querida mía, has cometido yerros que yo deseo ahora corregir: nunca te hubiera aconsejado, como hoy, delante de la esposa de nuestro pa-

dre, porque yo no sabía cuál era la bondad de su corazón, y tal vez sin quererlo hubiera dado mi rigor armas contra ti; pero puesto que tú misma has reconocido que es buena y bondadosa; puesto que de ti ha nacido el primer impulso de gratitud hacia ella, créeme, Lucila, apóyate en esa autoridad, que es la única que te conviene, y que si te hace sufrir algo, como todas las autoridades del mundo, te reportará en cambio beneficios más grandes de lo que puedes suponer.

El razonamiento de Fernando fué interrumpido por un aviso de su madrastra, en el que se les decía a los dos que se les esperaba para tomar el desayuno, por lo que pasaron al instante al comedor.

Durante él Fernando estuvo afectuoso con su padre y galante con la esposa de éste, como para explicarle cuánto le agradecía su comportamiento con Lucila.

—Es preciso que vayamos a casa de nuestras vecinas—dijo Juanita al levantarse de la mesa.— Soy de parecer de que, para no alarmar repentinamente a la señora de Castro, vaya primero Lucila, luego iré yo y el último será Fernando.

Se aprobó este plan y bien pronto se halló la joven entre sus amigas.

Encontrábanse en el tocador, y una criada las condujo hasta él.

Era una habitación muy sencilla, como todas las de la casa, pero en extremo aseada.

Delante de una mesa, cubierta con un tapete blanco y adornada de una colgadura sujeta con lazos azules, se hallaba sentada la señora de Castro en un silloncito de muy escasa elevación y sin respaldo.

Su rostro, apacible, noble y pálido, se reflejaba en la luna de un espejo ovalado que ocupaba el centro.

Delante del espejo y sobre la mesa se veían multitud de esos pequeños objetos a los cuales tanto amor profesan las mujeres, como esencias, frascos y cajitas; el culto de lo bello no es enemigo de la edad madura, y puede profesarse hasta en la más avanzada vejez.

Por eso, sin duda, el traje de la madre de Marta era siempre adecuado y elegante; en aquella mañana tenía puesto un largo peinador blanco y liso, cuyas mangas descendían hasta cerca de sus manos afiladas, largas y elegantes.

Adela era quien se ocupaba de arreglar la cabeza de su madre, y a la entrada de Lucila se halla-

ba trenzando los cabellos largos aún y hermosos de la señora de Castro.

Ella también llevaba otro peinador blanco, pero adornado con más coquetería y cerrado con algunos lazos azules en el pecho y mangas.

Las dos recibieron á la joven con aquella afable bondad que formaba la base de su carácter, y Adela la suplicó la dispensara si seguía en lo que hacía para no molestar á su madre.

—Hoy ha tenido Fernando carta de tu hermano—dijo Lucila á su amiga, á la que ya hablaba con la más cordial franqueza.

—¡Ah, querido Enrique!—exclamó la madre de Marta.—¡Si supiera usted, hija mía, qué bueno es, qué noble, qué gravedad tan dulce hay en su carácter! ¡Es un modelo de hijos y de hermanos, y no hay una madre que no me lo envidie!

—Me encarga venga á ver á ustedes—añadió Lucila algo confusa, pues no sabía cómo empezar á noticiarles la triste nueva.

—Qué, ¿sabe ya que somos amigas?—preguntó Adela.

—Sí por cierto, se lo he dicho yo; por eso me encarga que les diga...

La joven sintió que su voz vacilaba y que el

llanto acudía á sus ojos; púsose encendida, como sucede al que quiere á toda costa detener las lágrimas y calló.

—¡Dios mío! ¿Qué sucede?—exclamó la señora de Castro advertida por su corazón de madre y levantándose con ímpetu.

—Aquí está Juanita—dijo Lucila al verla entrar y conociendo que había salido de una situación muy penosa.

—¿Qué hay, santo Dios, qué hay?—preguntó acongojada la pobre madre.—¿Qué dice Enrique?

—Dice que Marta ha llegado á Sevilla—repuso la esposa del coronel.

—¿Y nada más? ¿Mi hija en Sevilla cuando yo la creía en Nápoles? ¡Y sin decirme nada mi hermana...! ¡Eso, eso no puede ser!

—Nada hay, sin embargo, más cierto, señora—dijo Juanita con tristeza.

—Pero ¿cómo ha de serlo, si yo he recibido ayer carta fechada en Nápoles?

—Porque antes de salir de aquella ciudad su señora hermana de usted dejó escritas varias cartas, con encargo de que se las enviaran.

—¿Luego mi hija estaba muy enferma?

—Sí, señora; por eso salieron de allí.

—¡Oh, la verdad... la verdad toda y de una vez!—exclamó aquella madre infeliz juntando las manos con un ademán de fervorosa súplica.—La verdad toda, por amarga, por espantosa que sea.

—Pues bien, la señorita Marta...

—¡Acabe usted!

—¡Ha muerto!

La señora de Castro dejó escapar un grito y se desplomó sin sentido en los brazos de Adela, que lloraba amargamente.

En aquel instante llegó Fernando, que traía en la mano la carta fatal.

Una larga mirada dijo á Adela la parte que tomaba en su pesar, y él mismo salió en busca de un médico.

El espasmo nervioso de la señora de Castro fué de larga duración; pero Adela la dió entonces pruebas de lo que pueden la gratitud y el cariño en un corazón honrado y noble.

Durante muchos días no pensó ni en alimento ni en descanso; pasaba las noches y los días junto al lecho de aquella madre infeliz, y ni los ruegos ni las reconvenciones de Juanita y de Lucila fueron bastantes á separarla de allí.

—¿No tienes confianza en nosotros?—la preguntaba Lucila con un acento que ella procuraba hacer ofendido y triste.

—Sí—respondía Adela.—Pero ¿crees tú que yo podría descansar lejos de mi madre? ¡Imposible! No la dejaré hasta que no hayan descendido á su corazón los consuelos que Dios envía á los que le aman.

La joven, al hablar así, conocía bien el temple de aquella alma santa, aunque destrozada por el dolor; al volver del penoso sueño en que el pesar la había sumergido, la primera acción de la señora de Castro fué rezar durante largo rato.

Luégo pidió sus vestidos, añadiendo que no quería abandonarse á la pena y á la amargura de sus reflexiones.

—Quiero ser fuerte por tí, hija mía—dijo abrazando á Adela.

Y á la palabra *hija*, que abría de nuevo todas las heridas de su corazón, volvieron á saltar sus lágrimas.

Mas apenas había ocupado su sillón se abrió la puerta y Enrique se precipitó en sus brazos.

—¡Eres tú, eres tú!—exclamó la señora de Castro no pudiendo dar crédito á sus ojos.—¡Ah, bendito sea Dios, que me rodea de consuelos!

—¿Podía yo dejar de acudir a consolar tu pena, madre mía?—exclamó el joven, en tanto que el coronel, su esposa y sus hijos, pues todos se hallaban allí, miraban con admiración un gran cuadro que dos hombres traían en hombros y cubierto con un gran lienzo.

Enrique, al acabar de pronunciar las palabras anteriores, desabrochó su uniforme y sacó de él una cartera cerrada que puso con religioso respeto en las manos de la madre de Marta.

—¿Es suya?—exclamó aquélla con ansia.

—Sí, madre mía—respondió Enrique.—Todo lo que de ella ha quedado te lo traigo.

La señora de Castro abrió la cartera y salió de ella una larga y gruesa trenza rubia, sujeta en ambas puntas con dos lazos de cinta azul, que ella aplicó a sus labios.

Luégo salieron algunos dibujitos al lápiz y todas las cartas que desde Nápoles había escrito a Enrique.

En tanto que la desventurada madre registraba el contenido de la cartera, Enrique hizo una señal a los dos hombres, que colocaron el cuadro enfrente de aquélla.

El mismo Enrique lo descubrió y su madre, al

levantar los ojos de la cartera, hubo de fijarlos en el cuadro por un movimiento natural.

Entonces dejó escapar un grito supremo, que bien pudiera asegurarse que era de alegría, pero de una alegría dolorosa, desgarradora.

Estaba delante de su hija; pero de su hija agonizante.

El cuadro representaba a Marta en su lecho de muerte.

Destacábase de entre la blancura de las sábanas su adorable cabeza rubia; sus grandes ojos, que parecían iluminados por una luz sobrenatural, se fijaban en el cielo que, al parecer, veían abrirse para ella.

Tenia cruzadas sobre el pecho sus pequeñas manos blancas y enflaquecidas, y a los piés del lecho una imagen de la Virgen le mostraba con la diestra el cielo que buscaba su mirada diáfana y purísima.

El pintor, que debía estar dotado de un genio sublime, había rodeado el lecho de ángeles y de rayos de argentada luz; pero aquel tránsito celestial no podía confundirse con la ascensión de la Virgen María, pues había en él alguna cosa de mortal y de humilde.

Era un ángel que volvía á su patria llevando impresa en el rostro con la huella de la inocencia la de inmensos padecimientos.

La señora de Castro cayó de rodillas ante aquella sublime pintura, y lloró durante largo rato.

—¿Cuánto ha costado ese divino cuadro?—preguntó el coronel en voz baja al joven, en tanto que Juanita y Lucila permanecían mudas de admiración.

—Mis sueldos de un año y todos mis ahorros—respondió el joven.

—Pero, amigo mío, ¿cómo va usted á vivir durante tanto tiempo?

—No lo sé, pero Dios me proveerá, puesto que he gastado todo lo que tenía para proporcionar ese consuelo á mi pobre madre.

—¿Y fué así realmente la muerte de Marta?

—Ese cuadro no es original, caballero; es sólo una copia, aunque muy perfecta; pero hay en él un detalle en el que nadie ha reparado.

—¿Un detalle?

—Sí, señor; examínelo usted con cuidado.

—¿Será acaso aquel ramo de eliotropo marchito que hay en la mesita de la cabecera, en un jarrón de porcelana?

—Ese mismo; y además vea usted cómo campean eliotropos entre las flores que adornan ese lecho virginal.

—¿Tenía, pues, ella preferencia por esas flores?

—Una preferencia extrema, y yo le diré á usted el origen de ella si desea saberlo.

—Sí, lo deseo, amigo mío; todo lo que concierne á esa bella criatura muerta en la aurora de su vida, á su familia de usted, tan respetable, tan noble, tan digna de ser amada, me interesa profundamente.

—Pues bien, oiga usted: al partir mi hermana Marta para Italia, mi hermana Adela la abrazó con extremo dolor y la dijo, poniéndole en la mano un ramo de eliotropo:

—Toma, para que te acuerdes de mí durante el camino.

—Guardaré este ramo aunque se marchite—respondió Marta—y á mi vuelta te lo enseñaré seco.

Cumplió su palabra, en efecto; cuando el ramo estuvo marchito le guardó en una caja; después, cuando ya en Sevilla sintió la proximidad de la muerte, me dijo:

—Enrique, pon el ramo que me dió Adela junto á mi cabecera; ya que no la vea á ella veré las

flores que me dió; hazme traer además flores frescas y mucho eliotropo, mucho; ya sabes que amo en extremo esa flor desde que salí de nuestra patria, porque ella me recuerda los dichosos tiempos en que la cortaba en nuestro jardín con Adela y con mamá.

Rodeé su cama de flores, y, sobre todo, de eliotropos, para cumplir aquel deseo inocente que podía ser el último; pero Marta apenas separaba sus ojos del ramo marchito, pidiéndome pocos instantes antes de morir que le pusiera entre sus manos unidas; así lo hice, y cuando la colocamos en su ataúd volví a tomar el ramo, lo puse en su caja, y lo traigo para devolvérselo a Adela.

Enrique fué interrumpido por la madre de Marta que, levantándose del sitio en que estaba arrodillada ante la imagen de su hija, fué a postrarse a los pies de Enrique.

—¡Gracias, hijo mío, gracias!—exclamó entre sollozos.—¡Que tu hermana alcance de Dios en el cielo la recompensa de tu generosidad!

X

Un mes después, Enrique, que había traído dos de licencia, y que tenía el grado de capitán, pidió al coronel del Valle la mano de su hija.

—No la faltará lo necesario—añadió con una fina sonrisa—á pesar de estar tan *empeñado*, para procurar á mi madre algún consuelo; mis jefes me aprecian y me adelantarán las sumas que necesite.

—¡Oh, noble joven!—exclamó el coronel.—¿Quién que pueda servir á usted en algo no se llamará dichoso? ¡Si usted ama á mi hija, suya es!

—La amo desde hace mucho tiempo, señor—repuso Enrique;—cuatro años hará que vi un retrato suyo de cuando aun era muy niña, y me cautivó el alma; corregida de sus yerros por la benéfica influencia de mi madre y de mi hermana, creo que podré ser muy dichoso con ella.

—Yo también estoy seguro, amigo mío, de que ella será feliz con usted, porque es bueno y generoso; pero permítame que le haga una adver-

tencia: ¿no sería más prudente que esperase usted á casarse algún tiempo todavía? Yo no soy rico y ahora es la primera vez de mi vida que lo siento, porque no puedo darle á mi hija dotada de un modo regular.

—Lucila está ya dotada—respondió detrás del coronel la dulce voz de Juanita.

—¿Cómo!—exclamó D. Joaquín.—¿Qué dices?

—Digo que la he dotado yo.

—¿Mas de qué modo?

—Con la sortija de mi madre.

—¿Será posible! ¿Te has desprendido de esa joya, única que tenías y que tanto estimabas, en favor de mi hija?

—Sí, y dichosa yo, pues ella asegura su felicidad!—respondió la joven con entusiasmo.—Tu hija me dió una flor que me agradaba y que por entonces era lo que poseía de más valor; yo le agradecí la dádiva, el modo de hacerla y, sobre todo, aquel primer movimiento de simpatía hacia mí, y le di también lo mejor que poseía; yo sé que mi madre se sonrió desde el cielo porque oí una voz que me decía: «Has hecho bien; no podías haber dado mejor destino á esa sortija.»

Luégo, volviéndose á Lucila, añadió:

—Esa alhaja vale 30.000 reales, y empeñándola dan por ella 20.000, con los que podréis vivir un año; durante este tiempo, entre vosotros y yo, reuniremos ese dinero para desempeñarla.

Lucila, deshecha en lágrimas, se arrojó en los brazos de aquella noble y generosa mujer.

—Mi hija—dijo el coronel volviéndose á Enrique—no tiene más que esa sortija, con que la ha dotado mi mujer; mañana la llevaré yo mismo al Monte de Piedad, y dentro de cuatro días, que es domingo, se leerá la primera amonestación, pues las condiciones entre dos jóvenes pobres están pronto arregladas.

Aquella noche, reunida toda la familia en casa de la señora de Castro, cuyo dolor había sido sustituido por una tranquila y dulce melancolía, pidió el coronel para su hijo Fernando la mano de Adela.

Al oír la petición, la buena madre se sonrió con inteligencia y respondió:

—Ya sabía yo que se amaban.

—¿Cómo!—exclamó ruborizada Adela.—¿De qué lo sabías, mamá?

—No era seguramente, hija mía, por habérmelo dicho tú; pero ¿hay algo que se escape á los ojos de una buena madre?

—¡Ya lo veo que no! Pero yo no me había atrevido a confiarte nuestro amor, porque en la disposición de ánimo en que te hallabas...

—Tan hija mía te considero á ti como á la que está en el cielo—respondió la generosa señora.— Por mi parte, pues, te doy por comprometida con Fernando, y os casaréis tan pronto como él alcance el grado que necesita para contraer matrimonio.

Los dos jóvenes cambiaron una tierna mirada, en la cual parecía decirse:

—¡Ya somos para siempre el uno del otro! Nuestras almas están ya unidas para no separarse jamás!

Un mes después, y al anochecer de un hermoso y radiante día de estío, se unieron con eternos lazos Lucila y Enrique.

El traje de la novia, regalo de la señora de Castro, que había sido la madrina, era en extremo sencillo, porque en su exquisito buen tacto se dijo que si hacía algún regalo rico, podría creerse que deseaba pagar el cuadro regalo de Enrique, cuando ella sabía que no podía pagarse con todos los tesoros del mundo.

Lucila estaba radiante de belleza con sus cabellos rubios, su tez de nácar y rosa y sus azules ojos; jamás se han encerrado dieciséis años más lindos en un traje de desposada.

Su vestido de tul estaba recogido con ramas de eliotropo, y otras más pequeñas se entrelazaban entre los flotantes rizos de sus cabellos.

Enrique robaba todos los corazones por su gallardía y su hermosura varonil.

Después de la ceremonia todos fueron á casa de la madrina; sólo las dos familias y algunos amigos de mucha confianza componían la concurrencia; la señora de Castro y Juanita se llevaron á Lucila á un gabinete y allí la abrazaron con ternura.

—No reíncidas jamás en tus errores, hija mía—dijo la señora de Castro—y para corregir los de tu esposo emplea sólo la dulzura y la persuasión.

—Sí—añadió Juanita mostrando en su pecho un alfiler de oro que encerraba bajo un cristal un eliotropo seco—es el medio que más vale, puesto que todos los míos los has corregido dándome esta flor.

FIN

